



Pobre Negro

Rómulo Gallegos



Lectulandia

«Guaruras y carrizos del aborigen vencido se alejaron gimientes hacia las internadas selvas profundas y por la ruta de los ciclones, en las sentinas de los barcos negreros, vino el tambor africano».

Pobre Negro abarca el extenso período histórico entre la abolición de la esclavitud y el fin de la Guerra Federal. En las haciendas cacaoteras de Barlovento, Gallegos entremezcla y enfrenta al negro y el blanco, en su centenaria relación de dominación y atracción, que caló en el mestizaje y el tambor de la costa. A pesar de describir como ninguno, los escenarios, costumbres, razas y etnias venezolanas, en el fondo, deja traslucir la preeminencia de la aristocracia blanca y mantuana. Visión también presente en *Doña Bárbara*, *El Forastero* y *Sobre la misma tierra*.

Lectulandia

Rómulo Gallegos

Pobre negro

ePub r1.0

Horus 24.06.17

Rómulo Gallegos, 1937

Editor digital: Horus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRIMERA JORNADA

I

Tambor

Guaruras y carrizos del aborígen vencido se alejaron gimientes hacia las internadas selvas profundas y por la ruta de los ciclones, en las sentinas de los barcos negreros, vino el tambor africano.

Tam, tam, tam...

Tambor de San Juan, tambor de San Pedro, tambor de la Virgen de la Coromoto... Allá se quedaron las divinidades bárbaras, pero el alma pa gana aquí también celebra con danzas sensuales las vísperas santificadas. Y es un grito del África enigmática el que estremece las noches de América:

—¡Airó! ¡Airó!

Por las minas de Buria y de Aroa, donde el negro abrió el socavón; por Barlovento y la costa de Maya, donde el negro sembró el cacao; por los valles de Aragua y del Tuy, donde el negro plantó la caña, bajo el látigo de los capataces.

Tam, tam, tam...

Resuenan los parches del curveta y del mina. Y el alma negra vuelca en el grito sensual que le arranca la música bárbara, la entonación lamentosa que enturbia la alegría de las razas humilladas:

—¡Airó! ¡Airó! ¡Airó! ¡Manita, oh!

Vísperas de San Juan. Noche de recibirla cantando con reflejos de candiles en los rostros negros, vueltos hacia las blancas estrellas.

—Ya viene la noche oscura.

—¡Ya viene, ya!

—La noche del gran San Juan.

—¡Anjá, mirá!

—Oscura como mi negra.

—¡Ni má, ni má!

—¿Qué hará mi negra tan sola?

—¡Llorá! ¡Llorá! Tam, tam, tam...

Ya cierran el círculo en torno de los tamboreros que parecen invocar los espíritus de la noche, en blanco los ojos, entreabierto la boca toda dientes blanquísimos, mientras las manos ágiles les arrancan a los parches del mina y del curveta el alma frenética de la música negra.

Cotizas de estreno, enaguas almidonadas, pañuelos de Madrás oprimiendo las greñas rebeldes, brazos desnudos, buenos para el mordisco de la lujuria, algunos con verdugones del látigo de los capataces. Sombrero de cogollo y muda limpia de listado los hombres; al pecho, sobre la franela, terciado el escapulario de la Virgen del

Carmen, junto con la mugrienta almohadilla del amuleto donde cada cual lleva un trozo de su propio cordón umbilical disecado, para que lo libre de daños y peligros la madre, viva o muerta, a la que así siempre se mantiene unido. Calor africano, hirviendo en estrellas la noche del veranito de San Juan.

Ya el curveta y el mina marca el compás de baile, y la negrada prorrumpe:

—¡Airó! ¡Airó!

Una mujer avanza dentro del círculo, en el centro del cual da comienzo al baile. Sus pies apenas se mueven en un palmo de tierra, pero el ritmo de la danza ya le sacude las caderas haciendo sonar las enaguas, ya le estremecen los pechos, ya lo respira la boca sensual, ya le resuellan las narices dilatadas, ya está en el blanco de los ojos en éxtasis.

—¡Toma tu tuna, San Juan! —grita, hacia la noche estrellada, imitándola las mujeres.

—¡Toma tu piña, San Juan! —responden los hombres a coro.

Las frutas del tiempo, que así le ofrendan al santo, mezclando lo piadoso con lo irreverente para la malicia de las risotadas en que todos prorrumpen, bajo el repiqueteo de los tambores frenéticos que estremecen la noche cabalística.

—¡Airó! ¡Airó!

Es porque la mujer que baila dentro del círculo ya elige a uno de los hombres que todavía lo forman, plantándosele por delante y cantándole:

—¡Suelta el chivato, manito! El chivato de San Juan.

A lo que responde el hombre elegido, a tiempo que sale a bailar:

—¡Asujétame la chiva, que ya estoy donde las dan! Ahora es la pareja eterna, que se busca y se esquivo, la danza vital que lanza a la hembra contra el macho. El hombre huye y la mujer lo persigue, acosándolo, atajándolo, tratando de meterle la zancadilla con que debe derribarlo, mientras los demás corean, descargando la voz unísona en el compás de los tambores:

—¡San Juan, San Juan, San Juan!

—¡Toma tu tuna, San Juan!

—¡Toma tu piña, San Juan!

—¡San Juan, San Juan, San Juan!

Hierven arriba las estrellas de las noches del trópico. La luz de los candiles pone reflejos alucinantes en los rostros enardecidos. Sube hacia los silencios supremos de la noche ardorosa el griterío de la sensualidad jadeante. Sudan los cuerpos y huele a negro todo el aire.

Ahora no se oye sino el tam tam de los tambores. La mujer ha recogido su danza al palmo de tierra que ocupan sus pies y es el hombre quien viene por ella, imitando la rueda del gallo, alas sus largos brazos, quebrándose sobre la cintura a uno y otro lado, punteando el paso menudo con alardosa agilidad, cada vez más cerca de la presa codiciada, para saltar atrás con un esguince rápido cuando ella trata de meterle la zancadilla.

Lo ha logrado, por fin. Rueda el hombre por tierra. Se alza el grito unánime:

—¡Airó! ¡Airó!

Y la hembra victoriosa desata la danza triunfal en torno de su víctima derribada, a tiempo que el coro repite:

—San Juan, San Juan, San Juan.

—¡Toma tu tuna, San Juan!

—¡Toma tu piña, San Juan!

—¡San Juan, San Juan, San Juan!

Y empieza el baile general, sobre el mismo tema de parejas que se buscan y se esquivan, trezando la danza en torno de los tambores frenéticos.

Tam, tam, tam...

—¡Tumba la vaca! ¡Tumba el becerro!

—Coge la chiva que se va pal cerro.

Tam, tam, tam...

—¡Airó! ¡Airó!

El extraño mal

He aquí el abismo donde había de sucumbir, presa del vértigo, el alma atormentada de Ana Julia Alcorta.

Una misteriosa fiebre errante que por momentos le recorría todo el cuerpo, arrebolándole las mejillas, aterciopelándole los ojos. Un gran dolor dulcísimo de punzantes lanzadas que le traspasaban el pecho, de clavos ardientes que le taladraban las manos. Congojas, ahogos y de pronto desmayos. Embelesos, ausencias del alma que se le escapaba durante largas horas y de las cuales tornaba, cual de penosos viajes, rendida, desmadejada y tan aturdida que se pasaba varios días, sonámbula despierta, sin entender lo que le hablasen, sin sentir la resistencia del suelo bajo sus plantas leves ni la materialidad de su cuerpo dentro de las ligeras ropas.

Los médicos que la habían examinado siempre se quedaron cavilosos cual si no acertasen a descubrir la causa del mal que la consumía; pero, sin embargo, todos habían coincidido en esta opinión, formulada junto con una sonrisa:

—Nada grave, propiamente. Con el matrimonio desaparecerá todo eso.

Pero Ana Julia no quería casarse. No le faltaban adoradores, porque era bien parecida, dulce y amable, ni entre ellos dejaba de haber alguno que fuese de sus predilecciones; pero a todos los rechazaba con bruscas genialidades, incompatibles con la suavidad y la delicadeza habitual de su carácter.

—¡Pero, hija! —decíale la madre—. ¿Cómo es posible que entre tantos que te cortejan, todos buenos partidos, no haya ninguno que sea de tu agrado? Piensa que pronto cumplirás los veinte años y que quizá no te duremos mucho tu padre y yo, que ya somos viejos. Es tiempo de que vayas eligiendo marido.

Pero ella se estremecía, con repudios de toda su alma, muchas cosas en la trezada tormenta inconfesable, y replicaba suplicante:

—¡Hazme el favor de no insistir en eso, mamá! ¡Déjame tranquila! ¡Por Dios te lo pido!

Y la extraña dolencia seguía consumiéndola.

Una inquietud indiscernible que iba apoderándose de su ánimo en remitencias periódicas. Una impresión ya casi visual de cierta sombra proyectada sobre ella, de algo espantosamente negro, que fuera a echársele encima por momentos. Cerraba los ojos, temerosa de que aquello se hiciese de un tono visible, y era entonces una horrible noche oscura dentro de su espíritu desamparado; trataba de abrirlos para defenderse de la monstruosa presencia que por instantes sentía materializada en aquellas tinieblas y su voluntad forcejeaba inútilmente contra otra, más poderosa, sobrehumana, que ya no le permitiría movimiento alguno y así se quedaba en angustia mortal, esperando la tremenda cosa que habría de sucederle. Luego, el extraño dolor dulcísimo, de la lanzada en el pecho, de los clavos taladrantes, y la lengua de fuego que empezaba a recorrerle todo el cuerpo. Después, el profundo desmayo, la ausencia del alma y la vuelta extenuada, exhalando un suspiro y balbuciendo:

—¡Dios mío! ¿Por qué me has escogido para esto? ¡Ya no podré defenderme más!

Sus padres, inclinados sobre su rostro exangüe en la espera de que volviese de aquellos desmayos, cuando le oían tan extrañas palabras levantaban las miradas y en silencio las cruzaban entre sí.

—Daños que le han echao —opinaban las viejas esclavas domésticas, participantes de la tribulación de los amos—. Yo como su mercé don Carlos me dejaba de tanto médico y tanto menjurje y se la llevaba al brujo del Alto de Macanilla pa que la ensalmara.

Desde los comienzos de su vida, tal vez, se encarnizaron en ella las fuerzas oscuras causantes de esta tormenta espiritual, pues vino al mundo junto con la guerra que conmovió el sosiego de la familia Alcorta, acomodada a la tranquila existencia de la Colonia, y sus primeros años discurrieron en un ambiente de sobresalto que culminó en el terror del terremoto de 1812.

De este cataclismo presumía Ana Julia conservar memoria; pero al mismo tiempo lo localizaba en una noche de suprema angustia doméstica, esperando sus padres algo tremendo que sucedería de un momento a otro.

—No, hija —decíale don Carlos—. No es posible que te acuerdes del terremoto. Esa noche —a mucho concederte buena memoria— sería tal vez alguna de aquellas tremendas del año catorce, cuando se aproximaba Boves.

—Es posible —concedía ella—. Porque conservo la impresión de muchedumbres huyendo de algo terrible que se acercaba.

—La emigración del catorce —ratificaba el padre.

—Pero al mismo tiempo —insistía ella— la de un gran silencio, de un silencio

espantoso, después de un cataclismo.

En cambio, no conservaba memoria de otra gran impresión de su infancia, por los nueve años. Una tarde, en su casa de Río Chico, ya anocheciendo. Gritos en la calle que la hicieron asomarse a la puerta. Un negro de estatura descomunal, a quien traían atadas las manos a la espalda, cubierto de sangre, en medio de una multitud que lo apedreaba y lo apaleaba. Su padre la quitó de la puerta, la hizo entrar en la casa y salió a informarse de la causa del acontecimiento. Luego regresó con la explicación, dándosela a doña Águeda, que lo esperaba en la entrepuerta, de modo que sólo ella pudiese oír. Pero a ésta se le escapaban las exclamaciones:

—¡La hijita de Crisanto! ¡Dios mío! ¡Qué monstruo!

Ana Julia, que por ahí andaba, oyó sin entender y en seguida olvidó; pero si alguien le hubiese sondeado los abismos del alma, habría descubierto que allí estaba escondida la instantánea intuición atroz, que nunca debía ser recordada, de donde provenía todo aquel extraño embrujamiento.

Comenzó, desde aquel mismo día, por una aversión a la comida que hubiesen guisado las esclavas del servicio doméstico, convirtiéndosele pronto en un asco invencible por todo lo que hubieren tocado manos negras. Al principio, la madre se lo combatió como capricho pueril, reprendiéndola y obligándola a tomar el alimento repulsivo, pero en vista de que el estómago se lo devolvía, contemporizó y tuvo que guisarle ella misma lo que había de llevarse a la boca, aunque sin dejar de reprenderla:

—Va a castigarte Dios por esa grima que les has cogido a los pobres negros. ¿No son cristianos como tú? ¿No te quieren y te miman las negras de casa más que a las niñas de sus ojos? ¿Por qué les has cogido esa idea?

Ella no sabía explicar por qué, y en sus oraciones, siguiendo el consejo de la madre, le pedía a Dios que le quitase aquellas grimas.

Pero fue años después cuando comenzó a manifestarse verdaderamente la perturbación espiritual, coincidiendo con la transformación de la niña en mujer. Un día, en la escuela, cuando por haber mojado demasiado la pluma, se le mancharon de tinta los dedos.

La maestra la reprendió duramente, la llamó puerca, la calificó de inmunda, y fue tal la impresión que le causaron estos epítetos —de todo punto injustos, pues, por lo contrario, era excesivamente cuidadosa de su limpieza—, y en tan crítico momento de depresión nerviosa vino a oírlos, que aquella tarde tuvo fiebre y por la noche una pesadilla en la que se veía ennegrecer por instantes, extravasada bajo su piel blanca y fina una sangre inmunda, negra como la tinta.

Desde entonces no le fue posible usar la pluma sin mancharse los dedos, porque esto la hacía sentirse desgraciada, condenada a una injusticia, que no era solamente la del castigo que le impondría la maestra por juzgarla obcecada, sino una gran injusticia que con ella debía cometer la vida, y semejante pensamiento le era grato.

Pero al mismo tiempo su desequilibrio espiritual, consiguiente a la transformación

recién operada en su organismo, dio origen a una reacción mística. Recordó las palabras de la madre que le anunciaban castigo de Dios por aquellas grimas, vio pecado de soberbia en el amor de su blancura y su limpieza y le pidió a Dios, ardientemente, que le inspirase amor a los negros, que la volviese negra a ella misma, como a Santa Efigenia. Y fue así como una noche, durante sus oraciones frenéticas, tuvo la primera visita de aquella cosa negra que ya iba a echársele encima.

Un día de años después, pasada la más tormentosa de aquellas crisis de punzantes lanzadas y largos desmayos, tomó determinación de internarse en un convento no porque tuviese verdadera vocación monjil —aquel arrebató místico había sido pasajero—, sino porque allí tal vez encontraría la paz del alma.

A los padres no podía agradaarle tal determinación de la única hija que los acompañaba —ya casado el primogénito Fermín—, y como aún abrigaban esperanzas fundadas en el remedio positivo, trataron de combatírsela. Ella misma insistió, y entonces le propusieron:

—Bien. Te irás al convento de las Carmelitas o de las Concepciones de Caracas, si tal es tu decidida voluntad —díjole don Carlos, conforme a lo convenido con la esposa—. Pero mientras podamos trasladarnos a la capital nos complacerás en esto: pasaremos unos días en la hacienda. Nunca has querido volver allá, y allí quizá esté tu curación. Vida de campo es lo que necesitas, a lo menos por un tiempo.

Una extraña sonrisa asomó al rostro de Ana Julia y su voz tuvo una entonación singular cuando formuló esta pregunta, en apariencia innecesaria:

—¿Ustedes quieren que yo vaya a la hacienda? ¿Tú también, mamá?

—Iremos contigo —respondió doña Águeda—. Unos días de campo, como ha dicho tu padre...

—Bien —accedió ella, todavía con la sonrisa extraña en el rostro exangüe—. Ya que ustedes mismos lo desean.

Más de cinco años separaban este momento de aquéllos cuando en la escuela mojaba demasiado la pluma para mancharse los dedos y sentirse desgraciada, víctima de una gran injusticia; pero las palabras de ahora obedecían al mismo sentimiento de entonces. Sólo que ella no habría podido explicar cuál era.

Humillados y burlados

Víspera de San Juan. En los cacaotales de «La Fundación» los esclavos trabajan con ahínco.

—Ésta es la tarea de hoy —les había dicho el capataz Mindonga, indicándoles un extenso espacio invadido por las malezas—. De aquí a la tarde tienen que dejá to esto limpiecito como patio e baile, mismamente que si aquí juera a sé el tambor de este año. Sáquenle son a las taguarás como si estuvieran repicando curveta.

Escardillos y machetes de rozar no tienen descanso en las manos afanosas; pero

ninguno trabaja tan contento como *Negro Malo*, porque mientras la filuda herramienta que maneja su fornido brazo va dejando el campo limpio de matojos, su pensamiento se complace en las malicias que ha compuesto para el tambor de San Juan.

Satisfecho de la obra de su ingenio y sin interrumpir la de sus brazos, como no sabe permanecer callado mucho tiempo, rompe a reír, mostrando la dentadura perfecta, y luego exclama:

—¡Ah, versos güenos, manitos, los que tengo preparaos pa esta noche! To los negros y los zambos de por estos contornos de la redondez del mundo se van a quedá reyéndose siete días con sus siete noches en cuantico no más me escuchen hacele mi ofrenda al Santo.

Pero el capataz —que no permite distracción en el trabajo ni puede oír la palabra zambo sin que le escueza, además de tenerle ojeriza al negro burlón— lo reprende agriamente:

—¡Jala tu taguara callao, negro bocatero! Que toa la juerza la está gastando siempre en dale a la jeta.

—¿No le digo? —refunfuña entre dientes *Negro Malo*—. Este maldito zambo la tiene cogía conmigo. ¡Jm! Cualquiera día de éstos, en una hora menguá, me va a rebosar la totuma de la pacencia y voy a tené que acomodale el filo de la taguara en el tronco de la nuca, manque después me hagan piazos. Si es que a los zambos los cobran como si fueran blancos. ¡Míen que es mucho! ¿Quié decí que ni con versá pué el pobre negro pa aliviarse el trabajo? ¡Maldito siá el pae Las Casas!... Si no miente la historia que nos echó el coriano José las Mercedes, cuando estuvo por aquí soliviantando las esclavitudes. Que a esta hora y punto yo quizás andaría con él, echando tiros por esos montes, si no hubiera sío la mano que le pasó en Panaquire, donde en paz descansa... ¡Míen que es mucho! Tené que sembrale y recogele el cacaíto al blanco, agachando el lomo bajo el mandador del zambo.

Mozo fornido, recio para el trabajo y siempre en humor de bromas y jugarretas —por lo cual y no por mala índole dábanle sus compañeros el apodo—, bien proporcionado, escultural la musculatura que lo embellecía y de facciones extraordinariamente finas para su tipo racial, este negro gozaba de unánimes simpatías entre los esclavos de «La Fundación» y el amo lo estimaba mucho.

A propósito de lo cual, solía decir el esclavo ironista:

—Es que él es agradeció con sus bestias buenas. Ná menos antiayer me dijo la mula mora, cuando le echaba el malojito: Compañero, el amo nos aprecia bastante.

Sólo el capataz Mindonga no podía pasarlo y vivía maltratándolo de palabra por cualquier motivo, provocándolo a que se los deparase suficientes para pasar a las vías de hecho, vergajo en mano. Pero el negro ladino le adivinaba las intenciones y como sabía que ante el amo —por más que lo distinguiese con especial cariñoso trato— siempre se saldría con las suyas aquel zambo adulón y leguleyo, evitaba darle oportunidades de llevar a cabo las que le tenía juradas y se limitaba a refunfuñar entre

dientes sus reconcomios. Que, por lo demás, se le pasaban pronto, porque, en realidad, no era rencoroso.

Como se le desvanecieron los de aquella mañana, apenas se hubo alejado el capataz para inspeccionar la tarea del «paso de vara» que en otro sitio les había impuesto a las esclavas.

Además, mal podían durarle tarabasquiñas si al mismo anochecer de aquel día comenzaría el baile de tambor donde el negro olvida todas sus penas. Ya Tapipa y Roso Comoroto, los mejores tamboreros de todo Barlovento, debían de tener bien templados el mina y el curveta, y si el amo se mostraba espléndido, cual de costumbre y como particularmente era de esperarse aquel año de cosecha copiosa, ya en el repartimiento estarían las esclavas viejas —dadas de baja para las labores del campo— preparando el carato de acupe y las golosinas con que se regalarían durante el baile, que era cosa de toda la noche y todo el día siguiente.

—Jala tu taguara callao, *Negro Malo* —se repite para sus adentros—. Esta noche te desquitarás bailándole sabroso por delante a la negrita Saturna, que ya te ha ofreció metete la zancadilla. ¡Y güena moza que está la condená!... ¡Jm! Lo que soy yo, si me sigo descuidando con la negrita, como que en cualquier día de éstos me van a está oyendo decile al amo: —Su mercé, deme su licencia pa casarme con Saturna, que ya no me deja trabajá con fundamento... ¡Párate ahí, *Negro Malo*! ¿No vendrá de por ese lao la inquina que te tiene el zambo Mindonga? Acuérdate de lo que te contaron trasantiayer... ¡Jm! ¡Como vaya a resultá verdá que el capataz esté buscándome las vueltas a la negrita! Seguro mató a confiao, dice el dicho. Esta misma noche voy a salí de dudas, pa sabé si tengo que amolá la taguara más de lo que pide el monte.

Y ahora sí guarda silencio hasta el fondo de su alma, mientras la tufarada de los celos se le descarga por el hercúleo brazo que maneja el machete de rozar.

Ya los rayos del sol caen a plomo por entre la fronda inmóvil. Jadean los esclavos doblegados en la faena excesiva. Rajean los conotos burlones entre el follaje de los altos guamos y bucares que le dan la sombra al cacaotal, saltan de rama en rama las ardillas ágiles y cautelosas, suena la hojarasca por donde huyen las culebras desalojadas de los mogotes. Una se arma ante *Negro Malo*, dispuesta a defender su guarida donde acaso tiene su cría. Él le troza la cabeza de un tajo y por el color de la venenosa serpiente y lo que a él le hierve dentro del pecho, rezonga:

—¡Zamba tenías que sé!

Ya se acuestan los rayos del sol de los araguatos, color de la piel de estos monos, que a esta hora regresan en bulliciosas manadas a los árboles copudos y tupidos donde suelen pernoctar. Es como un gran viento ululante que avanzara estremeciendo el bosque, como un rumor de muchedumbres gimientes.

Está concluida la faena excesiva y el capataz sonrío pérfidamente al contemplar el vasto espacio limpio de breña y mogote.

—Así me gusta —díceles a los esclavos que allí apuraron sus esfuerzos—. Se han

ganao las sabrosuras de esta noche y mañana será otro día.

Sonríen a su vez los negros, creyendo que Mindonga alude al baile de tambor y echándose al hombro el escardillo se encaminan al repartimiento, en pos del capataz a caballo. Son treinta hombres desnudos de cintura arriba, apenas con calzones arremangados a los muslos; pero los viste de belleza humana la recia musculatura endurecida en el trabajo, y el sudor de la jornada les decora la piel negra con los reflejos del sol de bronce.

Caminan en fila india a través del cacaotal, por donde los árboles irregularmente plantados hacen serpentear el sendero. Dejan más adelante el cobijo de bosque y salen al claro de las barrancas del Tuy. Por el turbio río de morosa corriente remonta una canoa, cuyos bogas, esclavos de «La Fundación de Arriba», saludan a los caminantes, unos y otros propiedad de don Carlos Alcorta:

—¡Adiós, manitos!

—¡Adiós, manitos! —respóndenles—. ¿De dónde la traen?

—De Boca e Paparo —contestan desde la canoa.

—¿Ya zarpó la goleta? —les pregunta Mindonga.

—Fondeá la dejamos, ya con to el cacao a bordo, esperando el viento no más.

Y a sus compañeros de cadena:

—Güeno, pues, manitos. Esta noche nos veremos en el tambor.

—Si Dios quiere —agregan los que van bordeando la barranca—. Lleven güenos versos para que se contrapunteen con *Negro Malo*, y que ha compuesto unos de flor.

Y Mindonga sonrío pérfidamente.

Por otro sendero vienen las mujeres, sobre la cabeza el canasto de cacao recogido en el paso de vara. Abre la fila Saturna, sonriendo a la mirada de *Negro Malo*. Mueve, al acompasado andar majestuoso a que le obliga la carga, sus ancas potentes, erguido el torso y al peso del cesto el paso asentado estremece bajo el corpiño mugriento los senos virginales de pezones erectos. Y como allí se prenden los ojos del hombre que la codicia, hace mohín de pudor y muestra en la risa reventona los dientes bonitos, apretados y parejos como el grano del jojoto en la buena mazorca, mientras se dice, pensando en la zancadilla que ya le tiene dedicada:

—A ese negro juyuyo lo tumbo yo esta noche.

Pero como él no hace sino mirarla, faltando a su locuaz costumbre, se azora y rezonga:

—¡Umjú con el hombre! ¿Me irá a comé con los ojos? ¡Ave María Purísima! Charlando entre sí los demás de una y otra fila, todos desembocaron en el patio de la hacienda, donde ya estaba recogido bajo las casillas que lo defendían del relente de la noche el cacao que allí se extendía al sol durante el día, y en descabalgando el capataz Mindonga les dijo:

—Bueno. Como hoy han trabajado mucho y deben de está cansaos, se les perdona el rosario de esta noche. De mo y manera que en cuanto se haigan comío los troncos pué dirse ca uno a su estera.

Era el humillante tratamiento que solía darles en ausencia del amo —ante quien, por lo contrario, fingía tratarlos bondadosamente—, pero ahora se sentían además burlados y se miraron entre sí, haciéndose las tácitas preguntas que sólo *Negro Malo* se atrevió a formular:

—¿Cómo es eso? ¿Ca uno a su estera? ¿Y el bailecito de siempre, por esta fecha?

—Ya dije esta mañana que machete y escardilla serían los instrumentos de la parranda de este año —repuso Mindonga, redoblando su insolencia autoritaria—. El amo no consiente más tambores en lo suyo, porque le da su rial gana no permitirlos. Que pa eso es amo y no tiene que da explicaciones, como no se las da a las bestias que monta cuando se les encarama encima. De mo y manera que ya está dicho: ca negro a su estera y sin rezongá, no vaya a sé de verga y lomo el tambor que se oiga esta noche por aquí. Que, por cierto, ganas de tocarlo yo mismo no me fartan.

Pero no faltaron tampoco las protestas, aunque a regañadientes:

—¡Esto es mucho! Ya nos privan hasta del bailecito del tambor, que es la única alegría del pobre negro.

—Pero eso sí: las tareas dobles y forzás, como la de hoy.

—¿Pa qué semos esclavos, pues?

—Naiden lo es por su gusto ni por su culpa, ni to los que tuavía lo semos lo debiéramos sé, conforme a unas leyes que y que andan por ahí escritas desde el año de veintiuno. Y eso es lo que debieran de catá los amos, ya que son blancos y libres, sin habé hecho na de su propia parte pa selo. ¡Y después no quieren que haigan cosas!

—Pa mí que esto no ha sío cosa del amo —intervino *Negro Malo*—, sino de ese maldito zambo, que hasta por el nombre casi está diciendo Mandinga. Porque no hay piol cuña que la del mismo palo. Algo le habrá soplaó a los oídos de don Carlos pa que no nos permita el tambor.

Y Tapipa, menos fogoso, más resignado y un tanto mordaz:

—¿Será por la parte de blanco que y que tiene?

—Yo no sé por qué será, pero lo cierto es que hasta ahora no he visto zambo bueno. ¡Es que no puen serlo! Porque esas cosas que son y no son, siempre tiran más a lo malo que a lo bueno, como obras del Diablo que tienen que sé, porque lo que es Dios nunca anda con entaparaos y cuando va a hacé algo no mezcla las recetas.

A lo que intervino Roso Coromoto, por tirarle de la lengua, ya que con otra cosa no podían divertirse:

—Déjate de está escupiendo parriba, *Negro Malo*. Mira que tú como que no eres muy purito. ¿No has dicho tú mismo que con sólo pintarte de blanco ya lo parecerías verdadero, porque no tienes jeta ni nariz que te traicionen?

—¡Umjú, manito! Hasta hace poco estuvieron a la vista por ahí mi taita y mi mama.

—Pero en la casa de los blancos, donde servía tu agüela cuando mocita y que no había negros varones.

—¡Anjá! —exclamaron varios, ya resignados a no divertirse sino a costa del

compañero bromista—. ¿Asina es la cosa, Coromoto? ¿Qué replicas tú a eso, *Negro Malo*?

—¡Uhm! Déjame quieto, chico. Mejor es que no me busquen la lengua por ahora. Y el negro Tilingo, volviendo al tema no agotado:

—Lo que yo digo es que bien está que el amo haiga prohibió el tambor, porque amo es amo y el que manda no ruega; pero ¿por qué Mindonga, si ya lo sabía, se lo ha guardao pa última hora y nos ha estao engañando to estos días, como a muchachos?

—Pa gozarse mortificándonos —recoge *Negro Malo*—. ¿No ves que es maluco por devoción? Pero, por estas cruces, lo que soy yo bailo tambor esta noche, asina sea el mismo Mandinga quien lo ponga en la puerta de sus infiernos.

Y quienes oyeron este juramento asegurarían después que a *Negro Malo* el Diablo le había cogido la palabra.

Noche de embrujamientos

Ya se habían recogido, hombres y mujeres, a sus respectivos dormitorios comunes del repartimiento, rindiéndose en seguida al sueño reparador de las fuerzas gastadas en las recias faenas de la jornada, cuando empezó a oír *Negro Malo*, a quien desvelaban sus reconcomios, el sonido de un tambor lejano en el profundo silencio de los campos.

Se incorporó en la estera, puso oído experto y se dijo:

—Eso es en El Sitio y ya voy a está pegao allí, cuéstemelo que me cobren.

Sacó la muda limpia y las cotizas nuevas que había logrado esconder bajo la estera para la escapada furtiva, y con ellas bajo el brazo se deslizó sigilosamente hasta la puerta del dormitorio. La entreabrió cauteloso, exploró la soledad del patio adonde daba, lo atravesó de puntillas, saltó una tapia y cayó al campo abierto.

En la ardiente noche del veranito de San Juan la luna llena resplandecía sobre los montes y sobre las copas inmóviles de los guamos con fulgor espectral. Todo reposaba en silencio en torno al caserón del repartimiento y sólo a lo lejos sonaba el tam tam del tambor.

—Es en El Sitio —ratificó el fugitivo, todavía en cueros, conforme abandonó la estera, con su hatillo bajo el brazo.

Y así avanzó cautelosamente, a tiempo que rebañaba la soledad del contorno con miradas recelosas, hasta alcanzar el abrigo de unos árboles, detrás de los cuales se vistió y se calzó emprendiendo en seguida la marcha, decidido y confiado, rumbo al tam tam lejano.

Ya crujía bajo sus plantas la hojarasca del cacaotal, solitario y misterioso al incierto resplandor de la luna por entre la fronda de los guamos, cuando advirtió que el ruido del tambor había cambiado de dirección. Detúvose a localizarlo.

—No es en El Sitio —se dijo—, sino en «La Fundación de Arriba». ¿Será caso de que allá haigan permitío el baile que no nos consintieron a nojotros? Na de extraño tendría porque allá no manda Mindonga. Pero si es asina, de tos modos yo he perdío mi tiempo dejando la estera, pues si es en «La Fundación de Arriba», en cuantico no más me aparezca me echan mano y me mandan pabajo, pa que Mindonga saque su tarea conmigo, dándose su gusto. ¿No será mejor que me regüelva?... ¡Párate ahí, *Negro Malo*! Tampoco es en «La Fundación de Arriba». Ahora se escucha pa otro lao.

Un aguaitacamino, rozándole casi la oreja, le dejó la impresión escalofriante de su vuelo sigiloso. Lejos, en un árbol de la opuesta margen del Tuy, cantó una pavita. *Negro Malo* se llevó la diestra al inseparable amuleto terciado sobre su pecho, para conjurar el maleficio de las aves agoreras; pero se le detuvo, ya en los labios, la plegaria con que debía hacerlo, al fijarse en algo singular que en torno suyo ocurría. Al paso de las nubes que descubrían y ocultaban la luna, bajo el cacaotal se alternaban el claro fulgor y la mortecina luz cernida, y esto, ensanchando y reduciendo como por arte de encantamientos el espacio visual, acentuaba lo inquietante de la muda soledad del paraje.

Abriéronse totalmente en el alma del negro los abismos de la superstición milenaria. Eran espantos que se movían por entre los árboles, acaso almas en pena de los antiguos esclavos de la finca, trabajando todavía en ella, sacando las tareas de los pecados que no confesaron a la hora de morir, o quizá ánimas benditas, cerrándole todos los senderos transitables para que no acudiese al tambor que, por haberlo cogido la palabra, ya Mandinga tocaba en la puerta de sus infiernos.

Se estremeció y oprimiendo entre su diestra la mugrienta almohadilla donde iban encerradas las virtudes protectoras del trozo de su ombligo que espiritualmente, contra riesgos de daños y peligros, debería mantenerlo unido a la madre, murmuró la plegaria del conjuro:

—Mae santa que estás en tu descanso y yo contigo por donde me alimentaste cuando me llevabas en tu vientre. Tenme y asujétame cuando vaya a caé, arrebiátame a tu confianza en Dios en el mal paso y en la hora menguá.

Y reanudó su marcha a través de la medrosa ilusión de aquel ensanchamiento y reducción del espacio embrujado, porque ya no era caso de retroceder, pues comprendía, a pesar de su fe en el conjuro formulado, que si daba un paso atrás el pánico se apoderaría de su corazón.

En cuanto al sonido del tambor, ya no acertaba a localizarlo, ni, por momentos, estaba seguro de que realmente se estuviese produciendo en alguna parte tal ruido. Sin embargo, se empeñó persuadirse de que así sucedía, de manera natural.

—Ahora como que vuelve a soná pa los laos de El Sitio. Debe sé el viento que se lleva el sonido de una parte pa otra, según va cambiando... ¡Jm! Pero de viento no está soplando una garra, porque no se mueve una hoja por to esto... ¡Uhm! ¡Ahí está el zorro! ¡Aguáitale los ojos como brasas de candela!... ¿Será el zorro?... ¡Uhm!

¿Cómo que se ha reído alguno, por ahí pa dentro? Ya esto sí no me está gustando mucho.

Y apretaba el amuleto para estrechar el contacto protector, volviendo a su empeño persuasivo:

—¡Anjá! ¡Escucha el mina, otra güelta! ¡Sabroso que está sonando ahora, clarito! ¡Cata como repiquetea ese curveta! ¡Güena fiesta de tambor! ¿Dónde la estarán gozando? En El Sitio no será, pero en «La Fundación de Arriba» tampoco, y caminando palante sin voltearas de cabeza y preguntándole a los caminos con el oído parao, dice el dicho que se llega a Roma. Que es la contra de los infiernos... ¡Uhm! ¡Otra vez la risita! ¿Será Mindonga que me viene siguiendo los pasos, emboscao detrás de los palos?... Mindonga... Mandinga... Casi dice lo mismo. Mindonga. ¡Miren que llamarse asina un cristiano! ¡Si es que lo juere ese zambo maluco, que ni bautizao estará!... ¡Uhm! Déjate de disimulos, *Negro Malo*. Ahora no se trata de Mindonga, sino de que juraste que esta noche bailarías tambor, sea ande sea que lo toquen, y tienes que cumplí tu juramento. ¿Quién dijo miedo? ¡Tres Divinas Personas y Santísima Virgen del Carmen, mae de tos los hombres por el ombligo de Cristo! ¡Vamos a vé si es verdá que me cogieron la palabra! Sea ande sea, yo esta noche bailo con ese tambor. Hacia abajo suena ahora y por aquí se va pallá.

Avanzó decidido y abandonando el embrujado cacaotal por donde tenía que hacer camino tortuoso, desembocó a uno ancho, recto y limpio de monte, bordeado de caobos corpulentos, plantados a cordel y equidistantes, cuyos altos ramajes se trezaban en ojivas y ya llegaba a su término cuando se detuvo preguntándose:

—Pero ¿qué vengo buscando yo por aquí? Éste es el camino de la Casa Grande y ahora es que vengo a darme cuenta.

En efecto, ya se divisaba la casa de los amos, construida en el centro de un vasto espacio despejado de árboles y rodeada de jardines. Sobre sus patinosos tejados y en los pilares de los corredores que la circundaban, la luna brillaba intensamente y la envolvía el silencio de la alta noche.

—Allá estarán los blancos durmiendo sabroso en sus camas de siete colchones y en sus almohadas de pluma —murmuró *Negro Malo*—. Puedo pasá tranquilamente, ya que por aquí me he metío.

Pero en seguida.

—¡Aguádate ahí! ¿Qué es aquello que se mueve en el corredor? Una sombra blanca va y viene... ¿Será el amo?... ¡Uhm! Ahora se ha parao y parece que mira pacá. ¿Me se divisará desde allí? ¿Esta ropa blanca no me estará traicionando?... ¡Aguaita! Eso no es una persona rial. ¡Mírala cómo crece!... ¿Será que viene acercándoseme?... Pero parece que estuviera quieta... ¡Ave María Purísima! Eso es un espanto. Déjame rezale la Mannífica.

De pronto se estremeció, sacudido por el terror ya insuperable. La sombra, después de haber alcanzado una magnitud descomunal, por encima de los techos de la casa, se empequeñeció repentinamente y sin que se la hubiese visto avanzar ya estaba

en el sendero, bajo el arco ojival de los caobos in mensos, y acto seguido, como por obra de embrujamiento, a pocos pasos de *Negro Malo*.

—¡Manita! —balbuceó éste, temblando de pies a cabeza, crispada la diestra sobre el amuleto, convencido de que se trataba de un fantasma, el más espantable que viesen ojos mortales—. ¡En el nombre de Dios te ruego que me dejes el paso franco!

Lanzó un gemido la sombra y cayó por tierra. *Negro Malo* permaneció inmóvil, conteniendo el aliento. Luego murmuró sordamente:

—¡Escúchala cómo se queja! Como una persona rial...

Avanzó contra su voluntad, ya bajo el influjo del encantamiento. Sonaba el tambor misterioso en el latir de sus sienas.

Tam, tam, tam...

Se detuvo exclamando:

—¡Si es la Blanca!

Era Ana Julia, en efecto. Había abandonado furtivamente el lecho donde se agitaba insomne, en busca de aire libre para su pecho oprimido por la angustia precursora del dolor de la lanzada. Se había paseado largo rato por los corredores, como un duende en el silencio de la alta noche, hasta que de pronto se apoderó de su alma la atracción fascinante del bosque negro y mudo que se extendía en torno de la casa. Un momento se detuvo a contemplarlo desde lo alto de la escalinata por donde se subía a la mansión altanera. Luego, ya insensata, descendió, atravesó el jardín y se encaminó al callejón de los caobos gigantes. Allí vaciló un momento al divisar la sombra blanca que, a su vez, hacía la indumentaria del fugitivo; pero en seguida le acometió el vértigo de los abismos de su mal y allí estaba ahora, ausente el alma, tendida en medio del camino del esclavo temerario. Su semblante, fino y pálido el fulgor de la noche embrujadora, todavía expresaba una pena acerba, una tormenta honda y recia...

El salto más allá del límite

Había contemplado un encanto y cuando esto sucede sobrevienen profundos trastornos. Estaba embrujado.

Le amaneció sobre la loma de un cerro, soñador embelesado, tendido de cara al cielo, emparamada de relente la ropa rasgada por las malezas, suspensa el alma de la última frase que habían murmurado sus labios al borde del encantamiento:

—¡La Blanca!

Era como el agua turbia de las avenidas del monte, que luego se arremansa y poco a poco va volviéndose clara hasta el reflejo puro y quieto del cielo. O como un alba cándida, de un día ya perenne, que hubiese invadido una caverna. ¡Qué hermoso acontecimiento imprevisto, qué divina cosa había sucedido de pronto en su vida!

¿Por dónde fue el vagar de aquella noche gloriosa? ¿Qué hierba suave alfombraba

aquel camino a cuyo término se llegaba sin cansancio?... Todo su cuerpo estaba florecido de recuerdos y, sin embargo, no había punto en él donde pudiera posarse la memoria. Era como si todo aquello le hubiese acontecido a un hombre en el ensueño de otro hombre.

La luna se había puesto en marcha junto con él para alumbrarle el paso errante y las nubes se abrían en silencio franqueándole un sendero azul, sembrado de estrellas tiernas. Porque al dar un salto imprevisto sobre un abismo, al hombre le habían nacido alas en los calcañares y ya más no tocó tierra escabrosa ni breña punzante, sino aire blando, en vuelo suave. Y así se fundió en la gloria del amanecer, que fue de oro y sedas brillantes...

Abajo, cuando todavía era noche, ardían candelas y sonaban tambores por las laderas del monte; pero como resuenan cuando regresan, al frente de sus tropas, los generales victoriosos... De seda era la casaca vistosa, de oro las charreteras, el caballo blanco con herraduras de plata y la espada desnuda brillaba... El mar reflejaba, allá abajo, los destellos gloriosos; por los montes corría, tierras adentro, el redoble de los tambores. Desde la cumbre más alta del mundo un rey sonriente contemplaba su reino, que era toda la tierra, hasta donde se perdía de vista. Un hombre que ya no era negro, que nunca había sido esclavo.

Pero esto no sucedió sino en el ensueño del otro; el que estaba ahora tendido sobre la loma del cerro no hacía sino murmurar, una y otra vez:

—¡La Blanca!

Mas cuando un hombre traspone sus límites, siempre hay otros que salen a darle caza, y nada de extraño tenía que fuesen los propios esclavos de «La Fundación». Los azuzaba Mindonga, como a trailla de perros de presa:

—¡Por aquí! ¡Por aquí va el rastro!

Ya repechaban la cuesta de la loma cuando se incorporó el embelesado. A la cabeza venían Tapipa y Roso Coromoto, sus mejores amigos, y al distinguirlos, tan afanados en darle caza, murmuró sordamente:

—¿Ustedes, manitos?

Pero en seguida la divina claridad interior de su salto más allá de sus límites le hizo comprender que era natural que así sucediese y con afecto se los quedó mirando —desde donde ellos no lo divisaban todavía— como a los amigos a quienes no se verá más.

—¡Adiós les digo, manitos! —murmuró para sí—. Porque ya pertenezco al mundo de los hombres soberanamente libres. De los hombres que por fin han cogido el monte que hacía tiempo los estaba llamando.

Dicho lo cual se deslizó a gatas por entre las breñas de la loma, hasta alcanzar una quiebra boscosa que cerca de allí se desprendía ladera abajo, y ya en ella emprendió la fuga apresurada, de cara a unos cerrajones abruptos que más allá se empinaban, brindándole guarida inaccesible para sus perseguidores, pues sólo un fugitivo que estuviese defendiendo la vida podía aventurarse por aquellos desbarrancaderos.

Pero le siguieron el rastro, y toda la mañana estuvo oyendo los gritos con que los azuzaba Mindonga.

—¡Por aquí va! ¡Por aquí va!

Ya era pasado el mediodía cuando Tapipa, siempre a la cabeza de los perseguidores —no por empeño de darle caza el primero, sino por lo contrario, para desviar el rumbo si acertaba a divisarlo— se detuvo en lo alto de uno de aquellos cerrajones y esperando a sus compañeros, y especialmente al capataz que con ellos venía, enardecido en la persecución, díjoles cuando se le reunieron:

—*Negro Malo* es hombre perdido.

Y mostrándole al capataz uno de los matojos suspendidos sobre el abismo del cerrajón cortado a plomo, agregó:

—¡Aguaita! Ahí perdió el favor de máe que hasta esta hora y punto venían salvándolo de daños y peligros.

¡Aguaita su amuleto enredao en esas breñas! Por aquí se desbarrancó en las angustias de la juyidera.

No era concebible que despeñándose por allí nadie saliese con vida, y Mindonga, aceptando la versión de Tapipa, dijo al cabo de un rato de exploración del abismo, al borde del cual, por lo demás, era forzoso detenerse:

—Córtense por ahí una vara, con un garfio en la punta, a ver si alcanzamos a recoger esa porquería.

Y haciéndolo así, al atardecer regresó a «La Fundación» donde lo esperaba impaciente don Carlos Alcorta, que en todo el día no había hecho otra cosa sino pasearse por el patio donde se extendía el cacao.

Descabalgó y se acercó al amo, mostrándole el amuleto del fugitivo. Creyó don Carlos que así quería demostrarle la muerte dada al dueño de aquella reliquia, y repuso:

—Vivo era como lo quería.

Mindonga explicó. Hubo un breve silencio, y al cabo concluyó el señor Alcorta:

—¡Tira eso!

Pero Tapipa intervino, a fin de apoderarse de la reliquia que no debía ser profanada:

—Permítame su mercé que más bien la entierre yo, como es debío, siendo cosa sagrá.

—Dásela —díjole a Mindonga don Carlos, que no estaba para combatir supersticiones. Y en seguida se regresó a la Casa Grande.

Tapipa no enterró el amuleto, aunque fingiendo haberlo hecho; pero contribuyó a la leyenda que debía formarse —según la cual a *Negro Malo* se lo llevaría el Diablo que le había cogido la palabra temeraria— refiriéndoles a sus compañeros de superstición, como prueba irrecusable:

—Cuando llegué a lo alto del cerrajón, tuavía se sentía la olor de azufre que deja Mandinga donde se aparece.

Y todos aseguraron que ellos también lo habían sentido.

II

El Cachorro

En «El Matajey» —vegas de caña y frutos menores pertenecientes a «La Fundación» que cultivaba en medianería José Trinidad Gomárez, mestizo de canario de Lanzarote y de criolla mulata, casado con la manumisa Eufrasia, que ya le había dado dos hijas —, ya cerca de la medianoche, estaba él asomado a la puerta de su rancho, dentro del cual aún había luz y de rato en rato se escuchaban gemidos, cuando vio que llegaban dos personas a caballo.

Se adelantó a recibirlas como a gente esperada ya con impaciencia.

Era Fermín Alcorta, hijo mayor y único varón de don Carlos, acompañado de una vieja esclava de su casa que se arrebujaba con un mantón de paño negro y largos flecos, no siendo propio de su condición, pues tal prenda sólo acostumbraban llevarlas las señoras de calidad, de donde provenía el epíteto de mantuanos que por extensión se les daba a los blancos de la aristocracia.

—¿Están solos Eufrasia y tú? —preguntó Fermín Alcorta, ya en tierra.

—Tan solos que ya me estaba viendo a vapores, porque la cosa como que quiere adelantase.

—¿Las niñas duermen? —insistió Alcorta.

—Sí, señol. Descuide, don Fermincito, que to se ha hecho conforme a sus disposiciones.

Y dirigiéndose a la esclava:

—¡Gracias a Dios que llegas a tiempo, Nazaria, porque la criatura como que viene con ganas de pegá el primer leco antes de que el gallo cante! Chacá la que ya trais en los brazos, pa luego ayudarte a bajá.

—No —repuso la negra vieja, en cuya voz había un estrago de pena honda—. Está de más de fresca la noche y se pué resfriá. Ayúdenme ansina mismo entre los dos, usté también, niño Fermín. Bájenme en peso, que no es mucho más del mío sola.

Entró Nazaria en la casa de «El Matajey» con lo que llevaba en brazos bajo el mantón prestado y volvió a poner el pie en el estribo Fermín Alcorta. Pero antes de echarle la pierna al caballo díjole a Gomárez:

—Nunca sabré agradecerte bien el favor que esta noche me haces para toda la vida. He cometido, como ya te he dicho horas antes, una falta que jamás me perdonaré. ¡Doble culpa! He traicionado la confianza de mi esposa con un desliz vulgar y he dado origen a que venga al mundo una criatura cuya madre no puede retenerla consigo.

—Descuide, don Fermincito —volvió a decir Gomárez—. No se atormente más. De esta casa no saldrá nunca una palabra en contra del juramento que endenantes le

hicimos Eufrasia y yo ante el Santo Cristo.

Y hechas así las cosas, al día siguiente pudo decir José Trinidad Gomárez que su mujer le había dado un par de mellizos: una niña más y un niño.

De la ausencia de la noche de San Juan no volvió por completo el alma de Ana Julia Alcorta. Se acabaron las lanzadas que traspasaban el pecho, pero el espíritu quedó sumido en los negros remansos de la melancolía. Nadie volvió a verle la cara —recluída en la Casa Grande, ni a cuyos corredores se asomaba, todo el día en su habitación, sentada ante una ventana que daba vista al mar lejano por entre el arbolado de la hacienda— fuera de sus padres que con ella compartían la reclusión y de la negra Nazaria, que la había visto nacer y en ella había puesto todos sus amores —su hija blanca, como la llamaba—, criándola cuando a doña Águeda se le quedaron enjutos los pechos, lidiándola de pequeñita, contándole cuentos bonitos para que tuviese sueños agradables, contemplándola, sufriendo junto con ella los dolores de las lanzadas y al lado de ella compartiendo luego el silencio de la melancolía.

Así llegó a los trances finales de su vida. La asistió el licenciado Cecilio Céspedes, cuñado de Fermín, y éste hizo el sacrificio de su buena reputación ante los Gomárez, a fin de que ni ellos supiesen la verdad. Murió dos días después del parto y en pos de ella la pesadumbre del infortunio se llevó pronto a sus padres, pero en la confianza de que todo se había hecho sin mengua de lo cristiano, conforme a lo que exigía el cuidado de la honra.

En premio del secreto que se les confiaba y por los gastos de crianza, los Gomárez recibieron la propiedad de las vegas de «El Matajey» —que ya venían cultivando en medianería desde los tiempos del isleño padre de José Trinidad— y allí discurrieron serenos los primeros años del repudiado de la Casa Grande, que por su parte no les dio mucha lidia, pues en la cuna se pasó los días sin rebullir, contemplándose los dedos gordezuelos de los piecitos, y desde que pudo valerse de ellos no los empleaba para travesuras, sino para ir a sentarse fuera de la casa, a solas y en silencio, en un sitio tranquilo, desde donde pudiera alzar los ojos a las cumbres de los montes lejanos y allí dejarlos como olvidados, horas y horas.

Pero si con aquella mansedumbre, añadida a la compasión que tenía que inspirarles, ya se había conquistado el amor de los Gomárez —muy especialmente el de José Trinidad— a Eufrasia empezaron a intrigarla muy pronto estas contemplaciones y se lo pasaba espíandolo, no como a un niño cualquiera, más o menos soñador.

—¡Aguáitalo, José Trinidad! —insistía en decirle al marido—. Tuitica la mañana se la ha pasao asina. ¿Verdá que parece un caidito de otros mundos que tratara de recordarlos?

—¡Quién sabe! —repúsole una vez Gomárez, ya molesto por la insistencia impertinente.

—¿Tú crees, José Trinidad? —replicó la simple, atemorizada—. ¿No nos trairá daño eso?

—¡Qué voy a cré, mujé! Quítate esa tema y deja quieto al muchachito, conforme a su inclinación.

No se la combatía, pero continuaba observándolo, y sí se le acercaba inquisitiva, convencida de que iba a oír revelaciones extraordinarias, del propio mundo de las brujerías:

—¿En qué piensas, Pedro Miguel?

Como él se le apartara arisco para irse más allá a sus contemplaciones inexpresables, ella regañaba:

—¡Jesús, criatura! No se te pué arrimá un cristiano sin que salgas juyendo y gruñendo como un animal del monte. No seas tan cachorro.

Y de aquí el apodo que pronto le dieron.

Entre días llegábase hasta allí la vieja Nazaria. Iba a llevarle golosinas «al repudiaíto» y a contarle cuentos —los mismos que le había contado a Ana Julia— y como el niño le preguntase una tarde qué era la luna y por qué siempre se aparecía tras la loma de aquel cerro sobre el cual ya se remontaba, se le ocurrió responderle con esta invención de su inagotable ingenio narrativo:

—Ésta era una niña bonita, muy blanca, muy suave, muy buena. Y sucedió que una noche, que en ese entonces tuiticas eran muy oscuras, se levantó sonámbula de su camita, que era una flol de mayo blanca donde ella dormía acurrucaíta, porque cató de escuchá unos quejíos allá lejos, y caminando, caminando... que a ca paso que daba iba reventando una azucena entre el monte, llegó hasta la loma de un cerro donde se topó con un viejito que estaba allí íngrimo y solo, tiritando de frío y llorando, llorando.

—«¿Qué te pasa, papá Dios? —le preguntó la niña Ana Julia, que ansina se llamaba ella, y al mirarlo no más cató de vé que era el Señor de los cielos—. ¿Por qué estás llorando asina, tan solito?

«Y Él qué le respondió:

—«¡Ay, mijita! Porque esta tardecita me se cayó el sol en la mar y no veo el camino pa regresame a mi celestial palacio. ¿Tú quieres alumbrármelo, mijita?

—«¡Ay, papá Dios! —dijo ella entonces—. La cosa es que no truje vela ni candil.

—«No importa, mijita —le contestó el Señor—. Ya verás cómo vamos a hacé la cosa. Tú te quedas asina como estás, sobre el topo del cerro y yo te me quedaré mirando, mirando, mirando. Si me prestas tu blancura, le pondré una luna a la noche para que no sea tan oscura.

«Bueno, pues. Dice el cuento que la niña Ana Julia se quedó quietecita y que papá Dios se la quedó mirando, mirando. Y como ella era tan blanca y Él tó lo puede, sucedió que la niña Ana Julia se jué poniendo brillante, brillante, brillante... Y asina se remontó por los cielos. Como la estás aguitando ahora y ella a ti te está mirando, mirando, mirando... Y colorín y colorao, que ya mi cuento se ha acabao».

Con esta piadosa leyenda la vieja esclava había querido depositarle en el corazón un sentimiento delicado, siquiera hacia el nombre de su madre; pero *El Cachorro*

parecía insensible a las cosas tiernas y se quedó en silencio, con su mirada perdida en la serenidad de las cumbres lejanas.

Y aquella tarde, de vuelta de «El Matajey», Nazaria caminó pensativa.

—¿Será que habrá heredado aquello? Asina mismo, como ambilá, estuvo hija blanca desde la hora y punto en que empezó a tráilo al mundo.

Otras veces era el negro Tapipa quien se llegaba hasta «El Matajey», siempre con un pretexto diferente y cuando José Trinidad no estaba por allí.

Cruzaba algunas palabras con el niño, y cuando éste volvía a sumirse en sus contemplaciones, Eufrasia —sabedora de que el esclavo alimentaba la esperanza de que *Negro Malo* existiese todavía y se daba todas las mañanas habidas por obtener noticias que se la confirmaran— deslizaba la invariable pregunta con que su maliciosa curiosidad la inducía a intervenir en las comidillas de la negrada de «La Fundación».

—¿Qué se ha sabío?

—Naitica —fue casi siempre la respuesta.

Pero un día:

—Hay cosas —respondió el negro—. Dicen que la Blanca se está apareciendo hace noches. Que la han vido pasiándose por los corredores de la Casa Grande, asina, como muy sofocá. Yo no la he visto, la verdá sea dicha, pero valga la palabra del negro Tilingo.

—Ya me lo habían contaó —dijo Eufrasia, mintiendo, quizá sin darse cuenta.

Y Tapipa prosiguió:

—Y eso cuincide con las noticias de que por las montañas de Capaya y que anda un negro alzaó. Hay quien cuenta que le vido las güellas en la arenita de una aguá, montaña, aentro.

—¿Será él?

—Eso me pregunto yo. Pero el amuleto tuavía está vivo, por lo menos, según el latío que se le escucha cuando se le arrima el oído al cabo de año de nacimiento de su dueño y que al decí de los facurtos en esas cosas, es la seyal de que tuavía el dueño anda sobre la redondez de la tierra.

Esto fue todo lo que dijo Tapipa; pero Eufrasia, ya con una explicación de las que complacían su alma simple, aquella tarde no pudo contener el deseo de compartirla con José Trinidad.

—¿Sabes la noticia? —le preguntó, mientras soplaba el fogón adonde él se acercó por una brasa para su tabaco, ellos dos solos en la cocina—. Que por las montañas de Capaya y que anda un negro alzaó. Que se lo toparon en una aguá.

—Bueno —repuso Gomárez, entre chupada y chupada al tabaco que encendía—. ¿Y qué?

—¡Hombre de Dios! ¿No te explicas ahora la cosa? Ya habrás catao de vé que en la derechura de las montañas de Capaya es que se la pasa mirando *El Cachorro*.

José Trinidad se la quedó mirando de hito en hito.

—¿Y qué tiene que vé una cosa con otra? Vamos a suponé que juera cierto lo del negro alzao y lo de la mirá pa las montañas de Capaya, que no es sino una figuración de tu cabeza. ¿Eso qué significa?

—Vamos a suponé —te digo yo ahora— que el negro alzao juera *Negro Malo*...

—Bueno. ¿Y qué?

—¡Ah caramba, José Trinidad! ¿En qué mes naciste tú, chico? ¿En el de febrero, que es el mes que siempre se queda por el camino?... ¿Tuavía no te percatas? Pues, mira, José Trinidad, voy a tené que decirte que no puedes ocultá el isleño.

—¿Es que tú te imaginas?...

—No te atarugues, hombre de Dios. Acaba de decilo: que nos engañaron como a unos zoquetes. Es decil: que te engañaron a ti, porque lo que fui yo siempre puse en dudas el cuentecito que nos echó don Fermín.

—¡Mujer! Voy a tené que decite, repito yo ahora, que pa las malicias mujer y diablo.

Y abandonó la cocina donde ella se quedó murmurando:

—Por lo malas que semos nos buscan ustedes. Tú di lo que te parezca. Di también que to esto lo hago porque no quiero a Pedro Miguel... Si ya me parece está oyéndote... ¡Que no lo quiero! Yo que me he desvivío por él y no miro sino por sus ojos. ¡Eso era lo que me faltaba! Y esto lo decía ya entre sollozos.

Mientras José Trinidad, a solas ante el campo atardecido:

—¡Miren qué contrariedad de mujé! Lo quiere más que a hijo verdadero y sin embargo, no ha estao tranquila hasta averiguá de quién... Pedro Miguel. Ven acá, muchacho. ¿Cuándo te cansarás de mirá pa los montes, criatura? Vente a conversá conmigo un rato.

Pero al día siguiente se le presentó a Fermín Alcorta con estas novedades:

—¿Sabe, don Fermín? Se me ha deparao una buena proporción de encargarme de una hacienda, allá por los laos de San Francisco de Yare. Me mandó a avisa mi hermana, la que vive por allá... Y... Y con este motivo vengo a decile que las vegas de «El Matajey» están otra vuelta, desde esta hora y punto, a su completa disposición.

—¿A mi disposición? ¿Es que me propones que te las compre? —puntualizó Fermín Alcorta.

—No, señor. Es que... Que no voy a continuá trabajándolas, don Fermín.

—Son el justo precio a un pacto que has cumplido con lealtad.

—Yo sí, don Fermín —dijo, bajando la cabeza como para atender a la limpieza del sombrero que tenía en las manos y del cual sacudía el polvo que realmente hubiere y el que no existía—. A lo menos asina lo creo.

—Entonces... ¿Qué te pasa, hombre? Explícate mejor.

Guardó silencio un momento y luego:

—Mire, don Fermín. Ya que usted se empeña. Si en una comparación a usted le hubieran dao a guardá un dinero, pero diciéndole que no era dinero, sino otra cosa de poco valor o de ninguno, ya que estamos haciendo suposiciones, y andando el tiempo

usté llegara a descubrir que en realidad eran onzas de oro...

Se interrumpió de pronto, pero continuando con lo del sombrero. Fermín Alcorta comprendió y a su vez humilló la mirada. Era la primera vez que alguien podía ser osado a decirle que había faltado a la verdad y a la franqueza. José Trinidad abandonó el tema y concluyó:

—Ya le digo, don Fermín. Es que se me ha presentao una buena proporción.

Y Fermín Alcorta cometió la debilidad de dar por terminada la entrevista con estas palabras:

—Bien. Si allá está tu mayor conveniencia, no insistiré más. Lamentaré que te vayas de por aquí donde se te estima como lo mereces. Y te deseo buen éxito.

Puesta por obra la determinación, días después abandonaban los Gomárez las vegas de «El Matajey», con sus tres hijas por delante, y Pedro Miguel entre ambos, camino de los Valles del Tuy, donde los esperaba una suerte problemática: el trabajo que por allá encontrarán.

Y Eufrasia, encarnizados los ojos, todavía se los restregaba, recriminándose mentalmente:

—Qué hora tan menguá la de esa tarde, junto al fogón.

La herencia de Don Nadie

Había duelo en la casa de los Céspedes, por la muerte de Amelia días antes, y estaban las hermanas doloridas en la galería, ya a la oscurecida, recibiendo las visitas de pésame, cuando las sorprendió la pregunta sin preámbulos de uno que acababa de detenerse en la puerta del patio:

—¡Cuántas criaturas dejó!

No se había sacado el sombrero, aludo y metido hasta las orejas, usaba gafas y cabalgándole en la punta de la nariz, pero había inclinado la cabeza para mirar por encima de ellas. Quedábanle grandes las prendas del vestido, todo arrugas, traía atestados de libros los bolsillos, que más parecían alforjas, y el polvo amarillo del camino ocultaba el color de sus zapatos.

—Cuatro —respondió automáticamente una de las doloridas.

—No está mal cumplido el precepto bíblico —dijo el de la puerta, retirándose de ella en seguida para dirigirse al interior de la casa.

A tiempo que la otra Céspedes —solteras ambas— exclamaba, levantándose del asiento:

—¡Pero si es Cecilio!

—¡Válgame Dios! —dice la de la respuesta automática, levantándose también—. ¿Cómo es posible que yo no lo haya reconocido? Pero ambas recordaron en seguida que al hermano extravagante no le agradaban recibimientos efusivos, ni siquiera simples saludos —no era la primera vez que, sin dirigirlos ni prestarse a recibirlos,

regresaba a la casa después de largas ausencias—, y volvieron a sus asientos murmurando:

—¡Este Cecilio y sus cosas!

¡El mismo de siempre! Mientras las visitantes coreaban:

—¡Genio y figura!

Y fue así cómo el licenciado Céspedes se reincorporó al seno de la familia; de donde faltaba hacía diez años.

Fue el día de la muerte de Ana Julia Alcorta, a quien hubo de asistir en sus trances postreros a fin de que todo quedase en el secreto familiar. Le cerró los ojos, la besó en la frente —nadie había sospechado que la amase—, abandonó la Casa Grande, y sin regresar a la suya, tal como de allí salía, emprendió viaje que ahora acababa de terminar después de haberse recorrido a pie casi todos los caminos del país.

Subió a las habitaciones que le estaban destinadas en el alto de la casa solariega, abrió la puerta de su biblioteca, en cuya cerradura, como de costumbre, estaba la llave y al echar de menos la babélica confusión que, por el suelo, sobre las mesas y en los anaqueles, siempre había reinado entre sus libros, escritos en todas las lenguas, vivas y muertas, se detuvo en el umbral y preguntó en voz alta, hacia la galería:

—¿Quién ha metido aquí la mano irreverente?

—Cecilio, el de Fermín —respondieronle de allá.

—¡Ah! —exclamó memorioso, y penetró en el recinto donde solía pasarse la mayor parte del tiempo cuando estaba en casa.

Se sacó de los bolsillos los libros que todavía venían a enriquecer la ya extraordinaria colección, los arrojó sobre el escritorio como cayesen, se acercó a los estantes donde ahora imperaba la tiranía del orden, leyó algunos títulos —previo el quitarse las gafas, que en realidad no las necesitaba para nada—, hojeó algunas páginas, restituyó los volúmenes a sus sitios, y como en seguida advirtiese que todos los había puesto de cabeza, los enderezó sonriendo a la voluntad del sobrino que ya se le imponía —siéndole propiamente desconocido, pues lo dejó de meses apenas— y luego fue a sentarse al escritorio, en el sillón frailuno de alto respaldar, donde reclinó la cabeza, cerrados los ojos para que la visión real no estorbase a la interna.

—¡Cecilio el joven, Cecilio el viejo! —murmuró quedamente—. Envejecer, pasar, hundirse en el olvido...

Matemáticas, medicina, jurisprudencia... A la remisa luz de las claraboyas brillaba discretamente el oro de los lomos de los volúmenes alineados en los estantes. Astronomía, física, botánica, historia, teologías, filosofías... Todas las lenguas en que se había expresado el pensamiento y realizado el arte del verso y de la prosa... Ya era antigua la costumbre de decir los Céspedes:

—Dos cosas nadie las descubrirá nunca: ni cuándo el pez bebe agua ni cuándo y cómo pudo aprender Cecilio todo lo que sabe.

Viajando siempre a pie y con aquellas alforjas, adquiriendo aquí y allá cuanto

libro interesante le cayese ante la vista. Pero no propiamente por el deseo de saber, sino más bien por el propósito, ya extravagante, de no ignorar nada que por otros fuese sabido.

—¡Reproducirse, morir!...

Había cumplido ya los cuarenta, célibe, sin haber depositado en carne de amor otro beso que el que recogió aquella frente inerte.

—¡Puah! ¿Cuándo encontrará la vida ocupación menos estúpida? Ya no brillaba el oro en los anaqueles. Ya se podía abrir los ojos sin que se desvaneciese la visión interna. Pero el andarín caviloso se puso de pie murmurando:

—¡En fin! Vamos a conocer a las criaturas de Amelia.

Rodeado de ellas lo recibió Fermín Alcorta, a fin de que fuese más patética su viudez, y como le gustaba oírse, así se las fue presentando:

—Éste es Cecilio, en quien tengo cifradas todas mis esperanzas de perpetuación del patronímico, después de haber perdido a Carlos y a Fermín. Lo dejaste de un año apenas y te encuentras con un gran afecto en su pequeño corazón. Anhela ser tu discípulo, ambicionando imitarte en todo lo que sabes. Las letras, pues, ya en casa, como quien no dice nada. Y las virtudes domésticas, que ésas sí nunca han faltado bajo esos techos, aquí, de menor a mayor: la gracia, a quien le decimos Aurelia, en esta chinguita de siete apenas; la ternura que ya viene apuntando en esta Carmela, que pronto cumplirá los nueve y finalmente, Luisana, de doce cumplidos hace cuatro meses, una cosa muy especial que ayer no más llamé la sal de la casa, por motivos que ya se te alcanzarán cuando la vayas conociendo mejor. Por ahora, ya podrás observar cómo se le arriman las hermanitas menores, buscando la madre que han perdido.

—¡Bien, hombre, bien! —exclamó Cecilio el viejo—. Ya me has presentado a tus hijitos y me complace encontrarlos sanos y rozagantes. Que así se te conserven siempre. Ya también tuve el gusto de hallar así, aunque no en «El Matajey», donde me lo imaginaba...

Pero una de sus hermanas, que asistían a la entrevista, rompió a toser, por motivos que no parecían estar en sus vías respiratorias, a tiempo que la otra exclamaba para impedirle que continuase:

—¡Cecilio! Y Fermín Alcorta se apresuró a agregar:

—Cecilio quiere contarnos sus viajes, pero ha cometido el error de empezar ya por el fin. ¿No será mejor, querido cuñado, que comiences un poco más atrás de «El Matajey»?

Con las manos apoyadas en la cintura y por encima de las gafas, el licenciado latinista los miró uno a uno, exclamando:

—¡Vanitas, vanitatis!

Y dirigiéndose en seguida al sobrino de su nombre, que a todas éstas no había quitado de él sus ojos afectuosos y admirativos:

—Aprende esto, tocayo, que ya estoy enseñándote:

*Dos cosas roen y roen
en las casas solariegas:
orgullo los corazones
y polilla las maderas.*

Repitió el niño la estrofa, con emoción de aprovechamiento de las enseñanzas del maestro anhelado, y éste aprobó:

—¡Bravo, bravo! En el principio fue el loro y por el repetir le entró el comprender, por lo que vino a llamársele hombre. Retentiva no te falta.

Pero don Fermín intervino:

—Bueno, hijitos. Ya conocieron al tío famoso y es hora de dormir. Dios me los bendiga.

Se retiraron los niños y Cecilio el viejo se encaró con el cuñado y las hermanas, por la interrupción que le habían hecho:

—¿Quiere decir que en esta casa no se puede mencionar al hijo de Ana Julia?

—En esta casa, querido Cecilio —repuso Fermín—, donde no hacen falta consejos cristianos, porque se sabe practicar la doctrina de Cristo, se ha echado un manto de piadoso olvido sobre toda esa historia de dolor y de vergüenza y yo espero que no se la referirás nunca a mis hijos.

—¿Que no? En cuanto sean capaces de entenderla. ¡No faltaba más! Y llamando al pan pan y al vino vino, como hay que decir las cosas, a fin de que aprendan a curarse en salud de necedades de linaje y a sacar, aun de las más ruines enseñanzas de la vida, un noble respeto por el ser humano que entre sus garras se debate con sus miserias o su infortunio. ¡No faltaba más! Si ya me parece que tarda demasiado la hora de decirles que Ana Julia Alcorta fue la única persona verdaderamente decente que ha nacido bajo estos techos.

—¡Cecilio, por Dios! —volvió a exclamar una de las Céspedes, mientras la otra recurría de nuevo a su tos.

Pero el licenciado se les encaró:

—Tú, no ofendas a tu Dios invocándolo en auxilio de tu necesidad, y tú cúrate ese catarro impertinente que no te deja estar entre personas sensatas.

—¡Bueno, hombre! —intervino Fermín—. Dejemos esto, a lo menos por el momento. Porque supongo que no habrás venido a hurgarme las llagas.

—A hurgártelas no, propiamente, porque no me agradan porquerías; pero sí a limpiártelas del pus maligno de la humana necedad, a restregártelas bien para luego cauterizártelas y así se te curen de una vez.

Las Céspedes se torcieron los ojos mutuamente y Fermín replicó:

—El agua y el consejo, querido cuñado, cuando se piden.

—¡Pues por ahí te pudras! ¿Qué más da, después de todo?

Pero ambos se profesaban mutuamente muy especial afecto, y Cecilio el viejo, después de haber recorrido de punta a punta, dos o tres veces, el corredor donde esto

ocurría, se le plantó por delante a Fermín, preguntándole:

—¿Y qué? ¿Te hacía falta mi presencia en estos momentos?

—¡Claro, hombre! —repuso Alcorta emocionado.

—Pues por eso vine.

—No sabes cómo te lo agradezco. Amelia me ha dejado muy solo. ¡Demasiado solo!

—¡Bah! No hables así. Te han quedado tus hijos y aquí está este malacabeza para hacerte rabiarse a ratos y así distraerte.

Las Céspedes se miraron de otro modo y se les salieron las lágrimas.

—Tenemos mucho que hablar —dijo Fermín—. Supongo que habrás venido a echar raíces después de tanto vagar. Por aquí han llegado noticias de ti, de tiempo en tiempo, a falta de las que nunca quisiste enviarnos directamente, en unas cuatro letras que poco trabajo te habrían costado. Noticias un poco extravagantes, por cierto: que una vez, no recuerdo en cuál pueblo de los Andes, te vieron haciendo de albéitar; que en otra parte, a qué sé yo cuántas leguas de distancia, te descubrieron desempeñando oficios de sastre; que en otro extremo del país te tropezaron de ebanista; que hasta de albañil te encontraron una vez, allá por los quilombos.

—¡Je, je! —hizo el licenciado—. El mundo es pequeño y no hay manera de escapar al fisgoneo del prójimo.

—Y a todas esas —prosiguió Fermín— aquí nos decíamos y nos preguntábamos: ¿cómo es posible que con tanta ciencia y tanta letra para ejercicio decoroso, conforme al rango, le dé a Cecilio por exhibirse dedicado a oficios de artesanos? ¡Más aún, ahora que recuerdo! Alguien me contó que te había encontrado una vez en una aguada próxima a una rancharía de camino, bañando una bestia ajena, de un viajero, que a esto te mandó, tomándote por un peón de la casa.

—No es muy exacta tu referencia —díjole el extravagante—. No fue en la aguada donde me vio, sino regresando yo a la rancharía con la mula de diestro y mi totumita en la mano.

—¡Hombre, por Dios!

—¿Qué?

—Que esos oficios...

—Son la mayor parte de la riqueza que llevo siempre conmigo. Pues has de saber, Fermín de mis tormentos, que por esos mundos de Dios vivo y medro de oficios trocados. Quien tiene el alimento, bien o mal guisado, que mi estómago reclama para hacer la porquería que acostumbra...

—¡Cecilio!

—¡Sí, señorita! Así hay que llamar las cosas. O las varas de tela sin las cuales encima no me permite la malicia humana andar por las calles o los caminos, generalmente necesita de algún servicio recíproco. Entramos en conversación, calculamos la equivalencia, hacemos el trueque y así vamos tirando todos por el mundo.

—Y cuando el trueque no sea posible —objetó Fermín, ya más interesado en oírlo que en persuadirlo—, porque no siempre lo será, ¿cómo te las arreglas?

—Siempre habrá un tercero que de mí reciba y al otro dé por mí. Servicio o dinero, allá ellos.

—Es complicarse la vida sin necesidad ni motivo.

—Te equivocas. Es simplificarla, por lo contrario, y además restituirle su antigua nobleza. Porque has de saber que el dinero prostituye la dignidad del trabajo humano, que sólo por trabajo vivo puede cambiarse sin que el espíritu corra peligro, siendo ya muerto y, por lo tanto, corrupto el que contiene la moneda. Pagarle con ella a alguien lo que de alguien necesitamos es pecar contra el Espíritu, dicho sea con palabras de las Escrituras, porque es contribuir a la codicia. La mayor de las miserias en que puede caer el ser humano.

—Siendo así —dijo Fermín Alcorta— me has frustrado un placer.

—¿Cuál?

—El que me prometía darme al rendirte las cuentas de mi administración de tus tierras de «El Altozano», que por cierto están dando el mejor cacao de por aquí. Cuentas que son dinero contante y sonante.

—¡A ver, a ver! —hizo Cecilio el viejo, plantándosele por delante y mirándolo por encima de los espejuelos—. ¿Qué tierras ni qué cacaos pueden ser esos que alguien llama míos?

—Tu parte de la herencia de mamá —intervino una de las Céspedes. Y la otra completó:

—Fermín te las administra, lo mismo que las nuestras.

—Pero ¿no manifesté ya mi voluntad de renunciar a la propiedad de esas tierras en beneficio de don Nadie? Y en seguida, dándose una palmada en la frente:

—¡Don Nadie! ¡Pero si me lo he tropezado por el camino y no le he dicho nada! ¡Qué cabeza la mía! Y cogió la puerta de la calle.

—¿Adónde vas, hombre? —inquirió Fermín Alcorta.

—Ahí mismo —le respondió, ya en el zaguán—. Dos días para ir y otros tantos para volver.

El cuñado y las hermanas se cruzaron las miradas, haciéndose la misma pregunta mental:

—¿Estará loco de remate?

Días después regresaba de nuevo, diciéndole a Fermín:

—Ya don Nadie está en posesión de «El Altozano». En representación de él, que es menor de edad, vendrá por aquí José Trinidad Gomárez a recibir las cuentas que me tenías reservadas. Allá los dejé instalados.

Fermín Alcorta se quedó mirándolo en silencio, a tiempo que hacía memorias de aquel beso sobre la frente inerte, y ya no le pareció que estuviera loco. Luego murmuró, emocionadamente:

—¡Cecilio! ¡Cecilio!

Nostalgias y Pedagogías

José Trinidad Gomárez, con todo lo testarudo que era, ya había tenido tiempo de arrepentirse de los excesos a que lo indujo aquel inmoderado resentimiento de susceptibilidad, y por otra parte fue tanto lo que a diario suspiró Eufrasia por el perdido bien de «El Matajey» y lo que sensatamente argumentó en defensa de don Fermín Alcorta, que en nada podía haberlos ofendido con aquella invención encubridora del verdadero origen del repudiado —por grande que fuera la confianza a que ellos lo hubiesen obligado con su lealtad bien probada—, que al licenciado Céspedes no le costó trabajo persuadirlo a regresarse a las vegas para que desde allí atendiese, a la vez, a las colindantes plantaciones de «El Altozano», que desde luego se las legaba a Pedro Miguel.

—Bueno, don Cecilio —díjole—. Siendo ésa su voluntad de usted, no puedo negarme a administrarle esas tierras al muchacho, en el ínterin que él pueda hacerse cargo de ellas; pero en tocante a las vegas de «El Matajey», donde nos instalaremos tan y mientras me fabrique un rancho en «El Altozano», está de por medio la voluntad de don Fermín, que puede habé cambiao después de la malacrianza que le hice, como ahora lo reconozco.

Pero lo que en realidad cambió fue la conducta, hasta allí indiferente, que Fermín Alcorta venía observando respecto a Pedro Miguel, pues una vez rendidas a Gomárez —y la propia casa de éste, antes de que pudiera ir a reclamárselas, por aquello de nobleza obliga— las cuentas de «El Altozano» y juego las de las cosechas recogidas en «El Matajey» durante la ausencia de su legítimo dueño, díjole:

—Quiero que te encargues de la mayordomía de «La Fundación» y especialmente de la administración total y autónoma de unas plantaciones que incorporadas a «El Altozano», con el cual colindan, formarán el patrimonio aparte de Pedro Miguel. Cecilio y yo estamos estudiando la forma más conveniente para el traspaso de esas propiedades, y ya te comunicaremos lo que hayamos resuelto. Y quiero, finalmente, que sepas que en ti, hoy como antes, está puesta toda mi confianza.

Pero si de este modo, y por obra de la emulación generosa que le despertó el acto de desprendimiento del cuñado, ya comenzaba a preocuparse por la suerte futura del repudiado de su familia, pronto empezó a disputarle un afecto que, inclinándose demasiado —como ya parecía estarlo—, frustrase las tiernas esperanzas de predilección que Cecilio, el suyo, tenía puesta en el viejo.

Diariamente iba éste a «El Matajey» en busca de Pedro Miguel para llevárselo consigo por los campos de los alrededores —lo que daba origen a que las Céspedes, escandalizadas, y aun el mismo Fermín Alcorta, diesen ya como un hecho la adopción—, y entre tanto Cecilio el joven no veía llegar el día de que lo tomase por discípulo, ni se hacía ya grandes ilusiones respecto al amor del tío, pues casi no le dirigía la palabra, y por las que él se atrevía a formular en presencia suya —un poco enfáticas, de talento precoz— quedábase mirándolo por encima de las gafas con

cierto aire burlón.

En realidad, al proceder así Cecilio el viejo no lo hacía por desamor, sino ya en ejercicio de maestro, explorando el alma del discípulo para trazarse la regla de conducta adecuada y estimulando, a su manera siempre un tanto paradójica, los sentimientos más propicios a sus pedagogías, especialmente el de la rivalidad con Pedro Miguel, entre otras razones porque ya había descubierto que el espíritu de Cecilio era pobre en instintos egoístas y nada propenso a las formas del odio — eminentemente creadoras, decía el maestro— y era necesario sacudirle un poco la bestia así adormecida.

Por fin, juzgó oportuno comenzar y fue por la tarde, a orillas del mar, adonde se lo había llevado consigo sin decirle para qué.

Cerca desembocaba el Tuy, cuyas aguas solían arrastrar, por la época de las crecidas, troncos de árboles de las haciendas ribereñas que luego el oleaje iba arrojando a las playas, y tomando asiento sobre uno de ellos maestro y discípulo, así comenzó el primero:

—¿Qué es eso?

—El mar —respondió sonriendo el del talento precoz.

—¿Y eso?

—Ésas son las olas —repuso, ya sin sonrisa, ahora con extrañeza.

—¿Para qué sirven?

Comprendió Cecilio el joven que por este interrogatorio, al principio aparentemente inexplicable, ya comenzaba la lección y se quedó mirando al maestro, emocionado, hasta el punto de no poder hablar.

—¿Para qué vienen a morir en la playa, unas tras otras, constantemente, obstinadamente? —insistió Cecilio el viejo—. ¿Qué utilidad tiene la fuerza que las produce y las empuja?

—Nninguna —bulbuceó el discípulo, casi exclamativamente.

Y el extravagante maestro, a gritos:

—¡Muy bien! ¡Estupendo! Eres un muchacho genial. De golpe y porrazo, y como quien no dice nada, ya has penetrado el enigma del universo. ¡Ninguna utilidad! ¡Magnífico! Quien así empieza ya nada tiene que temer de lo que aprenda.

Y sacándose de uno de los bolsillos un tomito primorosamente empastado por él mismo:

—Pues bien: eso no sucede solamente con las olas del mar, sino que también es la ley que rige la sabiduría humana. Tú estás al borde de ella —¡desdichado de ti que has nacido con la funesta inclinación!—, pero de mí no podrás decir mañana que te he engañado haciéndote concebir ambiciones de utilidad. Y la prueba al canto. ¿Qué será lo más inútil en materia de aprendizaje? Es difícil determinarlo de momento, pero convengamos en que una de las cosas más inútiles es el griego, y especialmente la poesía griega antigua. Pues ¡a ello, precisamente! Ésta es *La Ilíada*, en la lengua original. La compuso un tal Homero, y vamos a ver qué nos dice que para algo nos

sirva. Digerir es eliminar después de atiborrarse, y así pasa con el aprender. Pero antes de averiguar qué nos dice Homero, toma nota de esto para que en salud te cures de vanidades intelectuales: el espíritu necesita de un papel cuando va a empezar a nutrirse y el cuerpo cuando ya terminó. ¿Has comprendido? ¡Claro que sí, tunante, pues tan sabroso te ríes! No hay duda de que eres un muchacho genial.

Y por *La Ilíada*, en griego, comenzó Cecilio el joven.

Método, ninguno. La falta absoluta de él, por lo contrario. Acaso el maestro habría descubierto en el discípulo —por aquello de los libros de su biblioteca y luego con sus exploraciones por encima de las gafas— un espíritu excesivamente metódico, tan poderosamente organizador que fuera necesario introducir en él desde temprano cierto desorden, a fin de que aquella facultad tuviera en qué ejercitarse creadoramente; pero el hecho fue que así aprendió Cecilio el joven y desde los comienzos bastante bien.

Ambicionaba el maestro crearle un espíritu revolucionario, propósito nunca expresado por consecuencia con su principio pedagógico, excluyente de toda insinuación que pudiera desviar el alma del discípulo de su natural desenvolvimiento o siquiera la privase del goce fecundo de su libre y total iniciativa; más paradójicamente perseguido, conforme a lo de «digerir es eliminar después de haberse atiborrado», por medio de una cultura clásica y libresca, de la cual esperaba que lo hastiase y por reacción espontánea lo lanzara por sus propios caminos, con las inquietudes de su tiempo, de cara al porvenir. Pero Cecilio se iba apegando más y más a las formas serenas de la contemplación del pasado a que lo invitaban sus clásicos predilectos y de las manos del humanista extravagante no iba saliendo sino el humanista de alma complacida en el armonioso espectáculo del pensamiento bien expresado.

—¿Fracasaré? —preguntábase a menudo Cecilio el viejo—. ¿No habrá en este chico una partícula de espíritu de rebeldía o siquiera de contradicción, un palmo de tierra propicia donde pueda arrojar su semilla el Gran Sembrador? Pero confiando aún en el afecto atiborrante, ya le había franqueado totalmente la entrada a saco en aquella torre de babel de su biblioteca, de donde salía Cecilio el joven, según las palabras del otro:

—Chorreando emoción de clásicos. ¡Qué porquería!

Alternando métodos, aunque siempre conforme a su principio fundamental, eran los paseos con Pedro Miguel por las mañanas generalmente. Cuestas repechadas, hablando él de cosas del campo —de los cuidados que exigían las tierras, de las propiedades de las plantas y las costumbres de los animales—, escuchándolo en silencio el muchacho comunicativo. Descanso sobre las lomas, ante el panorama de monte y de mar ancho y desierto.

—¿En qué piensas?

—En nada —respondía él, taciturno.

—¡Naturalísimo! ¡Naturalísimo! Don Nadie no debe pensar en nada. Don Nadie

ha de estar siempre en blanco. ¿Sabes lo que es estar en blanco? Pues no te hace falta, tampoco. Generalmente, eso del pensar viene del leer. Pero ¿a quién se le puede ocurrir que don Nadie deba aprender a leer?

Pedro Miguel no replicaba palabra, pero se amoscaba y protestaba en su interior por lo de don Nadie, que ya no se lo apeaba don Cecilio, siendo, sin embargo, muy simpático.

Era porque el muchacho, todavía analfabeto ya de doce años cumplidos, se negaba a recibir las lecciones que quería darle Cecilio el joven, en cuya alma generosa, tan pronto como el maestro le refirió aquella historia de dolor y de vergüenza, se había despertado un tierno afecto por el repudiado de su familia.

Pero éste tenía ya la suya toda puesta en la aprensión contra los mantuanos — movimiento espontáneo de su corazón que no había podido desviárselo José Trinidad Gomárez, ni con su ejemplo de fidelidad a los Alcortas ni con sus frecuentes alabanzas de las buenas condiciones de éstos—, y cada vez que aquel trataba de acercársele, él se apartaba huraño y diciéndose:

—¿Qué vendrá buscando conmigo este jipatico pretensioso?

Cecilio no podía saber que bajo esta aversión se disimulaba una profunda simpatía, para la cual no tenía modos de expresión el alma cerril; pero en todo caso, habiendo sido con él más generosa la vida, a él le correspondía mostrarse así.

Cecilio el viejo había querido que fuese el joven quien desasnase a *El Cachorro*, y como no se le escapaba que en éste todo era espíritu de contradicción, insistía en su sistema de provocar reacciones, hasta que un día logró que el arisco le dijese al empeñado:

—Bueno, pues. Ya que tanto se empeña, enséñeme a ler pa que me deje tranquilo. Y éste fue un día de inolvidables satisfacciones para el joven humanista.

En cuanto a las lecciones que de viva voz éste recibía del maestro, ni aun continuidad pudieron tener, pues de súbito y cuando más interesado iba el discípulo, le entraba al andarín la tarantera irrefrenable.

Ya sabía aquél, sin embargo, cuándo venía esto. Lo anunciaba cierta melancolía que se apoderaba de Cecilio el viejo, y luego algo así como una lucha interior entre un querer hacerle alguna íntima y dolorosa confidencia y un callar forzoso, acaso tiranía del habitual misterio en que había querido mantener las cosas de su corazón o verdadero temor de un desgarramiento de alma.

Era por atardeceres, invariablemente y a la acostumbrada orilla del mar. Se había interrumpido de pronto la enseñanza, lectura o lección de viva voz y Cecilio el viejo se quedaba mirando por encima de sus espejuelos la línea indecisa del horizonte, se volvía luego de súbito hacia el sobrino silencioso, le apoyaba su mano velluda en la pierna, contraía el ceño en actitud de determinación penosa y finalmente, siempre lo mismo:

—¡Puah! —hacía, acompañando la interjección menospreciativa con el ademán que se emplea para espantar una mosca importuna.

Luego se ponía de pie, diciendo:

—Mañana no me esperes.

Y desaparecía del pueblo, por días, por meses, durante los cuales nunca se recibían noticias suyas.

Ni las daba tampoco de aquellas andanzas a su regreso, ni ya se las pedía Cecilio el joven desde que, habiéndole preguntado una vez cómo eran las distintas regiones del país por donde tanto había viajado, le respondió:

—Yo sé cómo son, pero a nadie se lo he preguntado. Querer viajar sin moverse de un sitio, a través de relatos escritos o hablados, es vicio feo que perjudica la salud del espíritu, como todo placer solitario. La imaginación, para crear. No acostumbres la tuya a complacencias de hembra, pues sólo de hembras es recibir. Tú, da.

Andando el tiempo fueron haciéndose más y más frecuentes aquella repentina melancolía y silenciosa lucha interior que terminaban con el ademán despectivo, a la vez que más y más largas las ausencias del andarín insosegable.

Hasta que una tarde le dijo al discípulo:

—Se acabaron las andaderas. Ya tienes quince años y puedes valerte por ti solo. Anda a casa, aduéñate de mi biblioteca, que ya te pertenece, coge los libros que más te interesen y encárate a solas con ellos como lo hi ce yo. Me marchó mañana y tal vez no volvamos a vernos. Además, tu padre piensa enviarte a Caracas para que regularices y perfecciones tus estudios.

Y al cabo de una pausa emocionada, durante la cual oprimió la diestra del joven de las más tiernas predilecciones de su corazón:

—Pero antes de separarnos, quizá para siempre, quiero darte mi última lección. Se avecinan tiempos difíciles para nuestra patria y particularmente para las familias que, como las de los Alcortas y los Céspedes, empezaron a perder su preponderancia social y política con la guerra de la independencia; pero es necesario que tengas siempre presente que no hay que echar de menos lo que destruyó esa guerra, pues no era realmente nuestro. La colonia, con su espíritu de orden, y, por consiguiente, jerárquico, no la produjo este suelo, sino que la toleró trasplantada solamente. Era un jardín de plantas exóticas, muy bien trazado, muy apacible, muy señorial —¡todo lo que se quiera!—; pero postizo y por tanto precario. Y más aún por ser un jardín de casa pobre. En cambio, lo que esa guerra puso en pie es lo genuinamente nuestro: la democracia del campamento, el mantuano junto con el descamisado comiendo del mismo tasajo, el señorito Bolívar codo a codo con el Negro Primero. El «aquí semos todos iguales», el «sobre yo, mi sombrero», el empuje, la garra, el desorden. ¡Nuestro Señor el Desorden! ¡Bendito sea! Porque demuestra que este pueblo está vivo. Los que todavía se empeñan en conservar o replantar aquel jardincito son los muertos, las almas en pena de la superstición popular que se aparecen remedando lo que en vida hicieron mal. Hay que echarles el *requiescat in pace*, para que desaparezcan a sus limbos y le dejen la tierra al Gran Sembrador. No me vayas a resultar tú uno de esos muertos, porque te echo el latinazo y sigo mi camino.

Y al día siguiente, una vez más, había desaparecido del pueblo, camino adelante, a pie, con sus gafas sobre la punta de la nariz y un par de libros raros en los bolsillos, que él mismo se los hacía grandes como alforjas, sólo para llevar dentro de ellos lectura para los descansos, a la sombra de los árboles.

Día de Acontecimientos

Aristocracia provinciana, si no de ilustre linaje, sí de rancio orgullo bien encajado dentro de la sencillez pueblerina y por esto alejado de los altos cargos políticos de la república, los Alcortas no habían tenido ocasión de que resplandeciese el patronímico, sino con el brillo doméstico de las virtudes privadas. Nunca hubo entre ellos sino hombres honestos y laboriosos, sólo aptos para conservar la hacienda y el decoro tradicional de la familia o para ejercer, dentro de los reducidos términos del humilde y apacible rincón provinciano, el saludable y patriarcal ascendiente de un ejemplo honroso o un consejo discreto. Bien estaban así, satisfechos de sí mismos y acatados, disfrutando con sueño tranquilo y frente erguida —todos habían empleado la frase— de la sosegada existencia que podía brindarles aquel pueblo donde eran los principales desde tiempos ya lejanos y nada más habría ambicionado don Fermín si no le hubiese salido Cecilio, el suyo —como él decía, no sólo para distinguirlo del otro, sino para darse también soberano gusto de padre orgulloso de su engendro—, con todo aquel gran talento y otras brillantes cualidades que se lo adornaban, entre ellas muy destacadamente la del extraordinario instrumento de expresión que ya estaba sacando.

Acaso sobreestimara el padre lo bien hablado que era el hijo, pero de todos modos no podían quedar dudas de que a Cecilio el joven lo agradaba oírse y como el buen decir estaba en lugar preeminente del gusto de la época, toda la parentela admitió complacida que de allí iba a salir un gran orador, excepto quizá Cecilio el viejo, de cuya sonrisa cuando el discípulo abría el pico de oro, no se sabía si era de burla o de gusto. En cuanto a don Fermín, que en secreto acariciaba veleidades parlamentarias —muy del tiempo—, ya que a él no se le había deparado la ocasión, se complacía con imaginarse a Cecilio pronunciando alguna vez un gran discurso en el Congreso y así entrando en la historia.

Porque Cecilio llegaría a orador famoso —aseguraba el padre—, y con el brillo de su elocuencia y la sustancia de su talento se abriría paso rápidamente hacia las cumbres de la política y sería el primer Alcorta ilustre, que ya era tiempo de que alguno lo fuese y pasara a la Historia, pues si bien estaba que el nombre estuviese bien tenido, mejor sería que fuera ilustremente perpetuado.

Y para que esto sucediese y él lo viera, decidió enviar a Cecilio a Caracas a fin de que completase y perfeccionase los estudios que a duras penas iba haciendo en el pueblo bajo la intermitente dirección del pedagogo del aforismo: digerir es eliminar

después de haberse atiborrado.

Dispuesto el viaje, llegó la hora de emprenderlo y don Fermín, aprovechando la banal emoción de las despedidas, de esta manera la proyectó al plano de los acontecimientos trascendentales:

—¡Hijos! Ha llegado el momento solemne, tanto tiempo esperado por mi corazón: un Alcorta va a entrar en la Historia.

Luisana dio un respingo, pero Cecilio le torció los ojos y ella, bajando los suyos, guardó circunspección mientras el padre continuaba:

—Cecilio va a procurarse la preparación indispensable para ser mañana un hombre de provecho, útil a la Patria que mucho empieza ya a padecer por falta de ellos. Pidámosle a Dios que ilumine su inteligencia y conduzca siempre su corazón por el buen camino.

Mucho más largo y más florido iba a ser el discurso de Fermín Alcorta, pero lo malogró Luisana con aquel respingo que no se le pasó por alto, y momentos después, ya de camino y hasta allí silencioso, así le manifestó su resentimiento:

—No eres dulce, hijita. Ya te lo he dicho.

«Sino más bien como la sal, que no se puede pasar sola, pero sin ella tampoco se tolerarían los manjares indispensables para la vida» —concluía la sentencia con que don Fermín acostumbraba aludir a las singularidades del carácter de Luisana, y ésta le replicó bromista, para que así acabase de perdonarle su imprudencia:

—Y yo a usted que me haga ver con un médico, porque esos respingos que doy de pronto y sin poder evitarlos deben de ser síntomas de mal de San Vito, que me está empezando.

—¡Quita allá, tunanta! —repúsole, ya producido el efecto que buscara Luisana—, que en ti no pueden empezar males que no acaben con nuestra felicidad y mi vida. Y adelántate ahora, que ya están hechas las paces que buscabas quedándote conmigo atrás. Antoñito tendrá que decirte todavía muchas cosas, y así me dejará a Cecilio para las que aún no le he dicho.

Referíase a Antonio de Céspedes —único en su familia que se ponía el de, rescatado, según él mismo, de un culpable olvido de siglos—, primo tercero de Luisana, mutuamente enamorados desde niños y ya novios formales.

Iniciado en la carrera militar hacía tres años, en el arma de artillería, era alumno distinguido de la Academia de Matemáticas de Caracas, orgullo de los oligarcas, adonde regresaba después de vacaciones, caballero en un alazano fogoso —mejor para el paseo que para la marcha por aquellos andurriales, pero de todos modos propicio al lucimiento de la jinetía—, sofrenándolo a fin de ir emparejado con Cecilio, camino de la Historia, él también. Era un mozo fuerte, bien plantado y sin duda un poco petulante, junto al cual hacía triste figura el primo ya tragalibros, delgadocho, desgarrado y dejándose zangolotear por la mula que cabalgaba, no siendo de mala andadura.

Dirigíanse de esta manera a la capital por la vía de Caucagua y Guatire —y no

por la del mar que hubiera preferido don Fermín para evitarle agujetas a su jinete bisoño—, en parte, por aquello del alazano, en el cual ya había venido Antonio y en parte porque siendo camino por donde ya se había marchado tantas veces Cecilio el viejo, porción del mundo misterioso de sus andanzas, quería conocerlo y disfrutarlo el joven. E iban junto con ellos don Fermín y Luisana porque el camino pasaba por «La Fundación», donde él tenía diarios quehaceres y adonde ella, de no presentarse esta ocasión de despedidas, quizá no habría ido nunca, pues desde los tiempos de Ana Julia no pisaban aquellas tierras mujeres de la familia.

De paso, Cecilio se despediría de los esclavos de la hacienda que le eran especialmente adictos, y se lo demostraban llamándolo el Buen Amigo, y más adelante, si no allí mismo, de Pedro Miguel.

Por su parte, ya estaba esperándolo éste, que sabía de su viaje y de su paso por la hacienda y a ella se vino en previsión de que no quisiese dar el rodeo necesario para llegar hasta «El Matajey». Preparado a comportarse con él tan esquivo como de costumbre y quizá más, pero deseoso de verlo antes de que se le alejase, acaso para siempre.

—¡Qué va a acordarse más de mí, así que esté en su Caracas, con el mantuanaje de allá, que debe de ser peor que el del pueblo! Tanto empeño en enseñarme a ler y que para que me abriera buen camino en la vida... Pero la zoqueteada fue mía, que no he debido coger nunca la cartilla que me metía por los ojos... Ahora se va para la capital y luego: ¡Si te he visto no me acuerdo!

Y esto lo refunfuñaba a tiempo que rastrillaba el cacao extendido en el patio de la hacienda.

Tenía catorce años y ya se había aficionado tanto al trabajo de la tierra, que cuando en las vegas de «El Matajey» no había qué hacer, a pesar de toda su aversión a los mantuanos no se desdeñaba de venir a arrimarle el hombro a las faenas de «La Fundación», bien que no lo hacía para provecho del blanco, sino por ayudar al esclavo, ante cuya dura suerte no era insensible su corazón, y luego por darles oportunidad a los encuentros con Cecilio, que solía venir del pueblo casi todos los días con don Fermín, y en hallándolo allí ya no se le quitaba de al lado, dándole conversación mientras él manejaba el rastrillo, encerrado en hosco mutismo o apenas respondiéndole con monosílabos, pero complacido en su compañía y en su labia.

Allí estaba desde temprano, volteando y extendiendo el cacao que tanto afán no requería; pero mirando a cada rato hacia el camino por donde debía aparecer el mantuanito.

—Ahí viene —se dijo por fin. Y su corazón palpitó aceleradamente.

Pero Cecilio se había separado de la cabalgata para internarse hasta donde una cuadrilla de esclavos destopochaba una plantación ya adulta, y los que llegaban eran sus acompañantes, que se le habían adelantado.

Don Fermín arrendó su mula a uno de los horcones del corredor de la oficina y penetró en ésta. Antonio y Luisana quedáronse afuera, ella mirando hacia el patio.

—¿Qué vendrá buscando por aquí esa jipata pretenciosa? —se preguntó Pedro Miguel, que ya la conocía de haberla visto de lejos, una vez, en el pueblo, a la salida de misa, estando él con José Trinidad, quien se la mostró y se la nombró—. Ninguna vela le habían dado en este velorio. ¿Y ese que la ha ayudado a apearse, para dónde irá tan enfirolado? ¡Ah, malaya un barrizal donde el caballo se le fuera de mano!

Y agachó la cabeza para que el sombrero le ocultara la cara, afanándose en el rastrillar, porque estaban mirándolo y seguramente hablando de él.

De palabras sueltas, que siempre andan escapándose de las historias guardadas en el misterio, había sacado Luisana la verdad del triste caso de la tía Ana Julia, antes de que el licenciado Céspedes se la revelara a Cecilio y luego éste a ella, con quien compartía todos sus sentimientos, le comunicara los que le inspiraba el repudiado de su familia. Y por el gesto de contrariedad que al verlo allí hizo Antonio y las mismas descripciones oídas a su hermano a propósito de él, lo reconoció al punto en el muchacho del rastrillo.

Atravesó el patio dejando al novio ocupado en revisar los aperos de su alazano y se acercó al que también era su primo, a pesar de todo, movida por la inclinación ya habitual en ella de hacer cosas fuera de lo corriente en mujeres de su familia, todas espantadizas de la propia sombra en punto a mantuana circunspección.

Él la sintió acercársele, pero continuó en lo que estaba, haciéndose el desentendido. Ella buscó un pretexto para darle conversación, a fin de que se dejase ver la cara —y especialmente los ojos, de cuya hermosura soñadora ya le había hablado Cecilio—, y hallándolo en los velludos frutos de un guamo próximo al patio, lo abordó con el apodo que ya le conocía:

—Cachorro, túmbame unas guamas. En esa mata hay unas que me están aguando la boca.

Nunca le había caído mal a Pedro Miguel el sobrenombre que le daban; pero al oírsele a la mantuanita socarrona —a esto le sonó la voz— se encrespó y repuso ásperamente, sin levantar el rostro:

—Ahora no puedo. ¿No me ve ocupado? Además, yo tengo mi nombre, como usted el suyo.

—¡Altanero! —protestó Luisana, aunque sin verdadera indignación, sino disimulando la gracia que tal enriscamiento le había causado—. ¿Cómo te atreves a contestarme así?

No bien lo había dicho cuando estaba allí Antonio de Céspedes, fusta en mano airado contra el irrespetuoso, a tiempo que éste levantaba la cara.

Fue brutal el castigo, y Pedro Miguel vaciló sobre sus pies aturdido por el dolor; pero ni siquiera se llevó la mano a la mejilla desgarrada. Sostuvo un rato, bravamente, la mirada del mantuano iracundo, soltó luego el rastrillo y abandonó el patio, donde hacía un trabajo que no se le remuneraba.

Luisana se quedó viéndolo alejarse a pasos bien asentados y luego, encarándose con el novio:

—No era para tanto, ni para mucho menos. Así no se maltrata a un semejante y menos a un muchacho que no tiene culpa de no haber sido bien educado.

—¿Lo defiendes? —replicó Antonio, con una sonrisa impertinente—. ¿Sabes quién es?

—¡Claro que sí! Y por eso mismo, precisamente.

—¡Conque ésas tenemos! —exclamó el de Céspedes, acompañando su sonrisa impertinente con golpecitos de la fusta sobre las polainas.

Pero nada más contraproducente que las reticencias cuando ya a Luisana se le había disparado el carácter voluntarioso.

—¡Ésas, sí! —repúsole, cara a cara—. Cualesquiera que sean las que te hayas imaginado.

Y le dio la espalda, dejándolo plantado en medio del patio, ya sin sonrisa y azotándose las polainas, que nada habían tenido que ver con todo aquello.

Fiero, insensible al dolor y con los puños apretados hasta clavarse las uñas, Pedro Miguel se internó por los cacaotales, camino del monte tupido donde nadie lo viese desahogar en llanto la cólera que no se había atrevido a descargar contra el mantuano y por ello se maldecía y allí lo encontró Luisana ratos después, sentado en el tronco de un árbol caído, los codos en las piernas y mesándose los cabellos, mientras las rabiosas lágrimas le corrían por el rostro mezcladas con la sangre.

—Pedro Miguel —díjole con voz acariciadora—, vengo a pedirte perdón y a curarte la herida que por mi culpa te han hecho. Levanta la cara.

Iba provista de lo necesario para lo que se proponía, pues ya no tendría sosiego mientras de alguna manera no reparase el daño causado, y como él permaneciese en silencio y sin cambiar de posición, ofendido ahora por la actitud compasiva después de injustamente maltratado, insistió, dándole otra vez el apodo con entonación afectuosa:

—Anda, Cachorro. No seas rencoroso, que ya te he pedido perdón.

—Sin tener de qué —replicó él—. ¿No es eso? Para echárselas de...

—¿De qué? —interrogó Luisana, sonriendo—. ¿A ver? ¿De qué me las quiero echar? Y como él no se dignase responderle:

—¡Anda, tonto! Déjame curarte. Se te va a enconar esa herida.

Pero tuvo que separarle a la fuerza las manos apuñadas y levantarle la cara batallando contra su obstinada resistencia.

De pronto, sin embargo, dejó de resistirse, mas para que ella no lo viese llorar se restregó los ojos con una manotada rabiosa, llevándose los coágulos de la herida, que otra vez se le fue en sangre.

La fusta le había desgarrado la mejilla izquierda y tenía hinchada y amoratada.

—¡Qué bruto! —exclamó Luisana, ahora transformada la compasión en un sentimiento más vivo, más cálido, más suyo—. Merece Antonio que otro más fuerte que él le haga lo mismo para que aprenda a contener la mano.

Pero estas palabras surtieron efecto contrario. Pedro Miguel apartó bruscamente

de sí la mano de la mantuana, en cuya sinceridad no podía creer y se puso de pie, diciéndole, colérico:

—Déjeme tranquilo. No necesito que usted me cure, ni le estoy pidiendo que me tenga lástima.

Dijo esto cara a cara y Luisana se quedó mirándolo, contemplándolo afectuosamente. Era un muchacho de facciones toscas, pero muy expresivas, de cabellos negros y ensortijados que le hacían airosa cabeza, de color moreno, más oscuro en torno de los ojos, realmente hermosos. Y díjole:

—Ya me había contado Cecilio que eras un muchacho buen mozo. Pero también me habían dicho que eras más arisco que un animal salvaje.

—¿Y a usted qué le importa todo eso? —repuso él, encogiendo los hombros, desdeñosamente, ya dispuesto a marcharse.

—A mí, nada. Pero de aquí no te vas sin que te haya curado.

Y cogiéndolo por los brazos y obligándolo a sentarse de nuevo:

—¡Quieto ahí! Ni me importa que seas como seas, ni tampoco me interesa que me agradezcas nada; pero ya vas a saber en qué manos has caído: te voy a restregar y a echarle árnica en la carne viva hasta que se te pase la cachorrada. Vamos a ver quién de los dos puede más. ¡Ah! ¿Por qué no sigues resistiéndote?... Cierra los ojos. ¡Que cierres los ojos te digo!...

* * *

Horas después, ya de camino Cecilio y Antonio, decía el primero, a propósito de la víctima de la violencia del segundo:

—Me preocupa la suerte futura de ese muchacho. Ya tenía el aborrecimiento instintivo y ahora tendrá el rencor.

—No te preocupes —repúsole el militar—. Lo que tiene es el escarmiento. Que siempre es saludable, merecido o no.

—No estamos de acuerdo, Antonio. Quizá nunca lograré estarlo con ninguno de los míos, tratándose de Pedro Miguel. Un encuentro regido por la fatalidad le dio origen en circunstancias verdaderamente repugnantes, pero donde los demás sólo ven la mancha que por primera vez cayó sobre nuestro nombre, yo creo descubrir la manifestación de una voluntad trascendente. Pedro Miguel no es el fruto vulgar de unos apetitos ciegos en ocasión propicia, ni sólo del trastorno de un alma pura, sino la criatura dramática de un plan que tenía que cumplirse, de una idea que buscaba su Forma.

—¡Mal te veo, Cecilio! —dijo el otro socarronamente—. Idealista vas, si no me equivoco.

—Esta vez has acertado. Idealista voy y a prepararme para serlo en acción, de manera eficaz. Sueño con llegar a ser un hombre con las soluciones de los problemas de los otros hombres en sus manos abiertas para todos.

Una sonrisa leve se dibujó bajo el bigotico presuntuoso del alumno de la Academia de Matemáticas. Él se estaba preparando para otras cosas y ya sabía hacerlas.

III

El catecismo de las mazorcas

En el pueblo, donde a la gente joven se le deparaban pocas ocasiones de regocijo, ya se habían hecho famosas las «fajinas» del Padre Mediavilla. O como él decía: el catecismo de las mazorcas.

Era Rosendo Mediavilla, cura de almas de Río Chico, un clérigo de los de misa y olla, chabacano, guasón, popularote, cabezudo y con la tonsura casi siempre en barbecho de recios pelos y —según algunos que se preciaban de conocerlo a fondo— más amante del acre olor de la pólvora que del místico aroma del incienso. Lo que, sin embargo, no impedía que fuera un buen sacerdote, o conforme a su propia definición:

—Un buen pastor, pero a estacazos.

Tal vez acordándose de sus tiempos infantiles, ya bastante lejanos, cuando por los cardonales de la provincia de Coro —buena tierra de soldados— pastoreaba sus chivos.

Era por cosechas del maíz. Ya desde que empezaba a estar en sazón casi no hacía otra cosa el cura sino recorrer los maizales de su parroquia, de donde regresaba —a veces arreando él mismo su recua de burritos melancólicos, garrote en mano y grito arrieril bien estrangulado en la garganta— con diezmos y primicias de los conucos de sus feligreses y con los que le producían los que él mismo cultivaba en ejidos del municipio, todo para convertirlo en dinero útil al sostenimiento del culto. Aunque parecía que para otra cosa también, según sus propias palabras:

—Para darle a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

De estas labranzas y de aquellas dádivas se colmaban de mazorcas las trojes del cura, en el solar de la casa parroquial, y para desgranarlas sin menoscabo del producto era convocado el mocerío de la feligresía, en la plática de la misa dominical oportuna y de este modo, con pocas variantes:

—¡Muchachos del uno y del otro...!

La palabra sexo, sobrentendida, dábale a la frase una intención maliciosa de la cual abusaba el cura.

—La semana entrante comienza el catecismo de las mazorcas. Vayan preparando las tusas. Las fajinas son gratas al Señor porque producen dinero para el sostenimiento de su culto y porque favorecen los fundamentos cristianos de la sociedad. Lo primero con el valor del maíz, que nos sale de balde o casi casi, pues o me lo regalan mis ovejitas del monte o yo mismo lo siembro y luego lo desgranamos entre todos, y lo segundo porque favorecen los matrimonios en que paran los idilios, pues el que va a pelar la pava en las fajinas —sépanlo bien los novatos de este año—

se compromete conmigo a casarse como Dios manda y de los matrimonios, ya es cosa sabida, salen luego los bautizos que también dejan algo para el culto.

Este paladino estilo de sus pláticas —que hacía sonreír a los mozos y ruborizarse a las muchachas, sin diferencias de clases— no se lo celebraban los mantuanos de edad circunspecta, y ya de ningún modo se lo toleraba Fermín Alcorta.

—Rosendo —díjole por fin, como se lo permitía la íntima y antigua amistad que a pesar de todo los unía—, vas a quitarme la piadosa costumbre de oír misa.

—¡Costumbre! —repuso el cura, gozándose en cogerlo en mal empleo de palabras—. Obligación, querrás decir.

—Bien, sí. Pero me refería a la costumbre de asistir a la misa de nueve, que pronto habré de perderla si tú no modificas el estilo demasiado grueso, por no decir irreverente, de tus pláticas.

—¿Tú qué sabes de eso, Fermín? —replicó el guasón—. Si yo predicara a tu manera, pongamos por caso, te aseguro que me quedaría solo contigo. Y como comprenderás, Nuestro Señor no me ha dicho: anda y predícamele a Fermín.

Y luego, ya dentro de su exégesis:

—Además, eso de grueso y delgado no reza con Dios. Él es el autor de todas las palabras y todos los estilos, como de todas las cosas y a todas las creó inocentes. La malicia la ponen los hombres. Pero dime una cosa, Fermín de mis tormentos: ¿No será la malicia también criatura de Dios, para amenizarnos un poco la vida?

—¡Hombre! Eso... Claro que hay una malicia que no te puedo atribuir, porque te conozco bien. Pero de todos modos, ¿qué necesidad tienes de exponerte a que se te interprete mal?

Sin embargo, todo el mundo estaba allí conforme en que el P. Mediavilla era un sacerdote ejemplar, por su conducta privada y por el celo con que desempeñaba su evangélica misión.

Y con esto y lo que con sus cuentos y sus chacotas hacía reír al mocerío congregado en las «fajinas» —que, por otra parte, daban ocasión para que los novios de amores todavía no formalizados con la aceptación de los padres de ellas, «pelasen la pava» mientras desgranaban las mazorcas— nadie quería perderse de los nocturnos catecismos ya famosos.

A fin de estar bien con Dios y con el Diablo —decía el cura— o sea con el pueblo y con el mantuano de su parroquia, pero guardando las distancias sociales —mientras otras cosas ya esperadas y procuradas viniesen a borrarlas—, Mediavilla distribuía equitativamente las «fajinas» a que todos deseaban concurrir: una noche para los mantuanitos —los hijos de don Fulano y don Zutano, ricos comerciantes y hacendados de la región, buenos cristianos, eso sí— noche de pocas mazorcas desgranadas, porque las manos eran finas y las ásperas tusas las estropeaban hasta hacerlas sangrar; otra para los hijos de ño Perencejo el pulpero y ño Menganejo el sastre o patrón de goleta, que ya era de mayores rendimientos; otra, finalmente, para los hijos del pueblo —para el «camisa de mochila» por contraposición al

«mantuano»— noche de mucho maíz desgranado y mucho cuento de gracia gorda.

Una mesa larga en el corredor de la casa parroquial, colmada de mazorcas; muchos desgranadores en torno, mozos y muchachas emparejados por el idilio...

Cosas de campo y de amor, entre gente sencilla, aun la noche de mantuanos, bajo la vigilancia sagrada y patriarcal de la Iglesia.

—Primero el Rosario, pero dándole a las tusas —decía el sacerdote ya persignándose y con su mazorca en la izquierda.

Y los granos caían entre las avemarías.

—Ahora vengan los cuentos. Una vez Tío Conejo...

Los cuentos de Tío Conejo y Tío Tigre, que eran la especialidad del cura. La astucia y la fuerza, siempre victoriosa aquélla; la burla y la majadería, siempre en ridículo ésta; la humildad y la soberbia —Tío Conejo camisa de mochila, Tío Tigre mantuano, casi todas las noches—, ensalzada la primera conforme a lo cristiano de aquellos catecismos, pintada de tal modo la segunda, que a veces era de echar las tripas.

Y con las risas se desgranaban las mazorcas.

—Una vez Tío Tigre se metió a cura.

Era noche de hijos del pueblo y el auditorio prorrumpió:

—¿Cómo es la cosa, pae Mediavilla? ¿A cura ha dicho usted que se metió el hombre?

—Nada menos. Y ya verán cómo y para qué. Fue porque Tío Conejo ya lo era, en una iglesita humilde, de bajareque, perdida entre los montes, donde él decía su misita diaria y su sermoncito los domingos, para sus conejitos, que iban con la patica en el suelo y su camisita de mochila a cumplir el divino precepto y a divertirse un rato con las cosas que les decía su curita, a su manera un poco gruesa, como dicen algunos. Bueno, pues. Así andando el mundo por aquellos andurriales, si no del todo como Dios manda, a lo menos como entendía servirlo Tío Conejo, sucedió que un domingo, a cosa de las nueve de la mañana, por más señas, pasando cerca de allí Tío Tigre, que iba muy orondo —o muy furundo como dirían los conejitos— con su gran manto de pinta menudita y sus bigotes parados, venteó el olorcito de aquella reunión y llegándose hasta la iglesita metió adentro las narices, echó sus cálculos meneando el rabo y se dijo: «Aquí hay comida para una semana, por lo menos. ¡Y esto es conmigo! Porque si ese... pistolo de Tío Conejo los tiene ahí tan distraídos con esa plática tan fea y tan chabacana, en cuanto no más yo me suba al púlpito y les suelte un sermón bonito, de esos que sólo yo sé decir, todos estos comemonte se van a ir detrás de mi manto real y allá en el palacio de mi cueva voy a poner mi festín».

—¡Anjá! —exclama el candoroso auditorio del cura, hombres ya hechos y derechos casi todos—. No era mala la intención de Tío Tigre.

—Por la medida de todas las tuyas —comenta el narrador y prosigue—: Dicho como hecho. Aprovechando que Tío Conejo había pasado a la sacristía a despojarse, se encaramó Tío Tigre en el púlpito y empezó a echar su sermón. Al principio los

comemonte se dijeron: «¡Coma avispa, compañero, que cigarrón atora! Ése como que es Tío Tigre».

Prorrumpen en carcajadas los desgranadores, al oír hablar a los personajes del cuento tal como lo hacían ellos y Mediavilla continúa:

—Pero en cuanto él había soltado uno de esos párrafos bonitos con que acostumbran hablar ciertos mantuanos, empezaron los comemonte a cabecear y a cerrar los ojos y así se fueron quedando quietecitos. «Ya los tengo vajeados» —se dijo Tío Tigre—. «Ya esta comida está asegurada». No eran vajeados sino durmiéndose de fastidio que estaban los pobrecitos, por no entender ni una papa del sermón bonito; pero hubiera sido lo mismo para lo que se proponía el predicador, si en ese momento no se aparece Tío Conejo y al ver a sus feligreses, como quien dice, ya en los colmillos del Tío Tigre, no se sube al altar y les grita: «¡Muchachos del uno y del otro, pelen el ojo! Ese vagamundo lo que quiere es adormecerlos para caerles encima y poner con ustedes su festín». Se despabilaron los comemonte, pararon el rabo, cogieron la puerta, con Tío Conejo a la cabeza... Y allá está todavía Tío Tigre, con su manto de pinta menudita, lamiéndose los bigotes, que fue lo único con que se desayunó esa mañana.

Y entre las carcajadas se desgranaron las mazorcas.

Pero hubo uno que se quedó con la suya en la mano ociosa, mientras el pensamiento le ponía sombrío el rostro. Uno que no sabía reír.

—¿Qué te pasa, *Cachorro*? —le preguntó el cura—. ¿Es que no te ha gustado el cuento?

—Sí me ha gustado. Y más de lo que usted se imagina. Porque yo mismo fui uno de esos comemonte que se iban quedando vajeados. Con la diferencia que a mí me despertó el propio Tío Tigre, de un zarpazo que me tiró... ¡Y todavía llevo la marca!

Mediavilla se quedó pensativo. El cuento, realmente, no le había resultado muy evangélico.

Candiles en la oscuridad

Era porque había otro Rosendo Mediavilla: el afiliado al partido liberal, que hablaba y se definía de esta manera:

—Iremos a los comicios y ganaremos las elecciones; pero si los godos de uña en el rabo nos hacen la trutajada, iremos a la guerra para darles su merecido. Y digo iremos, porque yo también me arremangaré la sotana para que se me vean los calzones que llevo debajo. ¡Y bien puestos, caray! Ya verán ustedes quién es Rosendo Mediavilla, el del hisopo de plomo, el día que lo coja en la mano. Ahí lo tengo, cargado hasta la boca.

Y señalaba un trabuco naranjero.

Para concluir:

—Porque a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

Hablaba así en las reuniones de correligionarios políticos que entre noches — cuando no eran de fajinas— se efectuaban en la parroquial y de las cuales salían caldeados hasta los más tibios, tanto por el calor que él ponía en sus arengas, como por la lectura de los periódicos de oposición al gobierno oligarca que recibía de la capital y ya formaban pilas sobre la mesa y las sillas de su modesta salita de recibo.

Y éste —no el de los cuentos y de las chacotas que a todos hacían reír— era el Rosendo Mediavilla que le agradaba a Pedro Miguel.

Asistía puntualmente al catecismo de las mazorcas en el turno que le correspondía, y cada vez que de su casa lo mandaban de compras al pueblo llegábase hasta la parroquial y allí se pasaba largos ratos conversando con él o haciéndole silenciosa compañía, si lo encontraba entregado a sus oraciones o escribiendo las numerosas cartas que se cruzaba con los correligionarios de otras ciudades, mientras por su parte se entretenía con aquellos periódicos que más al alcance estuviesen de su comprensión.

«El Sin Camisa», «El Trabuco», «El Rebenque», «Las Avispas», eran sus predilectos, y un día le dijo al cura:

—Présteme estos papeles.

—¿Para qué? —repúsole Mediavilla, con escrúpulos de conciencia, por tratarse de un joven de dieciséis años y por aquello del no escandalizar—. Los títulos son ocurrentes, pero no te creas: lo demás no te va a resultar divertido.

—Pero si ya me los he leído todos de cabo a rabo, mientras usted reza o escribe. Además, no los quiero por lo divertidos, porque ya sabe que eso no me interesa.

—¡Sí, sí! Ya lo sé. En las fajinas el único a quien no le hacen gracia mis cuentos eres tú. Pero eso no está bien, muchacho. Hay que saber reír, porque la risa es un don de Dios, con el cual ha querido distinguirnos de los animales. Aunque no lo haya logrado de un todo, por culpa nuestra.

—Préstemelos —insistió Pedro Miguel sin hacer caso de la evasiva—. Yo se los cuido y se los devuelvo ligero.

—¿Pero si ya los has leído, para qué los necesitas?

—Para leérselos a los esclavos de «La Fundación».

Mediavilla se llevó la uña del índice de la diestra al barbecho de la tonsura, lo que parecía indicar que iba a reflexionar si aceptaba o no la proposición de *El Cachorro*; pero éste agregó en seguida:

—A los sin camisa, para que le vayan perdiendo el miedo al madapolán.

Había tomado esta frase de uno de aquellos periódicos y el clérigo soltó la risa, desistiendo de rascarse la tonsura y en seguida cogió los papeles, que ya Pedro Miguel tenía elegidos y apartados, y poniéndoselos en las manos, díjole:

—¡No, hijo, no! Déjate de cosas. ¡El discurso que vendría a echarme Fermín cuando se enterara! O como yo digo: la fermínica que me espetaría. ¡No, no! Déjate de cosas. Guárdame esos periódicos por allá adentro hasta que yo te los pida.

Pedro Miguel comprendió o creyó comprender y salió de la salita con sus periódicos a dejarlos por allá adentro, a tiempo que Mediavilla cogía su teja y su paraguas para echarse a la calle, por momentánea ocurrencia de algo que tenía que hacer.

Y ya en la calle reía a solas pensando:

—¡La fermínica! No está mal. ¿Cómo no se me había ocurrido antes llamar así los discursos del buenazo de Fermín? ¡Je, je, je!

Días después empezaron a correr por «La Fundación» y otras haciendas vecinas rumores de que estaba apareciéndose por allí la Luz del Tirano. El alma en pena del Conquistador rebelde Lope de Aguirre, que es una candela errante por la oscuridad de la noche.

Pero otros decían que era una luz fija, monte adentro, no siempre en el mismo sitio una y otra noche, mas sin verse desde que se hacía visible.

—Pues no es la Luz del Tirano —opinaban algunos negros en el corrillo de los comentarios—, porque el penar de esa ánima tremenda es no podé reposá nunca. Debe de sé otro espanto que esté saliendo por aquí.

Pedro Miguel oía y callaba, pero luego ya rebatía:

—Ustedes siempre creyendo en aparecidos. Desde que se está hablando de eso todas las noches me levanto y salgo a caminar por todo esto a ver si miro la luz y todavía no la he descubierto.

Y ésta fue la explicación que una noche le dio a José Trinidad, cuando le preguntó desde su cama, por haberlo sentido entrar a tiempo que empezaban a menudear los gallos:

—¿Por dónde andabas, muchacho? Yo te hacía en tu cama.

Mas como se repitiera la escapada clandestina e insistiese Gomárez en averiguar la causa, le contestó desabridamente y evitando su mirada inquisitiva:

—Voy a confesarle, viejo. Es que les tengo miedo a los espantos y quiero quitármelo tropezándome con el que dicen que está saliendo de «La Fundación».

Ante tan inesperada respuesta, José Trinidad quedóse mirándolo en silencio, con el plebeyo respeto —por la sangre de los Alcortas— que andaba mezclado en su amor hacia él, y fue entonces cuando vino a reparar en las transformaciones que estaban operándose en aquel rostro. Ya le apuntaba el bozo y los rasgos viriles venían tallándole un perfil violento: arriscado el entrecejo, ambicioso el aletazo del resuello, recogida la boca tirando del mentón en gesto de contumacia.

José Trinidad observó sin interpretar, y para contemplarlo de frente díjole:

—Volteá para acá, Pedro Miguel. Mírame a la cara.

Obedeció, pero encarándose bruscamente más que volviendo el rostro, y Gomárez continuó mirándolo en silencio.

Había un estrago de insomnios en la lividez de las ojeras y un mirar nocturno en las pupilas, de vigilia febril entre tinieblas.

José Trinidad creyó comprender, y díjole con sonrisa maliciosa:

—Ten cuidado, muchacho. No abuses de tus años, que no son sino dieciséis recién cumplidos.

El mozo irguió la cabeza, con movimiento brusco y repuso:

—Despreocúpese. Usted oye el agua correr, pero no sabe por dónde. Además, ya le dije...

—Bueno hombre —atajó Gomárez, bajo la influencia de aquel respeto que ahora cohibía su autoridad paterna de una manera muy especial—. Asina será.

Pero luego quiso cambiar impresiones con su mujer, que estaba junto al fogón cociendo el pan del desayuno, mientras las hijas se ocupaban de otros quehaceres, fuera de la cocina.

—Ufrasia —díjole—. ¿Te has fijao en Pedro Miguel? Anda raro estos días. ¿Verdá?

—¡Jm! —hizo la mujer, como de cosa ya esperada y siguió palmeando la arepa que iba a tender en el negro budare.

—¿Será el cambio de edá? —prosiguió Gomárez—. Ya le está saliendo el bozo. ¿No has reparao? Tendida ya la arepa y limpiándose las manos en el delantal, Eufrasia se le acercó al oído y le susurró con aire de misterio:

—¡Tiene unos papeles!

—¿Unos papeles?

—¡Sí, hombre de Dios! Unos periódicos de esos que y que salen en la capital. Hacen días se los vide en su baúl, muy embojotaítos y dende entonces taba por decítelo. Trasantiel no más lo solprendí leyéndolos. Él no lo sabe porque estaba muy enfrasquitaio en su lectura. ¡Sí, señó! ¡Como lo oyes, José Trinidad!

—¡Hum! —hizo Gomárez, rascándose la nuca.

Y Eufrasia continuó, complacida en su dominio de la situación, mientras el marido andaba por las nubes:

—Eso es lo que tiene entre ceja y ceja. No es el bozo que le esté saliendo. Ya te lo dije, a José Trinidad: no dejes que ese muchacho aprenda a lé. Acuérdate que bastante te lo alvertí.

—Pero si jué el mismo niño Cecilio quien se empeñó en enseñalo. ¿Qué quieres tú que yo hiciera, mujé?

—¡Bueno! Ahí ta la cosa resultando. Yo siempre he oído decí que letras en la cabeza del que nació pa pobre no hacen sino quitale el sueño, que es lo único completo que Dios le ha dao... Este que digo: del que nació, no, en este caso, sino...

—¡Bueno, mujé! —atajó José Trinidad—. No empieces otra vuelta con la tema de antes.

—¡Guá, José Trinidad! Tranquila estaba yo tendiendo mis arepitas; pero tú has venío a haceme unas preguntas y yo tenía que contestátelas.

Realmente, todo provenía de aquellos periódicos que se trajo de la casa Parroquial, cuando se dijo, calando el efugio del cura:

—No me ha dicho que me los lleve, pero me los ha puesto en las manos.

Monte adentro un candil alumbraba la escena, la noche del día siguiente de aquél. Sentados en el mismo tronco del árbol caído donde fue la de la cura de la mejilla cruzada por la fusta de Antonio de Céspedes, cuatro es clavos —los que más confianza le inspiraban a Pedro Miguel— aguardaban ansiosos la lectura del periódico ya en las manos de éste. La luz del candil acentuaba con reflejos cobrizos los rasgos salientes de los negros rostros atentos y proyectaba sobre la fronda de los árboles del contorno gigantescas sombras de aquelarre. Tenían una expresión ingenua, de niños ante un juguete prometido, aquellos hombres ya viejos, mientras que la de Pedro Miguel era ceñuda, con vibraciones de emoción de apóstol.

La espera fue breve, pero su silencio ya había recogido los más lejanos rumores dispersos por la oscuridad circundante, cuando explicó el lector:

—Éste se llama «El Trabuco».

—¡Ajá! —exclamaron los oyentes—. Vamos a vé cómo dispara este trabuco. ¿Será naranjero?

—Y el primer número empieza así —continuó Pedro Miguel—. ¡Pum, pum, pum!

—¡Ajá! —contestó Tapipa—. Ya está disparando el bicho. ¡Escúchenlo, manitos!

—«Que será bocón como el mismo diablo —prosiguió el lector— y tragabalas como no hay ejemplo en la historia de los trabucos».

—¡Cuaj, cuaj, cuaj! —rió el candoroso auditorio, ante el juguete que no lo había defraudado.

—¡Chist! —hizo Pedro Miguel, a quien no le interesaba lo divertido.

Las miradas exploraron la oscuridad del contorno y continuó la lectura, a la luz estremecida del candil, en el silencio del monte adentro.

No eran ideas, que por aquellas cerrazones de espíritu no habrían encontrado camino, sino escarnios, burlas groseras y descarados vilipendios que se encarnizaban en las reputaciones más acrisoladas del partido conservador. Ni Pedro Miguel ni sus oyentes sabían quiénes eran las víctimas de «El Trabuco», pero sí que eran mantuanos y todas las complacencias del irrespeto hacían rebullir al auditorio. Al principio mezcladas con cierto asombro y temor supersticioso, manifiestos en las miradas cruzadas de rostro a rostro y lanzadas en torno al sitio de la insólita profanación; pero luego —como de las tinieblas de la noche no partía el rayo vengador de los ídolos— más y más confiadas y gozosas.

—¡Güena descarga la de ese trabuco! —comentó Roso Coromoto—. ¡Estaráito de mantuanos ha quedao el suelo!

—¿Y ese otro, cómo lo mientan, Pedro Miguel? —inquirió el negro Tilingo.

—Éste es «El Sin Camisa».

—Como nojotros, manitos —dijo Tapipa—. Vamos a vé qué nos cuenta el compañero. Ábrele la jeta, Pedro Miguel.

Ya los esclavos de «La Fundación» disfrutaban de cierta independendencia desde que Fermín Alcorta sustituyó el sistema de capataces por el de mayordomos —menos deprimente la palabra y más humana, en realidad la delegación de dominio— y el de

convivencia forzosa y gregaria del repartimiento por el de familias aparte, en ranchos que cada cual quisiera construirse, aunque obligadamente a la vista de la casa del mayordomo, y así le fue más fácil a Pedro Miguel obtener un auditorio clandestino más y más numeroso cada noche, en distintos parajes de la hacienda, previamente elegidos por él, para despistar vigilancias, con tanto éxito que pronto no sólo asistían todos los esclavos adultos de «La Fundación», sino también muchos de las haciendas vecinas, mientras por todas ellas iba corriendo la conseja de las apariciones de la Luz del Tirano.

Pedro Miguel se remiraba en su obra y le dedicaba no sólo las horas quitadas al sueño, sino también muchas del día. El éxito y la leyenda acariciaban sus pensamientos bajo el ceño aborascado, por las veredas del monte, en busca del sitio para la reunión de la noche o sentado sobre alguna loma solitaria desde la cual se dominasen espacios —cumbres, laderas, quiebras y llanadas— por donde su imaginación oyera una voz alada esparciendo su nombre:

—¡Pedro Miguel! ¡Pedro Miguel! ¡Pedro Miguel!...

Todo esto podía hacerlo gracias a la independencia de que disfrutaba en su casa, a la sombra del atávico respeto que cohibía la autoridad de José Trinidad Gomárez. Recordaba a cada momento las palabras con que éste le dio consejo de no abusar de sus años y se decía, con sonrisa desdeñosa:

—¡Enamorado yo! Como si no hubiera en el mundo otras cosas mucho más de hombres que andar enamorando mujeres.

Y caminaba ceñudo, alta la frente, apretados los puños, ambicioso el aletazo del resuello, oyendo la voz atareada:

—¡Pedro Miguel! ¡Pedro Miguel! ¡Pedro Miguel!...

Pronto se agotaron los periódicos sustraídos de la casa parroquial. Pero ya él no necesitaba andaderas y se aventuró por su cuenta con lo que había aprendido de tanto leer. Habló y lo escucharon en silencio. Removió los rencores, atizó las ambiciones y concluyó predicando:

—Hay que echarse al monte contra el mantuano, con la guerra por delante.

Tapipa y Roso Coromoto se miraron en silencio, como preguntándose:

—¿Qué te parece, manito? Y aquella noche, por los distintos caminos por donde a sus ranchos o sus repartimientos se regresaron los esclavos de su ya numeroso auditorio, iba la voz atareada murmurando:

—¡Pedro Miguel! ¡Pedro Miguel! ¡Pedro Miguel!...

SEGUNDA JORNADA

I

Las vacaciones del humanista

Por Pascuas de Navidad, al reclamo de la tradición familiar, regresaba al hogar paterno y le agradaba hacerlo por tierra, a caballo, saliendo de Caracas a la caída de la tarde.

El paisaje eran formas serenas y nombres ilustres, colores brillantes y memorias imperecederas. El Ávila, Bello Monte, los cafetales del fruto en sazón... Las huellas de Humboldt en el orgullo de la cumbre empinada y en la gracia de la colina tierna, la obra del Padre Mohedano sazonzando su esencia cordial a la sombra nemorosa de los bucares. Los cañaverales acendrando sus mieles, ya doradas en el rayo tendido del sol; el carro de bueyes por los callejones bordeados de sauces pensativos y el viajero emocionado escuchando:

*Apenas de un carro vacilante
se oye a distancia el desigual rumor.*

Los chaguaramos altaneros, arpa del atardecer el penacho de las palmas quietas, con trinos de chirulíes y rajeos de azulejos; los gigantescos mijaos, bosques de ramas para los nidos de todos los pájaros del valle; los torreones de los trapiches dando su humo laborioso al aire descuidado. Acaso cantares de esclavos en el corte del tablón, con dejos de memorias que buscan recuerdos perdidos. De rato en rato, olor de melado que endulza el viento suave; de trecho en trecho, rumor de acequias... La algarabía de la atardecida vuelta de las guacharacas al silencio de los boscosos cangilones, por donde a saltos venía bajando el Sebucán. El franciscano reposo del monte, tendida la estameña del crepúsculo, beata la paz de las cumbres de la Silla de Caracas... La melancólica evocación del indio, despojado señor de aquellas tierras, que conservan las palabras guaruras caídas en la derrota: Chacao, Petare, el rumoroso encuentro del Caurimare con el Guaire que alimentó el Macarao... La sorpresa siempre emocionante de La Cortada traspuesta: cumbres, lomas, laderas, quiebras y hondonadas, lejanías azules y esa serenidad religiosa en que se sumergen las montañas para el encendimiento de las estrellas, honda hasta el rumor del agua que corre allá abajo, tierna en el piar fugitivo de los pájaros que vienen recogiendo el vuelo, dulce como una tristeza que diera la felicidad...

El paisaje era un ejercicio de amor a su tierra que repasaba Cecilio todos los años, por Pascuas de Navidad.

Pernoctaba en una ranhería del camino muy frecuentada por arrieros y carreteros, que al hombre de las letras traía a la imaginación las ventas donde al ingenioso Hidalgo le ocurrieron sus regocijadas aventuras y al de acción que se

proponía ser dábale oportunidad de acercar el oído a las palpitaciones del corazón de su pueblo.

Era gente en marcha de camino y de historia. La que iba recogiendo anécdotas para verterlas en torno al mesón y la que venía prendida por la carne de sus rencores, sus hambres y sus ambiciones al curso de los acontecimientos de donde acababa de surgir la Patria, para enfrentarse, allí mismo, con un porvenir azaroso.

—¿Qué hay por la capital? —preguntaban los que hacia ella se dirigían con sus recuas o sus convoyes.

—¿Qué va a habé? —respondían los de camino encontrado—. Mucho runrún de cosas que y que se están preparando. Los melitares, con que si ellos jueron los que se chamuscaron el pellejo entre las balas de la independencia pa que hubiera Patria y por consiguiente y que son ellos los que deben mandá, y los civiles con el cuento de que pa goberná se necesita tené mucha cencia y ellos y que son los que la tienen, de habela aprendió en los libros. Y en el entretanto, los negocios malos y las cargas pocas.

Y luego, marcada la pausa con el escupitazo de la mascada de tabaco por el colmillo:

—¿Y ustedes que vienen de por ahí padentro, qué traen en las mochilas?

—Sustos pasaos en los malos pasos, con las noticias de que en tal parte asesinaron a unos arrieros pa robales lo que llevaban en los burros, y que por tal otra anda alzaó qué sé yo quién.

—La verdá es que esto de trabajá es pa los... desmemoriaos. Habiendo ese camino tan ancho que es la guerra, ¿pa qué andá por estas vereas?

—¡Me parece! Si no que se lo pregunten al hombre de Queseras del Medio, que si no juera sío por la lancita allá estaría con la sogá.

—Pero ahora y que le dice al garrasí: si te he visto no me acuerdo. Y no quiere andá sino entre el mantuanaje.

—Tiene razón, compañero. ¿No se mojó el fundamento sobre la tereca del caballo? A él le debemos la Patria, y es natural que él sea el primero en gozala. Además, ¡parriba es que vamos tirando todos! Deje que a mí me sople el vientecito que tengo encargao pa que me vea remontao.

—¡Y el otro que viste y calza!

—¿Se refiere a usted mismo, compañero? No sea tan ilusivo, porque ni camisa de mochila es vestío ni callos de pata en el suelo son calzaos.

—Por eso mismo no desperdiciaré la ocasión. ¡Y eso no es ná, sino las que tengo que cobrá!

Oyendo esto, Cecilio el joven se quedó pensando en aquello del Gran Sembrador con que le despidiera su maestro, a quien no había vuelto a ver desde entonces.

—¡Siembra de vientos! —díjose—. Mala tendremos que pasarla los que vayamos a recoger la cosecha inmediata. Pero es menester que, además de prevenidos, estemos bien preparados.

Los tiempos eran realmente dramáticos; pero de tempestades creadoras, de amaneceres angustiosos y no de crepúsculos pesimistas. La Patria acababa de salir de las fraguas de la guerra y todavía no estaba completamente moldeada. Vuelta hacia el pasado tenía la faz tremenda que contempló la sangre y el fuego, pero mostraba inconcluso el rostro noble y sereno que debía mirar hacia el futuro y era necesario darle cuanto antes y de manera eficaz estos toques finales.

Para ello se preparaba Cecilio Alcorta, que de haber seguido las más íntimas inclinaciones de su alma se habría quedado en poeta; pero le había puesto prisiones a las tendencias contemplativas, porque cuando un espíritu está realmente vivo —y así se sentía el suyo— se mueve dentro de su tiempo, de cara al porvenir.

No se le escapaba que aquel ensayo de civilismo que en torno al prestigio militar del general Páez estaban intentando algunos de los hombres que lo rodeaban, no siendo en realidad sino los últimos reductos del espíritu de la Colonia —del jardincito de trasplante y casa pobre, como despectivamente había dicho Cecilio el viejo—, tenía que ser precario, como toda desviación que se trate de imprimirle al curso natural de la historia de un pueblo; pero tampoco podía admitir que los hombres en quienes residían las previsiones del pensamiento hubieren de cruzarse de brazos ante el ímpetu arrollador de la conmoción democrática producida por la Guerra de Independencia, pues si era también una Idea que venía buscando su Forma —aún estaba con Platón Cecilio el joven—, de aquéllos era, precisamente, el ineludible deber de allanarle los caminos rectos a fin de que no se precipitase por los atajos tortuosos.

Recordando ahora, en cuanto a él se referían, aquellas palabras del tío, no se le escapaba tampoco que el recóndito deseo del extravagante maestro había sido el de formarle un espíritu revolucionario; pero si carecía de él, no, en cambio, de espíritu constructivo y tomándose tal como era, podía dar de sí mucho que algún día le permitiese ser un hombre con las soluciones de los problemas de los otros hombres, en sus manos abiertas para todos.

De cómo venía procurándolo fueron siempre las cuentas rendidas a don Fermín de los anuales progresos en sus metódicos estudios de humanidades y esta vez, además el relato delicioso para el orador fallido que en él se remiraba logrado, de las opiniones oídas a Fermín Toro y a su mismo maestro José Luis Ramos y de las que él se había permitido contraponerles en algunos puntos, por donde a su parecer erraban en la apreciación de ciertas cosas.

Cecilio el joven no era presuntuoso, sino, por lo contrario, bastante modesto, pero cultivaba una gran vanidad que podría calificarse de filial, por ser forma del amor a su padre, a quien nada complacía tanto —y él lo sabía— como los triunfos que fuera obteniendo el hijo de todas sus esperanzas.

En efecto, el padrazo quedó saboreándose:

—¡Los Fermín Toro, los José Luis Ramos! Apenas tiene unos diecinueve años y ya, me le oyen y me lo toman en cuenta.

Y a sus amigos y correligionarios políticos, godos recalcitrantes —como los calificaban los liberales—, cuando por la noche fueron a darle la bienvenida a Cecilio, así los fue recibiendo en el corredor, antes de que entrasen a la sala donde estaba el recién llegado:

—Dile que te cuente lo de Fermín Toro.

—Hazlo hablar de la polémica que tuvo con José Luis Ramos, a propósito del origen del endecasílabo español.

Y cuando se retiraban, los acompañaba hasta el zaguán, y allí les preguntaba:

—¿Qué te parece el muchacho?

—Te confieso que me he quedado boquiabierto oyéndolo.

—Lo mismo yo, Fermín. Lo mismo yo.

Pero no contento con que así se quedaran sus amigos los conservadores, para que la envidia se comiese a los liberales, echábase a la calle en busca de oportunidades.

Ya no se trataba con el P. Mediavilla, debido a aquellos periódicos que le prestó a Pedro Miguel y con cuya lectura éste le alborotó y casi le soliviantó los esclavos, pero era con él, precisamente, con quien más deseaba encontrarse, y así que lo divisó conversando en la puerta de una tienda con el dueño de ella, hacia allá se encaminó diciéndose:

—Ya te haré rabiar.

Y a la primera oportunidad que le dio el tendero:

—Sí. Ha llegado bien y muy contento. Ya se codea en Caracas nada menos que con los Fermín Toro, que no es poco decir. Lo reciben en sus tertulias y cambian ideas con él. Por cierto que me cuenta que, ya para venirse, conoció allí a un delegado apostólico de Su Santidad que, de paso para Lima, se detuvo en Caracas. Un prelado muy inteligente, dícame, que habla correctamente el latín. Y como a él algo se le alcanza de eso, estuvieron charlando largamente en esa lengua.

Pero el P. Mediavilla, en vez de rabiar allí mismo, sonrió y le observó, por aquello de los Toro:

—Un delegado no, Fermín. Unos delegados serían.

Y fue él quien partió rabiando, calle abajo. Pero luego reaccionó sensatamente:

—¡Qué importan las sandeces de Rosendo! El hecho es que el muchacho vale y que ya lo tengo en casa, pasando sus vacaciones.

La sal de la casa

Para Luisana eran las confidencias más íntimas: las cosas del corazón. Sus impresiones sentimentales, el patio de la casa donde vivía en Caracas, siempre oloroso a jazmines, los versos que sólo ella conocería, porque no habían sido compuestos para ser publicados, y ahora, unos bonitos amores, al gusto romántico:

—Se llama Beatriz. ¡Y si tú la vieras! Y luego:

—¿Y tú, qué me cuentas? ¿Qué ha hecho en este año la sal de la casa?

—¡Chico! Este año ha sido atroz. Casi todo me lo he pasado en el salero.

—Pues ya me imagino cuántas veces se habrá oído en esta casa el ¡válganos Dios!

—Pero te quedarás corto. La verdad sea dicha.

—En realidad, no es que me lo imagine, sino que ya me lo ha dicho Carmela. Apenas llegué cuando, aprovechándome solo, me recomendó: «Cecilio, dile algo a Luisana, que ya nos tiene a pedir misericordia».

—¡Qué chismosa! —exclamó ella, pero soltando en seguida la risa, que poco se le oía en la casa cuando él no estaba allí:

Y luego:

—Tiene razón. Reconozco que he estado de pedir misericordia. Pero hazte cuenta, chico...

—Ya me han contado: ni un enfermo grave en la familia ni en el vecindario.

—Pues ya te compadecerás de mí también. ¿Crees que así se puede vivir?

—¡Imposible! ¡Pobrecita sal de la casa! ¡Todo el año en el salero!

—¡Imagínate! Y después quieren que no se revenga.

Jugaban con las palabras a propósito de aquella metafórica definición de don Fermin que había hecho carrera en la familia.

En efecto, Luisana era uno de esos caracteres que en sí y por sí solos resultan intolerables, pero que en cuanto se ponen en movimiento hacia un acto, éste es siempre el que precisamente hacía falta en aquella ocasión. Una de esas personas cuyo modo de ser no se soporta fácilmente, pero cuyo modo de proceder inspira simpatías irresistibles.

En lo cotidiano y banal de la vida era una mujer de trato difícil, agria, voluntariosa y, al parecer, egoísta, no faltando quienes la juzgaran incapaz de verdadera ternura; pero cuando surgía la oportunidad de dar su verdad profunda en un acto, cuando se necesitaba de alguien que estuviese dispuesto a sacrificar algo suyo en provecho o en bien de otro, para arrostrar una situación molesta o conflictiva, sacar de un apuro o aportar un consuelo eficaz, allí estaba Luisana y siempre se podía contar con ella.

Ya la habían encontrado así su padre y sus hermanos cuando la muerte de Amelia los dejó huérfanos. Fue la madrecita y el ama de casa desde los doce años, se encaró con la vida y con el infortunio de los demás, y al suyo propio le puso buena cara, a fin de que no se le encarnizase y así no pudiera restarle los ánimos que exigían el trance y la carga.

—¡Luisana! —era la voz de socorro que se oía a cada rato, en boca de todos.

—Me van a gastar el nombre —protestaba ella, ásperamente.

Pero acudía y remediaba.

Y luego, de la casa a todas las de la parentela y a todas las del vecindario:

—¡Luisana! Que este traje me ha quedado defectuoso.

—¡Luisana! Que en casa hay una gran tribulación.

Y fuese la hermana, la prima, la amiga o simplemente la vecina, ella tomaba a pecho la dificultad, el contratiempo o la angustia, y ya no los abandonaba hasta que les hubiese encontrado solución o remedio, desde la refacción del vestido con que otra debía ir a la fiesta o al baile, así tuviese que dejar de mano el suyo todavía no terminado, hasta la tribulación mortal que fuere necesario compartir a la cabecera de un enfermo, días y noches consecutivas sin pegar los ojos.

Mas, pasadas estas necesidades de ayuda o consuelo práctico —porque nunca se gastaba en palabras para aconsejar conformidad— metíase en su carácter y ya se convertía en una persona desagradable, quisquillosa, áspera, incluso irascible.

—Bien te ha pintado papá —protestaban entonces las hermanas, corridas con cuatro frescas—. Eres como la sal. No se te puede pasar.

—¿Sino con algo de ustedes, verdad? ¿En el plato de la necesidad, sazonándoles el bocado del apuro, no ese eso? Pero también la sal tiene el derecho de estarse en el salero y con no venir a pellizcarla se evita el mal gusto.

—¿Qué necesidad hay de contestar mal?, te preguntamos nosotras. Habiendo buenas palabras...

—¡Palabras! Obras son amores y no buenas palabras.

—Obra fue aquel regalo que te mandaron el otro día las Rojas. ¿Y cómo se lo devolviste?

—¡Valiente cosa! Una torta en cambio de quince noches velando a Felicianito. ¿Quién les ha dicho a los Rojas que yo hago las cosas para que se me retribuyan con gelatinas y bizcochuelos? Ni de ningún modo, porque no lo hice ni por ellas, ni por Felicianito, ni por nadie. Óiganlo bien para que se lo digan a ellas y a todas las demás. Lo hice, como siempre lo hago en otros casos, por darme un gusto. No hay nada que me haga tan feliz como sentirme buena y sana al lado de un enfermo. Por eso es que me le pego a la cabecera hasta que revienta o se cura. ¿Lo han oído bien? Pues ya pueden salir a pregonarlo por todo el pueblo.

Ni Carmela ni Aurelia podían creer esto, y le replicaban:

—Quien no te conozca que te compre.

Pero a decir verdad no se explicaban el caso y entre ambas quedábanse comentándolo:

—¡Qué empeño de situarse mal con todo el mundo!

Porque para Aurelia y Carmela, llenas del espíritu de sociabilidad, las buenas palabras, comedidas o exageradas, valían más que las obras. O, por lo menos, les parecían más distinguidas, más propias de una Alcorta.

Con tal conducta Luisana fue alejando de sí a todas aquellas amigas —nunca suyas propiamente, sino de sus hermanas— que nada tuvieran que esperar de ella y a las que denominaba amigas inútiles, con una paradoja muy propia de su carácter. Las de las relaciones de etiqueta, aun dentro de la sencillez pueblerina, de los obsequios recibidos y retribuídos, de las visitas y las «cuelgas» los días de santos. Las que

nunca irían a suplicarle —como las Fontes, por ejemplo y ya también las Rojas— que les compusiera el traje defectuoso o las acompañara a asistir a sus enfermos. Para nada íntimamente provechoso podían servirle, en realidad, pues si sólo por ellas fuese, siempre estaría la sal en el salero.

Pero de Luisana no podría decirse que compartiera las tribulaciones ajenas, ni mucho menos que fuese un caso de abnegación —virtud sombría en la que todo es dar—, pues cuando estaba dedicada a la angustia de los demás y éstos andaban gimientes o abatidos, su temperamento desapacible y quizá un tanto amargado de mujer desprovista de grandes encantos físicos, se le tornaba alegre, jovial, como si el bien que hiciese le creara una sensibilidad optimista, y hasta se adornaba de cierta hermosura interesante, obra de los trasnochos que a las demás las dejaban mustias y desencajadas. Daba sus actos, pero no tomaba para sí el dolor ajeno, ni se animaba para que los afligidos suspendiesen sus gimoteos, sino porque la bondad practicada le hacía brotar del corazón alegría de vivir. No era un espíritu caritativo que se entregara, sino un alma generosa que se expandía.

—Generosidad del rosal —solía decir Cecilio, poniendo en prosa unos versos dedicados a la hermana predilecta—, que no abriendo sus flores para darlas, sino para adornarse con ellas, adorna y perfuma el mundo.

Para él, sin embargo, siempre estaba la sal en el plato, sazonándole la acogida familiar. El deseo adivinado, el gusto complacido, la atención amable cuando él hablaba —sin respingos por palabras quizá rebuscadas—, las ideas compartidas, una misma manera de sentir las cosas, un interés sincero y comunicativo por sus preocupaciones y sus proyectos y toda su fe puesta en el triunfo que forzosamente a él estaba reservado.

—Bien, chica. Ya hemos hablado bastante de mí. Ahora cuéntame tus cosas. Tus amores, ¿cómo marchan? Y ahora caigo en que ni siquiera me has preguntado por Antonio.

—¡Es verdad! ¿Tan petulante como siempre, no es cierto?

—Petulancia, quizá no; manera de ser, simple y naturalmente. Además, no le faltan motivos para estar satisfecho de sí mismo: avanza en su carrera en formación perfecta, como diría él, y cada año es una plaza tomada... Pero volviendo a lo que te preguntaba. ¿Tus amores mismos, cómo marchan? ¿Se porta bien contigo?

—Escaramuzas por ahora, como diría él. Me escribe, le contesto, vuelve a escribirme, vuelvo a contestarle. Pero la batalla campal todavía como que está lejana... ¡Y a propósito de Antonio! ¿Sabes lo de Pedro Miguel? Estuvo a punto de provocar un levantamiento de esclavos en las haciendas de por aquí.

Le refirió lo de los periódicos, y agregó:

—Afortunadamente, José Trinidad se enteró a tiempo y para alejarlo de por todo esto lo mandó a casa de una hermana suya que vive en San Francisco de Yare; por allá está.

Cecilio repitió aquello del plan que tenía que cumplirse —palabras más, palabras

menos—, habló luego de sus preocupaciones por el destino que le estuviese reservado a Pedro Miguel, cuando se desatasen los acontecimientos que se cernían sobre el país, vino a cuento lo del Gran Sembrador recordado por el camino, y concluyó por lo que ya había preguntado:

—Conque, ¿ninguna noticia de Cecilio el viejo! ¿Por dónde andará?

Luisana se quedó pensativa, y luego dijo:

—¿Sabes una cosa, chico?

—Tú dirás.

—No. Vas a pensar que estoy a punto de volverme loca... ¡Sí! ¿Por qué no? Desearía que Antonio se enamorara de otra mujer.

—¿Eso por qué? —inquirió Cecilio, con incontenible expresión de alarma—. ¿Es que ya no lo amas?

—Lo mismo que el primer día, que quizá no será decir mucho; pero de todos modos, por mí no se acabarán nuestros amores.

—¿Entonces?

—Aguarda. Ya viene la locura o cosa que se le parece: desearía encontrarme libre para vestirme de hombre y echarme a andar por todos los caminos del mundo, como tío Cecilio.

—Afortunadamente dijiste desearía —repuso el hermano—, pues si hubieras dicho deseo ya estaría yo mandando hacerte la chaqueta de fuerza.

Luisana rió, volvió luego a quedarse pensativa y al cabo murmuró:

—¿Qué chiquito es mi mundo, Cecilio! Todos los días se me pone más chiquito: cuatro paredes, cuatro calles, cuatro enfermos, cuatro tontas, porque ni siquiera son muchas, y veintiún años ya.

—Pero, tu mundo interior, ¿no es grande?

—¿Mi mundo interior! ¿Estaré situada en él? Yo misma no lo sé.

De esto no se habló más, ni aquel día ni durante el resto de las vacaciones del humanista. Él no quiso insistir, pero cuando regresó a Caracas llevaba un propósito nuevo: coronar pronto sus estudios, labrarse una posición, llamar a su lado a la familia. Sacar a Luisana del pueblo.

El diálogo de la incertidumbre

Tres meses más tarde, otra vez de regreso. El gobierno lo había designado secretario de una misión diplomática ante la corte de Inglaterra e iba a llevarle a su padre la buena noticia y a despedirse de su familia.

Era un premio a sus esfuerzos que no se había hecho esperar, sino que, por lo contrario, le había salido al paso cuando buscaba su camino por otros rumbos, y, al mismo tiempo, una magnífica ocasión para depurar y completar la ciencia política que ambicionaba poseer. Por el momento, ya podía enorgullecerse su padre de hechos

cumplidos, pues él empezaba su carrera con un salto limpio de las bibliotecas y las tertulias literarias a un cargo de dignidad y provecho, siendo todavía tan joven que sus protectores tuvieron que hacer valer sus méritos sobrados en compensación de sus años escasos.

Y con todo esto iba confiado y gozoso.

Llegando ya a uno de los mesones del camino, situado en la loma de uno de los cerros por donde se sube a Caucagua, tuvo, además, una sorpresa agradable.

Trepado a una escalera, un hombre pintaba un letrero que sería la denominación de la posada, hasta entonces sólo explicativamente designada del isleño Manzano; pero un hombre cuya indumentaria no correspondía por completo a la adecuada a un pintor de brocha gorda.

—¿Pero no es Cecilio el viejo? —se preguntó, ya más cerca—. ¡Claro que sí! Las gafas sobre la punta de la nariz y él mirando por encima de ellas para trazar sus letras, no pueden ser cosas de otro, teniendo ya que ser suya la extravagancia.

Cuatro años tenía sin verlo, y en señalado momento de su vida volvía a encontrárselo. Se le acercó emocionado, pero sin darse a conocer, y desde el caballo, junto a la escalera, haciendo comedia de la alegría del encuentro, le interpelló:

—Explique usted, buen hombre, ¿qué va a decir ahí?

Cecilio el viejo, que ya lo había reconocido desde que venía remontando la loma, pero fingiéndose desentendido, sin volverse a mirarlo, le respondió:

—Poco se le alcanza al preguntón, pues sólo faltan las dos letras finales para que se lea: La Incertidumbre.

—¿Y eso qué significa, que no me parece propio para nombre de posada?

—La en que siempre se está sobre si serán realmente caraotas fritas o moscas achicharradas las que sirven en este mesón.

—¿Y el amo consiente?

—El amo, como buen analfabeto, es una persona sensata. Quiere un nombre para su establecimiento, y cualquiera le sirve. Sólo los mentecatos se preocupan por las palabras y gastan lo mejor de su tiempo en estar eligiéndolas y entresacándolas de clásicos majaderos.

—¿Y tú que lo pintas?

—Me pago con ello por adelantado esas caraotas o moscas que luego habré de comerme.

En efecto, era así como el nuevo Rousseau se pagaba las posadas de sus andanzas, como también todas las satisfacciones de sus demás menesteres, en lo que era sobrio hasta lo imprescindible del comer y el vestir, dándole holgadamente para ello la infinita variedad de sus oficios y servicios posibles para el trueque directo, con los cuales llevaba siempre consigo su riqueza.

El isleño Manzano no tenía aquella vez ni hijo enfermo que se lo curara el médico, ni documento que le redactase el licenciado en leyes, ni obra en que lo asesorase el licenciado en ingeniería, ni plaga que le estuviese azotando el conuco

que cultivaba por aquellas laderas, para lo cual fuesen necesarios los consejos del agricultor ambulante; pero a la posada le faltaba un hombre, cualquiera que fuese, para que los clientes no tuvieran necesidad de andar pregonando por todas partes aquello del isleño, que ya lo fastidiaba, y ahora Cecilio el viejo se lo estaba sacando muy derecho y vistoso, que era todo lo que en aquel letrado podía él apreciar.

Cecilio el joven soltó la risa y concluyendo su comedia se apeó del caballo y le dijo al tío extravagante:

—Baja de ahí, hombre, que tengo ganas de abrazarte y traigo noticias que comunicarte.

El otro dejó los pinceles, se sacudió las manos, bajó de la escalera y abrió los brazos para estrechar entre ellos al sobrino amado.

—Ganas también tenía yo de verte, muchacho, y para Caracas iba sólo a eso. Estás hecho un hombre con toda la barba. ¡El gran Cecilio! El de las esperanzas, como dice el buenazo de tu padre. ¡Ja, ja, ja! De allá vengo y a punto estuvo el mansurrón de tu progenitor de ponerme de patitas en la calle, porque le dije que tú no eras sino un badulaque. ¡Las cosas que me contestó!

—Ya me las figuro. ¿Y por dónde andabas esta vez?

—Por ahí, por esos mundos. Recorriendo los campos del Gran Sembrador que ya están en sazón. Pronto tendremos la cosecha estupenda. No me moriré sin verla. ¡Je, je, je! ¿Y tú, qué me cuentas? ¿A qué obedece este viaje extemporáneo? Pues ya me dijeron en tu casa que no regresarías sino para Pascuas de Navidad.

—Te anuncié que traigo noticias que comunicarte.

—Pues ve soltándolas que ya soy todo oídos.

Mas apenas comenzaba a dárselas cuando, echándose para atrás, exclamó:

—¡Cómo! ¿Tú diplomático? ¡Pichón de diplomático para mayor irrisión! ¿Y me lo dices con esa cara tan fresca? ¿Y a eso le llamas noticias buenas? ¿Para eso me he quemado yo las pestañas buscando pedagogías? ¡Has traicionado mi cariño, has defraudado la confianza que yo había puesto en ti!

—¡Pero, tío Cecilio!

—¡No, no! No hay tío que valga, ni sobrino que merezca estimación. No continúes. No me interesa saber nada de lo que a ti pueda ya referirse. Ha llegado el momento de echarte el latinazo con que te tenía amenazado y ahí va. *¡Requiescat in pace!* Y volvió a treparse a la escalera, diciendo a voces:

—¡Vete, vete! ¡Márchate ya! ¡Sigue tu camino, mentecato! Hazte el cargo de que no he existido para ti.

Cecilio el joven sonreía a toda aquella avalancha, tomándola a bromas; pero luego se convenció de que iba en serio y murmurando para sus adentros:

—Ya le pasará.

Montó a caballo y siguió su camino, cuesta arriba. Pero ya no gozoso y confiado.

Cecilio el viejo esperó a que se hubiese alejado, y cuando ya se había perdido de vista arrojó los pinceles y bajó precipitadamente de la escalera, diciéndole al isleño.

—Manzano, *Sublata causa, tollitur efectum*.

—¿Qué significa eso, don Cecilio?

—Que este trabajo era para pagarte el almuerzo que ibas a darme, pero como ya me marchó, ahí queda eso. Que te lo termine otro.

Y echó a andar cuesta abajo.

II

Disputas y vacilaciones

Fracasó la tentativa de civilismo, predominó la tendencia caudillista del general Páez y subió al poder el general Monagas, perdiendo así la jornada electoral tanto los oligarcas como los liberales. Sobrevino el 24 de enero, llegó al pueblo la noticia del acontecimiento, y Fermín Alcorta se presentó en la casa parroquial, no para reanudar amistades, sino para formular reproches, aunque todavía tuteando a su contrincante:

—¿Estás satisfecho, Rosendo? ¡Han fusilado al Congreso! Se acabaron las libertades políticas, se hundió para siempre este pobre país. ¿Era eso lo que tú deseabas? Pues ya puedes cantar victoria.

Pero Rosendo Mediavilla lo oyó cabizbajo y le respondió contrito:

—¡No, Fermín, no era eso! Reconozco que esta vez se nos fue el tiro por la culata.

Y así quedó reanudada la amistad entre el liberal ingenuo y el godo recalcitrante, ambos necesitados de ella por el afecto que continuaban profesándose y por la falta que a cada cual le hacía el trato frecuente del otro, para ejercitarse en lo respectivamente propio, contraponiéndoselos a cada rato; don Fermín la compostura irreprochable, el severísimo concepto del respeto a sí mismo, la interpretación elocuente de la vida; Rosendo Mediavilla la chabacanería sistemática, la actitud socarrona y el espíritu de contradicción.

Y así explicó el caso cuando otros amigos le preguntaron si era cierto que hubiera hecho las paces con Alcorta:

—Sí. No podemos vivir sin cruzarnos los espadones. O mejor dicho: él su tizona y yo mi garrote encabullado.

Cruzábonselos casi a diario en las tertulias de la parroquial, donde el descontento —forma degenerada de la oposición imposible— barajaba conservadores y liberales de buena fe, en disputas inenarrables, cada vez más alejadas de los problemas del país y de la época, cada vez más absurdas, de esas en que se van aguzando las condiciones personales contrapuestas, cuando los hombres pierden de vista el interés general y la combatividad sin posible empleo trascendente se les convierte en quisquillosidad. Decadencia de lo político apasionante en lo particular intolerable que ya tenía símbolo en la sustitución del Rosendo Mediavilla del hisopo de plomo —frase que ya no acudía a sus labios— por el del garrote encabullado, continuamente esgrimido contra la tizona de Fermín Alcorta.

—¿Dónde están las cabezas del partido liberal? ¿Cuándo se ha escuchado en las filas de ustedes algo medianamente comparable con el verbo grandilocuente de un Juan Vicente González?

—Perdona, querido Fermín. No es quizá el verbo lo más grandilocuente que tiene, sino lo que se le atracó en el albañal por donde metió la cabeza, con verbo y todo, la tarde del 24 de enero. Yo no se lo vi, pero cuentan que era realmente grandilocuente aquello que se le quedó afuera.

—¡Calumnia villana! De las que inventa la plebe para que las repitan los mal hablados.

—A fin de que no nos echen discursos los oradores de pacotilla.

Y una vez por esto y otras por análogas chocarrerías del cura, siempre regresaba don Fermín a su casa jurando no volver a las tertulias de la parroquia.

Compensábanle estos sinsabores imprescindibles las cartas que con frecuencia recibía de Cecilio el suyo. Perdida aquella secretaría que no debía servirle sino para decidirlo a dar el salto sobre el charco, en Europa se quedó preparándose para la alta misión a que lo obligaban las esperanzas puestas en él, conociendo a los grandes hombres de la época, bebiendo de ellos la ciencia política en las propias fuentes.

Y el padre complacido, leídas y releídas las páginas numerosas y apretadas, doblábalas de nuevo, murmurando:

—¡Bien, hijo, bien! Me has escrito una hermosa carta.

Y en seguida se echaba a la calle, para ir a leérsela al P. Mediavilla, con lo cual sabía que le daba gusto. Concluyendo:

—Y nada es lo bien que escribe, porque lo mejor es lo que se calla: la ciencia política que ya posee. El bagaje intelectual de Cecilio el mío, hará peso en la balanza de los destinos nacionales, hoy inclinada hacia el platillo donde gravita, nueva espada de Brena, la lanza de los Monagas.

Pero cuando de cartas de Cecilio se trataba, Rosendo Mediavilla, respetuoso de la paternal emoción del amigo y compartiéndola, no sacaba a relucir su garrote encabullado.

Y las vacilaciones.

Las del capitán Antonio de Céspedes, retirado del servicio de las armas desde el encumbramiento del general Monagas, y otra vez en el pueblo, todavía novio de Luisana.

El porvenir inmediato no era muy halagüeño para los oligarcas intransigentes con la nueva forma política que venía definiéndose y el de Antonio especialmente, de la rama pobre de los Céspedes, menos todavía. Por lo cual era justificable que aún no desembocasen en el matrimonio aquellos amores empezados en la infancia.

Pero en realidad la causa de la indefinida prolongación residía en la naturaleza misma de las relaciones amorosas, a punto de degenerar en costumbre inveterada, fríamente afectuosa, y por otra parte, sometidas a las vicisitudes de las genialidades de Luisana.

Un día, adornada con todos los encantos que pueden hacer amable a una persona, y al siguiente, cuando ya Antonio iba decidido a fijar la fecha de la boda, a pesar de sus incertidumbres ante el porvenir, la aspereza repentina por una broma afectuosa o

por un comentario banal, el dejarlo plantado en la sala y el encerrarse en su cuarto dando portazos.

Era la racha de aquel disparatado pensamiento de que ya le había hecho confidencia a Cecilio. El mundo que de pronto se le volvía pequeñito ante la inmensidad informe de la explosión de su intimidad. Cuatro paredes, cuatro hijos... La infinita vulgaridad de una mujer entre las mujeres, lavando mantillas, acunando lloriqueos... No desamor por Antonio, ni tampoco falta de apetencias maternas. Ella sabía lo que no era, pero se le escapaba la conciencia afirmativa de la subitánea emoción de sí misma, y del pensamiento fugaz sólo alcanzaba forma una mínima porción en aquellas frases que expresaban confinamiento y pobreza espiritual:

—¡Cuatro paredes, cuatro afectos para toda la vida!

—No me explico cómo le soportas esas malas crianzas —decíanle a Antonio, Aurelia o Carmela—. Se necesita tener toda la paciencia de Job.

Antonio de Céspedes no la tenía, ni muchísimo menos; pero tampoco Luisana era mujer de la cual pudiese prescindir de buenas a primeras el hombre que se hubiese asomado, siquiera un poco, a la intimidad de su espíritu.

Y ante el influjo que ella ejercía sobre él, a él también le ocurría saber lo que no era —enamoramiento vulgar, con el cual ya habían acabado los años—, pero ignorar la naturaleza del sentimiento que todavía lo retenía en aquellas vacilaciones, sin fijar la fecha de la boda.

El de las esperanzas

La familia está a la mesa presidida por don Fermín. Éste habría querido que los acompañasen algunos de sus amigos, a quienes el regreso de Cecilio el suyo, también traía esperanzas, y algunas de las amigas de sus hijas y los novios de éstas; pero el recién llegado por sorpresa prefirió la comida familiar, sin aparato, como las de todos los días, porque estaba cansado de vivir entre extraños y deseaba disfrutar a solas con los suyos de las primeras horas de la vuelta al hogar. Están él y su padre y sus tres hermanas y él tiene la palabra.

Cuenta sus viajes, describe las ciudades donde ha vivido durante los años de su ausencia y los países que ha recorrido, sus panoramas, sus gentes, sus costumbres. Describe el escenario, pero aún no habla del personaje de aquella odisea. Se expresa correctamente y con precisión de observador perspicaz, y el viejo y las niñas lo oyen embobados.

Pero, sin embargo, don Fermín echa de menos algo. ¡Aquel fuego, aquel brillo! Dice bien, indudablemente, Cecilio el suyo, pero nada más. ¿Será que de tanto imaginarse —se pregunta— la avasalladora elocuencia del hijo en la memorable sesión del Congreso futuro se habrá formado una idea exagerada a la que tal vez ninguna realidad pueda corresponder? ¿O será que su orador habrá perdido algo de

aquel don extraordinario?

—¡Claro! —se dice mentalmente—. Ni el sitio ni la ocasión exigen más. Pero aun así, ya que estamos en familia y deseosos de oírlo, bien podría soltar el chorro como lo hacía antes.

Pero Cecilio no lo suelta. Su hablar es, por lo contrario, entrecortado a medida que avanza hacia el término del relato. Es como si fuera haciendo altos en el camino, para tomar alientos o para que el viaje no concluyera pronto.

—Tal vez la fatiga de la travesía —prosigue pensando el viejo, que ya ha dicho que fue penosa desde el mar de los Sargazos. ¡De la travesía quizá no tanto como de los muchos estudios! Ya lo están diciendo esas canas prematuras, ese aspecto un poquitín apergaminado del rostro, que parece haber perdido la frescura juvenil al rescoldo de las lámparas, de tanto leer junto a ellas, tal vez noches enteras. ¡Ya lo están diciendo!

También Luisana parece haber notado que Cecilio no es como era ni como se lo imaginaban que regresaría, y don Fermín, siguiendo las miradas de la hija, descubre otras cosas en el recién llegado. Un ligero temblor e inseguridad de las manos para los pequeños movimientos, que le impiden accionar mientras habla; cierta caída de las comisuras de la boca, de lo cual tal vez proviene aquella leve, pero extraña vibración que se le siente en la voz; algo de mustio en la mirada...

Se asusta, pero procura tranquilizarse pensando:

—Cosas de los nervios fatigados por el mucho estudio y el largo viajar. Ya se los tonificarán los aires de la tierra y el reposo. En muchos días no le permitiré coger un libro.

Y como con esto pierde el hilo de la conversación de Cecilio:

—Perdona mi distracción —dícele—. ¿Decías?

—Decía, para terminar mi relato, que fui, vi y volví.

Acompaña estas palabras con una sonrisa triste, que se le queda prendida entre las comisuras relajadas, y luego comenta:

—Conque, ¡ninguna noticia de Cecilio el viejo!

Era la misma frase que, cuando otros regresos, ya le había oído Luisana, pero, sin embargo, a ésta le causó impresión penosa.

—Ninguna —le respondió—. Pero ya sabes que nunca las da.

—Sí. Es cierto. Pero... ¡Ninguna noticia! ¿Habría muerto?

Aurelia y Carmen encogen los hombros como cuando no se sabe qué contestar. Luisana se lo queda viendo en silencio, don Fermín hace un gesto vago y luego, empatando la hebra al tema de las palabras históricas con que él había concluido su relato viajero:

—Ya podrías haber empleado la célebre frase sin modificarle la última palabra. Pero bien está que te la reserves para cuando hayas llevado a cabo en tu propia tierra, en tu querida Patria, más querida cuanto más desgraciada lo que todos esperamos de ti.

Cecilio sonríe vagamente, moviendo la cabeza encanecida, pero sin alzar la vista, y así se pone a redondear las migas del pan, mientras el padre prosigue:

—Aquí las cosas andan mal, como ya te las he pintado en mis cartas. Por una parte, la olla de todas las ambiciones puesta al fuego de todos los rencores: los efectivos y los imaginarios. Amotinamientos de populacho contra la gente respetable, sublevaciones de esclavitudes contra sus legítimos dueños, autoridades irrespetadas cuando no las respalda la fuerza, nadie queriendo obedecer, todos aspirando a mandar. En una palabra: la licencia campando por sus fueros y, por otra parte — qu  tiene de extraño que los extremos se toquen?—, el despotismo reinando. Con el asesinato del Congreso terminaron las libertades políticas, y nuestro partido, digan lo que quieran los ilusos, marcha hacia la disolución a pasos agigantados, por falta de un hombre verdaderamente capaz.

Hace una pausa. Cecilio continúa redondeando las migas del pan. Prosigue:

— Falta he dicho?  Faltaba! Un hombre capaz y bien preparado que vuelva a enrumbarlo hacia el poder de modo eficaz y definitivo. Yo, Fermín Alcorta, poniendo a un lado los sentimientos paternales que pudieran oscurecerme el juicio y analizando las cosas con la serenidad de un observador imparcial, fundo en ti una gran esperanza, la mayor y más cara esperanza de mi vida —que por lo demás no es sólo mía, sino que de muchos otros que como yo piensan—, y no me escatimo el proclamar, a todos los vientos de la Historia que me darán la razón, que tú eres ese hombre.

También Luisana se ha puesto a hacer bolitas con las migas del pan y ahora mira a Cecilio de soslayo y ambos sonríen. Aurelia y Carmela, a quienes las tienen sin cuidado la política ni gran cosa entienden de lo que puede ser un estilo enfático, no dan muestras de haberse enterado y continúan comiendo. Y don Fermín se pone más sencillo:

—Pocos hombres habrá en Venezuela que hayan adquirido la preparación tuya para la vida pública.

Mas como ni aun así reacciona Cecilio, tose y concluye:

—Naturalmente, antes de lanzarte a la lucha necesitas descansar. Meterte en la hacienda unos días, respirar aire libre y puro, hacer ejercicio corporal, ba arte en el río y caminar por el monte. Y nada de libros por algún tiempo.

Sin levantar la mirada y con sordina en la voz, Cecilio murmura:

—Eso pienso. Meterme en la hacienda.

Pero todos, hasta Aurelia y Carmela, comprenden que, aun empleando las mismas palabras del padre, ha dicho algo muy diferente, y sienten, de una manera confusa pero congojosa, que ha dicho ya algo tremendo.

Y un mal silencio cae sobre la mesa aderezada para la vuelta de Cecilio, el de las esperanzas.

Termin  la comida, el recién llegado se retiró a su cuarto pidiendo que le excusaran su deseo de reposar, hubo una breve velada silenciosa a la luz de la

lámpara del corredor y luego se fue cada cual a su dormitorio con el corazón oprimido.

—Algunos amores desgraciados —se dijeron Aurelia y Carmela, para quienes no había daño mayor que los males del querer.

Pero los pensamientos de don Fermín y de Luisana eran más sombríos y prefirieron callárselos.

—Ya él mismo nos lo dirá —coincidieron en pensar—. Para las malas noticias siempre sobra tiempo.

Y se apagaron las luces en las mudas alcobas.

Sólo ardía la que arrojaba su resplandor vacilante sobre las canas prematuras del recién llegado pensativo, sentado al borde del lecho, la frente en la mano. Y era ya pasada la medianoche.

Luisana la vio desde su cuarto, y como tampoco podía conciliar el sueño, se levantó y fue a que el hermano le contara sus cuitas.

Se le acercó sin que él la sintiese llegar, y posándole la diestra sobre el hombro inquirió:

—¿Qué tienes, Cecilio? ¿Qué te pasa?

—Que ya Cecilio se acabó —repuso él, sin levantar la cabeza, pero apoyando sobre la mano amorosa la suya libre.

—¡Se acabó! ¿Cuando apenas empiezas? ¡No digas tonterías! Y sentándose junto a él:

—¡A ver! Cuéntame. Quiero saber qué te sucede.

Y Cecilio, imprimiendo a sus palabras, no aquel tono brillante que echara de menos don Fermín, pero sí toda la gravedad de las elegías:

—Ya esperaba que vinieras a preguntármelo —repuso—. En la mesa no has quitado tus ojos de mis miserias, tus ojos expertos de enfermera, y aquí estaba pensando cómo decirte, a ti especialmente, lo que bien querría ocultarte.

Hizo una pausa que ya Luisana no pudo interrumpir, levantó la frente, la miró un rato a los ojos ansiosos y prosiguió:

—¿Te acuerdas de aquel Cecilio que hace nueve años se separó de ti, por primera vez, lleno de ilusiones? ¿Verdad que en nada se le parece a este que ahora va a contarte sus tristezas? Entonces yo acariciaba una hermosa esperanza: llegar a ser algún día un hombre útil a mi país y a mis semejantes en general, un hombre con las soluciones de los problemas de los otros hombres en sus manos abiertas para todos... Sé que estoy declamando, pero déjame hablar así, y de aquel Cecilio, antes de referirme a éste. Mi padre ha hecho sacrificios a fin de tener un gran orador en la familia y ahora te toca oírme mi propia oración fúnebre.

Sonrió amargamente, dio unas palmadas sobre la fraterna mano apoyada en su hombro y continuó:

—A mí también me seduce la elocuencia y, sin saberlo, desde niño pensaba, como los antiguos griegos, que los dioses han enviado a los hombres al mundo para hablar

elegantemente. ¡Los discursos que me oyeron los árboles de la hacienda, imaginarias multitudes estremecidas de emoción!... Esto no te lo había contado nunca; pero ahora... ¡Ya lo dijo el Dante! «Nessun maggior dolore»... Recuerdo que esos discursos los componía esta única frase, sacada no sé de dónde y de la cual me había enamorado: «Éstas son mis manos, colmadas con los remedios de todos los males...». ¡Mis manos! ¿Quién iba a decírmelo?

Se pasa la diestra vacilante por la frente fría y sudorosa, mientras con la otra oprime la que le abandona Luisana, y ésta se estremece, porque asimismo se la habían estrechado ya todos sus enfermos para despedirse de ella al morir.

—Era la expresión balbuciente de las inquietudes de mi espíritu, en el afán de interpretar las señales que desde niño empezó a bacerme el destino. Luego vinieron los libros que fue poniéndome en las manos Cecilio el viejo. Uno a uno me llevaron de aquí para allá, de un concepto de la vida y del destino humano a otro, y luego a otro; pero siempre hacia adelante, con fe en la vida y confianza en mí. La vida es belleza, me dije con los poetas; es pensamiento, rectifiqué luego con los filósofos; es acción y su camino la violencia, me insinuaron otros. Pero siempre continué concibiéndola como armonía, y para descubrir la fórmula de ésta, leía y leía, «las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio», como Don Quijote. Pero un día descubrí que sería inútil afanarme por las cosas apasionantes para los hombres que han de vivir entre los hombres, pues bien pronto éstos me arrojarían lejos de sí asqueados de los remedios que les ofreciesen mis manos, y fue entonces cuando adquirí la convicción desconsoladora de que la vida es, por encima de todo, fatalidad.

Hace otra pausa y luego concluye:

—Fue mi último concepto de la vida, pero no lo saqué de los libros.

Un día descubrí que mis manos...

—¡Tus manos! —exclama ansiosamente Luisana, precipitándose a cogérselas entre las suyas con movimiento maquinal.

Él las retira y dice:

—Ya en la mesa las observaste torpes y vacilantes.

Y tomando del velador un alfiler que allí había puesto hacía poco, agrega:

—Ahora mira.

Y con esa propensión a los espectáculos impresionantes que se desarrolla en los espíritus infantilizados por conmociones profundas, antes de que Luisana pudiera impedirselo, se pincha la mano izquierda entre el pulgar y el índice.

—¿Qué haces? —protesta ella, dudando ya de que estuviese en sano juicio—. ¿Cómo te hieres así?

—¡Pero si no se siente nada! —replica él, con la amarga sonrisa en la boca torcida por el rictus de las comisuras y con acento de infinita tristeza—. Está, aquí, por lo menos...

Y como Luisana intenta restañarle la sangre del pinchazo.

—¡No! Mi sangre está dañada. No la toques.

Desistiendo de súbito de su impulso, Luisana le apoya las manos sobre los hombros, lo mira ansiosamente a los ojos arrasados en lágrimas, y de la interrogación apenas acierta a formular:

—¿Qué?...

—La muerte en vida —responde Cecilio sombríamente, entrecortadamente—. ¡La lepra!

—¡No! —grita la hermana, horrorizada—. ¡No es posible! Tú no estás en tu juicio. Tú deliras, Cecilio.

Y al volver la cabeza, a un gesto del hermano, ve a don Fermín en el umbral de la puerta, desde donde había oído la tremenda revelación, la diestra en la frente, cerrados los ojos y con la otra mano extendida en el aire, buscando apoyo.

Corre a sostener al padre y se abraza a él.

Cecilio, el de las esperanzas, hunde otra vez el rostro entre las manos dañadas y murmura sordamente:

—He hecho mal en venir... Debí quedarme por el trayecto... El mar me brindó la ocasión... pero quise verlos a ustedes una vez más... Estar entre ustedes un rato siquiera...

III

El sacrificio

Como muchos de los que sobrestiman el qué dirán, Fermín Alcorta, sin dejar de ser un hombre normal y corriente, tenía dos personalidades, una de las cuales parecía haberse desarrollado con mengua de la otra. La de puertas afuera, la del mantuano imbuido de sentimientos de casta con pujos de aristocracia, hombre de voluntad recia y tenaz en el mantenimiento de la rectitud de conducta y del decoro del patronímico, allí capaz de la máxima entereza de ánimos y de los mayores sacrificios, y la de puertas adentro, persona apocada a quien enervaban los contratiempos y anonadaban los golpes del infortunio. Y así estaba aquella noche, haciéndose las inútiles preguntas de la imprecación:

—¿Cómo es posible, Dios mío? ¿Por qué me hieres de este modo? ¿Era acaso un pecado cifrar esperanzas en el hijo de mi sangre y de mi corazón? ¿Por qué me lo diste, si le reservabas tan negro destino?

Mientras, Cecilio todavía se martirizaba con las ociosas recriminaciones:

—¿Por qué no tuve el valor de quitarme la vida, cuando ya no era sino lamentable miseria?

Sólo Luisana había recuperado la presencia de ánimo y dominaba la situación, pensando en lo que debería hacerse, en la manera de salvar de la irreparable catástrofe lo que aún fuese viable.

En cuanto a sí misma, renunciando de una vez a lo único que pudiera impedírsele, ya tenía decidido consagrarse a la compañía y cuidado del hermano que debía aislarse del mundo.

Durante los últimos meses sus amores habían perdido definitivamente su carácter romántico de tales, al entrar, con la fecha fijada por fin para la boda próxima, en un período de fría inteligencia práctica, en gran parte —tanto ella como Antonio de Céspedes— por acatamiento a la voluntad de sus padres, que no consentían faltas a la palabra empeñada, y menos dentro de la familia. El mal suceso de la enfermedad de Cecilio venía a darle a ella una poderosa razón para retirar la suya definitivamente, y al tomar esta determinación sintió que ya no volverían a cruzarle por el espíritu aquellas ráfagas de disparatados pensamientos, pues su mundo, de allí en adelante, sería el inmenso y hermoso del sacrificio.

Muy diferente era el caso de Carmela y Aurelia. Ellas tomaban la vida como se les ofrecía, sin inquietudes ni grandes ambiciones espirituales. Estaban enamoradas de sus prometidos, quienes del mismo modo parecían corresponderles y era menester salvarlas de la catástrofe, que para ellas no tendría compensaciones. La enfermedad de Cecilio no era un mal de familia —por primera vez tal infortunio visitaba aquella

sangre—, pero si el caso trascendía al público podrían frustrarse aquellos amores, en los cuales residía toda la felicidad de dos almas sin complicaciones.

—Bien —dijo—. Es necesario que esto se quede entre nosotros tres el mayor tiempo posible. Cecilio se irá a la hacienda, como ya dijo en la mesa, a descansar, y yo me iré con él. Usted, papá, quedará aquí con las niñas, que nada deben saber de lo que aquí hemos hablado esta noche, mientras no sea imprescindible que lo sepan. Pero tiene que hacerse el fuerte y el despreocupado, de modo que ni ellas, por el momento, ni nadie en ningún caso, puedan caer en sospechas. Tenga presente que en este pueblo somos muy queridos por todo el mundo y que por lo tanto todo el mundo vendrá a hacer su astilla en este árbol caído. Las niñas se casarán pronto, y después veremos. Por lo demás, Cecilio curará. Yo tengo fe en Dios y todos debemos tenerla.

—¡No, hermanita! —protestó Cecilio—. Cúreme o no, que no sanaré, mi desgracia la quiero para mí solo.

—No hijo —rebatía a su vez don Fermín—. Todos la compartiremos contigo.

Pero Luisana replicó:

—Ni una cosa ni otra. En esta casa, desde que me conozco con uso de razón, cuando la desgracia toca a la puerta soy yo quien se entiende con ella. Mañana mismo nos iremos para la hacienda nosotros tres solamente. Cecilio dirá que desea pasarse el día en el campo; yo, que quiero acompañarlo para contarle mis cosas, y usted se encargará de evitar que Carmela y Aurelia se nos agreguen. Luego regresará diciéndoles que resolvimos quedarnos unos días más y le traerá a Antonio una carta, en la que le participaré, sin entrar en explicaciones, que he decidido no casarme.

—¡Pero, hijita!

—¡Pero, Luisana! ¿Cómo te imaginas siquiera que yo pueda aceptar tamaño sacrificio?

—No lo es, ni mucho menos, y propiamente no lo hago por ti. Créemelo, Antonio me aburre hasta decir no más, y si todavía no había roto con él definitivamente era por consideraciones de familia. De modo que no hago sino aprovechar la ocasión para salirme con la mía. Y ahora cada cual a su cama, a dormir tranquilos.

—¿Quién podrá, hija?

—Hay que procurarlo, papá, pues muy de mañana saldremos para la hacienda y con las caras frescas.

Era, precisamente, lo que necesitaba Cecilio. A la inversa del padre, no carecía de voluntad para su gobierno interior, pero ahora se sentía abandonado de ella y añorado. —«Hagan de mí lo que quieran»— era la frase que anhelaba pronunciar desde cuando adquirió la certeza desoladora de no poder vivir ya entre los hombres, de pertenecer en vida al mundo de los muertos. Su temperamento sentimental —de nada valiérale la filosofía materialista aprendida— había encontrado motivo abundante en el propio infortunio, y las reacciones enérgicas no hallaban el camino de su corazón dentro de la espantosa niebla del desconsuelo reinante en él. Pero Luisana acababa de ahorrarle la miseria de aquella confesión de vencido y no encontrando palabras para

agradecérselo y confortado ya por el animoso ejemplo, se limitó a tomarle las manos y a estrechárselas entre las suyas.

Era también lo que necesitaba don Fermín.

—¡Bueno, hijita! —accedió—. Se hará como ya lo has dispuesto. ¡La sal de la casa! ¿Qué sería de nosotros sin ti? Antes del alba se pusieron en marcha. Aurelia y Carmela, a quienes Luisana les comunicó lo que ellas debían creer, pero recomendándoles que permanecieran en sus camas, como tenían el sueño pesado, apenas se dieron cuenta de que se les hablaba, y en seguida volvieron a quedarse dormidas, bajo el beso de la hermana que desde pequeña les había hecho de madre.

A trechos el camino iba bordeando la barranca del Tuy; a trechos se internaba por los cacaotales, apacibles en la luz de la amanecida. Luisana, Cecilio y don Fermín cabalgaban en silencio, uno en pos de otro, porque el sendero era angosto y porque para viajar pensativos así se marcha mejor.

De cuando en cuando se encontraban con cuadrillas de esclavos ya entregados a las labores de la hacienda, bajo la caporalía de los más ancianos, con los cuales don Fermín había sustituido a los antiguos capataces.

—Buen día, sus mercés —saludaban, interrumpiendo el trabajo.

—Buenos días, muchachos —respondíales paternalmente el señor Alcorta, menos viejo que varios de ellos.

Cecilio le dirigía a cada cual una palabra afectuosa, y con bendiciones ellos le daban la bienvenida, llamándolo como desde niño se acostumbraron a decirle:

—¡Dios lo guarde, Buen Amito! ¡Falta nos estaba haciendo!

La sonrisa bondadosa se quedaba largo rato inmóvil en el rostro mustio y luego se convertía en mueca triste, porque al ver a los esclavos de su casa se acordaba de cuando ambicionaba ser «un hombre con las soluciones de los problemas de los otros hombres en sus manos abiertas para todos».

Pero ya el pensamiento comenzaba a escapársele del cerco de su infortunio, y de los revuelos fugaces sobre las miserias de aquellos hombres privados del mayor de los bienes, cuando volvía al ensimismamiento, ya traía una sustancia de reconfortación para su espíritu, como la bíblica paloma del arca —así lo pensó— con la verde rama que anunciaba el resurgimiento de las tierras bajo las devastadoras aguas.

Y esta imagen, intempestiva vuelta momentánea a los candorosos tiempos de su fe religiosa, dando en seguida origen a una reacción saludable, acabó de romper el cerco negro y frío dentro del cual venía girando su pensamiento.

Algo inmune quedaba todavía en él: su vida interior, el mundo sumergido por la catástrofe, cuyas tiernas cumbres ya asomaban. No era caso de volver a las antiguas formas religiosas en busca de consuelo negativo, porque el creyente estaba definitivamente muerto en él; pero no así tal vez el poeta, que en el dolor alienta y se afina.

Con esta nueva disposición de ánimo, su conciencia, toda ocupada hasta allí en

captar y analizar las sensaciones de la carne dañada, se le fue desprendiendo del cuerpo, como una piel ya sustituida, y lo primero fue el sentirse bien, cual no se hubiera imaginado que nunca ya pudiera estarlo.

Salió de su mutismo, diciéndole al padre:

—Tiene que ponerme al corriente del manejo de la hacienda, pues estando yo por aquí ya podrá usted descansar un poco, que buena falta le hará.

—Por el momento, quien necesita descansar eres tú —repuso don Fermín—. Luego ya iré entregándote la administración de la hacienda. Muy venida a menos, por cierto, como ya irás observando.

Luisana sonrió complacidamente. Y de allí en adelante cabalgaron charlando.

La casa de la hacienda, vieja y deshabitada hacía tiempo, presentaba aspecto ruinoso. Los tejados, a cuyo peso ya comenzaban a ceder las vigas, cubiertos de pátina verdinegra, con musgos y tinas de la siembra del viento; las paredes, enmohecidas y descalabradas; el jardín, invadido por los matorrales silvestres; la calzada empedrada que a él conducía, tapizada de retamas y ñaragatos. Los altos árboles circundantes sumíanla en penumbra verdosa que rezumaba humedad y tristeza.

Para ahuyentar las impresiones sombrías, Luisana penetró en ella metiendo ruido de animosos planes: se repararían los pisos y los encalados, se podarían o derribarían los árboles, que daban demasiada sombra, se limpiaría y restauraría el jardín para que alegrase la vista.

Sin embargo, la ruinoso apariencia del caserón y su melancólico ambiente penumbroso parecieronle a Cecilio gratos y acogedores y cuando penetró bajo sus techos y se sintió al abrigo de sus muros, experimentó dulce sosiego, término de sus zozobras desde que se supo enfermo y expuesto a la reclusión forzosa en duras condiciones. Tierra suya y campo aislado, allí lo dejarían en paz, y el apartamiento del mundo no sería una expiación.

Y tomó posesión del refugio definitivo con ánimo sereno.

Durante el día reinó el optimismo a que todos tenían necesidad de abrazarse. Ya Luisana había dispuesto dónde pondría Cecilio su biblioteca, cómo organizarían allí la vida y cuáles de las esclavas tomaría a su servicio, y como él había manifestado repetidas veces que se sentía bien y allí esperaba sanar —esto para consolar al padre—, don Fermín se abandonó a las esperanzas y con ellas regresó al pueblo, diciéndose:

—Tal vez no sea lo que él piensa. Los médicos se equivocan mucho, tanto las lumbreras de Europa como los matasanos de aquí.

Don Fermín llevó la carta donde Luisana le decía al novio, simple y brevemente, que había resuelto no casarse, y esperaba de su delicadeza que no le exigiese explicaciones ni tratara de obtenerlas de otras personas, y días después le trajo la noticia de que Antonio de Céspedes se había marchado del pueblo.

Era proceder con la delicadeza pedida, pero, sin embargo, Luisana, al saber que el

novio de tantos años, su único amor a pesar de todo, no había intentado obtener explicaciones, ni siquiera había tratado de despedirse de ella, sonrió tristemente y murmuró:

—¡Qué pronto tomó la salida que se le ofrecía! Eso se llama seguir un consejo al pie de la letra, como cuando lo pide el cuerpo.

Y luego, sacudiendo los hombros:

—¡Que otra lo haga feliz!

Y con estas palabras —no se las había imaginado en sus labios cuando tomó la determinación heroica— se despidió del único afecto que hubiese podido impedirle consagrarse a aliviar el infortunio del hermano. De allí en adelante, sería la sal de la casa sólo en el plato de Cecilio.

Décimas y Fulías

Floreceían las orquídeas y ya estaba derecha la Cruz del Sur. Bosque adentro, en la tibia sombra húmeda, adherida al tronco añoso comenzaba a abrirse la flor de mayo blanca y en las claras noches, por encima de los oscuros montes, fulguraban los cuatro luceros cándidos.

A mayo lo anuncian sus flores y su constelación y cuando llega, le alegran las noches los velorios de cruz, donde se recitan décimas y se cantan fulías.

Ya en los patios de las haciendas, donde estaban plantadas las cruces de palo, empezaban a levantarse las verdes enramadas festoneadas de gajos floridos, y en «La Fundación de Arriba», Coromoto el joven, gran decimista, se preparaba a medirse con el viejo Pitirrí, de «La Fundación» de Abajo, que le disputaba la fama.

Aquel año había además un motivo especial para que los troveros se esmerasen y fuesen más animados los velorios de cruz: el regreso del Buen Amigo, a quien siempre le habían gustado aquellos rústicos torneos, tanto que en varios de ellos no se desdeñó de alternar con los decimistas, que, por cierto, nunca pudieron vencerlo, porque tenía mucho verso sabido y pico de oro para sacarles música cuando los recitaba.

*Mes de mayo, mes de mayo,
cuando las recias calores*

Desde el antiguo romance castellano viene la candorosa décima criolla; pero surge como espontánea de la Musa popular y sorprende que la rústica reencarnación, plagada de galimatías, reproduzca todavía la forma original... Ya Juan Coromoto, hijo de Roso, el tamborero, trae así las tuyas por el camino de «La Fundación de Arriba». Él también dice todavía la calor. Que aquella noche era ardiente cual suele serlo por mayo.

*Cuando los toros son bravos,
los caballos corredores.*

En el cielo, entre la infinitud de las constelaciones, las cuatro estrellas místicas de las noches del trópico; en el patio, bajo las verdes enramadas, la cruz de mayo de palo entre luces y flores silvestres. Frente a ella, y a ambos lados, tres bancos para los cantadores de fulías y para los músicos.

Ya estaban allí éstos con el cuatro, las maracas y el furruco, aguardando a que llegasen el Buen Amigo y la niña Luisana para comenzar la fiesta. Las fulías también vinieron de allende el océano, quizá las trajeron los isleños canarios, pero ya no eran danzas, sino cantos a la cruz de mayo y con versos de la nueva tierra, tan pronto sacados de los aguinaldos del Niño Jesús, como de las décimas profanas con que alternaban en tales velorios o de la estupenda máquina de disparates que cada cantador llevaba en la cabeza y con ella en movimiento allí mismo los improvisaban, cada uno por su cuenta y todos a la vez.

Otros bancos más allá, a la estrellada intemperie del patio, para el auditorio: las negras viejas, voluminosas masas de carnes papandujas y de enaguas almidonadas, con los gordos brazos al aire o con un paño blanco sobre los hombros las muy frioleras, y en la cabeza el pintado pañuelo de Madrás; los negros viejos, algunos ya decrepitos —olvidos de la muerte—, nevadas las greñas rebeldes, amojamados, rezongones y quisquillosos y masticando lo que no estaban comiendo; las mozas, de bocas sensuales, mostrando los blanquísimos dientes al reír jacarandoso, con sus camisones de cretonas rameadas, de colores chillones y sus cotizas blancas, varias de ellas dándole la negra teta al crío; de pie, en grupos esparcidos por el patio donde estaban las casillas que abrigaban el cacao de la última recolección, los mozos galaneando su muda limpia de listado, el sombrero nuevo de cogollo y las alpargatas de color, y por entre las piernas de ellos la chiquillería inquieta, ansiosa de que acabasen de llegar los amos:

—¡Pa que empiece esa música sabrosa y esos versos güenos, manitos!

—¡Y pa vé si es verdá que Coromoto abacora a Pitirrí! Al patio caía la oficina donde se depositaba el cacao elaborado. Una gran techumbre de dos aguas y entejado, sostenida por una complicada armazón de gruesas vigas, entre las cuales tenían sus dormitorios los innumerables murciélagos que por allí se criaban ahitos de higuero. El olor penetrante del fruto apilado saturaba la oscuridad sotechada, donde iban a zozobrar los reflejos de las luces del velorio, metiéndose por el portalón abierto de par en par y bajo cuyo umbral estaban dos viejos sillones frailunos, de respaldares de cordobán estampado con las águilas de Carlos V, desde donde pudiesen presenciar la fiesta Cecilio y Luisana, al abrigo de techo contra el relente de la noche y a discreta distancia de ambos.

Ya estaban allí, devolviendo con afables sonrisas las respetuosas miradas fijadas en ellos, y en los bancos se murmuraba:

—¡Qué jipato ha venío el Buen Amito! Como que no le prestaron las Uropas.

—Ella sí que está buenamoza. Nunca la vide tan bonita.

Todas las miradas, menos las de un mocetón bien parecido, de tez morena y negro cabello ensortijado, que estaba entre los esclavos agrupados en el patio con los ojos remachados a la cruz.

—¿No es aquél Pedro Miguel? —se preguntó Luisana—. Sí. Él es.

—¿Pero no nos dijo esta mañana José Trinidad que no estaba por aquí? —arguyó Cecilio—. ¿Que andaba por los valles del Tuy?

—Por allá se lo pasaba, realmente, desde que José Trinidad tuvo que alejarlo de por aquí, hace unos cinco o seis años, porque andaba soliviantando a los esclavos.

—Sí, sí. Recuerdo que me lo contaste. Les leía periódicos. ¿Y desde entonces no había vuelto por aquí?

—Creo que no. Vive en San Francisco de Yare, me parece, con la hermana de José Trinidad. Habrá venido esta tarde, para el matrimonio de la morocha, que es en estos días. Pero fíjate. Está haciéndose el desentendido por no venir a saludarte.

—Así parece. Aunque motivos no tiene para malquererme.

—Por el contrario. Pero genio y figura...

—Ya procuraré domesticarlo, otra vez.

En efecto, todavía Cecilio se interesaba por aquel que estaba plantado en la vida entre dos campos hostiles, y a su llegada a la hacienda, lo primero que hizo fue preguntar por él y manifestar su deseo de verle. Ya habían pasado los tiempos románticos de cuando aquellas palabras a Antonio de Céspedes; otros conceptos más sencillos y precisos explicaban el caso sin necesidad de recurrir a voluntades trascendentales, como la de aquella «Idea que buscaba su Forma», pero aun así todavía consideraba la existencia de Pedro Miguel como algo más significativo que la suya propia, a la que no habían contribuido sino voluntades individuales y por modos corrientes, y eran ahora razones de orden práctico, aunque no personalmente interesadas, las que lo inducían a emprender la reconquista del afecto de aquel pariente bastardo —que ya se lo profesaba cuando se lo enajenó la violencia de Antonio de Céspedes— y en quien veía no ya un campo de lucha entre dos razas inconciliables, como antes llegó a temerlo, sino, por lo contrario, de armonía constructiva de una nación que se enfrentara decidida y valientemente con su porvenir, aceptando a plena conciencia el hecho consumado de su mestizaje.

Mas ya Pedro Miguel parecía no querer nada con él, y allí estaba dándole la espalda —a pesar de las repetidas insinuaciones de José Trinidad Gomárez para que se acercase a saludarlo—, plantado en medio del patio, con los brazos cruzados, en una actitud de desdeñosa altanería y ya diciendo:

—¡Qué hubo, pues! ¿Qué se espera aquí para comenzar la fiesta? ¿No estábamos reunidos hace tiempo todos los que hacíamos falta?

Por fin, José Trinidad, en su carácter de mayordomo de la hacienda, dio la orden esperada por los músicos, y bajo la enramada que cobijaba la cruz roncó el furruco,

chischaron las maracas, sonó el rasgueo del cuatro y sobre el jubiloso murmullo del auditorio congregado a la intemperie del patio, se alzó a coro el extraño grito negro, de entonación lamentosa:

—¡Airó! ¡Airó!

Y empezaron las fulías, el canto de trenzadas voces destempladas:

*Cruz bendita, cruz de mayo,
aquí te vengo a cantal
esta fulía compuesta
para los pies de tu altal.*

—¡Airó! ¡Airó!

Ya no se oían las coplas, todas revueltas, cada uno cantando la suya al compás frenético de los instrumentos, cuando Juan Coromoto, abriéndose paso por entre los que rodeaban el cobertizo, hizo una seña a los cantadores —como era costumbre de los decimistas para que se suspendiesen las fulías— diciéndoles:

—¡Hastay!

Cesó la música y enmudecieron los cantadores. Era el turno del trovero, lo mejor de la fiesta, y el auditorio se pasó la voz de silencio, mientras Coromoto el joven se aclaraba el pecho fanfarronamente.

Iba a recitar el mejor decimista de «La Fundación de Arriba» y, para algunos, de varias leguas a la redonda. Pero Pitirrí, por quien se dividían las opiniones, también estaba allí y ya se había abierto paso para replicarle, como solía hacerse en aquellos rústicos torneos, en los cuales los trovadores ponían tanto ardor, que a veces, por una décima mal replicada —ya por salirse del tema propuesto por el iniciador o por insistir demasiado en lo dicho a fin de ganar tiempo y fatigar al contrario— se iban a las manos y el velorio terminaba en reyerta.

Coromoto irguió la cabeza, y clavando los ojos en la cruz, de donde no los quitaría mientras estuviese recitando —actitud ritual que le daba cierto aire de poseso a su rostro ceñudo—, comenzó por la salutación de rigor:

*Saludo al amo que es güeno
y a la niña que es sin par,
saludo a la concurrencia
y a la cruz sobre su altar.
Yo sé que siendo bendita
por ella debí empezar,
pero ella es humirde y se deja
con cariño postergar.
Coromoto la saluda
porque acaba...*

Hizo una pausa, como era costumbre de decimistas para que la concurrencia completara el último verso con él —curioso modo de intervención crítica del coro, pues el mérito de la décima dependía de que pudiera ser completada conforme al pensamiento del autor—, y concluyó, al rumor unánime y concorde:

... *de llegar.*

—¡Ahí tá, pues! —exclamaron sus partidarios, ya entusiasmados—. Vamos a vé quién recoge el tema como mandan las reglas.

Asumiendo la actitud del rito, sin mirar al contendor, sino a la cruz, Pitirrí, viejo trovero de «La Fundación de Abajo», replicó al terna:

*Cruz bendita, cruz de mayo,
amorosa y sacrarrial,
como tú eres la primera
por ti empieza el saludal.*

—¡Hum! —hizo Coromoto, despectivamente, mirando al contendor por encima del hombro—. No coma retallones, viejo. Ya eso lo advertí yo.

Y las risas de sus admiradores ahogaron los versos finales de Pitirrí, mientras los partidarios de éste siseaban reclamando silencio.

Cecilio sonreía complacido. Su amor al pueblo y su afición poética armonizaban el emocionado sentimiento producídole por aquellas candorosas formas del alma rústica y de la musa ingenua. Era una escena de antiguos tiempos patriarcales y sencillos que hacía olvidar por un momento la agitada época presente. La tierna noche estrellada, el símbolo cristiano, la ceremonia campestre, el señor y el siervo oyendo los rudos versos con una misma sonrisa de delectación. Ya esto quizá no sucedía sino en aquel rincón del mundo, pero no tardaría en llegar hasta allí la tempestad desencadenada en otras latitudes. Era una escena anacrónica que no se repetiría mucho tiempo; pero tenía su belleza, a pesar de todo, y con ella desaparecería de la tierra una actitud del hombre ante la vida. Por el momento y ya que no duraría mucho, bien estaban así el amo y el esclavo, con una misma complacencia, oyendo unos versos ingenuos, por mayo y velorio de cruz.

También Luisana sonreía, mas por otra causa. Ya por dos veces había sorprendido a Pedro Miguel dirigiéndoles —a ella o a Cecilio— rápidas miradas furtivas.

—¡Ah, *Cachorro* tonto! —pensaba—. Quiere venir a saludar a Cecilio, pero por no dar el brazo a torcer espera que lo llamemos.

Entretanto, concluído el tema de saludos, y después de una breve pausa, Coromoto volvía a aclararse el pecho.

Ahora serían los romances caballerescos los que darían asunto a sus décimas, aquéllos donde se cuentan las hazañas de los Doce,

que a una mesa comían pane,

acaso aprendidos de boca de Cecilio, cuando por las noches de temporadas en la hacienda se llegaba hasta el repartimiento a recitarles a los esclavos los versos aprendidos de sus lecturas. Pero como podía conservarlos en su memoria Juan Coromoto:

*En la fuente de Mariara
fue la primera batalla.
Por lo grande de su hazaña
Fierabrás que así se nombra.
Pero Oliveros de honra
a su encuentro le saldrá.
Su alma de Nibradá
de feroz la valentía.
Y por medio de una porfía
conquistaron*

a Balán!

Y como podía replicarlas Pitirrí:

*Los cristianos todos siguen
en contra de los paganos.
Le hicieron diez mil estragos
en la fuente de Montible.
Allí todos se aperciben,
con Galafa han de peliar,
la fuente le han de quitar
esos nobles caballeros:
Darderín y su escudero,
Normandía...*

Pero ahora es sólo Coromoto quien puede completar la estrofa, y así lo hace, engreído:

... y don Roldán!

—¡Ajá! —exclamaban los de «La Fundación de Arriba» a cada décima de Coromoto. Y lo mismo hacían los otros a cada réplica de Pitirrí.

Y por allí se enzarzaron a celebrar proezas de los Doce Pares, mezclando lo oído con lo inventado, como los propios trovadores medievales, barajando lo discreto con lo disparatado, hasta que secas las gargantas y sin que el uno hubiese vencido al otro, guardaron silencio Coromoto enfurruñado y Pitirrí sonriente, porque aquél no se

esperaba tanto y éste se había quedado corto.

Con lo cual se reanudaron las fulías al grito de:

—¡Airó! ¡Airó!

Giraban las coplas revueltas en el torbellino de los rudos acordes, sonaba el furruco con ronco jadeo de bestia rijosa, y en los negros y sudorosos rostros de los cantores blanqueaban los ojos fijos en la cruz con alucinante expresión de éxtasis.

Ceñudo y lanzando escupitajos por el colmillo, Juan Coromoto rebuscaba entre sus décimas alguna que fuese de tema forzado y difícil para derrotar al rival socarrón, y éste sonreía mirándolo de soslayo y esperando a que le saliese por donde quisiera, pues para todo argumento tenía alguna trova sabida.

—¡Hastay! —volvió a exclamar el primero, a tiempo que un relámpago de satisfacción le cruzaba por el rostro.

—¡Ésa debe de sé güena! —exclamaron sus adictos—. Acomódese, Pitirrí.

Y el trovero joven, con voz vibrante y la vista fija en la cruz:

*Nace el pej que apenas gira
al tocar el seno jondo,
cuando en una ré de fondo
encarcelado se mira.
Allí batalla y suspira
cuando desprenderse quiere.
No es posible de que espere
una vida perdurable.
Y como nada es estable,
todo lo que nace...*

La pausa de costumbre, y luego, descargando la voz fanfarrona, junto con el coro:

... muere!

Y al rival, por encima del hombro, sin dignarse mirarlo:

—Ése es el tema, viejo.

—Voy con él —repuso Pitirrí—. Vaya oyendo, joven.

*Al ver derribarse el muro
de aquel gran Jerusalem
yo aseguro no haiga quien
ponga difícil seguro.
Yo por eso no me apuro
ni ningún escombros rialzo
y cuando la vista alzo
que veo derribarse todo,
digo girando en el globo:*

todo firmamento

es falso!

—¡Güena ha estao esa réplica! —prorrumpen los suyos.

Pero Cecilio no le había prestado atención, ni tampoco a la décima de Coromoto completa. Había sido él quien recitándoles a los esclavos los famosos versos de «La Vida es Sueño» sembró en el candoroso suelo popular aquella culta semilla de poesía que allí estaba dando una planta fina entre zarzas silvestres, y su hallazgo le habría producido complacencia —como ya la experimentara al oír los romances caballerescos a través de las décimas— si no hubiera sido porque los primeros versos de Coromoto se le deslizaron guiados por la idea dominante de su infortunio, a despertarle el recuerdo de aquellos otros de la invocación de Segismundo, que bien le cuadraban y se le vinieron a los labios:

*Apurar, cielos, pretendo,
ya que me tratáis así...*

Largo rato estuvieron Coromoto y Pitirrí cruzándose décimas al tema pesimista propuesto por el primero, y ya José Trinidad, como los viese enardecidos que poco les faltaba para irse a las manos, iba a ordenar que se reanudaran las fulías, cuando aquél, no dejándose quitar la palabra, recitó:

*Ninguna atención se lleva
la mujer con ser amable.
Ellas son falsas, son mudables.
Yo imploro la mejor prueba
con la imprudencia de Eva
que Adán, su marido, peca.
El árbol verde se encrespa
y aspira su creación.
Me baso en esta razón
todo lo verde*

se seca!

Pedro Miguel no había vuelto a mirar hacia donde estaban Cecilio y Luisana desde que la vio sonreír burlonamente —pensó—, pero al oír la décima de Coromoto, que a ella no podría haberle agradado, volvió la cabeza, sonriendo a su vez de manera impertinente.

Pero ya los sillones estaban vacíos. Recogió la sonrisa frustrada y murmuró:
—Gracias a Dios que se fueron esos jipatos.

Sin embargo, allí mismo empezó a no encontrarle interés al velorio, y poco

después cogió el camino de su casa.

Por el que conducía a la Casa Grande iba Cecilio contemplando el vasto cielo estrellado y murmurando, a media voz de añoranzas, un romance venido a su memoria de pronto:

*Media noche era por hilo,
los gallos querían cantar,
Conde Claro por amores
no podía reposar.
Porque amor de Claraniña
no lo deja sosegar.*

—¡Qué lindo! —exclama Luisana, oprimiéndole el brazo donde se apoya—. Recítalo completo.

—Se me ha olvidado —responde Cecilio—. Sólo recuerdo esos versos.

Y al cabo de una pausa:

—Este otro, que también viene al caso, sí lo recuerdo completo:

*Por el mes era de mayo;
cuando hace la calor,
cuando canta la calandria
y responde el ruiseñor.
Cuando los enamorados
van a servir al amor,
sino yo triste y cuitado
que vivo en esta prisión,
que ni sé cuándo es de día
ni cuándo las noches son.*

—No me gusta —dice Luisana—, pues viene demasiado al caso y éste es realmente para desesperarse.

Cecilio sonrío comprensivo y vuelve a hundir sus miradas en el profundo cielo donde ya declina la Cruz del Sur.

*Media noche era por hilo.
Los gallos querían cantar...*

IV

¿Qué te pasa, Pedro Miguel?

Su cuarto de la casa de San Francisco de Yare no era más espacioso que el que volvía a ocupar en la de «El Matajey» después de seis años de ausencia, e indudablemente éste conservaba las dimensiones de siempre; pero, sin embargo, hallábalo ahora mucho más reducido y en especial más bajo de techo.

—Yo lo recordaba como un cuarto grande y alto —se dijo—. Esto es una ratonera. ¡Aquí se asfixia uno!

Y se echó en el catre allí destinándole, boca arriba y sin desnudarse, con acritud de humor de prisionero al tomar posesión del calabozo donde lo hubieran encerrado.

Largo rato permaneció así, con las manos entrelazadas bajo la nuca y la mirada fija en el techo, hasta que de pronto cayó en advertir que estaba contando las viguetas, nueve, como siempre lo habían sido, e innumerables veces las había contado, desde aquel mismo catre.

—Es que uno crece —volvió a decirse—, y como las cosas se quedan del mismo tamaño, las proporciones cambian.

Si en aquella habitación hubiese habido un reloj y Pedro Miguel tomado nota de la hora precisa de tal observación hecha, su sorpresa habría sido grande al comprobar que habían transcurrido más de veinte minutos entre aquellas palabras mentales y estas otras, ahora murmuradas, sin pensamientos intermedios.

—¡Las proporciones! Pero, en cambio, había una vela encendida, entera cuando Eufrasia se la dejó en la palmatoria, y ya casi consumida cuando por tercera vez surgían de los limbos de su pensamiento las palabras reiteradas:

—¡Las proporciones!

Es cierto que al hacerse tal observación, en apariencia baladí, Pedro Miguel había abordado inconscientemente nada menos que el arduo problema del espacio y del tiempo y sus relaciones, ante el cual su pensamiento debió perder pie, abismándose, presa del vértigo, en la tremenda sima de lo inexpresable, de donde aquella reiterada exclamación no vendría a ser sino los esfuerzos angustiosos hechos por su espíritu para salir de tal abismo. Pero al mismo tiempo no parecía su intimidad completamente abolida, o por lo menos la de algún modo vinculada a la costumbre que ya tenía cuando hubo de ausentarse de aquella casa, ahora reproducida automáticamente, pues por detrás —por decirlo así— de aquel pensamiento de aspecto metafísico, había otro, obstinado también, que sólo de anteriores contemplaciones semejantes podía provenir la representación imaginaria y casi alucinatoria de una gota de agua que insensiblemente y a largos intervalos manaba del encañado de aquel techo, hasta desprenderse por fin, redonda y brillante, con la

singularidad de que siendo una sola gotera no caía necesariamente del mismo sitio, sino de un punto cualquiera de los extremos del campo visual en ese momento abarcado por los ojos, en el empeño de recorrer la techumbre contando las viguetas, momento que, por añadidura, coincidía precisamente con la vuelta de la exclamación a los labios:

—¡Las proporciones!

Desde luego, era el recuerdo de alguna gotera real de cuando Pedro Miguel habitaba aquel cuarto, antes de su traslado a la casa de San Francisco de Yare, y esto daba a entender que por lo menos alguna parte de su anterior experiencia trataba de filtrarse a través de la lucubración metafísica, siendo probable que lo hubiese logrado ya si en el preciso momento del desprendimiento de la gota imaginaria, no se produjera la reflexión intermitente. Pero de todos modos, fue necesario que la vela se consumiese por completo, dejándolo a oscuras, para que Pedro Miguel se diera cuenta de estar despierto y todavía vestido, y todo a causa de una ocurrencia tan estúpida como la de empeñarse en contar, una y otra y otra vez, las viguetas del techo para comprobar que eran nueve, como siempre habían sido.

Pero sucedió que al quedarse a oscuras se dio también cuenta de que ya amanecía. Dejó el catre, se desperezó, sobándose la nuca dolorida y se asomó a la ventana, cuyo pequeño rectángulo encuadraba la hermosura del lucero del alba.

Hundió la mirada en la sombra de los montes, la paseó por la serenidad de las cumbres, ya perfiladas sobre el resplandor anaranjado de la aurora, la detuvo luego allá lejos, allá abajo, sobre un trozo de mar sin rumores que tenía una ternura de leche... Respiró un olor de hierba con rocío. Percibió un murmullo de agua que por un cado de lata caía en botijón. Oyó que pasaba por encima de la casa, arriba de los árboles más altos, una bandada de pericos madrugadores. Sintió la frialdad del aire de la amanecida en los ojos abrasados por la vigilia.

Pero nada de esto penetró más allá de sus sentidos; el insomnio y la idea fija le habían dejado el espíritu sumido en estupor.

De pronto, se le ocurrió una de esas ideas que surgen y desaparecen en seguida en los limbos del pensamiento desintegrado por la fatiga o el sueño, pero que automáticamente ponen en acción, y metiéndose el saco —lo único que se había quitado para acostarse— y calándose el sombrero, se echó al campo, camino del pueblo.

A una hora larga de buena marcha a pie por atajos de baquianos estaba la sacristía de la parroquia, y el padre Rosendo Mediavilla acababa de despojarse de los ornamentos con que celebraba la misa del día cuando, al volverse para decirle algo al monaguillo, creyéndolo por allí, lo sorprendió la presencia de Pedro Miguel.

—¡Guá, tú! —exclamó—. ¿Por dónde entraste, que no te sentí?

—Detrás de usted vine; pero no quise interrumpirle sus oraciones.

—¡Caramba, muchacho! Ya estás hecho un hombrón. ¿Y qué me cuentas? ¿Has venido para el matrimonio de tu hermana?

—Quizás.

—¿Cómo quizás? ¡Hombre! Por lo menos debes saber si ésa ha sido o no la causa de tu regreso... ¡Hum! ¿Cómo que te emparrandaste anoche en el velorio de cruz? Tienes cara de haberte tomado unos traguitos más de lo conveniente.

—Usted sabe que yo no bebo —repuso desabridamente.

—¡Hombre! Tanto como saberlo no tengo yo por qué. No bebías cuando eras muchacho; pero ahora los tiempos pueden ser de otras costumbres que yo no te conozca. De todos modos, no te ofenda mi sospecha... ¡Ah, Cachorro! ¿Todavía no has aprendido a reírte?

—A veces lo hago; pero...

—¿Qué te pasa, chico? ¡Esa cara de trasnocho y ahora esas vueltas y revueltas al sombrero sin levantar los ojos!... ¿Qué traes entre manos, Pedro Miguel?

—Pues... ¿Cómo le diré? En este momento parece que se me hubiera olvidado lo que me hizo venir hasta acá... La verdad sea dicha, esta visita podría habérsela hecho otro día, en una hora más oportuna, o no habérsela hecho nunca, también.

—¡Hombre, hombre! —exclama jovialmente Mediavilla—. Eso es franqueza y lo demás tortas y pan pintado.

Mientras Pedro Miguel concluye:

—Que después de todo nada voy a sacar de ella que ya de algún modo no sepa. Además, tal vez no he venido propiamente a conversar con usted, sino que andando llegué hasta frente a la iglesia y al verla abierta se me ocurrió entrar, a echarme, como dicen, la primera en la frente.

—¿Para que te libre Dios de malos pensamientos? —agrega en seguida el cura, cuyo ceño se había contraído bruscamente a la primera de las frases que acababa de formular el mozo, y ahora clavando en él una mirada inquisitiva.

—Quizás no sean malos —replicó Pedro Miguel, sonriendo, pero de manera tal que acentuó la sospecha ya en la mente del sacerdote: que aquella actitud inquietante del mozo tuviese relación con el matrimonio de la que pasaba por hermana gemela suya.

—¡Hum! —hízose mentalmente, mientras continuaba explorando aquel rostro contraído por oscuros pensamientos—. ¡Como no vaya a haber dado esta mentira los malos frutos que siempre dan todas!

Y luego, en alta voz:

—¿Te has desayunado?

—Todavía no.

—Pues te invito para celebrar el gusto de verte otra vez por aquí. Vamos a casa y allá conversaremos mientras le echamos lastre al estómago.

—Vamos.

Ya sentados a la mesa, el párroco encaminó la conversación por donde andaban sus recelos:

—¿Y qué tal? ¿Muchos preparativos en «El Matajey» para la boda de Matildita?

—¡Imagínese! Es la maraca y los viejos siempre le han bailado el agua por delante.

—Quizá no a ella sola. Algo habrás visto tú de esos bailes.

—Yo soy cosa aparte.

Y el cura, después de haberle explorado el rostro, mientras tomaba sorbos de su humeante escudilla de cacao:

—Lo que no impediré, naturalmente, que también participes de los alegres preparativos para esa boda.

—¡Figúrese! La morocha ha sido siempre mi preferida, y como el hombre con quien se va a casar no la hará pasar trabajos, pues muy contento yo también.

—¡Vaya, hombre, vaya! Me alegro de veras... por todos ustedes. Sírvete, muchacho. Estás en tu casa y ese queso de mano no merece que se le desprecie. Sírvete más.

—Gracias. Tengo pocas ganas. Con el café me basta, y eso por complacerlo.

—¿Es que no andas bien de salud?

—Yo sí, como siempre. A Dios gracias.

—¿Y de negocios, cómo te va?

—Ahí. Viviendito.

—¿En qué te ocupas?

—En comprar y vender bestias, por lo general. Me corro hasta los llanos, compro por allá lo que se me proporcione y vendo por los pueblos del Tuy. Hasta ahora las proporciones no han sido malas.

Y nuevamente prisionero de la idea fija que lo había hecho emplear una vez más aquella palabra:

—¡Las proporciones!

El cura le dirigió una mirada de extrañeza por encima de los bordes de la escudilla empinada y luego le preguntó, a tiempo que se limpiaba los labios en la servilleta:

—¿Y «El Altozano», sigue dándote buen cacao?

—¿Dándome? —repuso Pedro Miguel—. Todavía no me he metido al bolsillo un centavo de esas cosechas, ni primeramente Dios me lo meteré nunca. Ésas eran las tierras de don Nadie, como una vez le escuché a don Cecilio, y para él se quedarán.

—Pues ya está visto que el destino de esas tierras es no tener dueño que por suyas quiera tenerlas.

—Por algo será.

—Y hablando de otras cosas. ¿Cómo está eso por los Valles del Tuy? ¿Mucha agitación?

—¡Cómo va a estar! Pero a este respecto, como tocante a los otros particulares que ya hemos mencionado, soy yo quien tiene que hacerle a usted algunas preguntas.

—¡Vengan, vengan! Ya iré contestándotelas a la medida de mis conocimientos de la cuestión —repuso Mediavilla, preparándose ya la evasiva por si las interrogaciones

venían por donde él las temía.

—La primera y principal es ésta, a propósito de la última de usted. ¿No decía antes que conservadores y liberales, mantuanos y camisas de mochila, eran aceite y vinagre?

—¡Claro! Y continúo sosteniéndolo.

—¿Entonces, cómo es que me han dicho que usted y los mantuanos de por aquí son ahora uña y carne?

—¡Ah! ¿No sabes tú que las ensaladas llevan aceite y vinagre? Los tiempos han cambiado, Pedro Miguel. Ahora el César son los Monagas, y para darles lo que se tienen merecido tenemos que recurrir a las ensaladas. Como plato fuerte no son recomendables, pero a su hora y punto no caen mal. Créeme a mí.

—A mí no me gustan a ninguna hora. Nunca las he podido pasar.

—¿De veras? ¡Ah, Cachorro! El mismo de siempre... ¿Y las otras preguntas? Ve soltándolas.

—¡Ya para qué! —repuso levantándose—. Y con su permiso, Padre. Perdóneme que me retire dejándolo sentado.

—¿Qué te pasa, Pedro Miguel?

—Eso es lo que yo quisiera saber: qué será lo que me está pasando de anoche a esta parte. ¡En fin! Déjeme irme más bien.

Y se marchó.

La Revelación

Que bien estuvieran así el señor y el siervo, fueron condescendencias del poeta con el vencido; pero entre las ruinas aún quedaba algo en pie para el hombre capaz de la obra útil.

Por una parte, la del pensamiento: el libro. Antes de que el tremendo mal desatase todas sus fuerzas devastadoras, quizá dábale tiempo eficazmente dedicable a la actividad del intelecto y alguna luz podrían arrojar sus escritos sobre el nebuloso campo por donde se perdían los caminos de la joven Patria. Obra precaria sería ahora, pero mientras su espíritu conservase energías lúcidas, a ella debía consagrárselas.

Por otra parte, un campo de acción directa, pequeño, humilde, pero laborable. Los esclavos de su casa disfrutaban de unas condiciones de vida más tolerables que las antiguas, hasta los tiempos de su abuelo Carlos Alcorta y su capataz Mindonga, gracias a la influencia de las leyes que venían aminorando los horrores de la esclavitud, y en particular al humanitario trato de la bondad de don Fermín; pero si ya no estaban sometidos a la férula humillante de los capataces ni a la deprimente convivencia del repartimiento, aún carecían, así en lo material como en lo espiritual, de cuanto pudiese constituir una forma de existencia realmente humana. Privados de economía propia, analfabetos y envilecidos por el hábito secular de la sumisión, eran

todavía los parias.

Había que incorporarlos a la vida responsable, creándoles fuentes de subsistencia independiente y preparándolos para la actividad civil y la participación en la cultura, tanto más cuanto que ya la idea de la abolición de la esclavitud se cernía en el ambiente político.

Y Cecilio, ya con su plan, así se lo expuso a don Fermín:

—En «La Fundación» hay tierras apropiadas para el cultivo de frutos menores que no están utilizándose de una manera eficaz. Démoselas a los esclavos, en medianería, para comenzar, a fin de crearles, junto con el hábito del trabajo responsable, una fuente de economía individual.

—¿Y el cacao? —objetó don Fermín.

—Continuará siendo exclusivamente nuestro y ellos en la obligación de atenderle, pero reglamentaremos la distribución del tiempo, de modo que también les alcance para lo propio, bien entendido que del producto de esto último podrán ellos disponer libremente, en metálico.

—¡En metálico! ¿Pero no te has detenido a preguntar cuál será el uso que el esclavo hará de ese dinero?

—Al principio, el más perjudicial para sí mismo. Ya lo sé. Pero junto con eso les iremos dando también ideas, que les formen hábitos provechosos.

—¡Ideas! ¡Válganos Dios! ¡Esto sí no me lo esperaba! ¡Ideas en la cabeza del negro!

Y Cecilio, elevando el tono:

—¿Hasta cuándo se empeñarán ustedes en cerrar los ojos ante un hecho fatal? Nuestro negro es una raza en marcha, pero no un forastero de paso por nuestro suelo y si mal hicieron los que lo trasplantaron del propio, peor hacemos no cultivándolo como una planta ya nuestra. Aquí se reproduce, todavía con su alma intacta, pero también se mezcla, y es así como el cuerpo de la nación va digiriéndolo; mas hay que incorporarlo también al alma nacional, dándole parte en el patrimonio común de la cultura. Además, ¿no tendremos los blancos algo que agradecerle al negro? Ellos nos cultivan la tierra y nos explotan la mina; ellas nos sazonan la comida, nos dan la leche de sus pechos cuando a los de nuestras madres les falta, nos sirven y nos cuidan amorosamente, y de niños nos duermen con el cuento ingenuo, por donde empieza la formación de nuestra alma.

Y como esto ya había sido soltar el chorro, don Fermín no necesitó más para acceder:

—¡Bueno, bueno! Haz lo que te parezca, que yo no soy quién para enmendarte la plana.

Puesto a la obra, pero comenzando por la escuela, natural principio, al día siguiente ya estaba funcionando una donde antes fue dormitorio común de los hombres en el caserón del repartimiento. De párvulos, durante el día, al cuidado de Luisana, que con entusiasmo acogió la idea porque así se ensanchaba más su mundo

interior, y de adultos por las noches, a las primeras horas, atendida por Cecilio.

En un principio hubo resistencia a regañadientes:

—¿Y los velorios de cruz? Pero luego todos convinieron en que para décimas y fulías era suficiente con las de sábados y domingos, pues también daba gusto sentarse en los bancos de aquella escuela, cruzar los brazos, como los propios niños y quedarse boquiabiertos oyendo al Buen Amigo, que hablaba tan sabroso, todo entendiéndosele, sin embargo y de lo mucho sabido ya les había prometido enseñarles cuanto ellos necesitaban para convertirse en seres humanos, propiamente.

Mas no tardaron en aparecer cizañas en el campo del sembrador nocturno. Desfallecieron los más entusiastas, incluso Juan Coromoto, que tanto necesitaba de letras para sus décimas, habiendo dicho ya que así no tendría que conservarlas todas en la memoria, y a las puertas de la escuela runruneaban conversaciones que se interrumpían cuando se acercaba el maestro.

Y no pararon aquí las cosas, sino que, pasando a los hechos, una mañana recibió Luisana a don Fermín con esta noticia:

—Estamos sin servicio, porque muy temprano hubo aquí una revolucioncita.

—¿Dónde, hija?

—En casa. La esclavita María de la O que amaneció alzada y brincó la pared del corral, arrastrando consigo a la Benicia y a la Damianita. La María de la O decía a gritos algo de papeles de venta.

—¡La escuela, la escuela! —repuso don Fermín.

—Pero si precisamente la causa del alzamiento parece haber sido el no querer asistir a la escuela...

—¡Claro! Aunque parezca turbio. Como era cosa de agradecer y de eso no entiende mucho el negro...

—Eso hay que enseñarle también —completó Cecilio, que en ese momento salía de su habitación al encuentro del padre.

Sonrió éste complacidamente, y dijo:

—Ya me quitó la palabra y la gana. Siempre habrá de decir él la última y la más razonable en toda cuestión.

Pero ya se le alcanzaba a Cecilio quién podía ser el sembrador de cizañas, y una de aquellas tardes, paseando por los callejones de la hacienda, con el plan de su libro en el pensamiento, se lo tropezó de camino.

—¡Hola, Pedro Miguel! —díjole, deteniéndose—. Si no es así no habría podido echarte encima el saludo.

Dio vagas excusas, sin mirarlo a la cara, y como habló de prisa, a fin de que no se prolongase demasiado el encuentro, Cecilio repuso:

—Ya advertí que apresuraste el paso al verme; pero deja esas prisas para cuando se te pueda creer que realmente las llevas y acompáñame un rato. Deseaba verte y ahora tengo además algunas preguntas que hacerte.

—¿No podrá aplazarlas para otra ocasión? —le replicó, abandonando la táctica

fracasada de fingir, ya dispuesto a decir las cosas tal como las sentía.

—No. A ésta, especialmente, la pintan calva. Vente conmigo.

—Es que yo preferiría seguir mi camino solo.

—Ya te lo creo. Pero quien tiene cuentas por rendir no puede pasar de largo sin exponerse a que se le juzgue cobarde.

Pedro Miguel alzó rápidamente la cabeza y lo miró a los ojos, y Cecilio aprobó:

—¡Así! Así me agrada hallarte: dando la cara.

—Nunca ha sido costumbre mía otra cosa y creí que usted lo supiera.

—¡Tantos años tenemos sin vernos ni entendernos que no sería extraño que ignorase tus costumbres! Pero como ya esas preguntas se las hice a José Trinidad y él me dio buena razón de ti, empiezo por esta otra. ¿Qué te propones al atravesármeme en el camino?

Con un movimiento maquinal, revelador de aplomo perdido, Pedro Miguel se hizo a un lado y Cecilio prosiguió:

—Me refiero a tus prédicas entre los esclavos. Ya sé que tergiversando mis propósitos, te has propuesto sembrar en el ánimo de ellos la desconfianza y el recelo. Les has dicho que al ofrecerles tierras en medianería, para que se beneficien libremente con el producto de sus cultivos, no estoy buscando sino la manera de eludir la obligación de mantenerlos.

—¿Quién le ha soplado eso?

Cecilio lo miró un momento en silencio y luego replicó:

—Podría responderte que eso de preguntas, para cuando yo haya concluido con las mías; mas como no quiero que te imagines traicionado por tus amigos, te explicaré. Lo he descubierto por mí mismo, de palabras sueltas llegadas a mis oídos y de preguntas reticentes que se me han hecho. Tus argumentos, como comprenderás, fácil me sería rebatirlos, pero aun reconociéndote habilidad, no puedo felicitarte por el éxito que vas obteniendo, y, por otra parte, no quiero que por mí descubran los interesados que el malintencionado eres tú.

—¿Yo? —protestó Pedro Miguel.

Y Cecilio, sin interrumpirse:

—Podría también pedirte cuentas del juicio calumnioso o simplemente temerario que has hecho de mis intenciones, pues ya deberías conocerme bien; pero eso no importa. Lo grave, lo verdaderamente grave, es que por ignorancia o por obcecación, te constituyas en traidor de la causa que pretendes defender. Esa gente tiene puesta en ti toda su confianza, y tú abusas de ella al fomentarles rencores, sin ofrecerles soluciones de sus problemas. De cosas, que hasta ahora vienen siendo, yo me propongo elevarlos a la categoría de personas y tú, en vez de colaborar conmigo, tratas de enajenarme su voluntad, volviéndomelos celosos. Y he aquí mi segunda pregunta: ¿Cuáles son tus planes? ¿Qué les ofreces a esa gente, en cambio de lo que me impides darles? Bien sé que no les doy todo lo que ellos necesitan y tienen derecho a reclamar; pero más no está a mi alcance por el momento, y de todos

modos, algo es ya. En cambio, tú: ¿La rebeldía? ¿Simplemente la rebeldía?

—No me acose tanto —protestó el otro, cuyo rostro ya se volvía colérico—. Usted se vale de su labia para acosarme a preguntas, sabiendo que no se las puedo contestar así como así.

—Quien acosa eres tú y tú mismo el acosado. Lo que hay en ti de generoso contra lo que se resiste a serlo.

—¿Qué culpa tengo de no saber lo que usted sabe, le preguntaría yo ahora?

—Y ya empezarías a tener razón.

—Pues para seguir teniéndola, dígame ahora si usted en mi caso, no en palabras, sino con mi carne y mis huesos, tal y quienes me echaron al mundo, y como por fuerza he tenido que ser, no estaría también predicando lo que yo predico, a mi manera. Que otra no puede ser la mía, sino la que ha querido la vida que me han dado y yo he llevado. ¡A ver si no estaría usted diciéndole al descamisado: «Con el mantuano no hay ajuste por las buenas»!

Cecilio volvió a quedarse mirándolo en silencio, pero esta vez más ahincadamente. Y luego, con una decisión ya madurada:

—¿Tal y quienes te echaron al mundo?

—No es que yo me avergüence de ellos, ni que de ellos tenga que quejarme tampoco, sino por lo contrario.

Y de pronto, encarándosele inquisitivamente:

—¿Pero por qué los ha mentado usted?

—No he hecho sino recoger palabras tuyas. «Tal y quienes me echaron al mundo», dijiste.

—Bien. ¿Y qué?

Cecilio lo vio palidecer, pero insistió en su determinación tomada:

—¿Sabes quiénes fueron, Pedro Miguel?

—¡Esa pregunta!...

—Tal vez no haya hecho yo sino ayudarte a darle forma precisa a la que no te has atrevido a hacerte en presencia de ciertas cosas. Pero como de la mentira no medran sino las malicias, y en este caso, muy especialmente, tus tormentas espirituales, ya es hora de que conozcas la verdad. Tú eres hijo de Ana Julia Alcorta, hermana de mi padre.

La conmoción fue violenta, no siendo todo sorpresa, pues replicó interrogando, entrecortada la voz:

—Y de un esclavo, ¿verdad?

Cecilio asintió con ademán afirmativo, y luego:

—¿Lo sospechabas?... Ya me lo esperaba yo.

—Lo sentía... Lo... ¡Qué sé yo lo que me pasaba con eso! Ni tampoco lo que ahora me sucede.

—Comprendo. Sentías la mentira que te rodeaba y eso te envenenaba la vida. Oye ahora, con calma, la historia real y completa.

Se la refirió con todos los pormenores con que a él se la contara Cecilio el viejo, y Pedro Miguel la oyó, escuchando, a la vez, una voz lejana que en su interior resonaba:

«Ésta era una niña bonita, muy blanca, muy dulce, muy buena...».

Terminó el relato, hizo una pausa el narrador, y luego interrogó:

—¿Y ahora, Pedro Miguel?

—Ahora déjeme que me vaya solo. Usted habrá querido hacerme un bien, porque, la verdad sea dicha, hasta ahora sus intenciones siempre han sido buenas para conmigo, mas por el momento no me parece sino que me ha causado el mayor mal que estaba a su alcance. Yo tenía un odio de toda mi vida infundado según me decían los viejos Gomárez, aparte lo de una marca que mucho tiempo llevé en la cara, pero estaba a gusto con él. Ahora podría decir que era un rencor contra el mantuano que arrenegó de mí; pero eso no sería nada nuevo, si a ver vamos. Lo grave, dicho sea con palabras suyas de hace poco, es que ahora no sé si serán dos rencores, por mengua de uno, los que tendré que alimentar. La historia que usted me ha contado, oída de sus labios, suena bien, porque usted ve y pinta las cosas de cierto modo, a su manera de hombre que sabe hablar. Pero ahora tengo que repetírmela yo solo, a la manera mía, con las palabras que a mí se me pueden ocurrir, y no sé qué irá a sacar en limpio. Si bueno para mí, ya lo buscaré para darle las gracias; pero si no vuelve a verme, diga que me ha hecho el mayor mal que haya podido desearme.

Y se marchó.

Como endenantes...

Comenzaba a escribir su libro, a las primeras horas del día siguiente, cuando una de las negritas de la servidumbre doméstica se asomó a la puerta, diciéndole:

—Ahí lo buscan, amito.

Movió la cabeza con pensamiento esperanzado, y repuso:

—Dile que pase.

Y continuó inclinado sobre la cuartilla a fin de que no se le escapara la frase ya pensada.

Pero cuando levantó la mirada hacia la puerta, en cuyo umbral se había detenido en silencio el visitante, vio que éste era José Trinidad Gomárez y que traía rostro sombrío:

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó, ya inquieto.

Y Gomárez respondió, bajando la vista al sombrero que tenía en la diestra y mientras con la otra mano le asentaba el pelo:

—Lo que tenía que sucedé, don Cecilio. Que acaba de abandonarnos, a la pobre Ufrasia y a mí, esta vez pa siempre.

Fue entonces Cecilio quien bajó la mirada y guardó silencio, mientras José

Trinidad continuaba:

—Allá en casa, to lo que era alegría de preparativos pa la boda de la morocha, como seguiremos diciéndole nosotros a Matildita, se ha vuelto un mar de lágrimas.

—Lo lamento por ustedes —repuso al fin Cecilio—. Por él, no sé todavía si debo deplorarlo; pero de todos modos eso tenía que suceder alguna vez.

—Por él es que yo temo, don Cecilio. Pasó la noche juera de casa, creo que vagando por el monte, porque acaban de contarme que asina lo vieron a la tardecita, como el tigre herío que busca el mogote más intrincao pa tendese a morise. Lo cierto es que cuando regresó a «El Matajey», hace poco, venía emparamao de relente y traía en los ojos una mirá fea. «¿Qué te pasa, Pedro Miguel?» —jué mi pregunta al verlo. Y él se limitó a contestame, buscando ya los aperos de su bestia pa ensillala y cogé su camino—: «Que ya me han conta la verdá y, por lo tanto, tengo menester de rompé con to lo que era la mentira, hasta que me encuentre a mí mismo, tal como deberé sé de hoy en adelante».

Guardó silencio, mientras su mano se deslizaba ahora a contrapelo del sombrero, y Cecilio tampoco interrumpió el suyo.

—¿Por qué caminos irá a encontrarse? —se preguntaba mentalmente—. ¿Habré contribuido, contra mi mejor intención, a que esa alma no tenga ya sosiego en parte alguna? Pero luego su pensamiento se sumió en reflexiones inexpresables, y tanto duró su abstracción, que cuando salió de ella y alzó de nuevo la cabeza, ya José Trinidad no estaba por allí.

Volvió a su libro y en este terreno ya no lo atormentaron dudas. Era una obra largamente madurada, fruto de todas sus experiencias en los dominios del pensamiento, y se absorbió en ella por completo, desde el alba hasta la anochecida, días consecutivos.

Entretanto, afuera corría el tiempo precipitando los acontecimientos y un día llegó del pueblo don Fermín, demudado por la indignación, agitando en la diestra una hoja impresa y exclamando:

—¡La farsa añadida a la iniquidad! El decreto de abolición de la esclavitud, firmado por José Gregorio Monagas.

—Traiga acá —díjole Cecilio, vivamente interesado.

Y mientras el hijo se enteraba del contenido del decreto, el padre, furibundo, paseándose a zancadas de un extremo a otro de la estancia, clamaba y rugía:

—¡Era una idea nuestra! Un propósito ya en vías de realización. Lo teníamos en nuestro programa de gobierno próximo e iba a ser nada menos que la bandera de nuestra revolución, ya a punto de estallar.

Esto nunca se lo había oído decir Cecilio, porque en realidad no vino a enterarse de todo ello sino por las cartas de Caracas llegadas al pueblo junto con el decreto impreso, pero continuaba afirmando:

—No es una conquista del liberalismo, sino un robo a mansalva que nos han hecho. Se sabe de positivo quién se lo sopló a Monagas, para que nos quitara esa

bandera. ¡Ladrones! ¡Farsantes!

Ya leída la hoja, y todavía don Fermín entregado a su cólera partidaria, Cecilio sonrió y díjole:

—¡Vaya, vaya!, no se ponga así, que no es bueno para su corazón. Sin duda alguna, hay mucho de generosidad en ese sentimiento que lo domina, pues no ha pensado en los perjuicios económicos que habrá de causarle la abolición, siendo el propósito de perjudicar a los conservadores propietarios de esclavos el fin oculto, pero evidente, sin embargo, que con este decreto se persigue, además de eso de la bandera arrebatada, que ya usted ha dicho. Pero no sobreponga la querrela política a la cosa en sí. Que hayan sido los liberales, o los Monagas, para hablar con propiedad, y no los conservadores quienes se lleven esa gloria, es cuestión de poca monta, pues en la realidad de las cosas la abolición estaba ya decretada por los imperativos impersonales e incontrastables de la Historia. Y si en esto que ostenta al pie el nombre de José Gregorio Monagas ha habido algo o mucho de especulación política, fuerza es reconocerla también de la parte de los conservadores, al incluir la promesa de la abolición en su programa de gobierno próximo. Usted mismo acaba de calificarlo de bandera, y ya eso indica fines políticos, siendo así, en la persecución de miras interesadas, cómo por fuerza han de contribuir los hombres al desarrollo de los acontecimientos inevitables. Lo malo en este caso, lo verdaderamente torpe y grave de esta medida, es que se limite a decirle al esclavo, como en realidad no hace otra cosa: «¡Hágote libre!». Porque eso no basta y pronto habremos de ver cómo se encargará la Historia de consumir la obra a medias de los hombres.

Pero este discurso, aun pudiendo haber sido trozo del que algún día hubiera de pronunciar Cecilio en el Congreso, en sesión memorable, ya no quería oírsele don Fermín.

—¡Bandidos! —exclamaba, caminando de aquí para allá—. ¡Farsantes! ¡Cáfila de gentuza!

Por otra parte, ya empezaba a oírse el alboroto de los negros, sabedores del acontecimiento, y don Fermín y Cecilio se asomaron al corredor, donde ya estaba Luisana.

—¡Ya semos libres, manitos! —decían allá las voces que aquí llegaban en baraúnda—. Se acabaron los «su mercé, mi amo» y la jaladera de escardilla y el roznío de las taguaras, pa que otro beba su cacao calientico y espeso, mientras al mismo tiempo se hace rico con el sudor de la frente del negro. Ahora tos semos iguales, y el que quiera ver su escudilla llena y jumeante y su bolsillo repleto de onzas oro tiene que mojase el fundillo destopochando y dando el paso e vara, con el sudor de la suya. ¡Viva el general José Tadeo Monagas!

—Que no es José Tadeo, manito, sino José Gregorio, el hombre de los acontecimientos.

—¡Lo mismo da! ¡Viva quien sea y yo por encima de todos! ¡Jale por ese mina, viejo Tapipa, que ya vamos a está pegaos bailando tambor per sécula seculórum!

¡Arrímese con el curveta, Roso Coromoto! ¡Y apréciense, manitos, porque van a tocá na menos que el tambor de la abolición!

—¡No, no! ¡Aquí no! ¡Vámonos ya de por to esto! ¡La libertá es pa coge ca cual el camino que le dé su rial gana!

—Y pa sacudise de una vez por toas la enjalma del trabajo. ¡San se acabó la trabajaera es el patrono de este día!

—¡Ya semos libres, manitos! Y se desbandaron como rebaño desgarrado por los caminos que les salían al paso:

—¡Airó! ¡Airó! ¡Ya semos libres!

Quedaron sin brazos las haciendas, creciendo el monte en las plantaciones, cayéndose de las ramas, podridas, las mazorcas, silencioso todo el campo laborable, mientras en los pueblos y caseríos día y noche resonaban los tambores.

Tam, tam, tam... Por Barlovento y la costa de Maya, donde ya el negro no recogería más el cacao; por los valles de Aragua y del Tuy, donde el negro ya no replantaría la caña...

—¡Airó! ¡Airó!

Pronto, sin embargo, enmudecieron los tambores. Al volver de su aturdimiento a la dura realidad, los negros se habían encontrado con el hambre y la desnudez y la noche sin techo y el desamparo absoluto, porque el decreto famoso sólo había dicho:

—¡Eres libre!

Pero entre los que ya lo eran por derecho de nacimiento, no encontraron sino repudio y desdén, y los más comprensivos se dijeron:

—Nos invitaron a una fiesta; pero no nos reservaron puesto.

Y aquéllos en quienes la costumbre de ser cosas ya era tan inveterada que no hacía posible una forma de existencia responsable, al verse convertidos en personas se entregaron a la desesperación. Porque se les cerraban aún los caminos del trabajo habitual, cuando por los de las haciendas emprendieron el regreso desilusionado y forzoso, para llegar ante los antiguos amos, diciéndoles:

—Don Fulano, tenga otra vuelta compasión de mí. Yo me aluciné pensando que ya se había acabao la pasadera de trabajos y que toa la vida iba a sé baile de tambor de allí palante. Pero aquí me tiene otra vez pidiendo mi taguara y mi escardilla. Como endenantes...

Pero el propietario intransigente les respondió que prefería que continuaran perdiéndose los frutos de su tierra antes que recibir en ella como jornalero libre al que había sido su esclavo.

Y comenzó la romería de la mendicidad y hubo cunetas de caminos donde aparecieron negros muertos de hambre, mientras los más animosos andaban alzados por los montes, viviendo del merodeo y de la rapiña.

En «La Fundación», otra vez con la taguara en la mano, Roso Coromoto suspiraba a menudo y decía:

—¡En lo que vino a pará el tambor de la abolición, manitos! ¡Y tan sabroso como

empezó!... Aquí estamos otra vuelta, como endenantes...

TERCERA JORNADA

I

El regreso del andarín

Entró con la mirada tangente a los arcos superiores de las gafas, y cual si los nueve años que tenía sin verlo hubieran sido apenas minutos y nada supiese del tremendo mal que le había hincado la garra implacable, sin saludos previos, se le plantó por delante, mostrándole un tomo encuadernado en pergamino, todo taraceado de parte a parte por la polilla, y preguntándole:

—¿Conoces esto?

Cecilio el joven lo abrió y murmuró ante la portada:

—Erasmus. *Los Coloquios*.

Y luego, bromista, sin alzar los ojos de la amarillenta hoja:

—¿No incluye también el *Elogio de la locura*?

—Ni falta hace —intervino Luisana, desde el umbral de la Puerta donde se había detenido—. Porque ya está aquí, vivita y coleando, haciéndoselo ella misma.

—¡Je je! —rió Cecilio el viejo, con dos o tres arrugas más, del paso por los cincuenta cuesta abajo hacía cuatro. Y continuó su interrogatorio:

—¿Te has fijado en la edición?

—Príncipe —repuso él que todavía contemplaba la portada—. ¿Dónde la hubiste?

—Donde elaboran esto otro —respondió sacándose de uno de los bolsillos la cosa así aludida.

—¿Y eso qué es?

—Una taparita de curare.

—¡Erasmus y el curare en un mismo sitio! —exclamó Cecilio el joven, tomando en una mano la pequeña calabaza, mientras en la otra retenía el libro.

—¿Por qué te extraña? ¿No predica la tolerancia el teólogo de Rotterdam? ¿No paraliza el sensorio el veneno indígena? ¿Y qué es la tolerancia sino la parálisis de la inteligencia?

—Bien, bien. ¿Pero, juntos los encontraste?

—Así como los tienes.

—Luego ¿has estado entre los indios?

—¡Je, je!

—Ya me lo explico. A Erasmus lo dejaría por allí algún misionero erudito.

—Ahora sí me explicaría yo tu extrañeza.

Pero Cecilio había destapado la calabaza y olfateaba el contenido negro y pastoso.

—Puedes probarlo. Es amargo, pero inofensivo por vía digestiva. Mas si lo pones en contacto con tu sangre ya no tendrás que releerte a Erasmus, porque la tolerancia será contigo para siempre.

Cecilio el joven alzó la mirada hacia el otro. Éste se la sostuvo, oblicua la suya por encima de los espejuelos. El primero creyó comprender, pero el segundo le demostró su error diciéndole:

—Espero que no te releerás a Erasmo.

Entre tanto Luisana se les había acercado, y tomando de las manos de Cecilio la pequeña calabaza, se la llevó consigo fuera de allí.

Cecilio sonrió y repuso a las últimas palabras del licenciado:

—Ahora poco leo, porque estoy escribiendo. Un libro que quizá no carezca de importancia.

—¡Escribiendo! —exclamó el otro admirativamente—. ¿Y eso para qué? ¿No te arredra el *nihil novum sub sole*?

Y como el sobrino se limitase a sonreír, mientras recogía el tomo dejado de mano hacía poco:

—De mí sé decirte —prosiguió— que todos los días me despierto murmurando esa frase, que desde luego te suplico la hagas grabar sobre mi tumba, y es como si ya me hubiera echado encima la lápida funeraria. Pues aunque no me quedo boca arriba sino que me levanto y echo a andar, ya voy prevenido para toda la jornada contra posibles veleidades de perennidad. Y es que, realmente, ¿para qué vivir en un mundo donde todo ya está dicho?

Cecilio comprendió que pensando el tío como pensaba a propósito de la vida y de la muerte y encontrándolo a él como lo hallaba, ya más de la segunda que de la primera, otras no podían haber sido sus palabras; más para que la falta de réplica no dejase toda aquella intención al descubierto, repuso:

—Pero quizá no todo hecho todavía.

Y el otro, a su vez:

—¡Hechos! ¿Y eres tú quien me sale ahora con eso? ¿Tú, que con el divino Platón ya habías aceptado que la Idea es lo único realmente existente? ¿De dónde acá esa preocupación por los hechos? Ésos para los alarifes. Mis devociones están con los arquitectos.

Cecilio el joven sonreía ya por la incongruencia que encerraban estas palabras a propósito de un libro, pero en seguida se dio cuenta de que así procuraba el extravagante persuadirlo de que no valía la pena entristecerse por la incapacidad para la acción, a que su mal lo condenaba, y pareciéndole mejor mantener la controversia en el terreno de la especulación pura, una vez más arguyó:

—Admitido. Quizá ya no tanto como antes, pero en algún modo, por lo menos. Mas toda Idea atrae necesariamente a su Forma, todo humano pensamiento al hecho que lo realice.

—¿*Plus minusve* como el torbellino de aire al polvo que lo hace visible? Admitido, digo yo también. ¿Pero no es más hermoso dejar de ser torbellino sin dejar de ser aire, reintegrándose, como éste a la quietud de la atmósfera de donde momentáneamente salió, a la perennidad del pensamiento cósmico, todo expresado

ya?

—Ya apareció el panteísta que siempre has sido, en el fondo de tu materialismo.

—Nihilista vengo, más bien, en el sentido de que nada hay ya que hacer sobre esta tierra que sea novedad. Y concluyo por donde empecé. Prometámonos solemnemente que sobre nuestras lápidas se grabará este epitafio: *Nihil novum sub sole*.

—Prometido —accedió el joven, siguiéndole el humor.

Y este extraño diálogo fue todo lo que entre ellos se habló aquella vez.

Pero desde ese momento paró el andarín, con el objeto de que se quedara allí, junto con el médico que ya necesitábase, el interlocutor de otros diálogos, más o menos peregrinos, en cuyo aire liviano de ideas puras se desvaneciesen las rachas sofocantes de la desesperación o la melancolía que pudieran desprenderse de la carne dañada.

Mas aun para esto se valió de subterfugios. Dijo que sus piernas empezaban a resentirse del mucho vagar y que ya era tiempo de hacer un alto en la marcha. Agregando, con intención jocosa, que se había caído de una escalera donde cierta vez pintaba un letrero que se quedó inconcluso.

Luego comentó las novedades ocurridas en la familia con estas palabras:

—Bien. Así corre el tiempo: llevándose a unos y trayendo a otros. Carmela y Aurelia, en Caracas, ya casadas y reproducidas, y mi querido Fermín nada menos que en las esferas celestes, oyendo la hermosura del Verbo divino. Él que siempre fue tan aficionado a la elocuencia, ¡qué gusto se estará dando! Pero respecto a la enfermedad de Cecilio ni una palabra.

Sin embargo, no se radicó en la Casa Grande, sino que fue a instalarse en una cabaña que al efecto se construyó él mismo cerca de aquélla, aunque en lugar internado y solitario, para no romper por completo con la extravagancia y a fin de que siempre hubiese alguna porción de su vida rodeada de misterio.

De allá venía todas las tardes a conversar con el sobrino o a oír la lectura que éste le hacía de los capítulos concluidos de su libro. Reflexiones sobre la estructura social y económica del país, con los males que de ella se derivaban y las posibles maneras de remediarlos. Luego cambiaban ideas y casi siempre el andarín detenido refería alguna anécdota oportuna, recogida en la experiencia viva de sus andanzas, concluyendo:

—Mete eso ahí. Es una nota de humanidad que le hace falta a ese capítulo para ser perfecto.

Y era así como Cecilio el viejo colaboraba en la obra del joven, que nunca vería la luz.

Otras veces eran comentarios acerca de sus autores favoritos. Siempre antiguos los de Cecilio el viejo, pues de los contemporáneos, si ya era costumbre suya decir que no le interesaban, ahora tenía otras razones para no tomarlos en cuenta: ésas que tienen los que aman con ternura, para evitar que le lleguen al ser amado noticias de

nada cuyo goce ya le sea inaccesible.

Pero sobre todo, comentarios de la vida de los grandes hombres del pasado, de los inmortales del pensamiento, de los perennes, como los calificaba el andarín detenido. De los poetas, particularmente, tardes enteras desfilaron ante ellos las sombras augustas y cuando el uno se marchaba, el otro se quedaba en su habitación ya anohecida, confortado por el hálito de perennidad que de aquellas sombras se había desprendido.

A veces se quedaba a comer con ellos. Ya al marcharse le hacía a Luisana alguna indicación relativa al tratamiento médico que necesitaba el enfermo, pero recomendándole siempre que la pusiera en práctica como ocurrencia de ella, y luego se encaminaba a su cabaña enjugándose las lágrimas que acudían a sus ojos, por el único amor de su vida que ya pertenecía a la muerte.

Durante las mañanas emprendía caminatas por la hacienda y sus alrededores, tragándose las leguas y repechando las cuestas pinas con agilidad juvenil, para respirar el aire de las cumbres y abarcar vastos panoramas o para internarse por los bosques hasta las musgosas quiebras de los manaderos del agua, donde prefería beberla, así como la sed de su espíritu nunca quiso mitigarla en trasiego de traducciones, sino en las propias fuentes.

Allí, junto a las del agua, que por entre musgos y helechos manaba gota a gota en medio del silencio religioso, sentado sobre alguna piedra o tronco de árbol caído, se quitaba las gafas, que aun para todo podía andar sin ellas, y se abandonaba al coloquio con las intimidades de su alma, a nadie nunca reveladas.

Había una, especialmente, con la cual no dialogaba hacía años, pero que ahora tornaba a hacerle invitación a confidencias, tomando un día forma material en el vuelo de una pareja de mariposas, de grandes alas azules que se perseguían por allí haciéndose el amor.

—¡Reproducirse, morir! ¡Desaparecer, permanecer!... ¿Pero reproducirse no es ya morir y estar muerto no es permanecer? En el hijo muere el padre. ¿De qué vida priva, entonces, el no haberlos concebido? Tranquilízate, alma estéril, puesto que nunca en otra podrías verte reproducida. Sosiega y húndete en la perennidad de lo desaparecido.

Luego soltó la risa, volvió a calarse las gafas y se puso de pie, diciéndose:

—¡Bueno, nuevo Hamlet! Ya nos hemos dicho unas cuantas majaderías. Ahora, a caminar otro poco.

Y reemprendió la marcha.

Un amor absorbente

Fue poco después del regreso de Cecilio el viejo y estaba el joven ante su escritorio, la frente apoyaba en la diestra, esforzándose por coordinar sus pensamientos para

concluir un capítulo de aquel libro en que trabajaba hacía cuatro años, en las treguas, cada vez más cortas, que le daban los dolorosos recrudescimientos de su mal —ya anunciando otro la noche de insomnio que acababa de pasar— cuando se le acercó Luisana diciéndole:

—Ahí está Pedro Miguel.

—Dile que pase —repuso, como aquella vez cuando se equivocó esperándolo.

Entró, haciendo crujir el viejo pavimento de maderas apolilladas con su andar reposado, pero imperioso, y plantándose por delante del que se había levantado de su asiento para recibirlo, díjole secamente:

—Aunque tarde, recibe mi pésame por la muerte de tu viejo.

—Gracias —respondió Cecilio, sobreponiéndose al dolor del apretón de manos —. Siéntate.

—Con tu permiso. No sé si te agrada que te tutee; pero...

—¡Claro que sí! Sólo que en las circunstancias en que me encuentras no hay agrado del corazón que logre asomárseme al rostro. ¡Soy una ruina que ya se derrumba, Pedro Miguel!... Pero no hablemos de mí. Cuatro años hace que no nos veíamos y debes de traer mucho bueno que contarme.

Y Pedro Miguel, sin mirarlo mientras le hablaba:

—Quedé en venir a darte las gracias si resultaba una de dos.

—¿Luego ha resultado lo que yo esperaba?

—De otro modo...

—Espacio se mueven tus sentimientos. Pero no te lo censuro, sino que, por lo contrario, me complace que así seas y no veleta al viento que sople.

—Más años quizá habrían pasado. Porque yo soy como las culebras, que después de haber mudado la piel todavía se quedan adormecidas bajo el carapacho de la antigua.

—Unos más, otros menos, todos somos así. Nos apegamos demasiado a lo que tuvimos por única razón de ser.

—Ésa es la verdad. Yo, por lo menos, creía que nunca podría vivir sin odiar; pero de golpe he descubierto que también es bueno querer.

—¡Si no mejor!

—No he hecho todavía la prueba completa como para decir tanto como eso. Pero aquí me tienes dispuesto a hacerla. Vengo a ponerme a tus órdenes. A las tuyas solas, dicho sea desde luego. El viejo José Trinidad me ha manifestado que no podrá continuar desempeñando la mayordomía de «La Fundación», pues se ha comprado unas tierritas que, junto con las de «El Matajey», le ocuparán todo el tiempo, y pensando yo que quizá tú necesites quien se encargue de la hacienda, he venido a decirte que mientras yo pueda serte útil no tienes que echar mano de otro. Digo, si otra cosa no has resuelto ya y siempre que seas tú la única persona a quien le corresponde resolver.

—Te explicaré la situación. Legalmente, conforme al testamento de mi padre, «La

Fundación», tanto la de arriba como la de abajo, es de mi exclusiva propiedad, y por tanto soy, como supones, la única persona a quien corresponde resolver. En cuanto a tu ofrecimiento, huelga decirte que me viene a pedir de boca.

—Pero con una condición.

—Tú dirás.

—Que hagamos una escritura de convenio sagrado en la que conste que yo me comprometo, bajo mi palabra de honor, a que en jamás de los jamases, y por ninguna circunstancia, «La Fundación» pueda llegar a ser mía. Eso para evitar que puedan haber mal pensados que se imaginen que he venido a ofrecerte mis servicios para hacer astillas del árbol caído.

Cecilio pareció meditar un momento, y luego dijo:

—Comprendo tu delicadeza, pero eso no puede ser. Me privarías de una íntima satisfacción de mi espíritu: la de entregarte la hacienda para que la manejes y la administres, sin cortapisas de ningún género, con toda mi confianza puesta en ti.

—Pues entonces no he dicho nada. Búscate otro administrador si te hace falta.

Dicho lo cual se puso de pie, ya dispuesto a marcharse. Pero Cecilio, no dando por concluida la entrevista, agregó:

—Además, un compromiso tan original como el que pretendes contraer no tendrá nunca más fuerza que la de tu voluntad de cumplirlo, pues legalmente ese «jamás ni por ninguna circunstancia», que no es sino un juramento de orden moral, nunca podrá ser objetado si algún día cambieres de idea.

Pero en vista de que Pedro Miguel parecía haber dicho ya su última palabra, añadió:

—A mí, por lo menos, no se me ocurre cómo pueda formalizarse un compromiso semejante; mas si te empeñas en que sea así, déjame consultar con Cecilio el viejo, que sí entiende de eso. Y mientras tanto, reflexiona tú si te convienen las condiciones mías. O sea: sin ninguna expresa.

—Ya te digo...

—No digas nada más, por ahora. Vete, piénsalo y vuelve cuando la culebra haya acabado de mudar esa porción de la antigua piel.

Pedro Miguel sonrió, mas todavía no dio el brazo a torcer:

—Bueno. Ya volveré por aquí, mañana o pasado, a ver si don Cecilio ha encontrado la forma.

Pero era precisamente Cecilio el viejo el hacedor oculto de todo aquello. Quien le sugirió a José Trinidad Gomárez la idea de renunciar a la mayordomía de «La Fundación» y quien por mediación de terceros le hizo llegar a Pedro Miguel la noticia de la conflictiva situación en que se hallaba Cecilio el joven, inutilizado por la enfermedad y ya sin tener quien manejase la hacienda.

Y la forma que mejor le pareció fue ésta:

—Ven acá, mentecato. ¿Es que pretendes que se te agradezca un favor, nada menos que no haciéndolo, poniendo inconvenientes insuperables para su realización?

Cecilio te necesita y si tú no te encargas de la hacienda, encima de enfermo incurable se verá pronto arruinado. Déjate de escrituras y de necios respetos, del qué dirán, que con lo que tú te pienses de tus sentimientos y de tus actos debe bastarte, y anda y dile a Cecilio que te entregue el mamotreto.

Y así lo hizo Pedro Miguel, porque además del afecto que le profesaba a Cecilio el joven, para el viejo eran sus mayores respetos. Quizá por conocer ya la historia de aquel beso sobre aquella frente.

Bajo su mayordomía desaparecieron las dificultades con que para la explotación de la finca se venía tropezando, desde que el antiguo esclavo se convirtió en peón asalariado, a causa de que éste aborrecía ahora más que antes el trabajo a que su pobreza lo obligaba, en parte porque era duro y realmente mal pagado y en parte porque la misma libertad le había complicado la vida, prometiéndole ancho camino que en seguida desembocó en el *impasse* de la tiránica necesidad e induciéndolo a la reflexión deprimente de que no podía ser de hombres libres lo mismo que fue de esclavos, de donde venía el desquite de hacer como si trabajasen, mientras por la mente pasaban los ramalazos de la ambición.

Pedro Miguel poseía ese don especial del hombre de mando de hacer voluntaria la obediencia que se le rindiese, por la inflexibilidad en el justo exigir, la parquedad en el acceder y la largueza en el conceder generoso, el acierto instintivo en emplear la palabra que cada uno necesitaba y la familiaridad a distancia con el subordinado, todo por modos espontáneos de su carácter seco y su índole bondadosa. Pero además de este aporte personal de trato y eficacia hubo en beneficio de los peones un aumento considerable de salarios y un mejoramiento progresivo de las condiciones de vida del trabajador de aquella tierra. Sólo que esto no fue obra de Pedro Miguel, sino ya iniciada por Cecilio, pero ahora reforzada por medio del nuevo mayordomo y de modo que éste mismo la creyese de iniciativa suya.

Cecilio —que para nada podía querer ya la riqueza—, al proceder así, perseguía doble objeto: obviar las dificultades con que más adelante pudiera tropezar Luisana, dueña de todo aquello cuando ya él hubiese muerto, conquistándole desde luego la buena voluntad de los peones, que día a día iban volviéndose más insumisos en otras fincas, y por otra parte crearle entre ellos un aura favorable a Pedro Miguel y situar a este mismo en un camino por donde se acostumbra a usufructuar su riqueza posible, sin explotar la miseria de sus asalariados.

—Temo haber contribuido a enajenarle a la causa del pueblo esa voluntad que se inclinaba a ella —decíase Cecilio, repitiendo la reflexión que se había hecho a raíz de aquella revelación que juzgó necesario hacerle a Pedro Miguel—. Pues si colabora con nosotros sólo por mí, también es cierto que ha mudado la antigua piel, como ha dicho, y no se sabe si al perder el odio hacia nosotros no habrá perdido también el amor al pueblo.

Él mismo no lo sabía positivamente, pero tampoco quería pensar en ello. Trabajaba, atendía, vigilaba, se esmeraba en que todo fuese resultando provechoso

para la finca, y ésta —la finca en sí— era su único pensamiento. Que los cacaotales estuviesen bien cuidados, limpio el suelo, conveniente la sombra que los cobijaba; que se replantasen los que habían sido abandonados o ya la vejez los hacía improductivos; que toda la tierra utilizable estuviese trabajando y los callejones y senderos que la cruzaban fuesen como paseos de jardines. La finca era su preocupación constante y su amor absorbente, hasta el extremo de que ya no hacía todo aquello en beneficio de Cecilio, sino en provecho de la finca misma.

Por momentos hubo de preguntarse si esto no significaría que allá, en su interior, de alguna manera habría un propósito o siquiera una ilusión de adquirir más adelante la propiedad de aquellas tierras y a veces hasta llegó a tomar la determinación de marcharse de allí, para no incurrir en tentación de infidelidad a su juramento, solememente reiterado ante Cecilio y Luisana al convenir en encargarse de la administración. Pero luego, hallándose sinceramente exento de interesadas reservas mentales, se decía:

—Es que me gusta el trabajo de la tierra. Dondequiera que vaya va a sucederme lo mismo, porque por ajena que sea una finca, siempre la cuidaré con cariño.

Y reforzando lo activo con lo contemplativo, las tardes de domingos y otros días de sinquehacer solía llegarse hasta unas lomas desde donde se dominaba toda «La Fundación», y allí se entregaba a contemplarla y a trazarse planes de mejoras posibles, abandonándose, por último, al fantaseo de las imposibles —por falta de recursos o excesos de amor— como jamás acariciaron fantasías almas de campesinos enamorados de su campo.

Los piélagos de Tapipa

No todos los negros volvieron al trabajo después de la abolición de la esclavitud. Relajado como ya venía el principio de autoridad y ahora profundamente resentido por el menoscabo hecho a la conexas institución de la propiedad —amo y ley prácticamente una misma cosa hasta allí— y, por otra parte, rotos los diques que contenían la libre y genuina manifestación del alma negra —África yuxtapuesta a América— no incorporada a la vida espiritual de la Colonia, que se prolongaba en la naciente República, la libertad dio ocasión a dos modos primitivos de su ejercicio, fuera de la sociedad donde realmente no había sitio para los emancipados que como tales quisiesen vivir. Unos se dedicaron al merodeo, primero cada cual por su cuenta y al amparo de los escondites que les brindaban los montes y luego agrupados en torno a régulos que ya se compartían la región, campando abiertamente por sus fueros, convertidos en amenaza perenne de la tranquilidad de los moradores de haciendas y caseríos y formando ya los núcleos iniciales de las partidas que más tarde armaría la guerra federal y otros —conforme a innatas inclinaciones de complementaria índole, y generalmente los de edad madura— se internaron y se

instalaron en los montes, aquí y allá, dando origen a la legión de los brujos, adivinos y ensalmadores que pronto se hicieron famosos por todas partes.

Entre ellos, el negro Tapipa, ya en los umbrales de la vejez, era un caso especial.

—¿De dónde te vino la genial idea de refugiarte en la maravillosa soledad de estos arcabucos? —le preguntó el licenciado Céspedes, cuando por primera vez se lo encontró, solitario morador de los fragosos parajes por donde se habían perdido las huellas del fugitivo *Negro Malo*, al abrigo del techo que, con cuatro palos cortados en el monte y unos haces de gamelote, se había construido en el mirador de vastos panoramas de una altura.

—¡Guá! ¿De dónde iba a sé? —repuso, sacando una sonrisa blanca de la maraña de la barba crecida, todavía negra—. Eso jué después del tambor de la abolición, como miento yo ese día famoso en la historia. Ya los compañeros que habían empezao a sentí el friíto del hambre, habían cogío otra güelta el camino de la taguara, pa la destopochaera de cacao ajeno, y yo diba entre ellos, como dice el dicho, con la cabeza gacha de la resinnidá, cuando de pronto se me ocurre levantá la vista hacia estas peñas y en divisándolas me dije: «¡Ajá! Allá está mi salvación».

—Ya lo decía el Evangelio —comenta el letrado—. «Alzaré mis ojos a los montes de donde vendrá mi socorro».

—¡Umjú! —hace el negro—. ¡Na menos que la palabra de Dios! ¡Vea, pues! Antes con antes de la libertá venía escuchando yo ese evangelio en mis piélagos.

Ya le habían referido al licenciado Céspedes que la palabra piélagos —caída del lenguaje culto al habla de Tapipa, quién sabe cuándo ni cómo— le servía a éste para expresar muchas cosas, seguramente inefables, y que por el uso de ellas había empezado a manifestarse lo que en su espíritu ocurría. Y al oírse la emplear inquirió, con curiosidad letrada:

—¿En los pliegues más íntimos de tu espíritu, querrás decir? Pero Tapipa volvió a sonreír, como de incompreensión compadecida, y luego murmuró:

—¿Pliegues? ¡Jm! Aguáitelos allá abajo.

—¿Los que hace el viento en el mar? ¿Luego, piélagos continúa siendo parte del mar distante de las costas?

—No, señol. Piélagos es piélagos. Ahora, que las mares son varias, ésa es otra cosa. Hay la mar de las aguas. ¡Umjú! Esa que estamos aguaitando allá abajo. Pero por encima de ésa hay otra, que viene a sé como si dijéramos la mar de los hombres. Lo que pasa es que como estamos hundíos en el fondo de ella no la catamos de vé. ¡Sí, señol! Pero cuando uno se aboya en su superficie la domina toa, hasta sus playas más lejas. Y bonita que es esa mar, don Cecilio. ¡Bonita de verdá!

—Pues siendo la mar de los hombres, como dices, esperaba que fuera el auténtico piélagos inclemente. Pero tú que te has aboyado en ella...

—¡Hum! ¿Yo sólo, don Cecilio? ¿Es que ya no se acuerda?

—¡A ver, a ver! ¿De qué he de acordarme?

—¡Guá, don Cecilio! De la conversación que tuvimos la otra noche, aboyaítos

juntos entre el espumero bonito que hacían las olas de esa mar.

—¡Hombre! Es muy posible; pero, francamente, no me acordaba ni pizca.

—¡Ji, ji, ji!

—¿De qué te ríes?

—De las cosas que usted me dijo esa noche, don Cecilio.

—¡Hum! —hizo a su vez el Licenciado—. Como vaya a resultar yo más... aboyado que tú.

El negro escupió, quedándose sin sonrisa, y luego dijo, sentenciosamente:

—La mar es una república, don Cecilio.

—¡Ya, ya! ¿Con sus peces gordos y chicos, verdad? O dicho a la inversa, tratándose especialmente de la nuestra: que la república es un piélagos proceloso. ¿No es eso?

—Piélagos es todo, don Cecilio. Ahorita mismo estoy escuchando acercarse uno grande... Asina como si me zumbaran los oídos.

—Es que vas a aboyarte.

—¡Hum! Aboyaos tamos hace tiempo usted y Yo. ¿No escucha esa conversación que estamos sosteniendo allá arriba, entre aquellas nubes? Que las llaman asina, vistas desde aquí abajo.

—Pero que no son sino espumas del oleaje. Ya entiendo. ¿Pero esa conversación, que no la oigo bien, sobre qué trata?

—¡Guá! Pare bien el oído pa que la cate. Yo le digo: «Mire, don Cecilio, que no es bueno que la candela ande cerca de la pólvora». A lo que usted la da por respondeme: «Ésas son figuraciones tuyas, Tapipa». Y Yo en mi viceversa: «¿Figuraciones? ¡Jm! Acuérdesse de que más vale evitá que remediá. Porque como dice el dicho, que pa todo sirve: el hombre propone y la mujé dispone».

El Licenciado se lo quedó mirando de hito en hito por encima de sus gafas y se dijo mentalmente:

—Esto no viene quizás a humo de pajas. Préstale a veces la demencia su boca a la cordura, para que se la entienda mejor.

Mientras Tapipa, aparentemente ya con otra idea:

—Escuche el piélagos, don Cecilio. Dice que la guerra ya viene rozando por ahí. ¡Mala cosa, cuando al hombre se le mete en la cabeza la tema de la candela!... ¡La candela y la pólvora! Ése es el piélagos más mayor de todos los que he escuchado acercarse.

Éste fue el diálogo de aquella mañana. Días después, remontándose hasta allá Cecilio el viejo, vio que con Tapipa estaba el negro Roso Coromoto, padre de Juan Coromoto el decimista y antiguo compañero de aquél en la fama de grandes tamboreros que gozaron por toda la región. Y oyó que Tapipa le decía:

—Bueno, pues. Vamos a buscá la cosa por otro modo. Vamos a confiársela a su propio calza, pa que lo encamine aonde queramos llevalo. En tus manos está y ya tú sabes cómo hay que procedé. Le acomodas esas alpargatas de mo y manera que al

levantase del chinchorro y meté los pies en ellas, tal como las encuentre, quede plantao ya de frente al rumbo por donde queremos encaminalo. Eso sí, fíjate bien, no vayas a extraviarlo en una mala dirección.

Se puso de pie Roso Coromoto al ver al Licenciado y en seguida se despidió. Tapipa lo siguió un rato con la mirada y luego:

—¡Los pobres viejos!... ¡Jm! La mocedá es una cosa seria.

Y el Licenciado, por esto y por lo que antes había oído, infiriendo que se tratase de brujerías:

—¿Como que anda mal encaminado el mozo?

—Mal encaminao no propiamente hablando. Sino que estamos tratando de componelo, para una muchacha del camino de Caucagua, que se ha prendao dél, siendo buena proporción.

Cecilio Céspedes sabía que entre brujos «componer» una persona era hacerla propicia a lo que otra quisiese de ella, especialmente el amor. Y repuso:

—Pero él o no gusta de ella o quiere a otra. ¡Gran piélagos!

—¡Jm! —hizo Tapipa—. ¡Quién sabe! Lo cierto es que el mozo tiene contras pa toas las composiciones. Na menos que ayer me se cortó la de las tres raíces y las siete yerbas. Que no manca.

Al Licenciado Céspedes no extrañó la ingenua confesión, pues ya solían hacérselas casi todos los brujos de la comarca, de quienes se había hecho amigo y hasta confidente en algunos casos, gracias al sistema que con ellos empleaba de presentárseles como entendido en el arte y, sobre todo, a la favorable disposición en que para ello ya los tenía su fama de hombre raro y de conocedor de yerbas, entre tantas otras cosas. Y así le objetó:

—Quizá no tomarías bien todas las precauciones del caso.

—To jué hecho conforme es debío —replicó Tapipa—. Las tres raíces arrancás de un solo envián al canto de gallo de una noche de viernes, y las siete yerbas, cortás caminando cinco pasos entre una y otra, en la dirección por donde se quiere enrumbá al hombre.

—¿Y la oración?

—La que se usa en esos casos: —«San Rafael de los caminantes, encontraos y no perdíos, acompañaos y bien dirigíos. Que estas güellas que voy dejando entre las siete yerbas beninas, sean de tus cinco pasos benditos entre las siete palabras de Cristo, por donde a... Fulano voy enrumbando»—. Y por ahí sigue.

—¡Bien, bien! —aprobó el Licenciado—. Pero Juan Coromoto, como si tal cosa.

—¿No le digo que el mozo tiene contras pa toas las composiciones?

Era la misma ingenuidad de todos los brujos conocidos y tratados por el curioso extravagante, que a propósito de ellos ya le había dicho a Cecilio el joven:

—No hay sobre la tierra criatura más inocente que un negro brujo. Los he tratado íntimamente a todos, todos me han revelado sus terribles secretos, y te aseguro que son verdaderamente encantadores. Pero como lo son los niños.

Y esta observación se repetía a sí mismo, a propósito de Tapipa, cuando éste, después de un silencio atento, como para percibir rumores lejanos, sonrió y murmuró:

—Ahí viene el piélago... Estaba escrito que los de hoy tenían que sé de pasos. ¿No escucha, don Cecilio? Es una sombra blanca que va por allá lejos, recogiendo los pasos que dio en una hora menguá, pa que otra alma no los encuentre estampaos sobre la tierra y se malencamine por sus güellas. Otra alma que debe de vení detrás, pero que entuavía no se divisa bien en el piélagos.

Quedóse el Licenciado mirándolo como la vez anterior, en tanto se preguntaba mentalmente:

—¿Será éste un simulador de demencia? Si no me equivoco, ahora se refiere a la conseja de La Blanca, que se aparece para evitar que otra mujer de la familia... ¿si irá a resultarme aquello de si quieres saber lo que ocurre en tu casa, salte a la calle?... Que en este caso sería: súbete al monte.

Mientras Tapipa continuaba:

—¡Pasos! ¡Pasos! Los hombres están sembrando de pasos el mundo... Es la guerra que ya se acerca. Toa la tierra está cubierta de tropas, don Cecilio... ¡Umjú! La candela y la pólvora... ¡El gran piélagos! Dios nos coja confesaos.

Días después, pasando el Licenciado andarín, en su matinal caminata, por uno de los caseríos esparcidos entre las haciendas de cacao, lo halló inusitadamente alborotado y agitado. Mujeres que corrían de aquí para allá recogiendo a sus hijitos; otras, asomadas a las puertas de sus ranchos, gritando y gesticulando como poseídas de un delirio colectivo, mezcla de consternación, de horror y de furia; unas que se echaban a la calle blandiendo el machete de rozar o el hacha de cortar la leña, profiriendo blasfemias, mientras las de las puertas les hacían al paso el coro de los alaridos suplicantes para que se revolvieran a sus casas; otras que ya venían del lugar del acontecimiento, confundidas entre los hombres, todos espantosamente callados en medio del clamor del caserío, con manchas de sangre en las armas blandidas.

—¿Qué pasa? —preguntaba aquí y allá el Licenciado Céspedes, sin obtener respuesta porque cada cual estaba entregado a sus vociferaciones.

Hasta que por fin le respondieron:

—Un brujo. Lo sorprendieron echando un daño. Ya le han dao su merecío.

Era uno de los amigos de Cecilio el viejo; pero éste no pudo reconocerlo en la informe masa sanguinolenta que de él habían dejado los machetes y las hachas. Uno de apellido Salmerón, del sitio de Las Topias.

—Lo sorprendieron enterrando una barreta de jabón, una vela de sebo y una poca de sal, que endenantico no más había compraos en la pulpería de Miguelito Corocoro.

—¿Y por eso le han dado esta muerte atroz? —insistió el Licenciado, amigo de los brujos encantadores como niños.

—¡Guá! ¿Y le parece poco? Era el daño más mayor que le quería echar a Miguelito. El jabón, pa que se formara un barrizal alrededor de la pulpería y naiden pudiera llegá hasta ella a hacé sus compras; la vela enterrá, pa que le fartara la del

alma a la hora de la muerte, y la poca e sal...

Pero ya el Licenciado Céspedes se había marchado murmurando:

—¡Salvajes! ¡Salvajes!... ¿Ésta es la cuenta que vamos a rendir los blancos cuando se nos pregunte qué hicimos de los negros que nos trabajaban las tierras?

Y al día siguiente, al pasar frente a la oficina de «La Fundación», otro alboroto, sin duda producido por la excitación de los ánimos, a causa del acontecimiento de la víspera.

—¿Qué te pasa, Pedro Miguel?

—Nada, don Cecilio.

—Algo tiene que ser y no de poca monta, para que así te vea hecho un basilisco, tan fuera de costumbre.

—Que ya hace varios días que vengo notando una cosa muy significativa. Las alpargatas en que acostumbro meter los pies al levantarme del chinchorro, que las dejo de un modo y siempre las encuentro de otro.

Cecilio el viejo hizo un gesto que podía expresar muchas cosas, y luego dijo:

—¡Los ratones, chico! ¡Cuántos habrá por aquí, que cualquier noche te mudan a ti mismo, con chinchorro y todo!

—¿Ratones? Siempre las encuentro acomodaditas en una misma posición.

—¿Y eso qué puede significar?

—¡Yo qué sé! Pero lo que estaba diciendo cuando usted llegó, lo repito ahora, para que se lo graben en la memoria todos los que me escuchan: aquí no consiento brujos. De modo que el que lo sea coja el monte de una vez. Y cuentos de aparecidos tampoco. Para que vayan olvidándose de ellos los que quieran continuar trabajando aquí.

De lo cual, rato después, sacó Cecilio esta reflexión, camino de su acostumbrado paseo:

—Conque, ¡no es Juan Coromoto, como yo me había imaginado, sino Pedro Miguel, la persona a quien está «componiendo» Tapipa, a fin de que se enamore de la muchacha del camino de Caucagua! *Ergo*...

Las aleluyas de la enfermera

A menudo recibía Luisana cartas de Carmela y de Aurelia, apretadas de noticias minuciosas de cuantos pequeños, medianos o grandes contratiempos, molestias, disgustos, angustias, tribulaciones o calamidades, les fuesen aconteciendo a ellas y a todas las personas de sus respectivas parentelas que en Caracas vivían.

—Ya están aquí las cajas de Pandora —decía Luisana, al recibir aquellas cartas.

Y en rasgando los sobres, empezaban a salir los males. La jaqueca tenaz de Carmela y las travesuras con que ya la atormentaban los hijos, de cómo cayó y rodó, escaleras abajo, la madrina de una tía de su marido, fracturándose una pierna, por lo

que reinaba la consternación en toda la familia y de qué manera se había ensañado la desgracia con uno de sus cuñados, que no acertaba a emprender negocio en el cual no fracasara; la maternidad sin descanso de Aurelia, sus náuseas, sus acedías y de cómo iban creciendo los retoños de su amor, por entre lechinas, sarampiones, parótidas recrecidas e indigestiones frecuentes, a causa de una mata de ciruela y otra de guayaba que había en el corral de la casa, concluyendo siempre por prometerle —ésta era la palabra empleada— que no echaría otro más a «este valle de lágrimas».

Luisana comprendía que todo este gimoteo venía encaminado a que ella no pudiese establecer comparaciones absolutamente desfavorables para sí, y doblaba las cartas leídas con una sonrisa y un:

—¡Pobrecitas! —que ya expresaba todo lo singularmente complejo de su generosidad.

Pobrecitas, porque aspiraban a la infelicidad y no la lograban sino con náuseas de jaquecas y embarazos y tribulaciones por caídas de madrinas de tías políticas y porque al querer hacerse perdonar con estas insignificancias la dicha que les había tocado, ya estaban confesando que no había sido sino la pequeña y corriente que se prodiga en el reparto de los dones.

En cambio, ella no tenía por qué ocultarles que se divertía mucho con las ocurrencias de Cecilio el viejo, ni que eran deliciosas las emociones que experimentaba cuando el joven, no pudiendo ya manejar la pluma, le dictaba a ella el libro que lo inmortalizaría, profundamente pensado, hermosamente compuesto. Y que con esto —y lo que se callaba— su vida no era de inspirar lástima.

Y lo que se callaba era lo mejor: lo suyo íntimo, solo por su alma producido, el florecimiento maravilloso de su rosal, una aurora en su espíritu, cada vez más encendida, después de cada noche en vela junto al enfermo insomne.

Pero un día las cartas trajeron noticias por las que no era de compadecer a quienes las enviaban.

Decía la de Aurelia:

«¡Ay, hermanita! No te imaginas lo angustiada que estoy. Hace tiempo que estaba por escribírtelo, pero no me atrevía, temiendo que fueras a calificarme de tonta. Hoy me decido, por fin, aunque así me llames, pues si incurro en simpleza de espíritu será por quererte mucho. Es que nos han llegado rumores que por allá corren, según parece, de que en la Casa Grande se está apareciendo La Blanca. ¿Sabes? ¿Entiendes? ... Dime que no es cierto, hermanita. Porque basta que tú me digas que no es verdad para que yo me quede tranquila».

Que Aurelia siempre había sido un poco tonta, ya lo sabía Luisana; pero de la lectura de este párrafo no le quedaron ganas de continuar. Dobló la carta, y mientras volvía a meterla en el sobre murmuró, sordamente:

—¿Esas tenemos? ¡La Blanca! El alma en pena de Ana Julia Alcorta recogiendo los pasos que dio aquella noche, para que otra mujer de su familia, que en semejante hora menguada se encuentre, no pueda darlos también, con lo cual hace La Blanca

merecimientos para alivio de su purgatorio. Ésa es la conseja. Murmuraciones de aquí se amparan en ella y Aurelia les da crédito... ¡Bien! Veamos ahora qué dice Carmela. Ella no es simple de espíritu, como Aurelia, sino muy entonada, muy Alcorta, como acostumbra decir y sumamente fina para dar a entender las cosas desagradables que de alguien piense.

Comenzaba refiriéndose a su hijita mayor:

«Tengo que decirte —escribía— que mi Luisana no hace sino pensar en ti. —» ¿Y tía tocaya —me pregunta a cada momento— por qué no se viene a vivir con nosotras?«— Ya sabes que te adora, y en estos días, especialmente, la ha dado por arreglarte el cuarto que aquí te tenemos destinado. A veces la oigo hablando a solas y es que está conversando contigo. Es muy graciosa y cada día se va pareciendo más a ti. Ayer, precisamente, me lo hizo observar Antonio, que con frecuencia viene por acá. ¡Si vieras cómo se queda contemplando a tu tocayita! Por cierto que está muy buen mozo y sin novia todavía».

Y ya al terminar, esta vez sin noticias desagradables:

«Por aquí corren rumores de próximos acontecimientos políticos y según me ha dicho Antonio, es muy posible que él tenga que trasladarse a Barlovento. Pero de esto no repitas una palabra». Indudablemente, Carmela no era tonta; pero Luisana comprendió que ambas estaban con lo mismo, repartiéndose papeles. Y en seguida procedió a contestarles.

A Aurelia esto solo:

«Es cierto. Y serán las últimas letras mías que recibirás. No pierdas tu tiempo en enviarme otras tuyas».

Y a Carmela:

«Quítale de la cabeza a tu muchachita la idea de que alguna vez me va a ver en ese cuarto que me tienes destinado. Ya puedes dedicarlo a otros cachivaches. Se te acabó para siempre Luisana».

Pero escritas y despachadas estas cartas, rompió a llorar, como nunca la viera nadie.

Estaba por allí Cecilio el viejo y acudió con estas palabras:

—¿Qué es esto? ¿Se nos derrite la sal de la casa? ¡Era lo que nos faltaba para colmo de desabrimientos!

Ella le dio a leer las cartas de las hermanas, él se quitó las gafas y concluida la lectura volvió a colocárselas donde solía llevarlas y, mientras rasgaba los papeles, parodiaba:

—¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos en que no se había inventado todavía la fabricación del papel de esquelas! Pero ya éstas son añicos entregados al viento, en castigo de haber venido a empañar la transparencia de un corazón que es un diamante reflejando la luz de Dios. Enjúgate esas lágrimas importunas, porque en ti no puede flaquear la voluntad sin que estos techos se derrumben sobre los escombros humanos que aquí sostienen tu amor y tu virtud, bendita hechura de la institución de la familia,

que por ti solamente se libra de mis anatemas. Sécate esas lágrimas, que no pueden ser tuyas, y vente conmigo a dar un paseo. La mañana convida y Cecilio está tranquilo. Ahí le dejé leyendo.

Otros había dado por los callejones de la hacienda junto con el tío de las ocurrencias divertidas, pero como el de aquella mañana ninguno perduraría en sus recuerdos, porque el episodio de las cartas acababa de abrirle estancias olvidadas o ignoradas de su alma y allí se le aposentaron las impresiones de aquel par de horas en las que debía decidirse su destino.

Hasta entonces su alma no había vivido para sí misma —no sólo en los años de su consagración al hermano enfermo, sino durante toda su vida— más que por los modos desapacibles de la sal en el salero; pero ahora se la sentía invadida por una ternura tumultuosa, toda de sí propia y para sí sola, que empezaba ya por rejuvenecerla y transformarla, impulsándola a ocurrencias inusitadas, saltar, correr, treparse a los árboles y encaramarse sobre los peñascos, reír, cantar, lanzar el grito a las resonancias del agreste silencio y soltar la lengua al disparate del pensamiento.

Y como a todo esto se prestó el tío, con lo que todavía era flexibilidad de sus músculos y lo que siempre serían retozos de su espíritu, internándose así por los cacaotales, fuera de los caminos trillados, llegaron a un sitio donde la soledad y el silencio y la luz verdosa que cernía el follaje trenzado y en el aire se fundía con los reflejos de oro muerto de la alfombra de hojarasca, eran de bosque salvaje.

Había por allí una gran piedra revestida de musgos y líquenes, sobre la cual fue a treparse Luisana y soltándose del todo los cabellos despeinados por los saltos y las carreras, los sacudió con movimientos de cabeza, acompañados de los brazos al cielo agitando las manos, a tiempo que en un grito salvaje descargaba el resto de su tumultuosa alegría. Era hermosa la cabellera suelta que la adornaba de feminidad, los brazos alzados quedaron al desnudo, carne emancipada de espíritu de sacrificio y en el aire coloreado las manos blancas hicieron aleluyas de resurrección.

Luego se tendió supina, entregando su pecho al amplio aliento que se lo expandía, mientras Cecilio el viejo recobraba por allá los suyos, con las manos apoyadas sobre los riñones y la cabeza echada hacia atrás, pero sin gafas en la punta de la nariz, pues desde un principio se las había quitado, diciendo que a objeto de que nada hubiese de postizo en la mañana de aleluyas de la enfermera.

Callaron así un rato, gustando del nemoroso silencio y luego Luisana murmuró:

—¡Tío!

—¿Qué? —respondió él, volviéndose hacia la piedra.

—¡Qué admirable eres, tío Cecilio!

—¡Bueno! ¿Ya quieres pagarme las alabanzas que hace poco te dediqué?

—¡Qué admirable! ¡Qué admirable!

Y como esto lo murmuraba Luisana a media voz y con los ojos cerrados, como en ensueños, plácido el rostro donde se reflejaban los colores del bosque, Cecilio el viejo la contempló un rato en silencio, y luego, con súbita ocurrencia, sacó de sus bolsillos

atestados de papeles un cuaderno de dibujante que siempre llevaba consigo y se puso a copiar el cuadro que ella componía.

—¡Tío! —insistió la soñadora—. ¿Qué haces que no te oigo?

—Dibujo. ¡No te muevas! Copio lo que nunca he visto y sin embargo recuerdo.

—¿Cómo es eso?

—Yo mismo no me lo explico. Pues, ¿cuándo he podido ver esto, yo que no he tenido sino una sola vida? No he asistido a los bárbaros ritos antiguos de las divinidades sanguinarias, no contemplé nunca la virgen tendida en el ara del dios monstruoso y sin embargo ahora la recuerdo.

—¡Ah!...

—Así estaba, como me va saliendo, y una luz verde le iluminaba el rostro plácido... ¡Bueno! Esto de verde no podrán darlo ni el lápiz ni el papel, pero siempre será una luz dramática.

Y alternando lo declamatorio de su ficción con el acento llano del dibujante bromista, así continuó:

—¡La había despeinado el frenesí fanático del sacrificador y sus cabellos sueltos cubrían la piedra propiciatoria, como la noche eterna al mundo cuando se apague el Sol!... ¡Ajá! Esto sí puede hacerlo el lápiz, aunque la cabellera no sea tan abundante como para cubrir toda la piedra... ¡Así!... Su pecho subía hasta el cielo y bajaba hasta la profunda tierra y era el arco de la vida que dispara la flecha de la muerte.

—¡Uy! ¿A qué nombrar la pelona, cuando de tantos cabellos se trata?

—Eso de la pelona es una desgraciada invención de un mal dibujante. Hermosa cabellera tiene y de cada hebra una vida pendiente. ¡Ajá!... Esta línea... ¡Sí, sí!... Habíamos quedado en que el pecho subía y bajaba...

—Pero así no podrá verse en el papel.

—Tú calla y respira. Ya verás como sí aparece... ¡Bueno! Ya salimos del pecho. Ahora puedes hablar todo lo que quieras, porque estamos en el rostro, y la palabra lo anima.

—¿Y cómo va a titularse el cuadro?

—¡Es verdad! Cosa muy importante eso del título, por aquello del Orbaneja... Y en la roca del ara mis ojos leyeron:

Amor, ch'a nullo

amato amar perdona.

—¿Pero éstos no son versos del *Infierno* del Dante?

—Sí. Allí estaban los pobrecitos, pero ya los he redimido. ¿No es hoy día de aleluyas? Pues tal día sacó el Cristo del seno de Abraham, a los justos que allí padecían. ¡Hermoso símbolo, muchacha!... ¡No te muevas! Cristo muerto regresa al seno de Abraham, porque Abraham es la vida, el gran río que corre avanzando y retrocediendo, pero siempre hacia la inmensidad del futuro perenne. Oye bien esas tres aes que se van ensanchando: ¡A-bra-ham! Es una misma letra, la primera del

abecedario, una vocal abierta desde el principio... ¡Quieta, quieta!... La primera aparece sola en la sílaba, como una aspiración. ¡Es la vida que ya quiere ponerse en marcha! En la segunda sílaba ya la acompañan dos letras que dan la idea de que algo se ha desgarrado. ¡Brr! ¡Son los abismos del Caos que ya se abren! Y en la tercera, entre esa hache y esa eme, la vocal de la vida se prolonga hasta el infinito. ¡Oye! ¡Hammm!... ¡El gran río del amor esparciendo sobre la tierra el linaje humano!... ¿Qué te parece?... ¡Oh, las palabras! Hay que aprender a oírlas, porque son balbuceos del misterio del mundo. Hay que restituirles la frescura que les ha quitado la cochina utilidad del uso.

—¡Tío Cecilio!

—¿Qué? ¿Estás cansada? Ya voy a terminar.

—¿Por qué no dejaste correr tu río de amor?... Contéstame... ¿Por qué te quedaste en la primera A de Abraham?

—¡Niña, niña! Que ya va siendo temerario el preguntar.

—¡Ay, tío Cecilio! ¡La niña tiene ya treinta años!

—¡Falso, falso! No hay que exagerar. Aún no los has cumplido.

—Poco falta.

—Con tal de que mucho no sobre...

—Ahí está lo peor del caso. Que sobraba todo esto y yo no me había dado cuenta. ¡Todo esto y mucho más!

—¿A qué llamas esto?

—A las aleluyas de la enfermera, como has dicho... ¡Qué admirable eres, tío Cecilio!

—¡Vaya, vaya! Ésta viene ahora por más o quiere pagarme el dibujo por adelantado.

Y ella, con voz de ensueños:

—¡Todo esto y mucho más! ¡Y todo será obra tuya, tío Cecilio! ¿Sabes cuándo lo hiciste?

—¡Hum!

—Cecilio el joven siempre me ha dicho: de Cecilio el viejo, lo que se le siente pensar y no lo que se le oiga decir. Y es verdad.

—¡Bueno! Ya está terminado el mamarracho. Ya puedes bajar de ahí cuando quieras.

Y arrancando del cuaderno la hoja, la rasgó en pedazos y la esparció al aire.

Luisana permaneció como estaba. La voluptuosidad de las energías empleadas en las carreras y los saltos; la sensación de desvanecimiento delicioso producido por la posición supina, con la cabeza apoyada sobre el declive de la piedra: las extrañas cosas que le había oído al tío y las no menos sorprendentes que a ella se le estaban ocurriendo, sin que llegaran a ser todavía pensamientos definidos, la arrebataban ya en espirales de éxtasis. Pero mientras así perdía por momentos la noción de la realidad circundante, en cambio lo que sucedía en su interior iba apoderándose de toda su

conciencia y era aquella oleada de ternura impetuosa que ya le colmaba el alma y se arremansaba reflejando el destello cintilante de un ansia que no tenía forma determinada, ni parecía pertenecer a su vida.

De esta misma, como relaciones con el mundo exterior, apenas quedábale la emoción de un acto consumado, por el cual venía a sentirse soberanamente libre de todo vínculo, sin que se le representase en la mente que había sido el de rompimiento con las hermanas. Y perdiendo ya aun los contactos con su propia intimidad, se desvaneció en el rayo tembloroso de aquella ansia que quería reflejarse en su colmo de ternura.

Ya lo lograba en plenitud y serenidad. Era «La Blanca» reaparecida —otra alma en pena sacada del seno de la muerte en el día de las aleluyas—, pero sin el dolor de la lanzada en el pecho ni la tempestad del amor insaciado. Era, en espíritu puro, la paz y el colmo de la ternura a que aspiró la carne atormentada de Ana Julia Alcorta, que en ella se prolongaba ahora, como el amor inextinguible en busca de perennidad... Era, ya sin presas, un gran río corriendo...

La nueva Luisana

Pero una cosa era evidente: que Luisana había adquirido costumbres nuevas, incluso inesperados modos de pensamiento.

No abandonó las antiguas consagradas al cuidado del querido enfermo y a las atenciones de la casa —bajo cuyos techos, por otra parte, ya parecía adquirir hábitos sedentarios y domésticos el andarín detenido y por lo tanto, también daba quehaceres—, pero del tiempo libre y suyo que éstos y aquéllos le dejaban, ya todo no lo invertía en engolfarse en lecturas que le quitasen preocupaciones o en pasearse con ellas por los corredores que daban al campo, sino que le había tomado gusto a echarse a él, si no con la tumultuosa alegría de la mañana de aleluyas ni para hacer chiquilladas, en cambio con ciertos propósitos que allí se originaron. Se había procurado un caballo, de suave andadura y manso como para su escasa jinetía y en él salía a dar paseos por la hacienda, sola, con sus nuevos pensamientos.

Aquella confusa emoción de consumado acto libertador era ahora un sentimiento firme y una idea bien definida. De un modo u otro sus hermanas habían sido lazos que continuaban atándola al mundo de que se apartó para dedicarse a la compañía del incurable, pues en cuanto éste —que quizá no duraría mucho— ya no existiera, y cuando inevitablemente un día la abandonase Cecilio el viejo, que entre ratos suspiraba por su antigua existencia errante, o ella a él por no prolongarle la prisión, sin duda no le quedaría más camino sino el que la llevara a aquel cuarto que le estaba destinado en la casa de Carmela, donde, por añadidura, había una niña de su mismo nombre que decía quererla mucho, porque deseaba conocerla, o realmente le tenía reservado un gran amor y así más la encadenaría.

¿Pero qué sería ella en aquella casa, sino para el afecto la resucitada a cuya falta ya se acostumbró la familia y para todo lo demás el paño de lágrimas de la parentela y del vecindario? Regresaría de los reinos de la muerte, mustia, solterona, más amargada que antes cuando se metía en su carácter después de haber dado sus actos, y ya ni por éstos quizá se le pudiese tolerar aquello. ¿Y las lágrimas mismas, cuándo volvería a enjugar su paño otras más amargas, de desdicha grande, que estas de ahora? Ante el infortunio inmenso del hermano, el mundo de los sufrimientos que allá la esperasen se le representaba insignificante, ridículo, no de gemidos, sino de gimoteos. La jaqueca de Carmela, las náuseas de Aurelia... ¡Qué asco! Ya ella había visto lo que era sufrir, y cuando esto terminase, junto con su abnegación se acabaría.

Bien rotos estaban, pues, aquellos vínculos. Aparentemente se los quitó en un arrebato de despecho, cuando vio compartida la murmuración, ya rozando con la calumnia, por aquellas personas que más sabían de su virtud y nunca debieron dudar; pero en realidad ya su acto de liberación estaba consumado en el fondo de su espíritu y el despecho no hizo sino sacarle a flote lo que era ya cosa muerta. Ahora no les guardaba rencor e inclusive podría contestarles sus cartas si volvían a escribirle; pero ya ella sabía —y esto le bastaba— que era soberanamente libre para disponer de su vida.

¿Pero cuál sería el uso que de ella podría hacer? Estaba en ese punto de la vida donde se cruzan, como dos espadas en el resplandor del encuentro, la energía y la ternura, el Varón y la Hembra. Era toda su vida de allí en adelante lo que se disputaban, y el alma atenta exploraba el momento dramático.

La energía, además, apoyaba sus exigencias apremiantes en las circunstancias exteriores. Moriría Cecilio, volvería a marcharse el tío, la dejarían desamparada. ¿No era prudente prepararse para todo por los caminos del varón? ¿Qué sabía ella del manejo de la hacienda, ni cómo lograría hacerse obedecer y respetar por la peonada insumisa? Para ello estaba allí Pedro Miguel; pero ya él había dicho y repetido que sólo por Cecilio y cuando éste faltara aquél también se marcharía. Era, pues, necesario ir apersonándose de una vez de aquel quehacer de hombre.

Así comenzó a hacerlo y para esto eran, en parte, aquellas salidas a caballo.

¿Pero aquel colmo de ternura sobre la piedra del éxtasis no eran también apremios? Allí se extraviaron en la niebla de extravagancias con que la envolvieron las palabras de Cecilio el viejo, pero en la nueva Luisana había formas de pensamiento donde se podían apresar aquellos desvaríos. Sólo que no eran todavía formas serenas, mas para que así lo fuesen eran también los paseos por los cacaotales de la hacienda.

Otras veces volvió a visitar el paraje de la mañana de aleluyas, y como entonces, a tumbarse supina sobre la piedra, en la soledad del bosque medroso. La mujer, aun con toda su feminidad, no podía ser de allí en adelante la niña cobarde y timorata, pero de ningún modo tampoco la hembra expuesta al azar de los apetitos. Tenía que dominar el miedo que le infundía aquel paraje, donde la rodeaban peligros positivos y

tendían a apoderarse de su espíritu pueriles temores supersticiosos de la soledad y el silencio, y al mismo tiempo sobreponerse a los recelos de sí misma, que por momentos la asaltaban a causa de los desvaríos a que allí se entregó la primera vez, sometiéndose a prueba de que nada prevalecería contra su virtud y su castidad de pensamiento.

Como aquella vez, admitiendo ahora la conseja maliciosa que en torno suyo corría, pero desde otro punto de vista, complacía en pensar que era *La Blanca* reaparecida. Para la memoria de Ana Julia Alcorta siempre hubo en su alma comprensión y piedad, pero ahora algo más que acudía a tomar forma en la voluntaria ilusión de reproducirla. Ana Julia había sido quizá la mujer más femenina de su familia, al par que la más infortunada y de ella quería tomar aquel espíritu prestándole su carne, a fin de que en ésta se extinguiesen los últimos rugidos de aquella tempestad.

Este pensamiento parecía todavía mucho a los desvaríos de la mañana de las aleluyas, pero en el fondo correspondía a propósito de sentido práctico, comparable a los que la estaban haciendo apersonarse a las atenciones de la hacienda. Como éstas, aquél abrigaba una previsión ante el porvenir: era de todo punto necesario redimir la memoria de Ana Julia del repudio en que se la tenía, sacarla de su purgatorio. No en balde se le había ocurrido al tío Cecilio aquello de los versos que del *Infierno* del Dante, sacara para título del cuadro que ella le componía, pues cuando esto dijo como cosa de extravagancia, ella lo sintió pensar conforme a lo que ya venía buscando expresión en su espíritu.

Pero si aún no la alcanzaba clara y precisa como propósito de sentido práctico, era por venir abriéndose paso a través de sentimientos que gustaban de las dulzuras del secreto. Y para ello bueno era tenderse supina sobre aquella piedra, en medio de la soledad y el silencio del bosque iluminado por una luz de ensueño.

En el punto de cruce de aquellas espadas, la nueva Luisana vivía su momento sentimental.

La Convencioncita

Y he aquí que un día llega a la Casa Grande la noticia de la caída del Gobierno del general José Gregorio Monagas, derrocado por una conjunción de liberales y conservadores con el general Julián Castro a la cabeza.

Cecilio el viejo llama a una de las sirvientas y le dice:

—Tráeme acá un pedazo de carbón.

Y cuando ya lo tiene en la mano traza cuatro grandes cifras en la pared del corredor, donde a la sazón se hallaba junto con Luisana y Cecilio el joven y dice:

—Mil ochocientos cincuenta y ocho.

¡Año del Gran Sembrador! ¡Empieza la gran cosecha de nuestro señor el

desorden! ¡A perder la cabeza tocan! Y Cecilio el joven, luego de un silencio pesaroso, con palabras pensadas para su libro, condenado a quedarse inconcluso:

—¡Mil ochocientos cincuenta y ocho, que contigo empieza la Venezuela grande que no han de ver mis ojos! Que cese para siempre de despeñarse sobre este suelo la catarata de sangre de la revuelta armada y del delito impune. Que a los hombres torvos sucedan los principios diáfanos, a la mezquina apetencia el esfuerzo generoso, a la bravura siniestra la virtud serena...

Pero contra esta invocación aquejada del pensador frustrado, había de prevalecer el vaticinio del andarín atento a las señales del tiempo. Era de muchas observaciones recogidas en sus andanzas por todo el país de donde lo había sacado y allí mismo empezó a cumplirse.

La conjunción de los opuestos bandos políticos que no tuvieron cabida en el gobierno personalista de los Monagas, hecho a base de conveniencia momentánea, tenía que ser precaria y el hombre así llevado al Poder, mediocre, como todos aquellos de quienes en casos semejantes se echa mano. Incierto, el nuevo presidente de la agitada república no podía encontrar el camino por donde realmente se le abría. ¡Hacia adelante! —reclamaban los tiempos—; pero adelante era construir, crear y como su mediocridad no se lo permitía, prestaba mejor oído a las insinuaciones de su conveniencia personal. El porvenir exigía un hombre con las soluciones de los problemas en el puño civilizador; el pasado se conformaba con un gendarme que cuidase de la tranquilidad de aquel jardincito, como decía Cecilio el viejo. Los oligarcas sabían lo que deseaban: orden, respeto, silencio en la charca de las ranas. ¡Lo demás se les importaba poco! ¡Pero lo demás era el tiempo ya en marcha, que había de arrollarlos! Los liberales sentían el impulso renovador, la presión de las fuerzas creadoras del pueblo que de ellos estaban pendiente; pero les faltaba la idea coordinadora que hace la convicción. Y todos juntos, revueltos y confundidos, empezaron en seguida a perder la cabeza.

Pero esto era allá, en el escenario de los acontecimientos políticos; aquí, en la casa parroquial, eran las tertulias donde otros hombres —marionetas manejadas a distancia por aquellos sucesos— reproducían la escena de la confusión.

Don Santiago Fontes, furibundo oligarca, que nunca tomaba asiento, por causa de una caída de caballo en que se fracturó una pierna y de un cirujano que se la entablilló mal, dejándosela anquilosada y más corta que la otra, por lo que usaba un bastón con empuñadura en forma de T; don Feliciano Rojas, godo también, pero de los caudillistas que adoraban en el general Páez, godo epiléptico, a quien una ictericia reciente lo había dejado amarillo hasta el blanco de los ojos, don Argimiro Venegas, liberal bien plantado y guasón, que tartamudeaba un poco y practicaba el cinismo, no siendo mala persona; un general cachazudo y quizás buenote, como lo parecía, que respondía al nombre de Baldomero Gavidia, para dejarse llamar por sus íntimos «gavilla de bandoleros»; un señor de blasones, gordito él, un poco adulterado el color del cutis por deficiencia de funcionamiento hepático, que hacía ironías en la plaza del

pueblo casi todas las noches y presumía de agudo, siendo casi completamente romo, conservador también, naturalmente; el padre Mediavilla, que los obsequiaba con café del más tinto para excitarles los ánimos, más de lo que ya los tenían y ponerlos a pelearse unos contra otros, aun del mismo bando y, finalmente, el licenciado Céspedes, que entre noches iba a divertirse un poco con todos ellos y a divertirlos a ratos con sus extravagancias.

Allí caían las noticias y como mastines se encarnizaban en ellas.

—¿Qué pasa? —entró preguntando Cecilio Céspedes, por el alboroto de las voces encrespadas, entre las cuales se distinguía claramente, sin embargo, el toc toc del bastón de don Santiago Fontes, que discutía andando de aquí para allá.

—¡Ajá! —exclamó don Argimiro—. Aquí está el Li..., Lili... licenciado Céspedes. Venga acá, Lili... cen... ciado. Oooo... óigame esto.

Pero don Feliciano Rojas, a quien exasperaban los tartamudeos del liberal, quitándole la palabra a éste, explicó:

—Que en Caracas las turbas piden el enjuiciamiento de los Monagas y sus cómplices. Y yo digo que bien merecido tienen el patíbulo.

—Y yo que... qqq... no va a alcanzar ttt... toda la madera de los bosques de Venezuela para alzar esos pa... ttt... tículos.

—Pues que se talen los bosques... Toc, toc, toc. Y se importe madera del extranjero, si es necesario, pero que el cadalso se alce para los asesinos del 24 de enero. Toc, toc, toc.

—¿Para qué tanta madera? —preguntó el general, ingenuamente, quizá—. Si con unos tiritos basta.

—¡Magnífico! ¡Magnífico! —intervino el gordito de los turbios blasones, que tenía bello el labio inferior y al hablar le temblaba—. ¡Habló el Tetrarca de «Los Pilonos»! «Los Pilonos» era una posesión del general Gavidia, pero no se calaba la ironía de llamarlo el Tetrarca y nadie celebró la agudeza.

... Y otra noche, saliendo al encuentro del Licenciado el Padre Mediavilla, con una taza de café que acababa de servir:

—Tómese esto ligero, Licenciado, para que se ponga a tono en seguida. Hoy estamos todos de acuerdo.

—¿Entonces, qué día es hoy? ¿De Santa Insensatez general?

—¡Día de la Patria en Peligro! —tronaron todos a una pero con el tono de decir cosas contrapuestas—. Pero sabremos ponerla en alto.

—¡Pppp... plomo con el extranjero! —gritaron las filas liberales.

—¡Plomo con el extranjero! Toc, toc, toc. —resonó en las conservadoras.

—¡Eso es, muchachos! —aprobó el cura—. ¡Al César lo que es del César!

—¡Yo ardo en llamas de indignación! —vociferó don Feliciano Rojas. Y había que creérselo.

Pero sucedió que el guasón de don Argimiro se quedó mirándole la amarilla faz y el godo protestó enfurecido:

—¡No me mires la faz, Argimiro! ¡Mírame el corazón, que es donde llevo mi color verdadero!

Aquí intervino el gordito, llamándolo procónsul, sin que se supiera por qué y como en este mismo momento soltaba Mediavilla su peculiar risotada clamorosa y el General la suya asmática, por la ocurrencia de don Argimiro y la réplica de don Feliciano, el ironista de la plaza del pueblo se las tomó para sí y quedó convencido de que llamar a alguien procónsul era la quinta esencia de la mordacidad sutilísima.

—Toc, toc, toc. ¡Traidores! ¡Crearle un conflicto a la Patria con el extranjero, por salvar al tirano fusilador de Congresos indefensos! ¡Gavilla de bandoleros!

Pero al general Gavidia no le agradaban bromas de los conservadores y cortando en seco su risa asmática, protestó, entre resuellos sibilantes:

—¡Eso no, don Santiago! ¡Indirectas no! Ya estoy cansado de aguantarlas y por causa de esa frasecita vamos a tener una cuestión cualquier día de éstos.

Y así terminó la patriótica armonía que venía reinando entre el alboroto.

Pero no era solamente intolerancia mutua de los tertulianos de la parroquia, sino que de otras sesiones tempestuosas llegaban hasta allí los ruidos.

—¡Qué manto de la clemencia ni qué pamplinas! —exclamaba otra noche don Feliciano, con todo su rojo corazón en llamas, a través de su color amarillo—. ¡Buenos estaríamos el día en que todos los ladrones y los bandidos puedan pasearse impunemente ante nuestras narices, envueltos en ese manto que quiere echarles el majadero de Fermín Toro!. Nada más que por hacer frases bonitas.

—La túnica de Neso les arrojaría usted —repúsole Cecilio el viejo—. ¿Verdad, don Feliciano?

El mal teñido por la ictericia se le plantó por delante con mirada inquisitiva y el Licenciado agregó, explicativamente:

—La que mató a Hércules.

Y el godo, sin averiguar más:

—¡Ésa!

A tiempo que por allá venía el bastón acercando a don Santiago Fontes:

—¿Qué has dicho tú de don Fermín Toro? Te prohíbo que te expreses así en mi presencia.

—¿Y tú quién eres para hablarme en ese tono?

—¡Yo soy un civilista!

—¡Pues yo soy un paecista!

Y mientras así se encaraban uno contra el otro los conservadores, el Padre Mediavilla y el General se cruzaban miradas de común y maliciosa inteligencia.

Pero como ya alzaban demasiado las voces descompuestas, se le ocurrió al cachazudo General recomendarles:

—¡Calma, señores, calma! ¿Qué dirá el vecindario?

—No se preocupe, General —repúsole el Licenciado—. Éstos no son sino granitos perdidos. Los puñados los está echando el Gran Sembrador allá en Valencia.

—Donde está reunida la flor del pensamiento venezolano, como dicen por ahí — completó el militar, sardónicamente:

—Junto con alguna hojarasca.

—Pues me habían dicho que todo era flor. Pero su palabra vaya adelante, señor Licenciado.

Y luego:

—¿De modo que usted cree que esta reunión de amigos es, como si dijéramos, una convencioncita?

—Justamente. Y ustedes los liberales, encantados, tanto aquí como allá en Valencia. Allá mientras los amigos de los Monagas conspiran contra el gobierno de lo que se sigue llamando la revolución de marzo, los conservadores paecistas contribuyen a la oposición, haciéndoles el juego a los liberales que han lanzado el nombre de Páez como elemento de discordia.

—Es verdad. Allí como que tampoco van a ponerse de acuerdo los amigos de la Patria.

—Y como a río revuelto ganancia de pescadores, ustedes los del oficio buen camboto van a sacar.

—Déjese de eso, señor Licenciado. Nosotros los liberales somos amigos de la causa del pueblo.

En oyéndole lo cual, se le ocurrió a Cecilio el viejo, preguntarle:

—Dígame, General. Y permítame la curiosidad: ¿Qué entiende usted por liberalismo?

—Pues... ¿Cómo le diré? Pues un liberal es un hombre mano abierta para todo, al revés de un oligarca, que cuando le dan en el codo aprieta más el puño. Nosotros los liberales lo que queremos...

—¡A ver, a ver! —intervino don Feliciano—. ¿Qué quieren? Si es que se puede confesar en público.

—¡El ppp... poder!

—¿Eso solamente?

—Y lo que de él chchch... chorrea al bolsillo.

—¡Eso es cinismo, don Argimiro! Toc, toc, toc.

—¡Es franqueza, don Santiago! Us... ttt... tedes también quieren lo mismo. El apoyo de las auto... riridades para seguir explotando a los negritos de las haciendas y para continuar haciendo nnn... negocitos honestos, como ustedes los llaman a éstos de prestar dinero al veinte ppp... por ciento. Pero esta vez el ppp... poder será para nosotros.

—Si Dios no mete su mano. Toc, toc, toc. Que la meterá. No le quepa duda.

—No la meterá —intervino el Licenciado Céspedes—. Porque Dios sólo mandó una vez, en el principio. De allí para acá siempre obedece.

—¡Ya salió el herejote con una de las suyas! —terció Mediavilla.

—No es mía, Padre, sino del maestro Séneca.

—No me es desconocido el nombre de ese maestro —rebulló el general Gavidia—. ¿Ése es uno que...? Pero don Argimiro le quitó la palabra antes de que fuese a quedar mal puesto el partido liberal:

—¡No, compañero! ¡Ése no es! ¡Ése no es!

Y como Mediavilla soltó la risa anchurosa y por allá venía ya el gordito, abriéndose paso, tal vez para repetir lo de Tetrarca, se amoscó el General, poniendo tan mala cara que el ironista dio media vuelta y se encaró con otro, a mover su labio belfo por donde le salían las agudezas.

Entretanto habían vuelto a trabarse de palabras los dos oligarcas, a causa de que uno nombró al general Páez y el otro hizo un gesto desdeñoso, y don Argimiro Venegas prorrumpió:

—¡Viva la anarquía! Así será un paseo para nosotros los liberales darle la batalla unidos, como un solo hombre. ¿Verdad, Padre Mediavilla? ¿Verdad, Gagaga... vi...?

Pero el General lo interrumpió:

—Bueno, don Argimiro. Déjelo de ese tamaño, que ya sé por dónde va a reventar esa mamaderita de gallo. Unidos sí estamos y dispuestos a echarnos al monte a su hora y punto. Allá en Valencia los prumarios están haciendo su constitución y de seguro que les va a quedar muy bonita, pero en cuanto ellos terminen con la suya vamos a elaborar la nuestra, nosotros los del machetico. Aquí estamos ahora oligarcas y liberales, como quien dice, en el seno de la amistad; pero pronto nos vamos a estar viendo las caras por entre el humo de la bicha aquélla. Para no mentar la pólvora junto a la candela.

Dicho lo cual se levantó de su asiento, se llevó a su sitio los pantalones un poco descendidos por la presión del abdomen y se despidió así:

—Y hasta mañana, si Dios quiere que todavía sigamos así revueltos el aceite y el vinagre.

II

Diálogo del sembrador y otras extravagancias

Sobre la loma de sus habituales contemplaciones encontró Cecilio el viejo a Pedro Miguel.

—¿Complaciéndote en tu obra? —díjole, mientras tomaba asiento en la tierra cimera, junto al campesino enamorado—. Ya puedes hacerlo porque tienes «La Fundación» como tal vez no habrá estado nunca.

—Cuando las cosas se hacen de buena voluntad...

—Siempre son agradecidas. Tienes razón.

—La tierra, por lo menos, nunca deja de serlo.

—¡La tierra! Tú descansas, tú duermes, tú pones un momento o un día entero o un mes completo el pensamiento en otra cosa y te desentendes de ella y ni la miras casi; pero ella siempre vela y trabaja para ti, y cuando tú vuelves de tu reposo, tu distracción o tu abandono, ella te sonrío y te recibe diciéndote: «¡Mira lo que hice entretanto! Ahí te le puse un pimpollo a esa matica, para completarle una rama que le faltaba; ahí te pinté esa florecita para que te alegre la vista, ahí te tengo una mazorquita más de cacao».

Y en seguida, haciendo burlas del espiche abierto a su corazón sentimental:

—¡Je, je, je! ¡Las tonterías que acabo de hacerle decir a la madre tierra! ¿Verdad, Pedro Miguel?

—No eran tonterías, don Cecilio. Usted no las dice nunca y ha debido seguir como iba, dándomelas gusto al oído y al corazón.

—La verdad sea dicha. No eran palabras mías, sino un párrafo de Cecilio el joven que me lo he aprendido de memoria.

—¡Ah! Ya estaba reconociendo yo esa música.

—¿Te ha leído su libro?

—Algunas partes. Las que más a mi alcance estarán, seguramente.

—¡Pobre muchacho!

Permanecieron en silencio un rato y luego insistió Cecilio el viejo:

—¡Bonita tienes la hacienda! No hay palmo de tierra que no esté produciendo lo suyo... Pero, en cambio —y es cosa que no me explico—, tienes completamente abandonado «El Altozano». Siendo tuyo...

—Es que no es mío, don Cecilio. Sino de don Nadie, dicho sea con sus propias palabras.

—Terco eres, Pedro Miguel. Te obstinas en tus caprichos y no hay modo de sacártelos de la cabeza.

—Quizá los de ahora no sean los mismos de antes.

—El quizá ya indica que no estás seguro de cuáles son.

—¿Y para qué averiguarlo, don Cecilio?

—¡Tienes razón! ¿De qué sirve saber adónde queremos ir, si al fin y al cabo llegaremos adonde no quisiéramos?

Pedro Miguel guardó silencio, entretenido en escarbar la tierra de la cumbre con un tallo de hierba seca que arrancó del alcance de su mano. Luego dijo:

—De todos modos, don Cecilio, a veces resulta más agradable ocuparse de lo ajeno que de lo propio.

—Generosidad lo llaman.

—Me refiero a la tierra. Cuidando de «La Fundación», que no es mía ni nunca lo será, gozo más que ocupándome en una finca propia. No sé si usted me comprende, pero es así.

—Te comprendo. Yo también lo he hecho, a ratos. He trabajado la tierra de don Nadie y me he sentado a contemplarla después, lo mismo que tú la ajena.

—¿Cuándo, don Cecilio? Porque, según he oído decir, usted nunca se ha ocupado de «El Altozano».

—No me refería a ésa, sino a las de don Nadie, verdaderamente. Son muchas las mazorcas que han nacido en ellas de granos sembrados por mí.

—¿De maíz verdadero o de cacao real y positivo? Porque no me venga con otras siembras, que ésas no las pongo yo en duda.

—De maíz verdadero. Tanto como tú y yo, que somos un par de mentiras hablando embustes sobre la loma de un cerro que no existe. Y perdóname que te incorpore en mi modestia.

—Ya decía yo que usted debía estar refiriéndose a otra cosa que no se me podía alcanzar completa.

—Pues se te alcanzó. De maíz verdadero, repito. En los campos de don Nadie, que es como decir en los de don Todo el Mundo. En los baldíos, para que acabes de convencerte de que me estoy refiriendo a cosas reales y efectivamente sucedidas.

—Perdone. Como de usted nunca se sabe si está hablando en serio o en broma...

—Esta vez hablo en serio. Si te dijera que por esos montes de tierra adentro por donde he pasado, son muchos los conucos que han aparecido un buen día sin que se sepa quién los sembró, ¿me creerías?

—Yo de usted lo creo todo, don Cecilio. A pesar de lo que le acabo de decir.

—¡Sí, hombre! ¡Muchos! Por cierto que ésa ha dado origen a más de una leyenda. ¡Je, je! Una vez en un rancho donde entré a pasar un aguacero, vi una vela encendida donde no había imágenes que alumbrar, y como pregunté a qué santo estaba dedicada, me contestaron: «Al ánima del sembrador de conucos en lo baldío, a ver si se corre hasta acá y nos siembra uno que nos está haciendo falta para la arepita y las carauticas, en esa falda de cerro que está ahí mismito».

—¿Y poco después apareció el conuco? —dedujo Pedro Miguel.

—¡No, hijo, tonterías no! Y Providencia de la holgazanería mucho menos.

—Tiene razón. He debido pensar que perdieron su vela los habitantes de ese rancho.

—Tampoco. Un mes después volví a pasar por allí y vi que el conuquito estaba plantado. Como el ánima no se los sembró, ellos, ya con la idea en la cabeza, tuvieron que hacerlo por sí mismos. Pero ¿sabes lo que me dijeron los muy bribones? Que se los había sembrado el ánima.

—Y no dejaron de tener razón, porque al fin y al cabo esas cosas del otro mundo no son sino voluntades de uno que en un momento dado se le salen del cuerpo.

—¡No está mal eso! —aprobó el andarín filósofo—. ¡Qué ha de estarlo! Muy bien pensado y hasta bien dicho.

—A lo que se le puede alcanzar a quien no ha tenido escuela, don Cecilio —repuso Pedro Miguel, ya amoscándose.

Pero en seguida reaccionó conforme al respeto y a las simpatías que le inspiraba el viejo bondadoso y ocurrente.

—¡Ah, don Cecilio y sus cosas! Conque, ¡el ánima del sembrador! Écheme una manita para ver si puedo hacer todo lo que quisiera en esta finca ajena.

—Tú no lo necesitas, muchacho, porque llevas dentro de ti, conforme a tu teoría, todas tus voluntades bien vigiladas, y bien empleadas.

—¡Muchacho! —recogió Pedro Miguel—. ¡Que tengo veintiocho años, don Cecilio!

—¡Vaya, pues! —exclamó éste—. ¡Qué empeño tienen ustedes los jóvenes en hacerse viejos! El otro día fue Luisana y ahora eres tú quien puntualiza. ¡Y yo que ando buscando a quien darle parte de mis sesenta!

Pedro Miguel frunció el ceño y se puso de pie. Pero en seguida rectificó:

—Perdóneme que me haya levantado antes que usted. ¿Pero no le parece que ya es hora de que vayamos regresando? Pronto se hará de noche.

—Sí. Vámonos. Y así podré mostrarte, de paso, otra tierrita con la cual tengo unos amorcitos por ahí.

—¿Algún conuco que nos está sembrando el ánima?

—No. Las tierras de esas siembras fueron novias de un día, aventuras de caminante. Ésta es de amores definitivos. Ya te la mostraré.

Pero Pedro Miguel sólo atendía a sus sentimientos y así repuso:

—Aunque no se por qué he dicho «nos está sembrando», ni para qué le habré pedido al ánima que me eche una manita, pues ya como que voy a estar cogiendo mi camino.

—¿Qué estás diciendo?

—Que pronto no haré falta por aquí, don Cecilio, y empezando a despedirme de estos amores con finca ajena era que estaba sobre esa loma. Ya la señorita se está enterando de todo lo necesario para el manejo de la hacienda, y si todavía no he cogido mi cachachá, como vulgarmente dicen, es porque aún me falta algo que

explicarle. Poca cosa, por cierto.

—¡Déjate de tonterías! Lo hace sólo por distraerse un poco. ¡La pobre! Además, quizá sea yo quien le haya dado la idea, a fuerza de despotricar contra estas infelices mujercitas nuestras, que no viven sino por el hombre y para el hombre, esclavas de éste, más tirano cuanto más amoroso. Que no saben valerse ellas solas para la práctica de la vida, ni tienen preocupaciones espirituales fuera de los prejuicios con que les atiborran el alma la madrecita y el cura. Quítales tú el hombre por quien y para quien viven —padre, hermano, marido o hijo— y ya las verás pegando el grito en el cielo: «¡Dios mío! Otro hombre, nada más». Con perdón de tus creencias. De mí te digo, Pedro Miguel, que si hubiera tenido una hija, desde chiquita le habría levantado los fustancitos y le habría dado una nalgada, diciéndole: —¡Arrea! ¡A valerte por ti misma! ¡A convertirte en una persona y no en una muñeca!

—¡Las cosas tuyas, don Cecilio! —dijo Pedro Miguel—. Siempre termina usted por cosas de reír.

—¿Y cuáles no son en esta vida? Sólo que tú las llamas de reír, pero no te ríes.

—Defectos de nacimiento... Pero ¿con esta conversación no habremos pasado de largo lo que usted quería mostrarme?

—No. Ya estamos llegando.

Faltaba un buen trecho, en realidad, pero prefirió hacerlo en silencio como parecía quererlo Pedro Miguel. Acaso había hablado más de lo conveniente.

Y así llegaron al sitio a que se había referido.

Era uno de aquellos parajes donde solía quitarse las gafas y abandonarse a coloquios con las intimidades de su alma. Un pequeño prado apacible y recogido, cubierto por esa hierba tierna que crece al abrigo del sol y en cuyo verdor delicado se apagaba dulcemente la luz del día, en torno a la peña de un manadero de agua que por entre musgos y helechos —clepsidra de un tiempo lento— daba una gota de cuando en cuando.

—Aquí tienes mi novia, Pedro Miguel —díjole, deteniéndose en medio del minúsculo prado—. Te he traído a conocerla porque tú serás el padrino de nuestras bodas.

—¿Qué va a hacer con esto, don Cecilio? Aquí no se le va a dar nada de lo que siembre.

—No se trata de que se me dé, sino de que se me reciba, más bien. Aquí voy a hacer una cosa muy importante. Nada menos que devolverle a la tierra el préstamo que le hizo al espíritu de la Vida, para que por boca mía dijera el cúmulo de tonterías que ya tengo dichas. Aquí se realizará el acto solemne de esa restitución. Ya tengo elegido el sitio preciso: aquí, donde estoy parado. ¡Fíjate bien!

Y dando unos pasos para detenerse más allá:

—Aquí pondremos a Cecilio. Ya es cosa convenida entre ambos que no estaremos uno al lado del otro, sino frente a frente. Probablemente él vendrá primero.

—Déjese de cosas, don Cecilio. No se juegue con eso.

—No son chuscadas. Esta vez hablo en serio. Trabajo me costó obtener de las autoridades que se me permitiese echar el sueñito definitivo donde más me agradara. ¿Verdad que no está mal escogido el sitio?

Y mientras recorría el pequeño prado a pasos lentos:

—Por aquí se pasearán las sombras de los dos Cecilios, continuando las conversaciones iniciadas en vida, agotando los temas eternos. El espacio es reducido, pero no necesitaremos más. He hecho la experiencia varias veces y te aseguro que no estaremos mal.

—¿De modo que es cierto lo que me han contado, de que usted viene por aquí, a las altas horas de la noche, con mucha frecuencia?

—Cierto. Pero no lo divulgues, porque peligraría la reputación de mi novia. ¡Je, je, je! ¡Bueno! Ya te la he presentado y ahora podemos seguir nuestro camino.

—No hay duda de que usted es el saco de las ocurrencias —comentó Pedro Miguel—. Pero, francamente, de ésta no le alabo el gusto.

—Te lo creo. Dentro de tu salud y tu juventud no puede caber lo que de hermoso tiene la idea de la muerte.

Y luego, ya en camino:

—Que por cierto ya viene por ahí afilando su guadaña para la siega de su campo. El gran piélagos, como dice Tapipa. La guerra tremenda que ya ha estallado. O, ya que estoy citando autores, la constitución del machetico según las palabras de cierto general Gavidia a quien tal vez conozcas. Los Patriotas de la Convención de Valencia terminaron la suya que les quedó muy bonita, como lo esperaba el socarrón del general Gavidia; pero se les ocurrió decir centralismo o poco menos y ya por Occidente están Falcón y Zamora gritando federación. El gobierno se obceca en no concederle importancia al movimiento de Coro, que ya tiende a propagarse por todo el país. Es la revolución social que se nos viene encima.

Y con un acento de preocupación que contrastaba con el tono con que siempre había hablado del Gran Sembrador, agregó:

—Yo no veo sino muerte, fuego y escombros por todas partes. Hay rencores emponzoñados, odios inextinguibles y ambiciones desaforadas, y esta pobre Patria quizá no dé para tanto. ¿Qué porvenir les estará reservado a ustedes los jóvenes?

Hizo una breve pausa y concluyó:

—Cecilio y yo, ya vamos de retirada; pero Luisana... ¿Qué será de ella? Pedro Miguel le dirigió una mirada de soslayo y esperó a que continuase desarrollando su pensamiento; pero esto no lo acostumbraba Cecilio el viejo, sino que se limitaba a sugerir, como ocurrencia momentánea, la idea que quisiese sembrar en el espíritu de sus oyentes. Todo lo que dijo aquella tarde fue encaminado a concluir por la alusión de Luisana y al azaroso porvenir que la esperaba, y hecho esto lo demás correspondería a Pedro Miguel, conforme al modo como la espontaneidad de su alma permitiese la fructificación deseada.

Pedro Miguel comprendió y se abandonó a sus pensamientos; pero fueron tan

confusos y atormentados que aquella noche casi toda la pasó insomne.

Diablos y Angelitos

Era jueves de Corpus, día de no trabajar y abandonó la hamaca con un propósito intempestivo. Las alpargatas en que acostumbraba meter los pies al levantarse ahora las hallaba tal como las hubiese dejado; pero la voluntad ya parecía enderezada conforme a la intención de aquel sortilegio con que Tapipa y Roso Coromoto, consecuentes con la amistad que los había unido a *Negro Malo*, trataban de apartarlo de caminos temerarios por donde pudieran sobrevenirle conflictos.

Salió temprano y fue a desayunar en «El Matajey», como lo acostumbraba todos los días, hecho lo cual se puso a recorrer las vegas, en compañía de José Trinidad Gomárez, cual de costumbre también; pero esta vez, de contemplarlas bien trabajadas —robustos los cañaverales, limpias las acequias de riego, sin malas hierbas los sembrados de frutos menores, cariñoso el brillo del sol en la verdura laboriosa— se le ocurrió decir:

—Debe dar gusto también ver así lo propio. Después de todo, tratándose de la tierra, lo propio es el trabajo que uno ponga en ella.

—Yo pongo aquí el mío en lo que es tuyo —repuso José Trinidad.

—Y quizá sea ya tiempo de que venga yo a arrimarle el hombro.

—Juerte me hallo tuavía, a Dios gracias; pero si en lo ajeno se te hubieren presentado inconvenientes, o lo que sea, aquí está lo tuyo, manque nunca haigas querío llamá asina a to lo que me pertenece, y no hay más que hablá. Continás, que pa no dejá lo ajeno de mala manera podemos trocanos los papeles, diéndome yo otra vuelta a hacé las veces tuyas. Mal que bien.

—Ya hablaremos. De eso y de otras cosas. Antes tengo que hacer una diligencia por la vía de Caucagua... ¿No se le ofrece algo para allá?

José Trinidad comprendió y sonrió disimuladamente. Allá era el sitio de Loma del Viento, donde vivía un pariente de su padre, de pura sangre isleña todavía, él y su prole.

—Saludos ná más —respondió, reservándose su suspicacia—. Cariños pa todos.

Y a su mujer, cuando ya Pedro Miguel se había marchado, vía Caucagua:

—¿Sabes la cosa, Ufrasia? El hombre va rumbiando pa Loma el Viento. Tantas bromas le has dado con la ahijá, que a la postre como que te vas a salí con la tuya.

Pero como a Eufrosia no había manera de darle noticias que la cogiesen de sorpresa, repuso:

—Vea, pues, cómo no me equivoqué. Ya se lo había visto pintao en la cara mientras se desayunaba.

Y luego para sí sola:

—¿Bromas solamente? La composición que le encomendé a Tapipa por medio de

Roso Coromoto, que al fin tenía que dar su resultado.

Entretanto, buena bestia de silla la mula mora, mientras ella hacía el camino, el jinete podía abandonarse a sus pensamientos.

—¡Nada! Que cuando uno va a caer no ve el hoyo. Tarde o temprano esto tenía que suceder, porque, como dice el dicho: el hombre propone y la mujer dispone.

Y girando dentro de este reducido círculo de reflexiones, como para apurar en ellas el pensamiento inquieto, pasaba ya frente a la iglesia de uno de los pueblos del trayecto, donde se arremolinaba el gentío aldeano y campesino que acababa de salir de la misa de la festividad, cuando oyó saludo característico de voz conocida:

—¡Pasa, mal tiempo!

—¡Guá, Padre Mediavilla! —exclamó, refrenando la mula—. ¿Qué hace usted por aquí, dejando allá abajo su parroquia abandonada?

—Abandonada no, lengua larga —repuso el clérigo bromista, a quien rodeaba un grupo de vecinos, a la puerta de la casa parroquial—. Vine a predicar en esta iglesita de Tío Conejo y aquí estoy oyendo las fechorías de Tío Tigre que me cuentan estos amigos. ¿Y tú, para dónde vas?

—Para Caucagua.

—¿Llevas prisa?

—No mucha.

—Pues bájate un momento, para que conversemos un poco de lo mucho que hace días tengo que decirte, mientras presenciamos la fiesta de los diablos, que ya va a empezar.

—Si supiera que nunca me ha dado curiosidad de ver eso —repúsole evasivamente—. Pero si usted me promete disfrazarse de diablo, también, sí me quedo para verlo bailar.

—Ganas no me faltan —dijo Mediavilla, para complacencia de la gente campechana que lo rodeaba, como dondequiera que estuviese.

Y charlando de este modo jovial —cosa inusitada en Pedro Miguel— es tuvieron un buen rato, dándoles gusto al numeroso grupo de hombres del pueblo y de los campos circunvecinos que se fueron congregando en torno de ellos, no sólo por la popularidad del cura, sino por la que también tenía su interlocutor en toda la región.

De esto, sin embargo, no se había dado cuenta Pedro Miguel, y fue el Padre Mediavilla quien esa mañana se lo hizo observar, abandonando lo jocoso por lo interesado que ya le había anunciado:

—Tienes pueblo, Pedro Miguel. Fíjate en cómo están pendientes de ti todas las miradas.

Pero en esto sonaron dos cohetes anunciando que ya venían los diablos, y el gentío se arremolinó en carreras hacia la calle por donde se les esperaba, a tiempo que los tamboreros, apostados en el altozano de la iglesia, iniciaban el tam tam que acompañaría la zarabanda.

Eran diablos de toda la región, que venían a cumplir promesas, las más de ellas

hechas sólo para que no faltara en la festividad del Corpus lo pagano junto con lo piadoso. Diablos rojos, desde los cuernos hasta el rabo de trapo, con guilindajos de colorines y sonajas de toda especie, no faltando entre ellos quienes ostentasen seda y cascabeles, que ya eran algún dinero invertido; diablos negros, los menos pudientes, de coleta de fardos tiznada de hollín, con antifaces de lo mismo. Avanzaban en dos filas por la calle real del pueblo, haciendo pantomima de agazapamientos de un asalto sigiloso cuyo objetivo era el templo. El gentío se abría franqueándoles paso y guardaba el silencio recomendado por ellos con el ademán del índice contra el agujero del antifaz correspondiente a la boca, mientras trataban de reconocerlos por los ojos que blanqueaban a través de los otros.

Varios de ellos rodearon a Pedro Miguel con sus pantomimas, pero se desbandaron a la despavorida cuando él murmuró, por uno reconocido:

—Juan Coromoto. ¡Cuándo no!

Invadieron el atrio en torno al cual se amontonaban ya los espectadores, a tiempo que el sacristán cerraba las puertas del templo donde estaba expuesto el Santísimo y se tendieron boca abajo en el suelo enladrillado, en dos filas paralelas y separadas por el ancho de la puerta principal, mientras hacía pausa el tam tam de los tambores.

Pedro Miguel desde su mula y el Padre Mediavilla trepado a un banco, junto con el cura de la parroquia y unos vecinos de rango, pardos donde todos eran negros, prestaban atención al espectáculo; pero mientras la de todos éstos era complacida, la de aquél se expresaba en gesto ceñudo, de disgusto evidente.

Comenzó de nuevo el tam tam del curveta y del mina. Se incorporó uno de los diablos —el primero de la fila izquierda— haciendo una cabriola apoyado sobre las manos, para quedar arrodillado de espaldas a la puerta del templo, y luego se puso de pie con una simulación de estremecimiento convulsivo de poseso, para agitar las sonajas que llevaba encima y dio principio una danza de saltos y esguinces de extraordinaria agilidad, empuñando su rabo de trapo para tocar con él las maderas de la puerta, a la que así se iba acercando entre decidido y receloso; mas cuando ya iba a lograrlo arreciaba el estrépito de los tambores y con un salto de cuerpo disparado en el aire por una fuerza sobrenatural, el diablo se echaba atrás para comenzar en seguida con la danza de los agazapamientos.

—¿Te fijas, Pedro Miguel? —le preguntó el Padre Mediavilla—. El sagrado del templo que no le permite acercarse. El diablo pretende aplacarlo pasándole el rabo a la puerta, pero ya las Escrituras dicen que contra las de la Iglesia no prevalecerán las del Infierno. ¿No están mal de doctrina los pobres negros, verdad? Tres veces debe intentarlo cada diablo, levantándose del suelo uno a uno, como ya verás y el truco está en los tamboreros, que deben repiquetear fuerte y de prisa cuando ya vaya a lograrlo.

A lo que intervino uno de los espectadores, con sorna:

—Raro que to eso no lo sepa quien tanto diablo de Corpuscristi habrá visto, no siendo forastero por estas tierras.

Pedro Miguel se volvió a mirarlo. Era un negro corpulento y malcarado, a quien no conocía, que sonrió a su mirada sosteniéndosela con aire que parecía de provocación. No le concedió importancia, sin embargo, y continuó prestando la atención displicente que le merecía el espectáculo.

Uno a uno, como había explicado Mediavilla, fueron incorporándose los diablos para repetir lo que había hecho el primero, pero cada cual esforzándose en superar a los demás en agilidad y en destreza. Y como esto vino a lograrlo, según la unánime opinión de los espectadores, el último de la partida, aquél en quien Pedro Miguel había reconocido a Juan Coromoto, todas las miradas empezaron a volverse hacia el mayordomo de «La Fundación» oyéndose entre el vocerío exclamaciones como ésta:

—¡La regla no manca! Donde hay buen jefe hay buen soldao.

A lo que intervino de nuevo el desconocido malcarado:

—¿No será mucho afirmá, sin habese remitío a la prueba? Pedro Miguel no se dignó mirarlo esta vez, mas como luego se le acercó uno de los peones de «La Fundación», a quien vio cruzar una sonrisa con el desconocido, le preguntó:

—¿Quién es ese hombre?

—No lo conozco —repuso el peón—. Nos tropezamos no más, pegándonos un palo, endenantes. Parece que no es de por aquí, pues ya he escuchado a muchos del pueblo haciéndose la misma pregunta, sin que naiden haiga podío da razón dél. Pero si la cara no miente...

—No debe de ser muy bendito —completó Pedro Miguel.

Y aunque todo esto fue hablado a media voz, el aludido sonrió como de cosa oída y murmuró algo que se perdió entre el bullicio del gentío al redoblado estrépito de los tambores. Por lo que, a su vez, comentó el peón:

—¡Hasta oliao como que está el hombre!

Ahora comenzaba la zarabanda de todos los diablos. La danza general, sin ritmo ni compás, sólo para meter ruido los tambores, torbellino de saltos, esguinces y agazapamientos que cubría todo el espacio del atrio. África primitiva, aunque tal vez reproduciendo en América una escena de la Europa medieval, poseídos por la farsa ya los ponía frenéticos el asalto rechazado por la virtud de las puertas del templo y de este frenesí participaban los espectadores, cuyos gestos y ademanes copiaban las peripecias de la zarabanda.

—¿Qué te parece, Pedro Miguel? —volvió a preguntarle el Padre Mediavilla—. Así estarán horas y horas, hasta que todos caigan rendidos, conforme a la promesa, que en eso no más consiste.

—Me habían dicho que era un espectáculo muy divertido, pero, francamente, no le encuentro la gracia —respondió el espectador ceñudo—. Y sigo mi camino.

Dicho lo cual reemprendió su viaje, con un desabrimiento de ánimo cuyas causas no quería analizar.

* * *

Los diablos cumplieron sus promesas bailando hasta caer rendidos, pero al negro Tilingo —hijo de aquel esclavo del mismo nombre— no le tomó la suya en cuenta el cielo, y cuando por la tarde regresó a su rancho, pringue de polvo y de sudor la estrafalaria vestimenta, de la cual se le habían desprendido casi todas las sonajas, encontró muerto a su hijito único.

Su negra se le abrazó dando gritos de desesperación; pero a él lo había compensado la vida con el don de la insensibilidad, y después de haber contemplado unos momentos en silencio el cuerpecito inerte, puro hueso, de donde los ensalmadores no lograron sacar el mal de ojos que le habían echado, murmuró fatalista:

—Negro hace carrera muriéndose angelito.

Y con estas mismas palabras respondió después a las de condolencia de Pedro Miguel, cuando de vuelta de Loma del Viento, ya a la oscurecida, pasó por allí y se llegó hasta el rancho.

Piso de tierra, paredes de bahareque mal embarrado, techo pajizo ennegrecido por el humo del fogón de topias en el suelo. El cerdo hozaba su fango en el chiquero paredaño y sus gruñidos se confundían con el murmullo de las negras que acompañaban a la de Tilingo.

Trojes con esteras por lechos, allá, en los tenebrosos rincones de la parte del rancho destinada a la alcoba y ahora oculta tras una colcha de retazos colgada de pared a pared. Acá, en un ángulo de lo que hacía de recibimiento, una tinaja sobre un palo de candelero clavado en el suelo, bancos a los costados para la concurrencia, ya ocupados por todas las negras del vecindario y en el centro una mesa sobre la cual yacía el muertecito, entre flores humildes del monte. Dábale urna un cajón que había sido de velas, destapado e inclinado convenientemente para la macabra exhibición; tenía el rostro fruncido por la última torcedura del dolor y los ojos abiertos, mediante palillos que separaban los párpados.

Mezclaban sus emanaciones en la caldeada atmósfera del rancho miserable las flores que adornaban al angelito y el fango del chiquero vecino. Lanzaba alaridos, de cuando en cuando, la negra Tilingo, y luego se quedaba un rato moscardoneando los condolidos murmullos de las otras mujeres. Gruñía el cerdo hociqueante removiendo su inmundicia, y al agitarse el aire olía mal entre las flores de la mesa.

Pero afuera y tratándose de esto, en el corrillo de los hombres, uno dijo:

—Seguramente lo cocinaron como es debío.

Pedro Miguel hizo un movimiento de repugnancia y contrajo el ceño, más de como ya lo tenía.

Mal día le había resultado aquél. El espectáculo de los negros en la zarabanda de los diablos lo había puesto de mal humor, y así estuvo en «Loma del Viento», preguntándose mentalmente a qué habría ido hasta allá, mientras Eulogia y sus hermanas trataban de hacerle agradable el rato. Y ahora esto. Lo que acaba de oír, ya dentro de los límites de lo monstruoso y lo que ya lo tenía haciéndose reflexiones

penosas: la miseria en que vivía el negro Tilingo... ¿Por gastarse en aguardiente la mayor parte de su jornal?... ¡Quizás!... Pero acaso también porque ya el jornal era insuficiente para las necesidades inmensas y de no remediarlas todas, que todas se quedaran insatisfechas... ¿Pero no era él, precisamente, quien se lo pagaba, sin habersele ocurrido pensar que fuera escaso?... «Tienes pueblo, Pedro Miguel...». ¿Para qué le habría dicho así el Padre Mediavilla? Ya no se le quitaba del pensamiento la frase molesta.

Se le acercó Juan Coromoto:

—¿Sabes, Pedro Miguel? El malencarao de esta mañana, por quien preguntaste, parece que es oriundo de las montañas de Capaya y que lo mientan *El Mapanare*. Andaba rondando a tos los piones de «La Fundación», haciéndoles preguntas a propósito tuyo: que si vivías en la hacienda, que dónde se te podía encontrá a solas. Cuando me lo contaron me le encimé, a vé qué se le ofrecía contigo, y me respondió que quería conocete, porque tú eres el hombre de las circunstancias en to Barlovento, según lo que había escuchao habló de ti en toas partes, y me dejó entendé que tiene entre manos un plan que proponete. No me dijo cuál, pero a lo que infiero se trata de algo en relación con la guerra que ya y que está encendía por los laos de Coro.

Pedro Miguel oyó en silencio y así permaneció cuando Juan Coromoto hubo concluido. Fue llover sobre mojado... «Tienes pueblo»... «El hombre de las circunstancias»...

—Negro hace carrera muriéndose chiquito —seguía diciendo Tilingo, a las condolencias de los amigos que iban llegando.

¿No era éste su pueblo?... ¿Y qué había hecho él por ellos?

Por fin llegaron tres a quienes hacía rato se esperaba: un arpista, un maraquero y un tocador de cuatro, provistos de sus respectivos instrumentos.

Reanudó sus alaridos la madre dolorosa, ahora desesperadamente, mientras las otras mujeres se ponían en movimiento, apartando la mesa mortuoria a un lado y haciéndoles sitio a los músicos. Se instalaron éstos en uno de los rincones, le quitó el arpista la colcha al arpa, pulsó unas cuerdas, apretó unas clavijas, corrió unos arpegios desde las primas hasta los bordones, y como ya el otro había templado su cuatro y el maraquero estaba listo, les hizo una seña y comenzó a tocar un golpe tuyero.

Se acercó Tilingo a su negra llorosa y la sacó a bailar, sin que ella dejase sus gimoteos, porque en el velorio de angelito ha de ser la madre la primera que con sus pies levante el polvo que ha de cubrir el cadáver del hijo, antes de entregárselo por completo a la tierra.

Los imitaron las demás parejas, se fueron adormeciendo en la voluptuosidad del movimiento acompasado, largo rato en un palmo de tierra, menudo el paso, tramado el cepilleo, en blanco ya los ojos hacia el lecho, extasiados en la sensación de la carne penetrada de música. Golpe tuyero, revuelta tras revuelta, interminable... Aguardiente. Sensualidad enardecida por la presencia de la muerte... Velorio de

angelito, toda la noche y el día consecutivo y a veces dos y tres, hasta la hora ya inaplazable del enterramiento. Alma negra, simple y todavía enigmática.

Hozaba su fango el cerdo desvelado. Gemía la madre dolorida entre los compases del golpe, cuidadosa de no perderlos, pena y gozo en un mismo sentimiento, y el polvo que levantaban los pies iba cubriendo el pequeño rostro fruncido y las pupilas sin luz, espantosamente abiertas.

Plegábanse mustias las flores. Sudaban a chorros los negros extasiados en los acordes del golpe. Olían a chiquero y a muerte.

—¡Ay! ¡Ay!

Y el maraquero sacudía sus maracas.

Pedro Miguel se había marchado antes de que comenzase aquello, con un desabrimiento indiscernible en el espíritu. Mal día le había resultado el de su intempestiva determinación.

Una invitación

A las reflexiones sobre aquella ida y vuelta les había cerrado por completo su alma Pedro Miguel, y ya había transcurrido tiempo suficiente para olvidos totales cuando una mañana, estando en el patio de la oficina donde dos de los peones rastrillaban el cacao, ve aparecerse por allí, jinete en una mula rucia, nada menos que a *El Mapanare*.

—¿Qué vendrá buscando éste? —se pregunta Pedro Miguel, a quien ya le habían referido algunas de las hazañas del que por ellas se merecía el apodo que le daban, significativo de ferocidad, ignorándose por toda la región cuál fuese su nombre verdadero.

Pero si al verlo había puesto la mala cara de los sentimientos que tenía que inspirarle aquel hombre, al mismo tiempo observa que los peones se cruzan entre sí miradas de inteligencia, y esto, añadido a lo otro, lo pone sobre aviso.

Descabalga el malcarado *Mapanare*, arrienda su bestia a uno de los árboles del contorno del patio, atraviesa éste haciendo sonar sus espuelas, de paso saluda a los peones con sendos chaparrazos amistosos a las piernas —a lo que ellos sonrían y vuelven a cruzarse sus miradas—, se le acerca a Pedro Miguel y después de dirigirle unas palabras previas a la entrada en materia, sin obtener respuesta del interlocutor ceñudo, que ni mirarlo se digna, lo aborda tuteándolo, como a antiguo conocido:

—Vine a invitarte pa la fiesta... La que ha empezao por los laos de Coro. Fiesta de tambor, también, si a ver vamos y que parece que va a sé como la estábamos desiando nosotros hace tiempo.

Y como Pedro Miguel permanece como si no oyera, agrega, dirigiéndose a los peones:

—¿Verdá, muchachos?

—¿Nos lo pregunta a nosotros? —replica uno de ellos—. Aquí no estamos sino rastrillando el cacaíto, que es lo que nos incumbe por el momento.

—Que quién quita que mañana mismo puea sé otro el oficio. ¿No es así?

Y dirigiéndose otra vez a Pedro Miguel:

—Pues sí, como te iba diciendo. Están metíos en esa fiesta na menos que un general Ezequiel Zamora y un Juan Crisóstomo Falcón, junto con otros muchos que sería largo mencioná y de los cuales dicen los que los conocen que es menester quitase el sombrero pa mentalos, porque son de los que arrempujan palante entre el plomo. ¡Eso dicen! Yo no los conozco, propiamente hablando. La verdá sea dicha. Pero por aquí estamos algunos amigos de la causa, entre ellos el servidor que te dirige la palabra, organizando las cosas pa prestá nuestro contingente. Porque lo que todos nos hemos dicho: tratándose de fiesta de tambor, como lo es la guerra a que me vengo refiriendo, Barlovento no se pué quedá atrás. Contimás que se trata de salvá el tocino, que es algo más que el pellejo, porque es voz corriente que los godos del gobierno están tramando la otomía de vendernos a todos los que semos negros, de café con leche pa abajo, a los fabricantes de jabón de Inglaterra. Porque dicen que pa hace jabón no hay grasa mejor que el tocino de negro y que los ingleses lo pagan a buen precio. ¿No te parece que hay que hacé algo por salvá el tocinito, Pedro Miguel?

—Lo que me parece es que no tiene usted derecho a tratarme de tú —repuso Pedro Miguel, clavándole la mirada.

Y *El Mapanare*, sin inmutarse:

—Pues bueno, vamos a tratarnos de usted, mientras venga la confianza, andando el tiempo. Lo mismo da, después de to. Palabra más, palabra menos, yo lo que venía era a convidate, por habé oído decí que pa esa fiesta tenías que sé tú el primer chicharrón de la cazuela de Barlovento.

—Pues ha perdido usted su tiempo.

—¿Qué estoy oyendo, muchachos? ¿Será que mis oídos me están engañando?

—Que no tengo intenciones de asistir a esa fiesta y menos junto con usted.

—¿De veras, Pedro Miguel? ¡Pues no son mis oídos! ¡Quién lo creyera! Yo que no he hecho sino escuchá en toas partes que desde pequeñito tú decías que había que echase al monte con la guerra por delante contra...

—Lo que yo dijera antes, y ahora no lo repita, es cosa mía exclusivamente.

—¡Caramba! Cómo cambian los hombres. ¡Ave María purísima!... Y ahora que miento a la Virgen, ¿sabes quién me aconsejó que me corriera hasta acá a conversá contigo? Na menos que el padre Mediavilla, que es de los nuestros, como buen liberal que siempre ha sío.

—¿El padre Mediavilla, a usted, personalmente?

—¡Bueno! Ya me cogiste en el embuste. Personalmente no, pero por trascorrales, que es como estamos entendiéndonos todos.

—De todos modos le repito que está usted perdiendo su tiempo y que yo necesito el mío para otras cosas, entre ellas para atenderle a personas que me merezcan

estimación.

—Comprendo a quiénes puedes referirte. A los mantuanos, naturalmente.

Y viendo que ya Pedro Miguel estaba a punto del estallido:

—¡No, chico! No te ofendan mis palabras de buena voluntad. No pongas esa cara, que no es pa tanto. Me he limitao a repetí lo que he oído por ahí. Que por cierto repliqué in continenti: —¡No! Eso no pué sé verdá. Lo que es Pedro Miguel no pué está de parte de los mantuanos, y de esos de allá, menos. Él tiene que acordase de ciertas cosas. Es decí, acordase, propiamente, no, porque él no las pudo presenciá pero...

—Hágame el favor de no continuar —atajó Pedro Miguel, no siéndole ya posible conservar el aplomo que se había propuesto.

—Bueno, chico. Vuelvo a decite que no es pa tanto. Vine hasta acá porque creía que tú seguías siendo amigo de los camisa de mochila, pero ya cato de vé que ahora el viento sopla pal otro lao. ¡Qué se va hacé! Ca uno es dueño de sus actos, gracias al general José Gregorio, y a quien Dios se lo dió, San Pedro que se lo bendiga. ¡Pero mira cómo soy de distraído! Ya habíamos quedao en tratanos de usté y yo con el tú en la boca parriba y pabajo. ¡Mien qué cosa!... ¡Bueno, pues, don Pedro Miguel! Que le sea de provecho su cuarto de conversión, como decimos los melitares. ¡Claro! Usté no me responde ná porque no quiere repetime que eso es cosa suya. Y yo, como tengo por costumbre respetá la opinión política de mis amigos, me voy por donde vine, un poco como dice el dicho: con las cajas destemplás. ¡Qué se va a hacé!... ¡Adiós, muchachos! Que Dios me los saque con bien de esa rastrilladerita de cacao ajeno. Rastrillándolo los encontré y asina los dejo en buenas manos. Pero no echen en saco roto esto del jaboncito de tocino negro.

Y deteniéndose y volviéndose:

—¡Éste que se me olvidaba, don Pedro Miguel! De esta conversación que hemos tenío, de grata memoria por mi parte, no hay que hacé mención. ¿Verdad? ¡Digo pa sabé! Yo, por lo que me concierne, como si no me hubiera dicho usté ni jota y espero que la visiversa también será... No es por ná, propiamente; sino porque como yo pienso cogé el monte lo más pronto posible, que es como decí que ya tengo el pie en el estribo... ¡Bueno! Al buen entendedor, siendo contimás mudo... ¡Hasta la vista, don Pedro Miguel! Quizá yo no me aleje mucho de por aquí, después de todo.

Montó en su mula y partió. Pedro Miguel lo siguió con la mirada hasta que desapareció por entre los cacaotales.

—¿Y éstos son los hombres que van a hacer esa guerra? —se preguntó—. De peor fama, si por algo le han puesto el apodo, creo que no me los he echado a la cara desde que ando por el mundo dándome cuenta de las cosas.

Pero como tales palabras iban más bien encaminadas a explorar el ánimo de los peones y éstos continuaban manejando sus rastrillos cual si no las hubieren oído, insistió:

—¡*El Mapanare!* ¿Quién lo creyera? No faltará gente que lo siga, no siendo de su

misma calaña y pensando defender así causa justa.

A lo que murmuró uno de los peones:

—El malo con su maluquesa y el bueno con su bondá, ca uno tiene que contribuí con lo que lleve por dentro a la hora de sé necesarias las cosas.

—Me parece —agregó el otro—. Y como esta guerra y que es pa igualá las desproporciones...

—Pues contimás los que no son amigos de ellas.

—Y los que tienen pueblo, sobre todo.

Esto lo dijeron sin suspender el trabajo de los rastrillos y ya Pedro Miguel no quiso oír más. Era evidente que *El Mapanare* había ido a invitarlo para la guerra de acuerdo con aquellos peones, si no con todos los de «La Fundación».

Abandonó el patio para atender a otros quehaceres; pero ya en camino de «La Fundación de Arriba» pensó que su deber perentorio era dirigirse a las autoridades a fin de que fuera reducido a prisión aquel maleante cuyo alzamiento sería un azote para la región. Y acto seguido se revolvió rumbo al pueblo.

Al remover las cenizas

Por el camino iba ya, pero con las palabras de *El Mapanare* resonando en su interior:

—¡Cómo cambian los hombres!

Y luego, sometiéndose a interrogatorios, hablando a solas, como tiene que hacer el alma simple que no sabe sondearse en intimidad pura, sino mediante formas de algún modo concretas:

—¿Será verdad que yo he cambiado tanto como quiso decirme *El Mapanare*? ¿Hasta dónde les habré dado la espalda a los míos, que no pueden ser sino los descamisados, al venir a encargarme de esta finca donde todo el mundo estaba haciendo su agosto, para cumplir con un afecto de toda mi vida, por mucho que no quisiera confesarme que lo sentía mi corazón? ¿No he dicho y repetido mil veces que aquí no estoy sino por Cecilio, única y exclusivamente, y mientras él viva? ¿Que no será mucho tiempo!... Pero, de todos modos, lo cierto es que yo he tragado saliva mientras *El Mapanare* hablaba con la razón en su boca. Por eso y no porque lo despreciara, como estaba queriendo decirme yo mismo, fue que lo dejé hablar hasta más de la cuenta. Claro que ese bandido no puede ser de los míos ni yo de los suyos; pero esos peones que se quedaron callados, ¿no podrían haber sido de aquéllos a quienes yo les leía «El Sin Camisa»?... De otras haciendas eran esclavos y quién sabe si alguna noche de aquéllas vinieron a oír la lectura de los periódicos escritos para los descamisados contra los mantuanos... ¡Los mantuanos! ¿Por qué no me suena ahora esta palabra como me sonaba antes? No hace mucho dijo don Cecilio que esta guerra la van a hacer los odios y los rencores, en cantidad tanta que quizá no haya con qué satisfacerlos. ¿Pero dónde están los míos de antes y por qué los he

perdido? Esto es, precisamente, lo que yo necesito saber: por qué los habré perdido. ¿Por lo que me contó Cecilio aquella vez? Pero si a ver vamos, después de haber conocido esa historia era cuando yo tenía verdaderos motivos para guardarles rencores a los que me tiraron fuera de la casa como una inmundicia. ¡A los de ese entonces y a los que ahora harían lo mismo si hoy naciera bajo los techos de esa casa el hijo de *Negro Malo*! ¿Y entonces, pues, por qué no los aborrezco? ¿Todas aquellas brasas se convirtieron en cenizas?...

Se interrumpió al ver a Luisana que acababa de desembocar en el camino que él llevaba, en direcciones encontradas, pero se formuló el propósito de pasar de largo y fingiendo prisa aplicó espuelas.

Pero Luisana, que también venía a caballo, detuvo el suyo para preguntarle:

—¿No habíamos quedado en que me esperarías en la oficina para ir a «La Fundación de Arriba»? Es lo que me falta por recorrer.

El tono de estas palabras no era de reconvención, pero así le pareció a Pedro Miguel, quien repuso bruscamente:

—En verdad me había olvidado, señorita, de que le había dado esa palabra, pero sin mí puede usted recorrer esas tierras cuando lleve gusto, pues completas están dentro de lo suyo, tal como yo las recibí.

—¿De veras? —replicó ella sonriendo—. ¡Y yo que me había imaginado que las cargabas en el bolsillo!

—Quiero decirle que...

—Que has amanecido de mal humor. Ya lo veo. Además, ya sabía que la procesión te andaba por dentro. Me ha contado tío Cecilio que una tarde le manifestaste tu disgusto o tus escrúpulos a propósito de mis entrepituras en los asuntos de la hacienda.

—Yo no he empleado esa palabra —protestó él, enriscándose más.

—No. Ya lo sé. Me la aplico yo misma para que empieces a quitarte de la cabeza cachorraditas tontas.

Hacía años que Pedro Miguel no oía aludir al apodo que de niño se le daba y esto le trajo, no propiamente un recuerdo, pero sí la impresión de cierto momento de aquellos tiempos que quería ser recordado.

Luisana observó que se le dulcificaba la expresión y se apresuró a agregar:

—Además, culpa tuya es que yo quiera entrometerme en las cosas de la hacienda. ¿No te lo pasas diciendo que no estás aquí sino por Cecilio? Desgraciadamente, yo no puedo hacerme ilusiones de que Cecilio viva mucho tiempo, y como comprenderás quiero enterarme de lo que mañana me sea necesario conocer.

—No le faltará quien lo haga por usted —repuso Pedro Miguel.

—¡Quizás! —dijo ella, más dueña de la situación—. ¿Por qué no?

—Así es —agregó él, como de cosa sin importancia.

Pero se la quedó mirando, por primera vez, cara a cara y la vio sonrojarse.

Pedro Miguel no sabría sondearse el alma en intimidad pura, pero son

precisamente las almas simples las que en un instante de silencio vierten de pronto todo su contenido, como el jarro que dejaron caer las manos distraídas.

Y he aquí que en ese preciso momento, acaso para que no se prolongara aquel silencio, acierta a decir Luisana:

—¡Hombre! Antes de que se me olvide. ¿Quién es uno que va por ahí en una mula rucia? Con ésta van tres veces que me lo encuentro y ahora parece venir de la oficina.

—Uno a quien apodan *El Mapanare*.

—¡Uy! Ya se le veía en la cara.

—¿Y dice usted que otras veces se lo había encontrado por aquí? —insiste Pedro Miguel.

—Ayer tarde, nada menos.

—¡Ah! Vendría buscándome, y como no me encontró volvió ahora.

—Pero si te buscaba a ti, a mí me siguió durante un buen rato.

—¡Cómo! ¿Se ha atrevido a eso?

—Es decir, me pareció que me siguiera, pero quizá no fue sino que hacíamos el mismo camino. Hoy pasó de largo.

—¿De largo y todavía tiene usted el susto en la cara?

—¿Yo? ¡Cualquiera diría que es en la tuya donde está pintado!

—Mire, señorita —dijo Pedro Miguel, tratando de dominar la alteración de su ánimo—, a mí no me gusta meterme en la vida ajena, porque cada cual, no siendo un niño, debe saber lo que hace y por qué lo hace, ni tampoco soy quién para darle a usted lecciones que no me está pidiendo, por otra parte.

—Bueno, basta de preámbulos, que ya me tienes en un hilo.

—Ríase usted todo lo que quiera y con toda franqueza, que ya le estoy adivinando la sonrisa que se le quiere asomar a la cara; pero estando Cecilio de por medio y en el estado en que se encuentra, con sonrisa y todo me voy a permitir darle un consejo: quítese esa costumbre que ha cogido de andar sola por estos montes. Dice don Cecilio que las mujeres deben aprender a valerse solas, pero con todo el respeto que me merece su superior opinión, yo preferiría, por Cecilio, repito, que usted se dejara de eso. No está la Magdalena para tafetanes, como dicen. Ese hombre con quien usted acaba de tropezarse hace bueno al Diablo y por si fuera poco puede que a estas horas ya esté alzado, como acaba de decirme que piensa hacerlo.

—¿De veras? ¡De modo que ya tenemos la guerra por aquí! —murmuró Luisana.

—No aseguro que la tengamos ya, pero que no tarda mucho, eso lo saben hasta los palos del monte, que contra ellos viene también. Yo voy para el pueblo a ver si evito, por lo menos, que sea *El Mapanare* quien nos la encienda por aquí, y usted, para que empiece a seguir mi consejo de una vez, devuélvase para su casa por este camino ancho que va a caer derecho allá. Yo me quedaré aquí hasta que calcule que usted haya llegado; pero, por si acaso, no tiene sino que pegarme un grito. No la acompaño por ganar el tiempo de la vuelta hasta acá.

—Creo que no es para tanto, Pedro Miguel —repuso ella, tratando de sonreír—. Ese hombre iba camino del pueblo y hace rato que me lo encontré.

—Ese hombre es capaz de todo. Haga lo que le aconsejo.

—Bueno, ya lo hago.

Siguió hacia la Casa Grande por aquel camino ancho que le indicaba Pedro Miguel.

Éste permaneció en la encrucijada, guardándole la espalda como le había prometido. Mas he aquí que de pronto, mientras la miraba alejarse, todas aquellas interrogaciones de momentos antes se le resuelven en esta exclamación:

—¡Es que estoy enamorado de esta mujer! Y aplicó espuelas para que el caballo se lo llevara de allí.

III

La sombra de la espada

La invitación de *El Mapanare* correspondía a designios abrigados en las altas esferas políticas, donde estaban en su hora los recursos de la astucia. El alzamiento federalista de los generales Falcón y Zamora había hecho ya de todo punto imposible la continuación de aquel concierto de liberales y conservadores que aún seguían llamándose la revolución de marzo, cuyo caudillo de componenda —a falta de uno verdadero—, el general Julián Castro, naturalmente más propicio a los primeros que a los segundos, acababa de llevar a término una estratagema política por medio de la cual quedó desembarazado de sus compromisos con los oligarcas de la fracción civilista —de quienes en realidad nada podía esperar un hombre de armas—, echándose en brazos de los liberales más destacados, aunque murmurando, en el círculo de sus íntimos y para excusa de su defección, que la hostilidad injusta y la incompreensión de los hombres de bien lo habían obligado a pactar con aquéllos, a quienes en documentos públicos ya había acusado de hacer la guerra del vandalismo. Pero como éstos ya tenían un pie en el camino franco de la revuelta armada para la conquista total y definitiva del Poder, mientras le prestaban su colaboración al Presidente de la República —que por otra parte no podía inspirarles confianza, por aquello mismo de sus estratagemas—, urdieron el plan de la astucia, conforme al cual fueron enviados a las principales provincias ciertos Comisionados de Paz, cuya misión efectiva y secreta era la de provocar alzamientos federalistas, de modo que a una hora dada todas las facciones cayeran sobre la capital y pusieran al Presidente en la forzosa necesidad de resignar el mando. Obra a distancia de uno de estos comisionados eran las invitaciones que *El Mapanare* y otros de su calaña andaban haciéndoles a todos los hombres que gozasen de algún prestigio entre la masa popular.

Pero los conservadores no estaban dispuestos a perder, por simples espaldas vueltas, el predominio político y recurrieron al golpe de estado, logrado lo cual procedieron a organizar las milicias nacionales, institución a la que el presidente Vargas ya había calificado de saludable y en la cual confió siempre el partido conservador, más que en el ejército permanente.

Mas el bizarro comandante de la Academia de Matemáticas que traía el encargo de organizar las de Barlovento, con la consigna de sofocar enérgica y rápidamente los alzamientos que se produjesen por allí, el Antonio de Céspedes en quien ahora se remiraba la parentela que un tiempo se deleitó esperanzada en el verbo florido y enjundioso de Cecilio, con esa complacencia compuesta de admiración y temor con que la familia venezolana había de congregarse a la sombra de la espada, era

portador, además de la premiosa y delicada encomienda de averiguar qué podría estar ocurriendo en la Casa Grande de «La Fundación» para que a unas cartas amorosas hubiese contestado Luisana con bruscas palabras de rompimiento.

Aurelia, muy especialmente, había cifrado, además, una tierna esperanza en la marcial apostura del Comandante, insinuándole:

—Preséntatele en uniforme de gala. Tanto a ella como a Cecilio les agradecerá verte así.

Era indudable que en su simplicidad de espíritu, Aurelia confundía un poco el uniforme —por lo menos el de gala— con el disfraz vistoso; pero Antonio de Céspedes, que dentro de aquél tenía metido todo su espíritu, no incurrió, naturalmente, en semejante desacato de las ordenanzas y se presentó en la Casa Grande con el de campaña, como le correspondía, y que ya ejercía lo suyo en ánimos impresionables.

Mas fue a él a quien deslumbraron las apariencias, al primer golpe de vista. Luisana se había puesto el traje que más la adornaba, uno de la época anterior a su piadosa reclusión, intencionadamente elegido para aquella visita, ya anunciada, y tan habilidosa e inteligentemente refaccionado que conservaba la gracia de lo antiguo sin la fealdad de lo pasado de moda.

Antonio de Céspedes se sintió envuelto en la cariñosa atmósfera de la antesala de las Alcorta, en la casa solariega de Río Chico, las noches de más tierna memoria de sus amores tronchados por la adversidad. Y exclamó:

—¡Chica! ¡Qué soberanamente bien estás! Ese traje...

Y ella, interrumpiéndolo, perversamente:

—Es precisamente el mismo de cierta noche que luego fue llamada, durante algunos años, la noche del beso furtivo. ¿Recuerdas?

—¿A qué mencionar años cuando se trata de hechos eternos? —repuso el militar galante, apresurándose a dominar el desconcierto producido en sus filas por aquella inesperada embestida.

Y Cecilio el viejo, que en ese momento salía al corredor:

—¡Cuidado, joven Aníbal, con delicias de Capua!

Antonio de Céspedes no se había enamorado de ninguna otra mujer; mas, aunque en la familia se atribuía esto a nostalgias del amor de Luisana, la verdadera causa era su afición por las armas, cada día más absorbente, no habiendo ya nada que pudiese prevalecer contra su firme decisión de no cargar impedimentos que le obstaculizasen su carrera. En su espada llevaba ya todos sus amores y las presillas del ascenso eran la única conquista que lo interesaba.

Pero tenía un sector mal defendido de su línea de batalla y por allí cedió al halago de aquel intencionado adorno y de aquel malicioso recuerdo.

—Aquí no hay nada —dijose mentalmente, por los temores de Carmela y de Aurelia, quienes no se lo ocultaron—. Aquí todo está como antes.

Sin embargo, este mismo halago de su vanidad de hombre insustituible en el amor

de una mujer fue un descuido inmediatamente enmendado con una maniobra envolvente.

—Vengo a ponerme a tus órdenes —díjole—. A las de todos ustedes, por supuesto, pero a las tuyas de una manera muy especial. Están ustedes demasiado aislados en esta casa, quizás expuestos a posibles contingencias peligrosas, o simplemente, desagradables y si quieres que se instale por aquí un cuerpo de tropas de mi confianza...

Pero ella no lo dejó concluir:

—¡Tropas! ¡No, Antoñito! No distraigas las que te pueden hacer falta para tu custodia personal.

El Antoñito no le agradó al bizarro comandante y Cecilio el viejo le reforzó el disgusto con su intervención socarrona:

—¡Niña, niña! ¡Es nada menos que la sombra de la espada lo que estás rechazando!

A todo lo cual repuso el protector desairado, con una sonrisa irónica:

—¡Siempre usted tan ocurrente, tío Cecilio! Y siempre tú voluntariosa, querida prima.

—¡Vaya, vaya! —replicó el primero—. No lo tomes a mal, que no han sido sino travesuras del cariño.

Y Luisana, ya desahogada de aquel diminutivo que desde el principio le tenía dedicado, pero todavía dispuesta a causarle disgustos:

—Es que siento una repugnancia invencible por la gente de tropa. Huelen mal, son peor hablados y por lo general muy petulantes.

—Bien. Eres muy dueña de tus sentimientos, aunque no sea siempre muy agradable oírte expresarlos.

—Además...

—Además, iba a decir yo también, y permíteme que te interrumpa, fue galantería de mi parte el ofrecerte la custodia que rechazas. En realidad, ya dejé, instalado el retén en la casa de la oficina, por imposiciones de mi deber militar, y ahora espero que Cecilio sea razonable y no me lo tome a mal.

—¿Sí? Pues siendo un hecho consumado, no hay más que hablar. Por mi parte, acato la disposición, un poco arbitraria, del Comandante de las Milicias de Barlovento.

Y la voz de Cecilio, allá dentro:

—Acatada también por la mía, querido Antonio. Y no hagas mucho caso de la aparente malignidad de Luisana.

Antonio dirigió la vista al postigo de la ventana por donde había salido aquella voz quejumbrosa, y dijo:

—Perdona, hombre, que todavía no haya pasado a verte. Esperaba que Luisana me lo permitiera.

—Quédate ahí y perdóname tú que no te invite a pasar. Ya te he visto y me has

oído la voz, lo único presentable que todavía me queda.

Y Cecilio el viejo, apresurándose a romper el mal silencio que se había producido después de aquellas palabras:

—¿Y qué? ¿Cómo se prepara esa campaña?

—A tambor batiente —repuso fanfarronamente el orgulloso comandante—. Destrozar y capturar a Falcón y a Zamora será cosa de días, y en cuanto a lo de aquí, nada que en realidad merezca ser llamada campaña. Facciones, montoneras bisoñas, bochinches de negros... Como por todo el país, por lo demás. La opinión está con nosotros, como tiene que estarlo, y nuestras armas restablecerán pronto el orden.

—¿De veras lo crees así? —volvió a preguntar el Licenciado, inclinando la cabeza para mirar al interrogado por encima de sus gafas.

—¡Desde luego! No le quepa duda, querido tío. Esto no es sino un bochinche pasajero, para emplear la palabra ya famosa del general Miranda. Yo, por lo menos, soy optimista.

A éstas, ya Cecilio el viejo había abandonado su asiento, pues nunca entraba en polémica sino andando de aquí para allá; pero aun hablaba el militar, cuando, plantándose por delante exclamaba:

—¡Cómo, cómo! ¿Pero no te das cuenta de lo que haces? ¿Qué manera de argumentar es ésa, citando opiniones desautorizadas por los hechos prejuzgados por ellas? Deja en paz al general Miranda y a su famosa equivocación. ¿Qué nos dio Patria sino aquello que él calificó de bochinche, en un raptó de despecho o por obra de su incomprensión de desarraigado?

—Pero no me negará usted que esto de ahora no puede calificarse de otro modo. De ahora digo, aunque ha empezado hace años. Un agente de policía que lejos de acatar una disposición razonable de un juez de paz, procede a arrestarlo autoritariamente y a ponerlo en un cepo, en presencia de las turbas complacidas en el vejamen; un ciudadano que abofetea a otro juez que le intima orden de prisión, en uso debido de sus atribuciones legales; un militar sin decoro, un machetero, mejor dicho, que insulta y arrastra por los suelos a un gobernador que no le permite un negocio ilícito; amotinamientos de populacho al grito de mueran los blancos; ayer, esclavitudes que se sublevaban contra sus legítimos amos y les daban muerte atroz y hoy facciones que hacen la guerra del vandalismo. ¿Qué es todo esto sino desorden, bochinche de la peor especie?

Mirándolo por encima de sus espejuelos lo había oído el Licenciado y ahora le replicaba así:

—¡Je, je, je! ¡Cuán cierto es que las clases conservadoras, muy sensatas en tiempos de rutina, pierden la cabeza y se vuelven irremediabilmente torpes cuando comienzan a agitarse los de renovación! Claro está que ya el mismo epíteto de conservadores dice que a ustedes hay que ponerlos a un lado cuando se trata del porvenir; pero de todos modos es verdaderamente lamentable el criterio simplista con que acabas de juzgar los hechos citados. La inveterada y envanecida costumbre de

menospreciar al pueblo no les permite a ustedes penetrar la esencia de los movimientos populares, se quedan en la apariencia de las cosas y ponen una naricita de todo me hiede que les parece muy aristocrática. Excepciones honrosas, por supuesto, entre las cuales mi cariño te reserva sitio de preferencia.

Y a la irónica inclinación de agradecimiento que le hacía el comandante:

—Para cuando demuestres habértelo merecido. Porque hasta ahora no te he oído sino majaderías. Todo eso que acabas de mencionar tiene un sentido mucho más profundo que el que le atribuyes. Son los últimos diques de la Colonia, edificada sobre el principio de autoridad vinculado a los sedicentes privilegios de origen divino del monarca, sobre la institución de la propiedad, también tenida como de origen sagrado y sobre la jerarquía de clases, como únicas formas de estabilidad social para aquellas gentes, que vienen resquebrajándose ante el ímpetu del movimiento popular desencadenado por la convulsión social de la Independencia. Ustedes lo califican de desorden y creen que todo el problema se reduce a devolverle al principio de autoridad su antiguo prestigio colonial. ¡Con su pan se lo coman!

Antonio de Céspedes se había encerrado en un mutismo desdeñoso, pero el Licenciado prosiguió impertérrito:

—Los conservadores de los primeros años de la República demostraron inteligencia, por lo menos para resolver el problema inmediato, rodeando al general Páez y quitándole así al movimiento popular la espada que lógicamente debió estar a su servicio y que lo hubiera hecho invencible, pero a los de ahora, si no se les ha ocurrido rodear a Zamora, para que la historia se repita —vieja afición a la rutina—, es porque saben que el federal los dejaría con las cajas destempladas. Si de algún modo los dejara vivos.

—¡Bah! —hizo el comandante, faltando a su propósito de no rebatir—. ¡Zamora! Un incendiario vulgar.

—¿Incendiario has dicho? Pues ya puedes llamarlo la mano de Dios. «El fuego aparece cuando Dios ha decidido empezar un mundo nuevo y acabar con el antiguo», dice Séneca.

—A esas alturas... —dijo Antonio, socarronamente.

—¡Ah! A esas alturas hay que remontarse, mi querido comandante, para abarcar las cosas en su totalidad y en su profundidad. Haz la prueba y descubrirás cómo es hermoso, dramático y tremendo, pero hermoso, lo que visto al rasero del sectarismo intransigente te parece menospreciable.

Ya Antonio de Céspedes iba a levantarse para despedirse, pero en esto se oyó la voz que salía por el postigo:

—Cierto. Cierto. Es la democracia, nacida en los campamentos de la Independencia, que viene a conquistarse por las bravas lo que allí se le prometió y quienes debían cumplírselo no supieron o no pudieron o no quisieron hacerlo. Viene como la fatalidad, pero también como la esperanza: la tea del incendio en una mano y la otra extendida hacia el don inalcanzado. Es la barbarie —¿quién lo duda?— ya al

asalto de la definitiva posesión de su feudo, mas no pudiendo suceder de otro modo, porque la acción civilizadora de los hombres que realmente hubieran podido intentarla se perdió en abstracciones políticas sin llegar a la raíz honda y positiva de los males. Mundo aparte, estrato social de una cultura extraña, superpuesta a la barbarie nativa dejada intacta, los civilizadores —los civilistas en este caso— imbuidos de preocupaciones teóricas, han hablado en un lenguaje que el pueblo no puede entender y nada de sorprendente tiene que les gane la partida el bronco machetero, que sí es un producto genuino de nuestro suelo violento, la Venezuela cuartel de la definición del Libertador. Pero cuando yo digo democracia no me refiero a un simple sistema político, uno más para mañana entre el polvo de los siglos, sino a la posibilidad viviente de todas las hermosuras humanas que encierra el realmente dramático y tremendo corazón del pueblo. Yo fui de los esperanzados, hasta ayer no más, en que la obra de los civilistas realizaría esas posibilidades; pero si hoy no fuera un absurdo que yo abrigase esperanzas, tal vez las pondría también en la guerra. En ésta, que será encarnizada, sangrienta y devastadora como ninguna otra, se perderán riquezas precarias y vidas transitorias —¡ojalá se salve la tuya, querido Antonio!—, pero en ella podrán encontrarse los hombres a sí mismos, y esto es muy importante para la resolución de esta gran duda, que a todos nos asalta por momentos: ¿podrá o no podrá continuar existiendo este país?

Calló la voz quejumbrosa detrás del postigo, se miraron en silencio Antonio y Cecilio el viejo; pero en Luisana —antes frívolamente complacida en las desagradables cosas que el Licenciado le decía al comandante— las últimas palabras del personaje invisible habían producido un efecto que era una idea brillándole en los ojos, como los iluminan las que esclarecen las dudas y encienden la voluntad.

No se le escapó esto a Cecilio el viejo, quien se quedó mirándola interrogativamente. Ella sonrió, Antonio acabó por sentirse totalmente incómodo, se levantó y se despidió.

Cuando ya se hubo marchado, Cecilio el viejo formuló su interrogación:

—¿Qué nueva idea en la cabeza de las maravillas? Esa que te ha asomado a los ojos.

—A su hora sonará —repuso ella—. Ahora házmele compañía a Cecilio mientras me cambio este traje por el de montar y luego voy y vengo.

—¿Adónde? ¿Qué te propones, muchacha?

—A su hora sonará.

Hágote Capitán

Cuando un alma no se ha detenido ante el sacrificio máximo que de su generosidad pueda esperarse tampoco se detiene cuando ya ha decidido tomar para sí el don de la vida; mas como aquello no se realiza sino por modos de sublimación del egoísmo, de

allá para siempre queda éste de alguna manera subordinado a una idea generosa. Pedro Miguel pudo haber ignorado que amaba a Luisana hasta que supo que ella había corrido peligro de la honra, seguida por *El Mapanare*; pero ella se lo había descubierto hacía tiempo, y en cuanto a sus propios sentimientos recíprocos no se le escapaba que anduviese el amor en juego. Sólo que éste necesitaba para manifestarse por completo una subordinación de aquella especie.

La visita de Céspedes acababa de producir este efecto. Su antiguo novio no la había sustituido en su corazón y esto habría bastado para que ella no considerase imposible, o por lo menos absurda, una reanudación de aquellos amores, con la añadidura favorable de que la prueba de su extraordinario adorno había dado el resultado apetecido. Pero el comandante Antonio de Céspedes era un hombre ya hecho, que se había formado su personalidad y labrado su porvenir mediante esfuerzos propios, muy meritorios por lo demás; un hombre que ya estaba en su camino y no necesitaba andaderas. ¿Qué papel habría desempeñado ella al lado suyo que de algún modo no fuese semejante al que le reservaba Carmela, con cuarto destinado en su casa y sobrina cariñosa para que se la lidiase? La esposa para la procreación y el cuidado del hogar y para completarle fuera de éste el adorno de su marcial persona, cuando con ella quisiera exhibirse, ella a un lado y al otro la espada. Él ganaría sus batallas —cuando no las perdiese—, pero ella nunca oiría las dianas del triunfo. Allí no había obra; todo lo que debía ser Antonio de Céspedes se lo había conquistado ya él mismo o continuaría procurandoselo.

En cambio, en Pedro Miguel había todo un mundo por crear. La materia prima era de calidad excelente, incluso su misma resistencia a ser moldeada desde afuera, conforme a un modelo extraño, que había hecho imposible la obra de desbastamiento emprendida por Cecilio, quien al fin hubo de desistir de su empeño en meter ideas suyas dentro de aquel espíritu; pero la que fuese emprendida desde adentro, para que de manera espontánea se desarrollasen todas las íntimas formas posibles, encontraría sustancia maleable. Obra de entrañas maternas, que dan un fruto propio sin reproducción exacta. Y la madre postergada en la enfermera, postergando a su vez a la novia que no era del caso, decidió tomar el amor que ya era suyo sin esperar a que se le declarase. Pero otros efectos se produjeron también por causa de la visita de Céspedes y fueron unas palabras de Cecilio, que ahora la llevaban camino del pueblo.

Hacía años que no se la veía por allí, y a la sorpresa que tenía que causar su aparición se añadió en seguida el escándalo: se presentaba sola y a caballo, como no era costumbre de señoritas bien miradas, tanto menos en las peligrosas circunstancias de montoneras ya en armas y soldadesca por dondequiera.

E inmediatamente comenzó a correr la murmuración por las calles y dentro de las casas.

—¡Chicas! —exclamó una de sus antiguas amigas, entrando desalada en la casa de otras que todavía lo eran—. ¡Asómense para que vean lo que viene ahí!

Y como esto sucedió en varias casas y los ánimos estaban en la expectativa de

extraordinarios acontecimientos, allí mismo comenzaron a entornarse las entrepuertas y los postigos de casi todas las ventanas, detrás de las cuales espiaban los racimos de la curiosidad pueblerina.

—¡Chica! ¡Quién lo creyera! ¡Una Alcorta!

—¿Cómo que quién lo creyera? ¿No hizo siempre lo que le dio su gana? Que si entonces no se atrevió a tanto fue porque vivían sus padres.

—Y eso de una Alcorta tampoco es cosa de otro mundo, como para tragar tanto aire al nombrarla.

—¡Me parece!

—Lo que sí no puede negarse es que está buenamoza, como nunca lo fue en sus tiempos de buena solamente.

—Hay personas a quienes les asientan los sufrimientos.

—¡Los sufrimientos! ¡Escuchen a ésta desayunándose con aire! ¿No serán otras cosas más bien?

—¡Quién sabe!

Ella no podía oír estas malicias que levantaba a su paso, pero se las imaginaba, inclusive peores, pues ya iba observando que casi todos los postigos de las ventanas estaban entreabiertos, y avanzaba sonriendo para que todas sus amigas —de mucho traje refaccionado y mucho enfermo asistido— y también los que no lo fueron, viesan que se le importaba muy poco de murmuraciones a mansalva.

Y no faltaron entre éstas las que aludiendo a la conseja que hasta allí había llegado:

—¡Asómense para que vean a *La Blanca* —decían— apareciéndose en público y a mediodía en punto!

—¿Qué vendrá a buscar por aquí?

Era la pregunta que se iba haciendo toda la población escandalizada y la que se hizo el comandante de Céspedes, que en ese momento bajaba de su caballo ante la puerta del cuartel donde estaba organizando sus milicias.

Pero ni aun a él se dignó ella mirarlo. Y atravesó toda la población por la calle real donde estaba su casa de antes, cerrada y ya amenazando ruina.

—¡Miren! —exclamaron más allá las empostigadas—. Como que va para la iglesia.

—Para la iglesia no será, porque ya está cerrada.

—O para la casa parroquial. Ya se apea en la puerta. ¡Y con qué desparpajo! Como si hubiera nacido a caballo.

—¡Hum! ¡Esto me huele a matrimonio! Y ya sospecho con quién.

Y el Padre Mediavilla que acertaba a salir de su habitación para dirigirse al comedor donde ya le esperaba el almuerzo, sonándose las peludas narices en un gran pañuelo a cuadros, se quedó con éste aplicado donde ya no lo necesitaba, mientras recogía los párpados en ayuda de su vista escasa.

—¡Qué veo! —exclamó por fin—. ¡Doñita Luisana Alcorta honrando mi humilde

casa! Entra, hija. Pasa para la sala, que es modesta, como todo lo de este humilde servidor de Nuestro Señor.

—No es propiamente al servidor de Nuestro Señor a quien vengo a visitar —dijo ella, ocupando ya el asiento que le ofrecía.

—¿A quién, entonces?

—Al otro. Al del hisopo de plomo.

El cura la miró de hito en hito, y ella agregó sonriendo:

—No tenga cuidado, Padre. Ya supongo que esos oficios los celebre usted ahora más clandestinamente que antes, cuando aquellos catecismos de las mazorcas.

—A los que nunca quisiste asistir, por cierto. ¡Sí, sí! Ya recuerdo que eras la ovejita arisca, siendo de las mejores de mi rebaño, si no la mejor de todas. Siempre lo he dicho, hijita. ¡Ya quisieran otras que a esos catecismos asistían, tener la gran virtud de Luisanita Alcorta! Por cierto que ya las fajinas de ahora no son como aquéllas, tan animadas. ¿Recuerdas?

—Pero ¡si usted mismo acaba de decir que yo no asistía a ellas!

—¡Es verdad, hija! Mira cómo está mi cabeza. Los años, hijita, los años. Y de tu pobre hermano, ¿qué me cuentas? Hace tiempo que estoy por ir a verlo. ¿Acaso necesite de mis...?

—No. No es a eso a lo que vengo. Le repito que esta visita no es para el cura de almas, sino para...

—El del hisopo de plomo. ¡Sí, sí! Ya lo habías advertido. ¡Je, je! Y ¿quién te contó eso, Luisanita? Ni me acordaba yo de esas bromas mías de entonces. ¡Cosas de aquellos tiempos felices!

—¿Y de los actuales no?

—¡Malos son, hija! ¡Malos son! Esta fulana guerra que vuelve a trastornarlo todo. Si Dios no mete su mano no sé qué irá a ser de nosotros.

—Déjese de disimulos conmigo, Padre Mediavilla. Ya supongo que lo tengan a usted muy vigilado, sobre todo desde que anda por aquí el pavo real de mi primo Antoñito, hecho todo un comandante; pero en mí puede tener confianza. Vengo a pedirle un favor y espero que no me lo negará.

—¡A ver! ¿En qué puedo servirte?

—Necesito uno de esos despachos de grados militares que usted está distribuyendo entre sus amigos los liberales.

—¿Qué estás diciendo, criatura?

—¡Sí, sí! Esos despachos firmados por el general Falcón, para conquistarse adictos a la causa federal. ¿Si ya ve usted que estoy enterada, para qué fingir más?

—¡Cuaj, cuaj, cuaj! —prorrumpió la franqueza campechana—. ¿Te lo contó tu tío el Licenciado? ¡Qué lengua larga el muy bribón! Por cierto que hace tiempo que no viene por aquí. Dímele que no se pierda tanto, porque aunque librepensador y qué sé yo cuántas cosas más, me gusta pasar el rato aprendiendo de su sabiduría. Aquí venía siempre cuando...

—Permítame que lo interrumpa, Padre. ¿Qué me contesta a lo que le he pedido?

El clérigo se rascó la tonsura, siempre en barbecho, pero ahora entrecana y luego:

—Tienes razón, Luisanita. En ti puedo confiar. Ahí tengo un buen fajo de esos papelitos milagrosos con los cuales vamos a parar nuestro ejército, que tendrá pocos soldados, pero oficiales a montón. Después de todo los que tienen la culpa son los godos, que quieren continuar con su Academia de Matemáticas regateando los ascensos. Nosotros somos liberales como ya lo dice la palabra y a todo el que quiera un grado se lo damos, o se lo vendemos, que viene a ser lo mismo. Si eso nos gusta a los venezolanos, por qué contrariarnos la índole, ¿verdad, Luisanita? ¡Cuaj, cuaj, cuaj! Pero me he apartado de mi objeto, que era preguntarte para qué quieres ese despacho. ¿No será para ti, seguramente?

—Para Pedro Miguel.

—¡Ah! ¡Acabáramos! ¿De modo que piedras traía el río que sonaba?

—Lo que significa que...

—¡Sí, hijita! ¿Para qué negártelo? Hasta mis oídos han llegado murmuraciones que andan corriendo por ahí. ¡Cosas de las beatas, que ya sabes que se pintan para eso! Hasta llegaron a decirme que yo debía ir por «La Fundación» a meterte en cintura. Pero yo les repliqué con estas palabras: «¡Ya desearían muchas de ustedes tener la virtud que adorna a esa mantuanita! ¿Que no viene a la iglesia hace años? ¡Eso qué importa! Yo no tengo sabido que Cristo fuera a ninguna, como no con un mandador en la mano. Primero es la obligación que la devoción, y la que ella se ha impuesto es cristianísima. ¡Amor, abnegación, caridad!».

—Basta, Padre, que va usted a hacerme incurrir en pecado de soberbia.

—¿A ti? Así me las den todas, para que vea San Pedro que no hay cura que arree más almas para el cielo que Rosendo Mediavilla. Con todo y el hisopo de plomo. Pero volviendo a tu asunto. Conque ¡para Pedro Miguel! De coronel para arriba le daría yo con gusto ese despacho; pero como esto es pequeño aquí no damos ascensos sino hasta capitán.

—Es suficiente. Los otros, si para algo le han de servir, que se los gane él.

—Pero explícame una cosa que no acabo de comprender. ¿Es tu novio Pedro Miguel, como se dice por aquí?

—Mi enamorado, por lo menos.

—¿Y tú misma vienes a allanarle este camino? Es el de la guerra, Luisanita.

—¡Claro está!

—Pues es la primera vez que veo a una mujer queriendo de ese modo.

—Es muy sencillo, Padre. En las circunstancias nuestras no hay sino una de dos: o que Pedro Miguel acepte el beneficio de mi posición económica, o que yo renuncie a ella diciéndole: contigo pan y manteca. Pero ni yo soy de las que así pueden decirle a un hombre, ni él es de los que aceptan casarse con una mujer rica, o que lo parezca, siendo ellos pobres.

—Tienes razón. Él es de los que quieren debérselo todo a sus esfuerzos propios.

Ésa ha sido siempre mi opinión respecto a *El Cachorro*. Pero quedaría otro camino todavía, Luisanita.

—¿Trabajar? ¿Labrarse una fortuna por lo menos igual a la mía? Eso nunca es tan fácil como decirlo y por ahora casi imposible. Lo primero que se le ocurriría, corriendo los tiempos que corren, sería lanzarse a la guerra. Esto lo he comprendido al oírle decir a Cecilio, hace poco, que en esta guerra los hombres se encontrarán a sí mismos.

—Es verdad. Y tú quieres que si ha de lanzarse a ella de todos modos, no entre como soldado raso, ¿no es así?

—No es por eso solamente. Pero de esto que voy a decirle no haga uso nunca.

—¡Secreto de confesión!

—Yo quiero que Pedro Miguel me deba algo a mí al lanzarse por ese camino, si es que no encuentra otro, para que no se aparte del bien en que yo quiero verlo siempre. De otro modo, toda obra suya desde el principio, ¡quién sabe lo que de él puede hacer la guerra!

—¡Es cierto, muchacha! Bien pensado lo tienes todo, ya lo veo. Y no hay más que hablar. Ya te voy a extender ese despacho milagroso, firmado por el propio general Juan Crisóstomo Falcón, primer jefe del Movimiento Federalista Nacional, como rezan sus títulos.

Abrió el escritorio donde los tenía en un cajón secreto, lo extendió a nombre de Pedro Miguel Gomáez y se lo entregó a Luisana, diciendo:

—Ya tu enamorado es capitán de los ejércitos federales. ¡Si no sabrá el general Falcón dónde le aprieta el zapato! Y tu primito el comandante Céspedes, muy orondo por ahí organizando sus milicias. ¡Je, je, je! ¡Ya estás servida, Luisanita! Di después que no somos verdaderos liberales: esos despachos se venden, pero para ti no vale nada. ¡Y que Dios te saque con bien de tu empresa, muchacha!

Y cuando ya ella se había marchado:

—¡Qué mujercita! La verdad es que espíritus de ese temple no se dan sino entre los conservadores. Pero ¡ya ésta es nuestra!

Una declaración de amor

Sólo un alma trabajada a fondo por las fuerzas creadoras de la vida podía experimentar lo que en la suya sintió Pedro Miguel al descubrirse enamorado de Luisana; sólo un corazón totalmente sensibilizado por la experiencia del odio era capaz de estremecerse hasta la fibra más recóndita cuando de pronto se hallaba poseído del amor. Sintió que el destino insistía en escoger otra víctima para llevar adelante una obra ya iniciada, que su vida dejaba de pertenecerle desde aquel momento para formar parte de un plan ineludible, y se asustó de que esto ocurriese junto con un desbordamiento de dulzuras interiores nunca imaginadas. Y esto lo hizo

emprender aquella fuga, tan inútil como la de quien huye del rayo cuando ya ha estallado.

Pero su dramática condición de víctima no provenía de enajenamiento de la voluntad en un instante de ofuscación de apetitos. Ya este salto sobre abismos había sido dado y ni siquiera lo recompensaría el destino con una gracia de embelesos. Lo suyo era avanzar, drama adentro, a conciencia plena de lo tremendo y de lo inevitable. Ahora el plan necesitaba de su albedrío y se lo dejaba libre para que él hiciese todo el uso que era menester.

Empezó a gastarlo allí mismo —que no solamente a emplearlo— con proyectos de evasión. Se marcharía de la hacienda ese mismo día... Pero dábese la coincidencia de que ese día faltaban casi todos los peones y Cecilio pensaría que era plan concertado con ellos... Lo dejaría para el siguiente. Pero entonces fue a una plantación donde el cacao corría riesgo de perderse si no era recogido en seguida...

Se dedicó a ello para no dejar trabajos pendientes y concluida la recolección ya venía pensando en otras faenas que todavía reclamaban su presencia cuando al regresar a la oficina se encontró con la novedad del pelotón de tropas instalado allí *manu militari*.

Pidió explicaciones al oficial y éste le respondió:

—Cumpló órdenes de mi superior, el comandante Antonio de Céspedes.

Fue un maretazo la vuelta del recuerdo oprobioso. Ya había desaparecido de su mejilla la cicatriz de aquella herida de fusta y hacía años que no acudía a su memoria la enconada amargura de su primera juventud, olvidado ya de que todavía existiera Antonio de Céspedes.

Una tufarada de sangre le encendió el rostro al oír este nombre. Por fin hallaba otra vez sus rencores de antes, mas no como entonces, impersonalizados en la abominación del mantuano como casta social, sino contra uno determinado, aquel de los bigoticos presuntuosos que inesperadamente volvía a atravesársele en su camino. No ignoraba que había sido novio de Luisana, y al saber que estaba por allí presumió que hubiese venido a reanudar sus amores. Pero a los celos acerbos se añadió en seguida el sentimiento de su inferioridad y abandonándose a ellos pasó a la oficina a arreglar, una vez más, los papeles de las cuentas que debía entregarle a Cecilio, mientras se hacía estas reflexiones:

—Bien merecido me lo tengo por no haberme ido desde el primer momento. Esto ha sido hecho de acuerdo con Cecilio. Por no despedirme francamente, le habré propuesto al primo que me meta aquí esa tropa, de modo que yo comprenda que estoy de más y coja mi camino... Como si lo estuviera oyendo... Y ella, encantada, naturalmente... ¡Maldita sea la hora en que se me ocurrió recoger ese cacao, que bien podía haberse quedado en las matas!

Entretanto, Juan Coromoto sostenía con el negro Tilingo esta conversación destinada a que la oyese Pedro Miguel:

—El sargento no es cuestión. Yo lo conozco bien y sé que no pué está a gusto en

las filas gobierneras. Continúas, que debiéndole favores a quien se los debe...

Al decir esto guiñó un ojo por Pedro Miguel —ocupado en organizar sus papeles—, y agregó:

—Y agradeciéndoselos como se los agradece, no digo esa para tira si se la propone.

—¡Claro! ¿Muerto, quieres misa?... ¡Umjú!... ¿Pero y el capitancito, compae Coromoto? Ahí tá la dificultá.

—De ése me encargaría yo. Dicen que es buena muerte la del dormío desprevenío.

—¿Usté mismo, compae Coromoto? ¿Asina es la cosa?

—O los propios soldaos dél.

—¿Cree usté que se atrevan? —insistió el negro Tilingo en sus preguntas, con las cuales hacía su papel para que Coromoto pudiera exponer el plan que así le estaba insinuando a Pedro Miguel.

—¡Ah, caramba, compae! Tropa es tropa y hace lo que le mande el sargento. Continúas que Quiñones es uña y carne con sus soldaos.

—¡Umjú! —hizo Tilingo—. Pero digo yo que quizá sea muy juerte pa ciertas personas eso de matá al dormío desprevenido, como dice usté, compae.

—O se amarra. El to es que a la cabeza de esa tropa y con la gente que se le reúna, que no bajarán de otros veinte hombres, esté mañana o pasao, primeramente Dios, un hombre de esos que tienen tanto pueblo que cuando van a un baile de diablos, en una comparación, to el mundo no hace sino quedase mirándolos.

—Y de esos a quienes se les ve por encima que son de los que empujan palante, a su hora y punto.

—Continúas si desde muchachos ya estaban diciendo: hay que echase al monte con la guerra por delante.

—En una palabra, ¿de esos que no le dan la espalda a los suyos?

—Sí, señol. Usté lo ha dicho, compae Tilingo.

Mas Pedro Miguel parecía no haberlo oído, y así que terminó de arreglar sus papeles, se los metió en el bolsillo y abandonó la oficina.

Juan Coromoto lo acompañó hasta donde lo esperaba su cabalgadura y cuando ya metía el pie en el estribo le dijo:

—¿De modo que nos abandonas, Pedro Miguel? ¡Y nojotros que nos habíamos hecho la ilusión de que podíamos contá contigo pa la pará que se nos está dando con esta tropa que nos han mandao! Mejor dicho: que estamos dispuestos a tirala detrás de ti, si te resuelves a coge el camino que están cogiendo tos los hombres bragaos.

Pero en el alma de Pedro Miguel reinaba el despecho y ni aun a esto respondió palabra.

Acertó a desembocar al callejón que conducía a la Casa Grande a tiempo que por allí pasaba Luisana, de regreso del pueblo. Quiso evitar el encuentro, pero no le fue posible, y antes de que ella le hablase le preguntó:

—¿Está Cecilio en la casa?

—Seguramente —respondió ella, sonriendo a la visible turbación del que hacía preguntas ociosas—. ¡Cuánto no lo está, el pobrecito!

—Voy para allá porque tengo que hablar con él.

—Ya suponía que algo te traía por aquí.

De momento nada más halló que decir Pedro Miguel y como Luisana aún sonreía, en seguida a él le pareció que el silencio ya se había prolongado demasiado y por romperlo de cualquier modo se le ocurrió preguntar:

—Viene de visitar a su novio. ¿Verdad?

—¡Ja, ja, ja! —rió ella, y luego repuso—: ¿No sabes que las señoritas bien educadas no acostumbran visitar a sus novios?

—Pero como el suyo está en un cuartel...

—¡Hombre! ¡Verdad! Siendo así he debido visitarlo. ¡Ja, ja, ja! ¡Lo que se le ocurre a un tímido cuando se decide! Tranquilízate, Pedro Miguel. Ni vengo de visitar a quien te imaginas ni a ese respecto tengo por qué darte explicaciones.

—Y como yo tampoco se las estoy pidiendo...

—Pues no tengo por qué decirte que Antonio de Céspedes no es novio mío. Lo fue. En pretérito perfecto.

—¡Jm! Ustedes las mujeres se desviven por unas charreteras.

—¿De veras? Pues cualquiera creería que son ustedes los que se desviven por ellas, puesto que son quienes se las ponen.

—A mí, por lo menos, me inspiran risa.

—Averigua si tras de esa risa, que por lo demás no se te ve en la cara, no habrá un poco de envidia.

—¡Envidia! ¿Y con el camino que ya está abierto para que todos los que las desean puedan ganárselas prontamente?

—No querría yo verte con ellas.

Pedro Miguel dio un respingo que lo hizo sofrenar la bestia involuntariamente:

—¿Y si me diera la gana de echarme al monte ahora mismo a buscármelas?

—¡Allá tú! Faltaría saber, en todo caso, si serías capaz de regresar con ellas.

—¿Es que se imagina que soy menos hombre que ese militar de Semana Santa?

—En todo caso, repito, me quedaría yo diciéndome: allá va Pedro Miguel buscándose unas charreteras para hacerse persona.

—¿Cree que no lo soy ya? ¡Dígame de una vez!

—¿Te interesa mucho saber lo que yo piense de ti?

—Quizás ni mucho ni poco.

—Sin embargo —insistió ella—, me has hecho una pregunta y debo responderte. Quien te llama no te engaña.

Él acabó de perder el aplomo que pudiera quedarle y repuso:

—Le advierto desde ahora que a mí no me embojotan mujeres.

—Y yo a ti que no vengo buscando amos que me tiranicen.

A lo que él, comprendiendo que había dado un paso decisivo contra su voluntad:

—¿Pero a qué viene todo esto? ¿Qué necesidad tenía yo de hacerle a usted esa advertencia?

—Eso me pregunto yo también.

Cabalgaron otro rato en silencio, Luisana sonriendo y él mirándola de reojo de cuando en cuando, hasta que ya cerca de la Casa Grande a él se le ocurrió preguntarle:

—¿Quiere ir de una vez a recibir las plantaciones de «La Fundación de Arriba» que le faltan por recorrer?

—Ahora no —respondió ella—. Cecilio debe de estar esperándome para almorzar. Pero esta tarde, si quieres, ven a buscarme.

—Será tarde ya.

—U otro día. No tengo prisa.

Pedro Miguel reflexionó unos momentos y luego, deteniendo su bestia:

—Vamos a salir de esto de una vez. He convenido en acompañarla hasta acá...

—¿Quién te lo pidió? —replicó ella—. Sola venía y sola pude continuar.

—Quise decir otra cosa; pero usted entiéndalo como mejor le parezca. Quise decir que vengo a entregarle a Cecilio las cuentas de la administración de la hacienda y a comunicarle que me marcho hoy mismo.

—¿De veras? ¿Y adónde piensas ir?

—Adonde me lleve el primer camino que coja.

—¿El de las charreteras?

—¡Eso es cosa mía!

—¡Ya me lo esperaba! Vas a lanzarte a la guerra, como todos los que necesitan encontrarse a sí mismos. Eso es cosa tuya, como dices. ¡Muy bien! Y para que te convenzas de que no me coge de sorpresa, mira esto.

Y le entregó el despacho de capitán que para él acababa de obtener.

—¿Qué significa esto? —inquirió él, clavándole la mirada, después de haber leído.

—Ahí lo dice. Que ya eres capitán del ejército federal. Te lo manda el Padre Mediavilla.

—¿Me lo manda él o fue a pedírselo?

—¿No significa lo mismo, al fin y al cabo?

—¡Que se lo imagina usted! Pero ya voy a sacarla de su confusión. Si me lo mandara el Padre Mediavilla, aun no habiéndoselo exigido, tal vez doblaría este papel y me lo guardaría en el bolsillo, para lo que más adelante pudiera servirme; pero como ha sido cosa de usted y sin mi consentimiento, mire lo que hago con él. Volverlo trizas y tirarlo al monte.

Esto lo oyó y lo presencié Luisana como cosa esperada, en la que se complaciera y luego dijo:

—Bien. Quieres debértelo todo a ti mismo. ¿No es eso?

—¿Le interesa mucho saberlo, le pregunto yo ahora?

—En realidad, ya lo suponía. Y no me disgusta.

Pero en aquel cálido brillo de sus ojos había algo que no debían ver los de Pedro Miguel, mientras algo tuviese que mostrarle todavía el odio, aun en su hora tremenda.

—Bastaba ya con que a mí no me disgustara —díjole ásperamente.

Y sacándose en seguida del bolsillo los papeles destinados a Cecilio:

—Mire, señorita, siga su camino sola y hágame el favor de entregarle esto a su hermano. Es la rendición de cuentas de mi administración y espero que él, o la persona a quien él comisione, encuentre las cosas tal como dicen esos papeles. Y que me despido de él.

—¿Así, solamente, Pedro Miguel? ¿Sin una explicación? ¿No te merece Cecilio otra conducta?

—Ya él se lo explicará, si no tiene mala memoria.

—Bien. ¡Qué se va a hacer! Te marchas, a pesar de todo. Huyendo de ti mismo.

—¡Huyendo de usted! ¿Era eso lo que quería oír? Pues ya está dicho.

Y volvió grupas, camino de la oficina otra vez.

Luisana se quedó mirándolo alejarse. Luego continuó el suyo.

A la mañana siguiente, muy temprano, llegó Cecilio el viejo, con la noticia:

—*Alea jacta est!* Anoche se alzó Pedro Miguel con el pelotón de Antoñito, de Céspedes. Además, toda la peonada se fue con él.

Cecilio el joven, ya con un libro en las manos, en busca de un párrafo que debía citar en el suyo, por fin cerca de su término, lo dejó caer sobre sus piernas, cerró los ojos, inclinó la frente y se la apoyó en la diestra.

Luisana salió al corredor, alzó la vista a los montes lejanos, suspiró hondamente, alzó los brazos... Y fue el mismo ademán de aquella otra mañana sobre la piedra de las aleluyas.

CUARTA JORNADA

I

La furia

Ya estaba en pie de guerra la Venezuela cuartel. En el plano superficial de los acontecimientos históricos donde actúan los hombres, como individualidades responsables de sus propias apetencias, materiales o espirituales, era la pugna política de los liberales contra los oligarcas por la conquista del poder; pero en lo hondo y verdadero de las cosas obedientes a la voluntad vital de los pueblos, sería el duelo a muerte entre la barbarie genuina en que continuaba sumida la masa popular, con sus hambres, sus rencores y sus ambiciones, y la civilización de trasplante —códigos y constituciones aparentemente admirables— en que venía amparando sus intereses la clase dominadora.

Apurando ya el cinismo político que habrían de practicar los liberales, para no parecerse en nada a los circunspectos conservadores, personajes destacados de aquéllos no tuvieron reparos en confesar que, trocadas las circunstancias de pura formalidad, así como levantaban la bandera de federación habrían enarbolado la de centralismo; pero si esto hubieran hecho, no correspondiendo de ningún modo la fórmula política a la esencia íntima del movimiento, otra habría sido quizá la suerte de la causa liberal.

—Federación es el monte contra la ciudad —explicarían sus paladines más representativos, broncos macheteros de extracción popular, casi todos.

Mas si al expresarse así demostraban su absoluta ignorancia de la significación del término, en cambio acertaban con la naturaleza de la cosa íntimamente sentida. Lo disperso y ya penetrado de tendencias disolventes, el ancho campo venezolano, desierto salpicado de hombres fieros de sí mismos, contra lo centralizador y disciplinario que implica la ciudad. Y entendida así la federación y por otra parte confundida con democracia, aquélla tenía que ser forzosamente la bandera del movimiento, cuya característica fue la facción anárquica que allí mismo brotó de cada palmo del suelo venezolano.

Persiguiendo reivindicaciones sociales, aunque por entre las nieblas de la falta de ideología verdadera y por los extravíos del exterminio, fue la guerra contra el propietario y contra la gente de pro, toda incluida en la abominación de blanca o de mantuana, para aniquilarla y destruir la propiedad que la hacía fuerte. Se ofrecía ésta a las clases menesterosas como banderín de enganche, mas por donde pasaba la montonera no quedaban sino escombros y tierras asoladas. Se simulaban decretos del gobierno restableciendo la esclavitud, a fin de que todos los que habían gemido bajo sus cadenas corrieran a ponerse en armas contra los antiguos amos y a las guerrillas se incorporaban las peonadas, después de haber contribuido a la matanza de los

propietarios o de sus mayordomos, quedando las mujeres con el beneficio de las tierras, prácticamente ya sin dueños. Se entraban a saco los pueblos para arruinar a los comerciantes y luego se entregaban a las llamas, a fin de que no quedase blanco con techo que lo abrigara. Se pasaba a cuchillo a todo el «mantuanaje», incluso las mujeres y los niños, muchas veces. Cuando un jefe de tropas federales destacaba a un subalterno con el encargo de tomar una plaza, ya solía recomendarle:

—No olvide la importante operación de arrasarla, si no se le rinde a discreción.

Y el pueblo —aquel que no podía entender el lenguaje de los civilizadores abstrusos— oía en estas órdenes palabras complacientes de sus hambres y sus rencores. Eran hombres diáfanos —carne de pueblo y espíritu de represalias— quienes las pronunciaban y la montonera obedecía sin contemporizaciones.

Se incendiaban las haciendas, se arrasaban los plantíos, se hacía hecatombes en los hatos y por los innumerables caminos de los llanos y por todas las quiebras de las serranías se deslizaba el fantasma del terror.

—Es Boves que vuelve —decían los ancianos que habían presenciado el paso de las hordas del realista espantoso, llamándose ahora Ezequiel Zamora.

Era éste el hombre en quien podía complacerse el espíritu personalista y en cierto modo mesiánico del pueblo venezolano. El caudillo popular cuya figura se agigantó desde los mismos comienzos de la guerra. Como Boves, arrastraba las masas en pos de sí, pero el hierro implacable del asturiano traía ahora añadido el fuego. Araure desaparecía bajo las llamas, Guanare se convertía en escombros humeantes... Zamora no daba cuartel y su silueta aquilina se desmesuraba en el ánimo del pueblo contra el resplandor del incendio que iba sembrando a su paso, en marchas y contramarchas desconcertantes para el enemigo, haciendo así la guerra alegre de la astucia junto con la trágica de la devastación.

Era, sin duda, el caudillo convencido de la justicia de su causa, aunque sin ahondar en el espíritu de ésta. Poseía la capacidad militar que se obstinaban en negarle los envanecidos oligarcas de la Academia de Matemáticas, era dueño del don de la fascinación de las multitudes y tenía el temple férreo, necesario en la mano que hubiese de reunir en un haz todas aquellas montoneras dispersas y anárquicas. Le faltaba, en cambio, la capacidad constructiva que sólo podía darse en un civilizador, hombre de ideas integrales, así fuese la espada lo que empuñase su diestra; pero aun así habría sido la cabeza de la furia que no había de tener sino brazos exterminadores y no bien se había difundido la tardía noticia de Santa Inés, que era ya su apoteosis, cuando corrió la de su muerte, en San Carlos, por una bala sobre cuya procedencia se formarían leyendas.

Pero la revolución federal tenía raíces profundas en cada palmo de la tierra venezolana y ya podían morder el polvo, uno tras otro, los hombres en quienes se complaciese aquel espíritu mesiánico y ser derrotados los ejércitos o exterminadas las facciones, porque en seguida éstas reaparecerían, aun sin jefes, más encarnizadas y sañudas. Al monstruo de la furia sin cabeza le nacerían brazos, mientras hubiese algo

que convertir en escombros.

¡Aquél silencio!

Un pueblo por donde no transita un alma, cerradas todas las puertas. Lo alumbraba la luz siniestra de un sol sin brillo, cernida a plomo a través de una atmósfera saturada de humo, con pavesas del incendio de las sabanas circundantes, que todavía caen sobre los tejados y en las aceras, donde juegan con ellas soplos intermitentes de un aire abrasador. Pesa sobre él un silencio trágico, angustia de la catástrofe que por momentos se aguarda, apenas pasado el peligro de aquellas candelas que hasta allí se propagaron. Hace poco se ha oído un toque de corneta que viene acercándose y se sabe que un pelotón de caballería del gobierno, apostado en uno de los extremos de la calle real —la única que atraviesa la población—, espera el ataque de un cuerpo de caballería federal que avanza por el camino que se desprende del otro extremo de aquélla. No ha salido a darle pelea en las sabanas del contorno porque monta bestias cansadas con las que se expondría al riesgo de ser envuelto por el enemigo —gente más llanera, además—, pero, sobre todo, porque el jefe está encolerizado con los vecinos, de quienes no encontró caballerías para reemplazar las suyas y se ha propuesto hacerles correr los peligros del combate en poblado, ya que, por otra parte, el incendio de las sabanas le cortaba la retirada.

Todas las puertas están cerradas y atrancadas, no sólo las que dan a la calle, sino también las de las habitaciones interiores, donde las mujeres rezan ante los santos colgados de las paredes, con los niños temblorosos prendidos a sus faldas, mientras los hombres que no han podido huir de la población —los ancianos principalmente— se pasean de un extremo a otro, cabizbajos y con las manos cogidas a la espalda, conteniendo sus personales temores con sus zozobras por la familia en peligro.

Pero en una de las casas de aquel extremo de la población un niño se ha aventurado a asomarse por la hendidura de un postigo de la ventana, mientras la madre, en su angustia mortal, no se da cuenta de que no lo tiene consigo.

Allí el trágico silencio es interrumpido entre ratos por el piafar de las caballerías del pelotón, por el sonido metálico singularmente perceptible de los arneses o del choque de las lanzas en el aire, y por las palabras entrecortadas y con sordina de sobresalto que de cuando en cuando pronuncian los jinetes pálidos. Y el niño se fija en uno que tiene un bozo de miedo, morado, en medio de la palidez profunda del rostro imberbe y cuyos ojos grandes —que así no debía tenerlos siempre— miran fijamente hacia el extremo opuesto de la calle desierta. Es otro niño, casi, y el que está tras el postigo siente su pequeño corazón invadido por una gran simpatía y una inmensa amargura.

De pronto suena otra vez el toque de corneta, ya en la entrada del pueblo.

—¡Firmes! —ordena el jefe del pelotón.

Los jinetes se enderezan sobre los estribos, teniendo en alto sus lanzas y el niño del postigo observa que hay una, arriba, que se mueve más que las otras.

En seguida se oye un tropel de caballerías, por donde las esperaba el pelotón inmóvil, cuyo jefe ordena:

—¡Lanza en ristre!

Y luego, con un hablar calmoso, espantosamente lento ante la velocidad de la muerte que viene contra ellos:

—No son tantos como nos imaginábamos, muchachos. No será muy desigual la pelea. ¡A la carga contra ellos!

Resuena el estrépito del arranque de las caballerías y entre la polvareda los del gobierno se lanzan al encuentro de los federales.

Cesa de pronto el galope de los caballos, cuyos pechos retumban en el choque brutal, y cesan también los vivas respectivos y los insultos de los combatientes, unos a otros, a fin de que sólo se oiga el trabajo de la muerte, en el chasquido de los sables y de las lanzas que ya se hundían en carne sangrante. Esto y el espantoso silencio del pueblo, a puertas cerradas.

De bando y bando, ya caían desazonadas las víctimas de la matanza, profiriendo apenas rugidos de muerte y pronto comenzó a ceder el pelotón del gobierno ante el empuje arrollador de los federales.

Ahora el combate se desarrollaba precisamente frente a la ventana del postigo entornado y el niño veía el hierro hundiéndose en la carne y la sangre saltando a chorros y los rostros palideciendo hasta la blancura espantosa; pero no oía ruido de ninguna especie, sino un silencio escalofriante, cual si bestias y hombres y armas no fueran masas que chocasen, sino sombras incorpóreas de una pesadilla monstruosa.

Veía, ojos toda su alma. Veía ahora nada más que el rostro, horriblemente pálido del otro niño, con rocío de sudor en el bozo morado. Allí mismo, en la acera, junto al postigo ya completamente abierto... No vio la lanza cuando le penetró en la carne, ni el borbotón de la sangre que por la herida se le precipitó fuera, pero sí los ojos llenos de lágrimas y el gesto, los pucheros que hacen los niños cuando van a romper en llanto...

Por fin, la madre se dio cuenta de que el suyo no estaba con ella y buscándolo por toda la casa lo encontró asomado al postigo completamente abierto, rígido, como el que ya estaba tendido en la acera, desemblantado y con los ojos saliéndosele de las órbitas.

Lo quitó de allí y se lo llevó en los brazos, llamándolo por su nombre, sacudiéndolo para que volviese en sí, mientras él continuaba mirando el combate de sombras espantosas que manaban sangre y los pucheros del soldadito imberbe cuando la lanza le traspasó el pecho.

Luego, recuperada el habla, empezó a murmurar sordamente —y así estuvo todo el día:

—¡Ese silencio! ¡Ese silencio!

Aquella visión atroz

Otra población por donde acababa de correr la noticia inquietante de que se acercaba un cuerpo de tropas federales derrotadas por el gobierno, que era cuando se volvían más temibles para la gente pacífica. Los hombres habían huido a esconderse en los montes de los alrededores y en las casas no quedaron sino las mujeres, los niños y los viejos valetudinarios que no estaban para carreras. El comercio cerró y atrancó las puertas, pero la pulpería de la barriada denominada Pueblo Abajo, propiedad de la viuda Manuela de Fuentes conservó abiertas las suyas.

Manuela era una mestiza buenamoza, todavía joven aunque madre de cinco hijos, el mayor de los cuales, que llevaba su nombre, cumplía ya los doce, y no hacía mucho que había perdido al marido por causa de aquella misma guerra; pero era también una mujer enérgica que sabía amarrarle la cara a la soldadesca que se le metiese en la pulpería, al frente de la cual se hallaba desde que quedó viuda por Manuelito, el hombre de la casa.

—¿De qué vale cerrar las puertas —se había dicho— si a culatazos pueden echarlas abajo si les da gana? Puede que por el contrario, encontrando abierta la pulpería y resignándonos nosotros a perder un poco de aguardiente, para que se saquen el miedo que traigan en el cuerpo y unos papelones y unas libras de queso para que se aplaquen el hambre, nos respeten lo demás. Al ladrón hacerlo fiel.

Y después de encerrar bajo llave a sus hijos menores en una de las habitaciones, se quedó con el más espigadito detrás del mostrador de su pulpería, encomendándose a San Miguel Arcángel, pues era el mismo diablo bajo el nombre de comandante Asunción Moyano quien venía al frente de aquella fuga.

Llegó por fin ésta, con la avidez de saqueo y de exterminio redoblada por el revés sufrido, y en un principio las cosas se presentaron conforme a las previsiones de Manuela, pues cuando el comandante Moyano vio abierta la pulpería del Pueblo Abajo, ya dándose cuenta de que todas las demás estaban cerradas, arengó así a su gente:

—¡Muchachos! Aunque el gobierno viene picándonos la retirada, tenemos tiempo de echarles una manita a los godos de este pueblo. Aquí hay plata bastante y bastimentos de boca y pellejo en abundancia pa el hambre que traemos y la desnudez en que nos tiene la campaña. *Calus pópuli suprema les esto*, que quiere decí, pasándolo del latín al cristiano: sálgame del pueblo el que no le guste esto. Pero antes de que se salgan vamos a vé si les echamos mano a algunos godos, pa cobrarnos los muertos que nos acaban de hacé sus tropas y en cuanto al botín de guerra, ustedes no son mancos. Pero a esta pulpería que nos ha esperao abierta no me la toquen, so pena de la vida. El dueño debe sé federal y perro no come perro. En cambio, todo lo que esté cerrao es godo, y palante contra ellos. Pero ya saben, no hay que perdé tiempo: lo que no se pueda llevá en los morrales se me lo entregan a la candela, que lo purifica todo. ¡He dicho!

Y mientras la tropa se lanzaba al saqueo de la población, se apeó de su caballo y entró en la pulpería rodeado de su Estado Mayor —tres ayudantes de la peor catadura posible— y diciendo:

—¿Dónde está el correligionario dueño de este establecimiento? Pa poneme a sus órdenes si rialmente es federal, como me lo imagino y pa que se mande a destapá por su cuenta una de esas botellas de *brandy*, con la cual vamos a brindá por el triunfo de nuestras gloriosas armas.

—Servidora —dijo Manuela, poniéndole ya la cara amarrada que le inspirase respeto.

—¡Cómo! ¿Usted, prenda? Yo que me imaginaba que mi correligionario era del sexo feo y es na menos que esta sabrosura de mujé.

Manuelito palideció de coraje, y la madre, replicándole a Moyano:

—Más respeto, Comandante. Está usted tratando con una señora que sabe darse su puesto, aunque me encuentre detrás de un mostrador.

Y al hijo, a quien previamente le había recomendado que no hiciese caso de nada de lo que oyera de aquella gente:

—Acuérdate de lo que te advertí.

Mientras el federal:

—Bueno. Si este así, como yo no tengo costumbre de tratá con damas de alcurnia, vaya diciéndole de una vez a su marido que me salga, pa entendeme con él a mi manera.

—Soy viuda —repuso ella, secamente—. Por eso me encuentra aquí.

—¡Ah! ¿Y ese jovencito que la acompaña?

—Es mi hijo mayor.

—Pues cualquiera diría que era su hermano, de tan joven y tan buenamoza como está usted. Con el permiso del jovencito, que otra vez vuelve a clavame los ojos como si quisiera comeme.

Y volviéndose a sus ayudantes:

—¿Verdá, compañeros, que el muchacho está bueno pa tambor? Un poquito menos espigao que el que nos acaban de matá, pero...

Entretanto Manuela había destapado la botella indicada por el federal y sirviendo ya las copas, le dijo:

—Aquí tiene lo pedido. Pero en cuanto a mi hijo no se haga ilusiones de que se lo va a llevar.

Moyano les guiñó un ojo a sus ayudantes, y mientras cogía la copa servida, murmuró:

—*Labor omnia vincit honeste vivere*, dice el latín que me enseñó el maestro de Guardatinajas y que significa: yo como que me quedo con estos víveres.

Y a Manuela, ya apurada la copa:

—¿Y si la causa necesita del muchacho, señora?

—Ya le dije no se haga ilusiones. Tendría que pasar por encima de mi cadáver.

—¡Caramba! —exclamó el comandante, socarronamente—. Si no fuera porque tiene usted pintá en ese rostro divino la lindura del sexo a que pertenece, me imaginaría que era un hombre el que me está hablando debajo de esos fustanes.

Soltaron los ayudantes una risotada procaz, y como Manuela advirtió que al hijo ya se le saltaban las lágrimas mientras la cólera contenida le demudaba el rostro, díjole:

—Vete para adentro.

—No —repuso el muchacho—. Déjeme aquí.

Todo mientras Moyano agregaba a sus palabras anteriores:

—Pero ya el hombre que hubiera podío enriscáseme en esta casa está bajo tierra, si su palabra no ha mentido, dejándola a usted con toda esa buenahermosura a la mercé de los demás hombres que todavía resollamos fuerte.

—Que se lo figura usted —repuso la brava mujer, abriendo el cajón del dinero, donde había puesto una pistola para los casos extremos, ya dispuesta a defenderse por las airadas.

Pero de un zarpazo rápido Moyano le sujetó el brazo y dándole rienda suelta a sus apetitos saltó el mostrador.

Manuelito se precipitó sobre un machete que a la mano tenía, pero los ayudantes lo sujetaron y lo desarmaron y todo hubo de presenciarlo llorando de coraje y debatiéndose inútilmente entre las risotadas bestiales de los ayudantes.

Un toque de corneta a la distancia y luego otro más cerca —ardid de un vecino del pueblo entrado a saco, para hacerles creer a los federales que se aproximaban las fuerzas del gobierno que venía persiguiéndolos— fue la señal de desbandada para los saqueadores, que no tuvieron tiempo de prenderle fuego a la población.

Pero si algo de ésta se salvó de los desmanes de la horda, en cambio ya la vida de Manuelito estaba destrozada para siempre. No podría ver más a su madre sino como la presa de la bestia que se había saciado en ella y esta visión atroz le quemaba los ojos y le abrasaba el alma.

Y aquella misma tarde la madre lo encontró ahorcado de una de las vigas del techo de la caballeriza.

Fascinación

Un rancho llanero, en las sabanas de la entrada del Guárico, cerca de un palmar. Reina la sequía y en el horizonte vibran los espejismos. Una nube de polvo que avanza a lo lejos.

—Aguaita, mamá —dice en la puerta del rancho un muchacho como de trece años—. Ahí como que viene la gente.

La madre se asoma a la puerta. Es una mujer todavía joven, pero sarmentosa y renegrida por el sol de la llanura. Mira hacia la nube de polvo y murmura:

—Sí. Es gente de tropa.

—¿Será del gobierno? —se pregunta el hijo.

Y ella, después de observar un rato:

—No. Son federales. Y si no me equivoco, es la gente de mi compae Ramón Nolasco.

—Menos mal —murmura el muchacho.

Y la madre agrega:

—Aunque pa lo que nos queda que perdé, bien pudieran sé enemigos. La cochina flaca y el burro espaletao.

—Y las cuatro maticas de yuca que se están secando —completa el hijo.

Y ambos permanecen en la puerta del rancho esperando lo que les traiga aquella nube de polvo. El sol abrasa la llanura; en el palmar estridulan las chicharras.

Llegaron los federales a quienes, en efecto, capitaneaba aquel Ramón Nolasco aludido.

—Salud, comadre —dijo, ya apeándose.

—Salú, compae —respondió ella.

Mientras el muchacho salía al encuentro de aquél y arrodillándosele por delante, decíale:

—Su bendición, mi padrino.

—Dios te bendiga, ahijado.

Y a la mujer:

—¿Qué nos tiene por aquí, comadre?

—Una poca de agua. ¡Y gracias, compae! Porque ya el pozo se está secando.

—¿Oyeron, muchachos? —preguntó Ramón Nolasco, dirigiéndose a su tropa—. Apláquense la sed, que para lo demás Dios proveerá más adelante. Ándense al pozo, mientras yo echo aquí una conversadita con la comadre Justa.

Y ya tomando el rústico asiento que la mujer le ofrecía:

—Venimos a marcha forzada, para incorporarnos con la gente que está abriendo operaciones sobre Calabozo.

—¿Y de dónde la trae?

—De por los lados del Valle de la Pascua.

—¿No se topó por allá con la gente del general Sotillo?

—No. Él anda ahora por los llanos de Chamariapa abriendo operaciones sobre Aragua de Barcelona, donde se han hecho fuertes los godos.

—Con él andan mis dos muchachos mayores. Digo, si ya no me los han matao.

—No se preocupe, comadre. Dios está con nosotros, los servidores de la causa del pueblo.

—Eso dicen, pero por aquí no lo he visto pasá a preguntarme cómo me hallo.

—Mal, seguramente.

—¡Imagínese, compae! El marío muerto en la guerra, los dos hijos mayores corriendo la misma suerte, y yo aquí con éste, su ahijado y con la nietecita huérfana

de mi difunta Asunción, que en paz descanse. Por ahí anda la pobrecita, buscando jobs pa aplacase el hambre.

El guerrillero se volvió hacia el muchacho —que estaba contemplando el sable dejado por él sobre un taburetey dijo:

—Pero ya el ahijado está crecido, comadre, y en algo puede ayudarla.

—Voluntá no le falta, pero mientras esta guerra dure... ¿Cuándo se acabará esto, compae?

—Esto va para largo. No hay que hacerse muchas ilusiones de momento. El triunfo será nuestro, al fin y al cabo, porque la buena causa tiene que imponerse; pero los godos todavía resisten. Si no nos hubieran matado al general Zamora, hace tiempo que estaríamos en Caracas; pero a falta de él, a Dios rogando y con el mazo dando.

Entretanto, el muchacho contemplaba el sable, que había sacado de su vaina de cuero. Le palpaba el filo y se deleitaba en el brillo de la hoja, buscando las señales de la sangre goda que hubiese derramado. Pero no era propiamente un sentimiento rencoroso que allí buscase complacencia, sino una fascinación ejercida sobre su alma por el acero desnudo que simbolizaba la guerra. A ésta se lanzaban los hombres valientes y ella los convertía en algo más que hombres: los guerrilleros que recorrían la llanura envueltos en un aura de leyenda, los caudillos que arrastraban en pos de sí a las muchedumbres armadas... La guerra era una cosa hermosa, con sus clarines y sus tambores, sus banderas y sus espadas brillantes. ¡Una cosa de hombres!

La mujer, renegrada y sarmentosa, había interrumpido el inacabable cuento de sus miserias y tribulaciones, y como advirtiese la contemplación a que se entregaba el hijo, hízole a su compadre una seña para que volviese la cabeza, a tiempo que se dibujaba en su rostro una sonrisa amarga, de resignación ante una fatalidad.

Ramón Nolasco se quedó mirando al muchacho y luego le preguntó:

—¿Te gusta, ahijado? ¿No querías verte con uno tuyo que fuera un espejo de hombre, como ese donde te estás mirando?

—Sí —respondió el muchacho, volviendo hacia el guerrillero sus ojos fascinados—. Sí me gustaría, padrino. Yo también quiero ser como usted, un militar valiente.

—¡Jm! —hizo la mujer—. ¿Lo está escuchando, compae? Ésa es la ayuda que puedo esperar de él.

Y Ramón Nolasco, sin hacer caso de las palabras de la madre:

—¿Te gustaría irte conmigo de una vez?

—Si mi mamá me dejara...

—Démelo, comadre. Lo que va a suceder más tarde, que suceda más temprano. Deme ese muchacho para sacarle de él un hombre de provecho para la causa del pueblo. Yo se lo cuido.

Y la mujer, fatalista:

—Lléveselo, compae. Usted lo ha dicho: lo que va a suceder de tos modos, que suceda de una vez. Ya los otros cogieron su camino y sólo me quedaba éste pa dáselo también a la guerra. Otros hubieran venío a llevárselo por la fuerza. Los del gobierno

el día menos pensao. Mejor es que se lo lleve usté.

Y horas después, ya el hijo alejándose por la sabana atardecida, a la grupa del caballo del guerrillero y ella en la puerta del rancho junto con la nietecita llorosa:

—Bueno, mijita. Ya nos quedamos solas. Mañana arriaremos por delante el burrito espaletao y la cochinita flaca y nos iremos a pedí limosnas por los pueblos. Dice el compae que Dios anda con ellos. ¡Que asina sea, pa que me proteja al muchacho!

Venezuela

A una legua escasa de la desembocadura del Unare, por donde el río en pleno caudal —reinaban las lluvias torrenciales de la despedida del invierno— cortaba un camino, había un paso de balsa.

Sobre la margen izquierda, por allí barrancosa, estaba la casa del balsero y ya anocheía, con grandes nubarrones que anunciaban tormenta, cuando llegaron a ella unos diez hombres de tropa, de los restos dispersos de un batallón del Gobierno recién derrotado por los federales.

Iban rotos, desmoralizados, dos de ellos con ensangrentadas vendas de sucios trapos ceñidas a la cabeza y los conducía un sargento, que, a grandes voces, entre obscenidades, preguntó:

—¿Dónde está ese balsero que no ocupa su puesto? Que salga inmediatamente a pasarnos pa el otro lao, si no quiere que le peguemos candela al rancho.

Se asomó a la puerta de éste una mujer a cuyas faldas se agarraban dos muchachitas greñudas y vestidas de harapos, y con voz temblorosa respondió:

—¡Ay, señor! El balsero era mi marido y se lo llevaron los malditos federales, trasantier no más. Yo estoy aquí sola con estas criaturitas.

—Pues venga usté con nosotros, si es que no quiere que le dejemos la balsa en la otra orilla.

—¡Ay, señor! —gimió la mujer—. Yo no puedo goberná esa balsa. Y de allá pacá menos, porque el río está muy correntoso y me trambucaría. Llévensela ustedes y déjenmela amarrá en la otra orilla.

—No estamos nosotros pa amarrá balsa ajena. Se la dejaremos a mercé de la corriente y asina no podrá utilizarla el enemigo, si cae por aquí siguiéndonos el rastro.

Pero entretanto uno de los soldados se había metido en el rancho y desde allí le gritaba al sargento:

—Aquí están los balseros escondíos. Dos por mengua de uno.

Y a los aludidos:

—¡Salgan pa juera, sinvergüenzas! ¡Federales deben de sé estos gallinas!

Y a golpes de culata que les daba el soldado, salieron de su escondite dos

muchachos ya hombrecitos, que en realidad eran los balseros.

—Conque ¿ésas tenemos? —exclamó el sargento.

Mientras la mujer gemía:

—¡Ay, señor! ¡Perdóneme! Le conté una mentira, porque estos dos muchachos son mis hijos y tenía miedo de que me los fueran a reclutá. ¡Ellos no tienen la culpa! Fui yo quien los hice escondese. No me les vaya a hacé na. ¡Por vía suyita!

—Ya veremos en la otra orilla —repuso el sargento—. Ahora que busquen las palancas pa que nos pasen pa el otro lao lo más pronto posible.

—¡Sí, señor! ¡Cómo no! Anden, mis hijos, pasen a los señores. ¿Usté no me les va a hacé na malo, verdá, señor sargento? ¡Éste, qué digo, señor capitán! Déjeme dir con ustedes pa ayudá a los muchachos, porque ya le digo, el río está muy correntoso pa remontalo de allá pacá.

—¡Cómo no, señora! —repuso el sargento—. ¡No fartaba más! Embárgese también, si ésa es su voluntá. Y tráigase consigo a las muchachitas, si no quiere dejar rabos por detrás.

Asina se ayudarán entre todos, unos con otros, en el viaje de regreso, que será de remontá, según sus propias palabras.

—¡Ay, señor! —exclamó la atribulada madre—. ¡Qué bueno es usté! ¡Dios me lo ayude y me lo libre de mal y peligro! ¡Vamos, mis hijitos, vamos todos juntos a pasá a los señores! No tengan miedo. Son gente buena, como toa la del gobierno.

Atravesaron el río, ya anochecido, la madre ayudando a los hijos, en cuyas temblorosas manos vacilaban las palancas, mientras el sargento se cruzaba miradas siniestras con sus torvos soldados, éstos guiñándoles el ojo a las muchachitas. Y ya atracaban en la orilla opuesta cuando, a un gesto de aquél, preguntó uno de los subalternos:

—¿Todos, mi sargento? ¿Las pollitas también? ¿No nos servirán pa otra cosa?

—¡Todos! Pa que no haiga quien eche el cuento.

Pero en seguida:

—Todos no. Que se quede la vieja zorra, pa que siga diciendo embustes.

—¡Por Dios! —suplicó la madre, ya comprendiendo.

Y a bayonetazos vio que le mataban los hijos.

Saltaron a tierra los asesinos y el sargento gritó, entre las risotadas de sus soldados:

—¡Bueno, pues, vieja zorra! ¡Que Dios me la ayude a palanqueá la balsa de aquí pallá!

Se alejaron las carcajadas, se perdieron en el silencio de la noche, ya tinieblas espesas. Se incorporó la madre, que se había inclinado sobre los cuerpos yacentes, con la sangre de todos sus hijos, fría, en las manos sarmentosas... Pero ya había perdido la razón y el uso de la palabra, que para nada le serviría en la soledad en que la había dejado la guerra y empuñando una de las palancas, retiró de la orilla la balsa trágica donde chapoteaba el negro río, con un rumor de lengua que estuviese

lamiendo algo.

La corriente se la fue llevando, poco a poco. Grandes nubarrones cubrían todo el cielo y relámpagos inmensos aleteaban sobre el agua tenebrosa...

De pie en la balsa, entre sus hijos muertos, la madre, muda y trágica, hundía de cuando en cuando la palanca, cual si buscase un rumbo.

La facción

Hacía rato se había divisado una bandera federal que aparecía y desaparecía a trechos, detrás de las lomas de la fila de «Los Ocumitos», de donde el camino descendía por hondonadas boscosas para atravesar luego el caserío de Las Mayas y en éste se esperaba por momentos el paso de la facción. Incorporados los hombres a otras que ya habían desfilado por allí, sólo quedaban las mujeres y los chicos, todos asomados a las puertas de los ranchos, después de haber ocultado ellas entre los matorrales del contorno sus animales domésticos y las provisiones de boca de que dispusiesen. Un sol amarillento, cernido a través de humaredas de incendios, acentuaba el ambiente dramático de la expectativa, cruzándose las conjeturas de puerta a puerta:

—¿Qué gente será ésa?

—Como no vaya a sé la del negro Eleuterio Zapata, que y que venía rumbiando pacá. O la del *Siete Cueros*, que es más pior.

Hasta que por fin:

—¡Aguaita! Ya vienen dentrando.

Precedía a la facción, a pie y adelantada buen trecho, una de aquellas mujeres de tropa que acompañaban a los federales, principalmente, haciendo de cocineras en el vivac, de enfermeras para los heridos, de cantineras en los combates y aun de soldados, cuando junto a ellas caía alguno sin haber agotado sus municiones. Una de esas mujeres de la hez que por todas partes iban incorporándose a las partidas revolucionarias, con un espíritu de abnegación —pequeña flor de nobleza humana— entre los apetitos de vagabundaje y de vida disoluta.

Varias veces, años antes, había pasado por Las Mayas, arreando cerdos, esta que ahora venía de tropera, machete en mano, tercerola a la espalda, sombrero de cogollo, faldas recogidas hasta las rodillas, pie descalzo y lívidas cicatrices de pústulas en las piernas de musculatura hombruna. Decíanle *La Colorada*, aunque de tal no tuviese, en realidad, sino una amoratada soflama de alcohol bajo la tez zamba, y en su adusta expresión habitual de marimacho traía ahora el gesto guerrero que le fruncía el ceño. Sus pasos golpeaban enérgicamente la tierra y miraba hacia adelante, desdeñosa de la curiosidad del vecindario apiñado en las puertas.

En Las Mayas, como por dondequiera que pasó cuando arreaba cerdos, no había dejado amistades y menos entre las mujeres, con las que siempre se condujo

desdeñosamente; pero de todas las puertas le dirigieron saludos y preguntas:

—¿Quién es el jefe de esa tropa?

A lo primero no se dignaba responder, mas a lo segundo contestaba, sin volverse a mirar a las curiosas y con orgullo de esparcidora de famas:

—Pedro Miguel Candelas.

Y en pos de ella iba dejando el murmullo admirativo en el apiñamiento de las puertas, ahora confiado y entusiasta.

—¡Pedro Miguel Candelas!

Nunca había pasado por allí aquel guerrillero; pero sí muchas veces su fama, ya esparcida por todo Barlovento y por los valles del Tuy, de donde ahora venía de regreso. Y la muchachada de Las Mayas, en cuya imaginación se desmesuraban las hazañas del federal, se echó fuera de los ranchos a aclamarlo.

Era el guerrillero infatigable que en un mismo día daba dos o tres golpes audaces a leguas de distancia, apareciendo aquí cuando se le esperaba allá, atacando de pronto por retaguardia al enemigo que creía ir picándole la suya y haciendo en todas partes la guerra de la astucia, que siempre impresionaba favorablemente el espíritu del pueblo y con todo esto y la roja aureola de federal inmisericorde que también lo nimbaba, ya su personalidad adquiriría las magnitudes del caudillo fascinador de masas.

Y en el caserío de Las Mayas, como por dondequiera que pasaba, ancianas valetudinarias que hacía tiempo esperaban la muerte desprendidas del mundo, sin moverse de los oscuros rincones de sus ranchos por nada que afuera ocurriese, al oír aquellas voces rebulleron animosas y se precipitaron a las puertas trastabillando y murmurando:

—Ya no me morí sin conocerlo.

Venía a la cabeza de su facción, a caballo, cejijunto, mirando hacia adelante — como la tropera que lo precedía y lo imitaba— obstinadamente, con ojos febriles, cavados en el rostro, cuyo perfil violento acentuaba las negras barbas aborascadas que durante la campaña le habían crecido. Era un hombre en pos de una idea tremenda que le trazaba un destino dramático, seguido por otros, de caras torvas, negras y ceñudas, que, como él, cabalgaban en silencio. Sesenta jinetes taciturnos que componían la facción más aguerrida de cuantas pululaban por aquellos montes.

A ambos lados de las caballerías y en pos de ellas, a pie, iban las troperas —la hembra brava, a la pata del caballo de su hombre—, ceñudas y silenciosas también, con sartenes y ollas y sacos de bastimentos a las espaldas o conduciendo de diestro las mulas de la impedimenta más pesada. Levantaban el polvo del camino con sus pies descalzos y dejaban en el aire peste de yodoformo.

La guerra no contaba por allí las jornadas sangrientas de combate y batallas campales que habían esterado de cadáveres el suelo de otras regiones del país. Fueron tiroteos, aquí y allá, cuando las banderas federales aparecían sobre una loma o se aventuraban hasta las cercanías de los pueblos ocupados por el Gobierno; pero, en

cambio, las del fuego habían sido devastadores. Desde la fila de Los Mariches hasta las montañas de Capaya y de Ocumare, todas las haciendas de Barlovento y de los valles del Tuy iban convirtiéndose en pasto de las llamas y era la facción de Pedro Miguel, principalmente, la que este rastro iba dejando por donde pasaba.

Y en las puertas de los ranchos de Las Mayas, entre las mujeres sobrecogidas por el silencio de la tropa taciturna, algunas murmuraron, aludiendo a aquellos incendios:

—Güelen a jumasera.

Pero era gente fogueada en muchos encuentros con el enemigo, pues lejos de evitarlos, como lo acostumbraban la mayor parte de los jefes de montoneras, para dedicarse al merodeo sin graves riesgos, Pedro Miguel mantenía a la suya en espíritu de acometividad, sin darle más descanso que el imprescindible, por no entender que en la vida de campaña pudiese haber jornada sin refriega.

Tampoco se preocupaba por ahorrar vidas —ya había sido bastante más numerosa su facción—, pues consideraba que la guerra era para morir en ella y a esto, dando el ejemplo, se lanzaba a la cabeza de su partida, arriesgándolo todo en cada encuentro.

Censurándole esta conducta, impropia de un jefe, le había dicho una vez Juan Coromoto:

—¿No comprendes que si te matan, contigo se acaba todo? Pero él replicó:

—¿Por qué? Seguirán ustedes con otro jefe y la guerra continuará. La guerra no es cosa que tenga que hacerla Fulano o Zutano, especialmente; es ella la que nos hace a todos, según nos va necesitando, hoy a unos para arriesgarlo todo a cada momento y mañana a otros, quizá para otra cosa. Ella es quien mata, tanto al federal como al godo, porque no le interesa sino la cuenta final. De otro modo, si guerreáramos con la sola idea de vivir mejor cuando esto se acabe, mejor que como vivíamos antes, no seríamos sino criminales, asesinos de otros asesinos.

Sus subalternos no podían entenderlo así, mas —aparte la fascinación que sobre ellos ejercía, propicio el estado de delirio colectivo que parecía haber desarrollado en todos los espíritus la furia sin cabeza— ninguno sería ya osado a desertar de sus filas, porque las dos o tres veces que esto sucedió, en los comienzos de la campaña, no tuvo sosiego hasta capturar y pasar por las armas al desertor.

—Que lo sean los del Gobierno —solía decir— es muy natural, porque el soldado de esas filas no está en ellas por su voluntad; pero el revolucionario que me siga a mí, por lo menos, que a nadie he reclutado, no digo por la fuerza, sino ni siquiera convidado por las buenas, ése tiene que morir; es la ley que él mismo se impuso, si no quiere caer, de todos modos, con cuatro tiros por la espalda.

—¿Y si te abandonan todos, en un momento dado, por librarse de esta ley de hierro? —le repuso otra vez el mismo Juan Coromoto, en la intimidad con que lo trataba.

—Seguiré yo solo —le contestó—. Mi guerra la llevo por dentro y no se acabará sino conmigo. Pedro Miguel Candelas nació ante las puntas de unas bayonetas y clavado en ellas tiene que terminar.

Juan Coromoto se le quedó mirando, y él concluyó:

—Alguien me dijo una vez que en esta guerra se iban a encontrar los hombres a sí mismos y ha resultado verdad. Pedro Miguel Candelas ya sabe quién es y para qué ha nacido.

Dábase cuenta de que los del exterminio no podían ser los caminos por donde se lograsen las reivindicaciones sociales, nebuloso objetivo de aquella guerra, pero a falta de ideas claras a tal respecto —porción de aquel mundo postergado en la barbarie nativa— admitía la destrucción de la propiedad como una fatalidad de la lucha, no totalmente desprovista de sentido vindicativo y la practicaba empecinadamente, dándole a la guerra lo que de él podía exigir ella, que eran apenas sus rencores, pero todos puestos al servicio de la vaga causa del pueblo, cuyos destinos allí se estaban decidiendo.

Pero, una vez más, la revolución había entrado en uno de aquellos intermitentes períodos de dispersión del impulso hacia los torpes objetivos inmediatos del pillaje originados por los reveses sufridos por sus ejércitos ya organizados, o por el cansancio que se iba apoderando de las tropas y las desmoralizaba, tanto a las del gobierno como a las federales, disgregándose éstas, así en un caso como en el otro, en las innumerables montoneras, muchas de ellas sin jefes, que se dedicaban al bandolerismo desenfrenado.

De este segundo caso eran los signos que ya venían notándose en las filas revolucionarias y si la tendencia a la disgregación todavía no había tomado cuerpo en las de Pedro Miguel por obra de la actividad en que éste las mantenía de continuo, en busca de encuentros con el enemigo, algo significaba ya aquel taciturno silencio en marcha de sesenta hombres torvos en pos de uno que miraba hacia adelante, obstinadamente.

Y en el caserío de Las Mayas, en el dramático ambiente que ya componía el amarillento sol de las humaredas, quedó la impresión de algo singularmente tremendo que se avecinara.

II

Vivac

El centinela Deogracias practicaba las ordenanzas con un fervor fetichista muy de origen africano, y cuando montaba su guardia, en impecable posición de firme, era una columna de basalto sobre la cual se apoyaba el mundo, siendo ésta la emoción de sí mismo que en tales momentos experimentaba. Lo que, sin embargo, no impedía que llevase el quepis —botín de guerra del cual despojó al cadáver de un soldado del gobierno muerto a sus manos— pintorescamente ladeado sobre una oreja, entre la hispida tumusa que en torno se le engrifaba, pues también rendía culto, de la bizarra naturaleza de aquel origen, al donaire de su persona.

Pero, de todos modos, Deogracias era un centinela alerta y apenas vio que asomaba la cabeza de una mula tras la inmediata vuelta del camino que vigilaba, aun siéndole conocida ya la bestia, lanzó el grito de ordenanza:

—¡Alto!

La mula continuó repechando la cuesta que venía a morir en la loma donde acampaba la gente de Pedro Miguel Candelas y ya asomaba la cabeza de otra, tampoco desconocida, cuando repitió, echándose el fusil a la cara:

—¡Alto! ¿Quién vive?

—*La Colorá*, Deogracias —respondió tras la vuelta la tropera, que en seguida apareció arreando una tercera mula.

Se le encaró el centinela puntilloso:

—¿Hasta cuándo quiere usted que se le advierta que cumpla las ordenanzas? Cuando se le dé la voz de alto, párese *incontinenti*, y a la de quién vive, conteste: ¡Patria! Y aguarde que se le pregunte qué gente, pa da entonces su apelativo, previo el Dios y Federación.

Esto último —lema ya empleado por los federales en proclamas y correspondencias— había sido un acierto de su inventor como medio de fanatización de los adeptos a la causa y lo demostraba el culto que le rendía Deogracias, mentalidad representativa de una inmensa mayoría, en cuya alma lo político se había amalgamado con lo religioso, primitivo y fetichista, por virtud de la frase afortunada que en todo caso quería emplear.

Pero *La Colorada* —que así también debía pensar— era un caso especial de escepticismo y a la reprimenda del centinela respondió, entre garrotazos a la tercera de sus mulas:

—¡No seas tan pendejo, Diogracias! ¿Por qué no me mandaste a la espalda, cumpliendo tú las ordenanzas? ¡A vé si hubieras comío mañana!

—Usted se vale de las ínfulas que le ha dao el jefe —rezongó el soldado—. Que

por cierto, no sé por qué.

—Pues anda a preguntásele pa que salgas de esa duda. Y no me busques más la lengua, que vengo de ataque.

Era por medio de las troperas como generalmente se avituallaban los facciosos, yendo ellas a cambiar en los pueblos que no pudieran ser atacados los productos del pillaje —de ordinario pieles de reses y por allí también cargas de cacao— por provisiones de boca y abrigo, todo a merced de la tolerancia de las mismas autoridades enemigas, en parte por la desmoralización ya reinante en ambos bandos y en especial por lo que solía tocarles en el buen negocio que con aquellos trueques hacían los comerciantes sin escrúpulos.

Pedro Miguel Candelas no practicaba el pillaje. Por lo contrario, tenía prohibido bajo penas severas y para abastecer a su facción recurría al tributo forzoso, impuesto a los comerciantes enemigos, o al empréstito cuando se trataba de adictos a la causa, pagadero por el Gobierno federal cuando llegase al poder. Y para esto último había sido enviada *La Colorada* a uno de los pueblos cercanos.

Tres mulas de bastimentos venía arreando y en el rancho de aquella tarde se habían agotado las provisiones; pero, sin embargo, no fue acogida con las muestras de regocijo con que en tales casos acostumbraban recibirla en el campamento. En silencio y con ceño arriscado descargó la mujerona sus acémilas y del mismo modo presenciaron la operación los sesenta facciosos que vivaqueaban en el Plan de Manzano.

Denominábase así el paraje por el apellido del isleño Manuel, dueño de aquella pulpería donde años antes había sido el diálogo de «La Incertidumbre» y de la cual no quedaban sino escombros carbonizados, huella del paso de otras facciones federales, implacables con los canarios, en cuya vida y bienes se ensañaban especialmente, acaso por repercusión a distancia de las tremendas palabras iniciales del Decreto de Guerra a Muerte.

Bajo techo apenas quedaba parte de uno de los corredores que rodeaban la casa, donde habían colgado sus hamacas Pedro Miguel y Juan Coromoto, único superviviente de los peones de «La Fundación» que cuatro años antes se habían lanzado a la guerra en pos de aquél y allá se dirigió *La Colorada* a rendirle cuenta al jefe de la comisión que le había confiado.

Pedro Miguel Candelas no le concedía importancia al formalismo de la disciplina militar —Deogracias era, en realidad, una excepción que amenizaba la campaña—, y a menudo decía con jactancia que él sería el único federal que saldría de la guerra sin presillas, sin duda por aquello de las charreteras en la última conversación con Luisana Alcorta y en especial por el menosprecio que le inspiraba el comandante de Céspedes, siempre presente en su espíritu, aunque nunca personalmente, sino bajo la apariencia de su desdén por aquel formalismo, que en realidad era el alma misma del comandante. La disciplina que reinaba en su facción, siendo rígida en lo fundamental, era más bien guerrera, subordinación espontánea de unos hombres fieros a otro que

en todo momento los superaba.

Y así, llanamente, lo abordó *La Colorada*, plantándosele por delante:

—Ahí están los bastimentos. Pero es bueno que sepa que esos comerciantes que usted tiene por amigos suyos, no son sino unos muérganos. Me salieron con inconvenientes, a pesar del recibo de puño y letra de usted y tuve que acordarme de mis tiempos de arriadora de cochinos pa encallejonalos por donde era menester, sin pepitas en la lengua. ¿Sabe lo que me respondieron en un principio?

Sin mirarla, hundido en la hamaca, las manos bajo la nuca, la vista en las humaredas que subían de las hondonadas circundantes, le respondió el guerrillero, taciturno:

—Lo que me interesaba saber era si habías traído los bastimentos y ya eso está dicho.

La tropera se quedó mirándolo con extrañeza y luego interrogativamente a Juan Coromoto, que oía y callaba desde su hamaca, pues no era costumbre que el jefe le cortase así la palabra, tanto menos cuanto que de regreso de aquellas comisiones traía también lo que recogía en su servicio de espionaje y de ello era lo que no se le dejaba decir; pero como Juan Coromoto le hizo un gesto significativo, desistiendo de sus informaciones, se llevó rápidamente la diestra al ala del sombrero de cogollo, dio media vuelta chocando los talones —tal como lo hubiera hecho el propio Deogracias, de cuyo celo por el formalismo de las ordenanzas acababa de hacer burla— y se retiró murmurando:

—¿Qué mosca lo habrá picao, de unos días a esta parte? Y en seguida, con un sacudimiento de hombros:

—¿Ni qué necesidad tiene Candelaria Perdomo, *La Colorá*, de está llevándose estos boches? De hoy palante, si es que ya no voy a está recogiendo mis trapos, asina escuche lo que escuche, lo que es por esta boca no entran moscas.

Entre tanto, en los corrillos del vivac y a propósito de aquellos víveres, se hacían estos comentarios:

—¡Bueno, manquitos! Ya mañana no pasaremos hambre, gracias a los frijoles que nos trajo la mujé. Qui si no juera por las troperas...

—¡Vay usted a vé lo que nos train! Gorgojos por mengua de frijoles, como son los que vienen en esas mochilas.

—Como tó lo regalao, compañero, que nunca es de lo más fino. Otra cosa juera si uno mismo se procurara el piazo e pan escogiéndolo donde mejor lo haiga.

—¿Como lo hacen los capayeros del *Mapanare*, por ejemplo? Que por cierto ni muy lejos están.

—Ésos y tos los que no son mancos, como nojotros.

—No será que lo semos, manito, sino que asina nos tienen, porque la guerra y que no es sino pa morí en ella, boca arriba en el monte.

—Es que eso del pillaje es cosa fea.

—Más bonitas no son las candelas y sin embargo...

Y todo esto, que hacía varios días venía siendo el descontento de la facción para la cual estaba vedado el pillaje, practicado por otras desenfrenadamente, llegó a oídos de Juan Coromoto cuando atravesando el campamento para ir a pedirle a *La Colorada* las informaciones que no había querido oírle Pedro Miguel, pasó cerca de los corrillos donde ya no se recataban las protestas.

Hízose el desentendido, por juzgarlo así más prudente y ya obtenidas las noticias recogidas por la tropera, volvió junto a Pedro Miguel, quien también había abandonado su hamaca para detenerse al borde de la loma, mirador de las hondonadas por donde corría el fuego causante de aquellas humaredas, ya visible en las sombras de la anochecida.

Era su obra de aquellos mismos días, la destrucción implacable y sistemática de las haciendas pertenecientes a los oligarcas, anunciando la vuelta de Pedro Miguel Candelas a los predios de Barlovento, ya arrasados los de los valles del Tuy hasta San Francisco de Yare. La obra tremenda, llevada a cabo con sacrificio de su campesino amor a la tierra laboriosa, antes objeto de sus contemplaciones más tiernas, tan ajenas aquellas de «La Fundación» como éstas de donde ahora subía hasta el silencio de las alturas el bramido del fuego devastador.

Pero allí, sentados al borde de la loma, de espaldas al campamento, estaban contemplando el espectáculo dos de los facciosos, antiguos esclavos y luego peones de una de las haciendas recién entregadas a las llamas y uno de ellos le decía al otro:

—Ya no tendremos dónde ganarnos la arepa cuando esto se acabe. Le hemos pegao candela a lo ajeno hasta decir bueno está, es decí, a lo de otros dueños, y ahora no vamos a tené ni el recurso de presentarnos mañana caj el de esta hacienda, diciéndole: «Tome en cuenta que lo suyo se lo respetamos en su hora y punto y vuelva a danos el trabajito de endenantes, como si ná hubiera pasao».

A lo que repuso el otro:

—Por eso, precisamente, jué que yo le saqué el cuerpo a que se pegaran estas candelas.

Era un caso aislado, pues, generalmente, aquellos hombres no demostraban pensamientos de reintegrarse al trabajo asalariado que abandonaron por la aventura guerrera y por lo contrario sólo abrigaban ambiciones de mando y de riqueza. Un caso aislado, incluso por el rencor que no manifestaban contra el antiguo amo, siendo lo corriente que todos comenzasen por prenderles fuego a las fincas de donde se marchaban, trocada por el arma la herramienta; pero no obstante la evidente sensatez de aquella previsión y cualesquiera que fuesen las razones de tal carencia de provengativos, ya el hecho demostraba desfallecimiento de la idea revolucionaria, si en realidad alguna vez hubo en aquellos espíritus algo que así pudiera llamarse.

Pedro Miguel sonrió, abandonándose a las reflexiones pesimistas originadas de aquella observación, mientras sus ojos contemplaban la tremenda hermosura de los incendios esparcidos por las laderas de los montes, estrago que a la postre resultaría completamente inútil; callaron y se retiraron luego los facciosos, al advertir la

presencia del jefe, y Juan Coromoto, que esto también había oído, se le acercó a aquél, preguntándole:

—¿Escuchaste?

—Claro que sí —repúsole—. Es el gusano de la desmoralización que ya se nos ha metido.

—Y en mala hora, por cierto. Cuenta *La Colorada* que en el pueblo oyó decí que a Río Chico ha llegao otra vez el comandante Céspedes como jefe de operaciones de Barlovento.

—Por algo hemos vuelto también nosotros.

—Ya me lo supuse, endenantico no más. Pero ¿piensas medirte con él, con sesenta hombres y el gusanito ese que acabas de mentá?

—A ése lo ahogaremos en sangre.

—Mira que según las noticias que trae *La Colorada*, es grande el ejército que ya tiene sobre las armas el comandante.

—¿De cuándo acá esas cuentas de este lado?

Pedro Miguel hablaba sin mirar a su interlocutor, cruzado de brazos ante el fuego que embellecía la noche de las hondonadas y el leal Coromoto, que tantas veces había arriesgado su vida junto con él, en el arrebato de la entrada en pelea, replicó resentido:

—No irás a creé que sea el miedo el que me haga sacalas, ni tampoco el gusano ese.

—¿Entonces?

—Es que un hombre como tú no tiene derecho a jugase el todo por el todo sin probabilidades de vencé.

—Yo no soy un hombre, sino un arrebato de todo un pueblo, que se está arrojando en brazos de la muerte, por no encontrar el camino de su vida.

Estas palabras fueron un vuelco del alma donde también desfallecía por momentos la idea revolucionaria, que aún no le había mostrado todo su contenido. Motivos de orden personal, en realidad insignificantes, aunque subordinados a un ideal de justicia, lo habían lanzado a la guerra que, por serle odiosa, la entendían de aquella manera implacable, sin cuidado de ahorrar vidas y al cabo de cuatro años, inmensa la desproporción entre lo generoso apenas entrevisto —sin contar lo personal insensato— y tanto incendio y matanza, era natural que se le escapase el sentimiento pesimista.

—Además —agregó en seguida—, si somos sesenta, otros tantos tiene *El Mapanare*, que por aquí cerca anda, y con éstos y los del *Siete Cueros* y los del negro Escolástico y los de todas las montoneras que merodean por Barlovento, puede que lleguemos a un número suficiente para que la pelea no sea tan desigual.

—No te digo que no —repuso Juan Coromoto—. Pero quien dice *El Mapanare*...

—Dice el bandolerismo. Ya lo sé. Pero quien ya tiene en su cuenta la sangre y el ruego, que tenga también el pillaje no será cosa de otro mundo. Además, ¿no es eso

lo que quiere nuestra gente? Pues démoselo de una vez. Eso es lo que hoy reclama la guerra y ella es quien manda.

—Has dicho la verdá en tocante a lo que pide la tropa y de eso venía a hablarte, precisamente, en el sentío de que aflojes un poco la mano o por lo menos te hagas de la vista gorda con lo del botín de guerra que nunca has querío consentí; pero en tocante a lo de juntate con esos bandoleros que has mentao, francamente, no quisiera verte yo por ese camino, compartiendo esas glorias. Y si me permites un consejo...

—Ya supongo cuál será, pero ya es tarde para oírtelo. Pedro Miguel Candelas todavía no se ha medido con el comandante Céspedes. Y para eso hemos venido.

—Pues siendo asina —concluyó Juan Coromoto— hazte el cargo de que no he dicho ná.

Y luego, para sus adentros:

—Éste no se saca la espina por más que se afane.

El pacto

No se daba cuenta Pedro Miguel de la verdadera naturaleza de los propósitos a que obedecía su conducta. Habitado a subestimarse, por una parte y por la otra no habiendo resuelto todavía el problema sentimental de su amor por Luisana Alcorta, tendía a desfigurar su propia intimidad atribuyéndose siempre miras torpes. Hacía tiempo que venía delineándose en su mente la idea de concertar bajo su mando todas las facciones que merodeaban por Barlovento, a fin de apartarlas del pillaje a que se dedicaban y conducir las, organizadas y disciplinadas, hacia los objetivos de legítima lucha por las reivindicaciones sociales, ya casi definitivamente perdidos en el torbellino de pasiones elementales desatadas por la furia sin cabeza —concentración tanto más necesaria cuanto que por otras regiones ya estaban lográndola caudillos en cuya buena fe por la causa del pueblo él no podía creer, por tratarse de personas de extracción social análoga a la de los oligarcas, de donde, al cabo, vendría a resultar una simple sustitución de unos opresores por otros de intereses idénticos—; pero no les daba acceso a su espíritu a estas consideraciones, de las cuales debía desprenderse un confiado sentimiento de sí mismo, compensador de las inevitables deficiencias para la totalidad del éxito, sino a través de las formas deprimentes del despecho.

Por otra parte, se equivocaba también respecto a lo que venía observando en su tropa. Ciertamente, el cansancio que ya se apoderaba de los combatientes de uno y otro bando, estaba produciendo allí un efecto desmoralizador, propicio a las apetencias del pillaje practicado por las demás facciones; pero en lo íntimo de aquellos espíritus otra era la más poderosa causa del descontento. Aquellos hombres habían visto en él al caudillo en cuyo seguimiento bien se podía arriesgar la vida; pero mientras ellos esperaban que los condujese a la gran acción, camino del triunfo decisivo, él se obstinaba en fatigarlos con la escaramuza diaria, más o menos como *El*

Mapanare a sus capayeros y sin el incentivo inmediato del botín de guerra.

Pedro Miguel prefería pensar lo que más lo hiciese desmerecer ante sí mismo: que lo abandonarían si no les concedía el pillaje, si no se precipitaba junto con ellos en el abismo que se los estaba tragando a todos. Mas como el despecho, si bien deprimente en cuanto al sentimiento de sí propio, era en él tan poderoso para lanzarlo a la acción que, de manera paradójica, prácticamente suplía la activa confianza que se obstinaba en negarse, apenas se había hecho aquella reflexión pesimista cuando ya estaba poniendo por obra el propósito de incorporar bajo su mando todas las facciones que pululaban por allí.

En la de *El Mapanare*, acampada al abrigo de árboles en la hondura de un cañadote, celebrábase aquella noche el último de los matrimonios del jefe, que tenía por costumbre hacer de las mujeres blancas su particular botín de guerra, obligando a los curas de los pueblos que cayesen en su poder a que lo casasen con ellas, para que el escarnio se añadiera al atropello.

Una niña de trece años tenía ya entre sus garras, cuando a la voz de uno de los centinelas apostados en torno al campamento, se oyó responder:

—Pedro Miguel Candelas.

Soltó la presa de su lujuria insaciable y se asomó fuera de la barbacoa donde se había guarecido. Se interrumpió la música de cuatro y maracas con que amenizaban la velada dos de sus capayeros, mientras otro cantaba galerones; quedáronse con el cacho de aguardiente en suspenso los que ya se lo llevaban a los labios y uno y otros, jefe y subalternos, se cruzaron miradas de recelo. Pero luego murmuró *El Mapanare*, bajando de la barbacoa:

—Debe de vení solo y llega a tiempo.

Y alzando la voz, para dirigirse al centinela.

—Que avance, si viene escotero, pa que se pegue un palo con el novio.

Sin escolta llegó en efecto. Una fogata donde se asaban cuartos y costillares de ternera, arrojaba inquietos reflejos en los torvos rostros de los negros de las montañas de Capaya, los más temibles de todo Barlovento, que componían la facción de *El Mapanare*; pero en todas las miradas, fijas en el recién llegado, junto con el recelo estaba ya la admiración, la virtud fascinadora de aquella temeraria entrada en pelea que había hecho famoso a Pedro Miguel Candelas.

Sólo *El Mapanare* parecía dueño de los sentimientos que expresaba su sonrisa burlona, cuando en descabalgando aquél, le tendió la diestra, diciéndole:

—Se saluda, Dios y federalmente, al correligionario de la arremetida famosa y se retiran palabras que haigan quedao pendientes en otra conversación, con plausible objeto de abrí cuentas nuevas, que infiero que van a sé claras, como las que conservan amistades.

—De eso se trata, precisamente —repuso Pedro Miguel, sin parar mientes en la socarronería de aquellas palabras—. Pero...

—¿Pero de jefe a jefe? Ya entiendo. Algo de esas novedades me había traído el

viento que se lleva las jumaseras de las candelas famosas.

Mas ni a la intención nada amigable de estas otras palabras, ni a ellas mismas, le atendía ya Pedro Miguel, cuya mirada se había quedado fija en la causa de su interrupción. Un anciano, ruina humana desplomada al pie de uno de los árboles, que hacía ademanes de coger hilos en el aire, con gestos de razón ausente.

—¡Padre Mediavilla! —exclamó entre admirativa e interrogativamente, pues era inconcebible que en obra de cuatro años hubiese venido a parar en esto aquel hombre recio y animoso, lleno de vitalidad, que tanto se proponía hacer con su hisopo de plomo.

—¡Cosas de la guerra! —intervino *El Mapanare*—. Se echó al monte confiando demasiado en los pantalones que llevaba debajo del balandrán y tarde cató de vé que en realidad no había nació pa ciertas cosas. Además parece que en un combate recibió una herida en la cabeza, de donde quedó nefato, to el santo día y la noche no menos santa empatando los hilitos que ve en el aire.

—¿Y por qué está aquí? —inquirió Pedro Miguel.

—Pues voy a explicarle, quería correigionario. Ca uno alimenta sus debilidades, como dicen, y la mayor de las mías es el gustame mucho las mujeres blancas. Un defecto, como otro cualquiera, pero si la carne es flaca manque el negro sea juerte, ¿qué se va a hacé? No será tampoco la primera vez que se dan esos caprichos sobre esta tierra.

Pedro Miguel contuvo el impulso de cruzar aquel rostro con el chaparro que llevaba en la diestra, y *El Mapanare*, calándose, sonrió y continuó:

—Pero como le digo una cosa también le digo otra. Yo soy cristiano y a pesar de los pucheros que me hizo hacé la sal del bautismo, me gusta procedé de acuerdo con la Santa Madre Iglesia, de donde resulta que apenas le echo la mano a una blanca que me guste, cuando ya estoy buscando un cura pa que me case con ella como es debío. Naturalmente, eso me traía complicaciones, porque no siempre los embalandranaos se prestaban a hacé las cosas a la medida de mis deseos, de donde resultaba que tenía que mandalos a pelá y a veces hasta pegales sus cuatro tiros de ley, contra la paré de la misma iglesia, cosa que, como usté comprenderá, siempre es desagradable pa un cristiano como el que está dirigiéndose a usté, de quien a quien.

Nunca se había asomado Pedro Miguel a abismos de monstruosidad como los que encerraba el alma de *El Mapanare*, cuyas palabras provocaban las risotadas de sus soldados.

—Ya me explico lo demás —díjole, para no continuar oyéndolo, a punto de perder el dominio de sí mismo que la situación requería—. Ahora es el Padre Mediavilla, o lo que de él queda, quien se presta a los deseos de usted.

—Me lo topé asina como lo vé en la toma del pueblo de Tapipa, hacen cosa de dos meses, y desde entonces lo cargo conmigo. Pa eso de los matrimonios y pa la perdonadera de los pecaos a la hora de templá el cacho. Que según dicen ellos y que siempre son facultos pa eso, por más nefatos que estén. Casualmente no hace mucho

que me acaba de casá con una blanquita de Loma del Viento, mocita ella, por cierto, conforme al dicho de que pa caballo viejo chaparro nuevo.

—¿De Loma del Viento, dice usted? —inquirió Pedro Miguel.

—Sí. De donde llegamos esta tarde no más. Una isleñita ella. La maraca, como dicen, del difunto José de las Mercedes. Bueno, difunto, como to el resto de su familia, de esta mañana pacá.

Y después de explorar el rostro de Pedro Miguel:

—Que por cierto había entre ellas una muy buenamoza, llamada Eulogia, que, por más señas, gustaba de...

—De mí —afirmó Pedro Miguel.

Con movimiento irreprimible, *El Mapanare* dio un paso atrás. Había dicho aquello con el siniestro fin de liquidar allí mismo la vieja rencilla por el menosprecio con que lo tratara Pedro Miguel, cuando fue a invitarlo para la guerra, rencilla enconada ahora por la sombra que a su prestigio le hacía la fama de su rival; pero las palabras de éste habían sido pronunciadas con tal naturalidad, de absoluto dominio de sí mismo, que perdiendo el suyo sufrió el influjo de hombría serena y repuso, casi pidiendo excusa:

—¡Caramba, correligionario! ¡No haberlo sabío yo! No le pasó ná, propiamente, sino que una bala, teniendo ella un trabuco en la mano, pa defendé al pae...

—¡Cosas de la guerra! —interrumpió Pedro Miguel.

Y descargando su diestra, pesadamente, sobre el hombro del corpulento negro:

—No se preocupe, compañero. De hoy en adelante vamos a hacerla juntos. Usted es el hombre que yo necesito para mi mano derecha y por usted vengo. Mujer es mujer y los hombres como usted y yo tenemos otras cosas más importantes de qué preocuparnos. En Río Chico los godos están poniendo sobre las armas un ejército numeroso para caernos encima y desbaratarnos uno a uno y por Guatire se están concentrando las facciones en otro que, aunque federal, será tan enemigo de nosotros, los guerrilleros independientes, como el de los oligarcas. De modo que estamos, como quien dice, entre la espada y la pared, y es necesario que nos unamos.

La proposición correspondía a designios de *El Mapanare*, ya conocedor del desconcierto que reinaba en la facción de Pedro Miguel y la acogió cruzando una mirada maliciosa con sus hombres y preguntándoles:

—¿Qué dicen ustedes a eso muchachos?

—¡Guá! —repuso uno, por todos—. Que la proporción no es mala. Con un hombre que infunde respeto y lo que nojotros póngamos de nuestra parte...

—Me parece —aprobaron varios a un tiempo.

El Mapanare sonrió desde sus abismos y volviéndose a Pedro Miguel, díjole:

—Bueno, correligionario. Como base, el pacto está hecho; ahora farta tratá los particulares del arreglo.

—Por el camino los trataremos —repuso Pedro Miguel—. Ordene levantar el campamento y vámonos andando.

—¡Caramba, correligionario! Usted no es de los que pierden tiempo.

—Ni usted de los que retiran su palabra, una vez que la han empeñado.

—Eso es verdad; pero también que la hora es nona pa ponese en marcha. Ni la ternera de hoy nos la hemos comío. Dicho sea sin hablá de otras carnes, que también eran pa esta noche.

A lo que repuso Pedro Miguel, imperioso:

—Es absolutamente imprescindible que nos pongamos en marcha en seguida. El jefe de los federales de Guatire espera un parque por el Puerto del Francés y ha destacado una guerrilla para recibirlo y transportarlo. Tenemos que ganársela de mano, desbaratando la guerrilla por el camino, que yo sé cuál es el que lleva. De otro modo, si yo solo me apodero del parque, las condiciones del pacto tendrán que ser otras, no muy ventajosas para usted.

—En tocante a las condiciones, tuavía no hemos estipulado cuáles vayan a sé; pero de tos modos eso del parque es otro cantar. ¡Alcen arriba, muchachos, que esto como que se quiere componé! Dijo así guiñándoles el ojo a sus hombres, pero no todos se dieron cuenta de ello, por estar atentos al rostro imperioso de Pedro Miguel Candelas, en quien el instinto les advertía que habían cambiado de jefe.

La malla rota

Había sido un paso bien dado, mas por un camino temerario y mientras la facción levantaba el campamento, Pedro Miguel se acercó a contemplar la ruina triste de aquel otro hombre que tanto esperó de la guerra.

De la recia contextura del Padre Mediavilla sólo quedaba la armazón ósea, grande y desproporcionada: la cabezota oscilante sobre el haz de fibras del cuello descarnado, los pómulos peñascosos, la mandíbula cuadrada, los omóplatos como riscos, las manos cual puños de piedra entre las cuales crecían marañas de vellos. Era como una montaña lavada por las torrenteras.

Las del trauma psíquico —la violenta emoción con que lo sacudió, hasta quebrantarle las raíces vitales, el espectáculo monstruoso de aquella guerra, en los comienzos mismos de la campaña a que se lanzó con su hisopo de plomo—, ya se habían arremansado en los pozos de la demencia. Un tic persistente le alzaba hacia el pómulo izquierdo la comisura de la boca desdentada, guiñando el ojo y chasqueando la lengua, mientras las garrudas manos hacían en el aire el además, inverosímilmente fino, de coger flotantes hilos sutilísimos, con los cuales iba tejiendo una malla ilusoria. Hilos que venían desde el infinito, todo el espacio lleno de ellos, a lo largo de los cuales corría los dedos, a cuanto le daban los brazos, materializándolos con tan preciso además de las yemas de índices y pulgares que, por momentos, los observadores del espectáculo, los buscaban con la mirada, ellos mismos, en el aire. Sutilísimas hebras, tal vez, de la tela de cristianas ilusiones que desgarró la guerra,

allá donde era candorosamente bonachona el alma del cura liberal.

Otro hilo acababan de descubrir sus ojos acuciosos y lo apresó sobre el hombro de Pedro Miguel, como un hallazgo que le iluminó la mirada. Luego buscó otro, entre el infinito número de los que flotaban en torno suyo y hallándolo por fin, con otro gesto complacido, los ató delicadamente, con minuciosa exactitud y hecho esto corrió los dedos, a partir del nudo, arriba y abajo, hasta el infinito.

—¡Cuaj, cuaj, cuaj! —escarneció la risa de *El Mapanare*—. Eso significa una de dos, correligionario: o que ya está usted empatao conmigo *per sécula seculórum* o que ya el cura lo ha casao, quién sabe con quién, porque asina mismo hace cuando me casa con mis blancas. ¿No es verdá, Pae Mediavilla?

Pero éste se le apartó y se alejó moviendo las manos, para abrirse paso por entre sus hilos.

Pedro Miguel contempló en silencio la lamentable silueta que contra el resplandor de la hoguera hacían la cabezota oscilante y los agudos riscos de los omóplatos, de donde colgaba el resto de sotana a jirones que ya no le llegaba a las rodillas. Y en el rostro del guerrillero sembrador de incendios, entre las negras barbas borrascosas, una pena acerba le violentó el perfil autoritario.

—¡A formar fila! —ordenó, dirigiéndose a los facciosos, que andaban de aquí para allá, alborotándose y comiéndose a dentelladas los trozos de carne que, al pasar junto a la hoguera, cortaban de los asadores—. Quiero conocerlos uno a uno y cara a cara.

Miraron interrogativamente a *El Mapanare* sus hombres, hízoles él un gesto de asentimiento artero, sonriendo siniestramente a algunos, pero todos se alinearon codo a codo y Pedro Miguel comenzó a pasarles revista, cara a cara detenidamente.

De Capaya, la de los tigres, provenían todos y eran tigres. Así miraban aquellos negros torvos, de la montaña tupida de jarales, al que se les iba encarando, uno a uno, a tiempo que les pedía sus nombres y lugares de nacimiento.

—Justino Juentes, de la Bajá Raspaculo.

—¡Cuaj, cuaj, cuaj! —rió *El Mapanare*—. ¿Cómo dijiste, Justino?

—¡Guá, mi jefe! Como mientan a la bajá donde nació.

Pero ya Pedro Miguel miraba al segundo de la fila, imperturbablemente, y éste respondía:

—José las Mercedes Perdigón, de Palo e Candelero.

—Evangelista Perdigón, de los Perdigones de qué sé yo dónde, que no son los mismos de Palo e Candelero.

—¡Cuaj, cuaj, cuaj! ¡Ah, negro pa tené leyes, este Evangelista Peraza!

Pero la mirada penetrante, enérgica y serena, que se iba clavando en aquellos rostros para no olvidarlos jamás y el dominio de sí mismo que no perturbaban ni las risotadas de *El Mapanare* ni las chocarrerías de sus leales, comenzaban ya a producir sus efectos en los ánimos impresionables y el cuarto de la fila, un negro de mirar bravío, pero respetuoso, respondió como en realidad se llamaba y de donde era:

—Juan de Mata Jaramillo, de la Vuelta del Muerto.

Y el otro, entregándose ya con la mirada admirativa:

—Marcelino Blanco, del propio Capaya. A su mandar.

Y ya no volvieron a oírse las risotadas de *El Mapanare*.

En marcha iban ahora. Adelante, cabalgando un burro pasitrotero, el Padre Mediavilla, con su tic que le sacudía la cabezota constantemente y apresando sus hilos entre las tinieblas del camino; luego Pedro Miguel, sosteniendo contra su pecho —sentada en el arzón, sobre la manta doblada, mordiéndose los dedos con respiro de angustia y afán de razón ausente, todavía no vuelta el alma del espanto de Loma del Viento— a la niña rescatada de las garras de *El Mapanare* libidinoso, y éste emparejado con él, flanco a flanco las cabalgaduras, consentidor artero, acariciando en silencio sus torvos pensamientos. Detrás, como rebaño de fieras, los cincuenta y cuatro negros de Capaya.

Corrían por las laderas del monte los incendios de Pedro Miguel Candelas. Subía de las hondonadas bramido de cataclismos, asomaba la luna menguante, en el cielo de las humaredas, su garabato de fuego detrás de una loma. Descendía por el abrupto camino la montonera, como de Capaya bajan los tigres cuando las rozas invaden sus guaridas. Resollaban reciamente las bestias cabalgadas.

De pronto, habló *El Mapanare*:

—A mí no me preguntó usted, correligionario, ni mi nombre de pila ni el lugar de mi nacimiento; pero voy a dale relación de ambos particulares, pa que me conozca a mí también, si no cara a cara, porque casi no nos las vemos, sí de pecho a pecho, pa no mentá corazones. Provengo del monte tupío, de un encuentro de mi mae con un negro que por esos días andaba alzao en la montaña de Capaya. Un negro que no cargaba amuleto —cosa rara—, que andaba esnúo y juyendo. ¡Vaya usted a averiguá de dónde y por qué!

Pedro Miguel se le volvió bruscamente, pero en silencio, haciendo rebullir a la niña que ya se dormía contra su pecho; él sonrió y continuó:

—Eso y que contaba mi mae, a quien no conocí; pero lo del negro alzao es una versión que tuavía corre por Capaya. Y yo, creyéndola, me he preguntao siempre: ¿No siendo el hombre oriundo de allí, según las referencias, sino fugitivo de otra parte, pero barloventeño él, de quién seré hermano sin sabelo? Menester sería, pa ponelo en claro, que me topara con otro hombre que no sepa cuántos hermanos tendrá regaos por el mundo de Barlovento a causa de esa juyidera. O dicho de otro modo: que el Pae Mediavilla, pongamos por caso, empatara en presencia nuestra esos dos hilitos sueltos.

De la confusión de sentimientos que se disputaban el alma de Pedro Miguel sólo acertó a llegar a su mente la idea de que toda su vida —interminable sucesión de tormentas espirituales— no había tenido otro objeto sino el de que tales palabras se pronunciaran y él las oyera en aquellos precisos momentos de la víspera de un día en que se decidiría su suerte futura.

El Mapanare prosiguió:

—En lo respectivo a mi apelativo, que es por donde generalmente se saca el rollo a que pertenece la cabulla de un hombre, no me ha sido posible averiguarlo, porque dio la casualidad de que cuando empecé a darme cuenta de las cosas, al venirme de pronto lo que llaman el uso de razón, me encontré en una hacienda, jalando una escardilla más grande que yo, sin saber para quién, y como en esa hora y punto estaba por allí un blanco, dándome la espalda después de haberme regañado por el mal manejo de la susodicha herramienta, yo que le miro el cogote, se lo confundo con un tronco e palo y le asiesto ese escardillazo para arrancarlo e cuajo como él quería que yo hiciera con los del monte. Y como tuve que darme de allí incontinenti, me quedé sin saber cuál era mi gracia de cristiano.

Una risotada de la montonera celebra el atroz sarcasmo. Enderézase sobresaltada la niña que ya volvía a dormirse sobre el pecho protector. La tranquiliza Pedro Miguel, dándole suaves palmadas en el hombro donde le apoya la mano sostenedora y ella torna a reclinarse, confiadamente, mientras *El Mapanare* la mira de reojo como a bien perdido y en la facción se impone el silencio autoritario del que ya era su verdadero jefe.

Adelante, sobre burrito pasitrotero, iba el Padre Mediavilla reconstruyendo su malla con todos los hilos...

La inútil sangre

A medianoche llegaron al campamento de Pedro Miguel Candelas, instalado en la casa de una hacienda de cacao que había sufrido los rigores del fuego desde los comienzos de la guerra.

Juan Coromoto, que esperaba a aquél, ya con impaciencia, le estrechó la mano en silencio al echar pie a tierra, mirándolo con expresión admirativa por el sometimiento del faccioso llevado a cabo de aquel modo temerario, y a su pregunta por las novedades ocurridas en su ausencia, le respondió lacónicamente:

—Todo como esta tarde.

Pedro Miguel le presentó a *El Mapanare*, y luego le ordenó:

—Acomoda a esta gente donde ya te indiqué.

Y en oyendo esto díjose el capayero, mentalmente:

—¡Hum! Yo como que he pisado un peine.

Al primer golpe de vista hacia los corredores de la casa donde descansaba la tropa de Pedro Miguel, ya le había parecido que eran más de los sesenta hombres que él le atribuía —todos acostados en el suelo, pero despiertos, aunque fingían dormir y con el respectivo fusil al alcance de la mano, observación que no se le escapó al recién llegado malicioso— y ahora acababa de comprender que no se trataba de ponerse en marcha en seguida, para capturar aquel parque, como se le había hecho creer.

Pero había algo más, que en seguida descubrió y por lo cual acabó de convencerse de que había caído en las redes de su rival. Estaban allí el *Siete Cueros* y el negro Escolástico, cabecillas de facciones poco numerosas, pero que se habían hecho temibles en las jornadas del merodeo y con cuya alianza, precisamente, venía contando, en sus maquinaciones por el camino, para supeditar a Pedro Miguel en el momento dado; al verlos volvió a decirse:

—Me andó alante el hermano. Pero si de esta venía por lana y voy a salir tranquilo, la culpa es mía por habé malgastao mi hora, camino andando, en hablar de lo que no venía al caso, contimás sin habé estipulao endenantes las condiciones de la reunión. No hay cosa pior, en un hombre de guerra, que abandonase a las corazonás.

Desde el comienzo de su campaña, su preocupación constante había sido la de superar la fama del que rechazó despreciativamente su invitación a la guerra, hecha en una corazonada de la simpatía que ya le inspiraba Pedro Miguel, aunque socarronamente disimulada; pero ya este sentimiento se lo había enconado la rivalidad y al aceptar la alianza propuesta por aquél no lo hizo sino persiguiendo aviesas intensiones de suplantarlo en el ánimo de su tropa, de cuyo descontento ya le habían llegado noticias.

Ahora lo encontraba con más de cien hombres bajo su mando —acababa de contarlos—, mientras que entre sus cincuenta y cuatro capayeros, al darle sus nombres en la revista que allá les pasó, varios habían añadido:

—A su mandar.

Esto lo interpretó *El Mapanare* conforme a la socarronería de las guiñadas de ojo que durante aquella revista les estuvo dirigiendo a sus hombres, pero ahora temía que tales palabras hubiesen expresado efectivo sometimiento por virtud de la fascinación que supersticiosamente se le atribuía a la mirada dominadora de Pedro Miguel Candelas y haciéndose estas reflexiones tardías ya estaba a punto de provocar un desenlace violento, pidiendo cuentas airadas del engaño con que había sido llevado hasta allí, cuando advirtió que el *Siete Cueros* y el negro Escolástico venían a su encuentro, haciéndole, también, guiñadas de ojos.

—Esto es otra cosa —dijose entonces. Y abandonándose de golpe a la confianza perversa, agregó, siempre mentalmente: «Si no me equivoco, somos tres contra uno y culpa será del hermano si un día se despierta amarrao por el hermano».

Pensando lo cual se volvió a su gente, ya descabalgada, y así la arengó:

—¡Capayeros de *El Mapanare*, tigre de tigres! Los destinos de la Patria nos han traído a esta concurrencia de juerzas que hoy palante no reconocerá más jefe que a Pedro Miguel Candelas, bien mentao asina. Seguro mató a confiao, el que madruga coge agua clara y a camarón que se duerme se lo lleva la corriente; pero *El Mapanare* nunca se ha quedao dormío y ustés lo saben, muchachos. ¡Dios y Federación!

—¡Asina se habla, compañero! —aprobó el negro Escolástico.

Y el *Siete Cueros*, mientras le estrechaba la mano:

—Ha llegao a tiempo.

—Yo siempre he tenido esos ambos dones —repúsoles socarronamente—. El de decí las cosas con sindéresi y el de llegá oportunamente ande sea menester; pero esta vez, la verdá sea dicha, no es que he venido sino que me han traído, como quien dice, bozaleao. Y lo peor es que todavía no sé pa qué.

A éstas, Pedro Miguel se había alejado, hablando en voz baja con Juan Coromoto, y el negro Escolástico repuso:

—Quizá no dilata en saberlo sino lo que la noche en convertirse en día; mas pa que comience a averigualo por sus propios ojos, aguaita pallá.

Acompañó estas palabras con un ademán localizador de unas luces lejanas, y *El Mapanare*, mirando en la dirección indicada, murmuró:

—Si mis ojos no me engañan, éstas no son candelas, propiamente.

Y el *Siete Cueros*, confirmando sus sospechas:

—El enemigo a la vista, desde ayer tardecita.

—Y no cuatro gatos, ni mal mandaos —agregó Escolástico.

—¿De modo que ni tiempo de apoderarnos del parque de que me ha hablado el jefe vamos a tené?

—Eso del parque es historia pasá. Hacen días que está en nuestro poder. ¿No se fija en los fusiles, que son nuevecitos?

—¡Hombre! Es verdá. Ahora es que vengo a catá que me engañaron como a muchacho. ¿De modo que hacen días? ¡Mire, pues!

Y mientras esto decía *El Mapanare*, mirando aún hacia las luces lejanas, el negro Escolástico y el *Siete Cueros* se cambiaron entre sí sus guiñadas de ojos.

—¡Conque el enemigo a la vista y aquí tan tranquilos! —dijo el primero, reservándose sus verdaderos pensamientos, que todavía no eran claros, aunque siempre tenían que resultar torvos.

—Ahora que usted ha llegao, es que venimos a está lo que se pué llamá tranquilos —repuso el *Siete Cueros*—. Propiamente no sabemos cuáles sean los planes del jefe; pero a lo que hemos podío inferí es usted quien va a rompé los fuegos, en cuanto no más amanezca.

—¿Asina es la cosa, correligionario? ¿De modo que pa eso no más me jueron a buscá en carrera? ¡Y yo tan tranquilo que estaba en mi campamento!

—Es un suponé del compañero —terció el negro Escolástico—. Pero en to caso, si eso es lo que le tienen destinao a usted en el plan de batalla, será porque se cuenta con que usted es de los que arrempujan palante.

—¡Por algo será! No le quepa duda, correligionario. ¿Y quiere que le diga una cosa? No está del todo mal que al hambre le salga al encuentro la comía.

En realidad, con todo esto el *Siete Cueros* y el negro Escolástico no habían hecho sino cumplir instrucciones previas de Pedro Miguel y cuando ya éste —entretanto— le había dado a Juan Coromoto las que debía poner por obra al amanecer —entre ellas la de enviar al Padre Mediavilla y a la niña rescatada de las garras de *El Mapanare* a lugar seguro, al cuidado de *La Colorada*—, llamó al capayero y así le habló:

—Estamos en presencia del enemigo, al mando del comandante Céspedes, que tiene fama de buen militar, aunque para mí no es sino lo que siempre ha sido: un mantuano pretensioso. Hasta hoy viene cayendo en el lazo que estoy tendiéndole, pues he logrado atraerlo al terreno donde quiero pelearlo y de usted depende ahora el buen resultado de la operación.

—¡Caramba, correligionario! —exclamó el negro socarrón—. Usted dispone de los hombres como si todos le pertenecieran.

Sin alterarse, pero con la energía de quien estaba dispuesto a hacerse obedecer, Pedro Miguel repuso:

—Usted y yo y todos los que aquí estamos le pertenecemos a la guerra.

—Solo la estaba haciendo yo.

—Y yo también. Pero ahora es necesario que la hagamos juntos.

—Bueno. Vamos a hacela. Pero antes con antes, vamos a estipulá las condiciones.

—Ya es tarde para eso. No lo hizo usted cuando podía hacer valer las suyas y esa oportunidad no se le vuelve a presentar.

—¡Quién sabe, correligionario!

—No me interesa que me llame jefe; pero sí que se disponga a cumplir la orden que voy a darle. Hay que obligar al comandante Céspedes a que nos ataque por el cañadote de Los Apamates, donde lo esperan sorpresas.

—¿Y si el comandante llegara a sabé eso, precisamente?

—Sería usted un cobarde.

El Mapanare lo miró de hito en hito y luego repuso, palabra a palabra, lentamente:

—Usted sabe que yo no lo soy.

—Porque lo sé le estoy confiando la suerte de la pelea.

Y en seguida, con la seguridad del efecto logrado:

—Son quinientos hombres los del comandante, pero nosotros pasamos de la mitad contando con los de usted y a más de la otra mitad equivalen las posiciones ya tomadas.

—Es decí —puntualizó el negro—, ¿más de doscientos cincuenta? Pues creía yo que eran ciento y pico los suyos que están acampaos aquí. Más que menos.

—El resto se halla donde debe estar; pero eso no le interesa saberlo.

—Es verdá. A mí lo que me corresponde es lo del cañaote.

—Solamente.

—Bueno. Como bien ha dicho usted endenantes, al que perdió su hora no le queda más recurso sino el de aceptá las que buenamente le den. Ahora, que por el camino se puén enderezá las cargas...

—Eso es otra cosa.

—Sí. En fin, volviendo a lo del cañaote, sólo me farta decile que mi gente está mal armá, pero como ya han traído el parque que habíamos convenío en capturar juntos y de quién a quién, espero que mande a dame una poca de esos pertrechos.

—No conviene. Es necesario que el comandante Céspedes, viéndolo a usted mal armado, se imagine que así estamos todos, para que se confíe más.

—¡Ah! Ya entiendo. Nojotros vamos a sé, como quien dice, la carná.

—Por algo lo habré escogido a usted para eso.

—Sí. Ya me lo he dicho yo también. ¡Bueno!... Pero antes con antes quisiera hacele una pregunta. ¿Por qué dejó pa las postreras esa invitación pa esta fiesta? En mi hora y punto yo le hice la mía con la debía anticipación.

Y Pedro Miguel, comprendiendo que era necesario condimentar el sometimiento de *El Mapanare* con la pizca de esperanza traicionera, que, por lo menos, debía alimentar en compensación de la inferioridad a que había pasado:

—La razón es muy sencilla —díjole— y usted se la va a reservar. Si el negro Escolástico y el *Siete Cueros* y los otros jefes de facción que ya se me han sometido, hubieran sospechado que usted iba a estar de acuerdo conmigo, no habrían convenido en incorporármeme, porque aspiran —y yo lo sé— a darme el golpe alevoso en el momento oportuno y saben que estando usted aquí no será mucho lo que van a ganar.

Y al cabo de una breve pausa, ambiguamente:

—Hay historias que hasta las piedras de Barlovento las conocen.

A lo que repuso *El Mapanare*, abandonándose por fin a la atracción que sobre su alma ejercía Pedro Miguel:

—Cuenta con que al comandante Céspedes y a sus quinientos hombres se los encallejono yo por el cañaote de Los Apamates, asina tenga que llegá solo aonde me toque regresá.

Era la jornada de la astucia ya completamente ganada y pronto amaneció para la de la prueba decisiva.

Por fin iba a medirse el guerrillero improvisado con el militar de escuela, por otra parte, Pedro Miguel con el mantuano que un día le cruzó el rostro con su fusta. Para llegar a esto el faccioso de los incendios se había superado, desarrollando una actividad de organización metódica sólo comparable a la destrucción sistemática practicada en cuatro años de guerra fiera, sumándose a su partida casi todas las que merodeaban por Barlovento y convirtiéndolas ya en un cuerpo de ejército bastante bien disciplinado y convenientemente armado, gracias a la oportuna captura de aquel parque destinado a otro jefe federal, todo sin que trascendiera a las personas que debían ignorarlo, como *El Mapanare*, por una parte y por la otra el comandante Céspedes, a quien había logrado atraer al campo previamente elegido para la acción, donde su tropa atrincherada alcanzaba una evidente superioridad combativa.

Ya las cosas estaban produciéndose conforme fueron previstas. *El Mapanare* había abierto los fuegos, batiéndose en retirada y el comandante Céspedes movía ya su tropa hacia el cañadote de Los Apamates, donde, cerca del mediodía, lo detuvieron de pronto las sorpresas que por allí le tenía reservadas Pedro Miguel Candelas.

Pero si en un bando la pericia militar zozobró en la ofuscación de envanecimiento propio y de total menosprecio del enemigo, a quien no consideraba capaz de un plan

coordinado; en el otro, motivos también de índole personal frustraron de pronto la completa eficacia de la operación bien concebida y casi lograda. El comandante, atraído por la estratagema, vino a librar la pelea entre las cortinas de fuego cruzado de las posiciones inexpugnables en que se amparaban los federales; pero mientras su gente caía diezmada y desmoralizada por la sorpresa y en torno suyo silbaban las balas, él dirigía la acción con una serenidad pasmosa —fumándose un tabaco que se llevaba a la boca sin que la más leve vibración de nerviosidad le tumbase la ceniza—, sin espada empuñada pie en tierra, ya muerto su caballo, sobre una pequeña elevación del terreno donde hacía blanco fácil, sin duda dispuesto a pagar con la vida la imprudencia. Y Pedro Miguel, exasperado por esta muestra de imperturbable valentía del «mantuano pretencioso» —como, a su vez, se empeñaba en subestimarlo—, cambió su plan, ya a punto del éxito completo, sacando su gente a la pelea a campo raso y lanzándose él mismo, en la habitual arremetida temeraria, con el objeto de medirse, cuerpo a cuerpo, ya no con el jefe enemigo, sino con el hombre mismo que un día le infirió agravio injusto.

La lucha fue desesperada, de parte y parte, pero sin que el oligarca abandonase su tabaco —uno encendido en otro— impávido aunque cediendo terreno ante el empuje con que el federal le hacía sufrir a su gente el rigor innecesario de una acción que ya estaba ganada y así llegó la noche sin que por ninguno de los dos quedase la victoria.

Retiráronse los del Gobierno al amparo de la oscuridad, destrozados pero no derrotados y cuando Pedro Miguel Candelas les pasó revista a sus diezmadas filas, *El Mapanare* le dijo:

—La carná cumplió lo suyo. De los cincuenta y cuatro capayeros, como tigres, que me seguían, tres solamente han regresao del cañaote y los tres heríos; pero lo que yo siento es que quien manejaba el anzuelo haiga dejao dirse al pez vivito y coleando.

Pedro Miguel no halló qué responder y siguió adelante.

Faltaban el negro Escolástico y el *Siete Cueros*, muertos en la pelea y Juan Coromoto estaba herido. Pedro Miguel fue a verlo. Una herida en un muslo, de donde una de las troperas acababa de extraerle la bala; pero él no levantó la mirada de la atención a la venda que ponía la mujer y así que ésta hubo terminado, Pedro Miguel le hizo un gesto para que se retirara y ya a solas con Juan Coromoto le preguntó:

—¿Tienes cargos que hacerme? Y como el leal compañero no se los hacía, teniéndolos, evidentemente, lo apremió:

—Házmelos. Házmelos ya.

—No soy quién pa tanto —repuso el negro fiel, del riesgo de muerte bien compartido—, pero si quieres sabé qué es lo que pienso, voy a decítelo: son de más la mayor parte de los muertos de esta pelea, que ya la teníamos ganá y todo porque esta tarde te has olvidao de nosotros pensando en otra persona.

Pedro Miguel aceptó y calló.

III

Pánico

Mediaba la tarde, calurosa, impresionante el reflejo del sol de las humaredas en la sombría y enmarañada vastedad del cacaotal, cuando comenzó a producirse el fenómeno.

«La Fundación» no había sufrido los estragos del incendio de las propiedades sino por haberse propagado hasta algunas plantaciones el que varias veces destruyó las fincas limítrofes; pero abandonada del trabajo, ya en toda ella reinaba el matorral intrincado donde se perdía el fruto —regalo de las numerosas manadas de araguatos y de arditas, que de todo el contorno azotado por el fuego allí buscaron refugio—, salvo el que recogían para sí las mujeres que aún permanecían en ella y las de los campos vecinos, que sólo de esto se mantenían. Horas antes había pasado por allí camino de derrota, la tropa del comandante Céspedes y previendo que en su persecución viniesen los federales del implacable guerrillero de las candelas, las negras de la hacienda y sus contornos se habían entregado, de prisa, a la recolección de todo el cacao que estuviese en sazón.

Y así estaban tres de aquéllas cuando de pronto una interrumpe su trabajo y detiene su atención en el repentino acontecimiento inquietante.

—¡Aguaiten! —díceles a sus compañeras—. Aguaiten cómo se mueve esta hoja.

Una sola entre la multitud de la fronda inmóvil, sofocante la calma de la atmósfera dramática. Un estremecimiento singular, sin causa aparente.

Un hecho sencillo, sin embargo, muchas veces presenciado por aquellas mismas negras, como lo dio a entender una de las llamadas a observarlo, aunque de esta manera ya reveladora de inquietud supersticiosa:

—¡Hoy sábado! ¿Eso qué tiene de particular, mujé de Dios? No vayas a ponete ahora a está viendo cosas, que sería lo que nos fartaba.

Ya el viejo Tapipa, todavía solitario morador del monte, tenía anunciado que se aproximaba el «gran piélagu» del fin del mundo y aunque esto venía profetizando desde los comienzos de la guerra, ahora los acumulados horrores de ésta, por una parte y por la otra el impresionante aspecto de la naturaleza, al sol de las humaredas, hacían propicios los ánimos al terror de cataclismos inminentes, sobre todo después de haber presenciado la obra sacrílega de la guerra en la demencia del Padre Mediavilla, que aquella mañana pasó por allí, vía de la población vecina, conducido por *La Colorada*.

Reanudaron su tarea, con redoblada prisa guardando silencio; pero ya abiertos en sus espíritus los abismos de la superstición, a un mismo tiempo se les vino a la mente la antigua conseja de que en aquella plantación y a la hora que justamente sería —la

mística hora de las tres de la tarde— solía oírse un tañido funeral de campana y el simultáneo pensamiento fue suficiente para que se desencadenara el terror colectivo.

A un mismo tiempo, desistiendo de las mazorcas recogidas, las tres negras emprenden la fuga del pánico, gritándoles a las que por el trayecto encontraban:

—¡Corran! ¡Corran!

Sumábanse a éstas sin pedir explicaciones, excitándose mutuamente el terror que se había apoderado de sus espíritus a las voces de:

—¡Aguaiten el sol!

—¡Fin de mundo!

Desaladas entraban a sus ranchos a recoger a sus hijos, empujando afuera a los que podían valerse de sus piernas y levantando del suelo a, los pequeños, con manotadas, como a cosas para ponérselos a horcadas en los cuadriles mientras no cesaban de dar al aire alaridos.

Pero ya había una explicación que muchas daban entre los ahogos del miedo y de la carrera: que habían presenciado el vuelo extraño de un pájaro nunca visto por allí, cuyo impresionante graznido decía, clara, distinta y espantosamente:

—¡Corran, corran, corran!

Momentos después no había un alma en los campos de «La Fundación» y Luisana, enterada del acontecimiento, sintió que también de su alma tendía a apoderarse el terror supersticioso.

No obstante la inseguridad que ofrecía el campo, ni ella ni Cecilio habían querido abandonar la hacienda, en varias ocasiones amenazada por las partidas federales y si éstas no habían caído sobre ella a sangre y fuego, como de costumbre en todas partes, obra fue de la simpatía que se había granjeado entre los facciosos Cecilio el viejo, quien a menudo se llegaba hasta sus campamentos a prestarles los servicios médicos de que carecían los heridos.

Pero aun así eran ya cuatro años largos de sobresaltos continuos y ahora, además, interminables días esperando la muerte que ya venía por el enfermo martirizado y consumido y Luisana, a quien la luz del día aunque medrosa como de sol agonizante, dábale ánimos para encararse con los posibles peligros que la amenazaran y para afrontar serenamente el inevitable desenlace de la tragedia del hermano, desde que comenzaba a oscurecer sentía encogersele el corazón.

Exploraba el cielo a la hora del crepúsculo y todo veíalo encendido en resplandores dramáticos; atendía al silencio en que iban sumiéndose los campos, y lo sentía colmado de presagios terribles y cuando empezaban a hundirse en la noche los montes carbonizados que rodeaban la hacienda, acudía a sus labios siempre la misma frase:

—¡Esta noche será! —murmuraba.

Cerraba y atrancaba las puertas y de pronto se estremecía bajo la impresión escalofriante de que aquello, temido, ya estaba allí dentro.

Ahora, además, la mala influencia del pánico que había quedado flotando sobre

los campos desiertos.

Y murmuró estremeciéndose:

—Esto sólo me faltaba.

Serenidad

Con toda el alma lúcida y en serenidad profunda, entró Cecilio Alcorta en la última noche de su vida. Había terminado el sufrir, su cuerpo no existía ya para su conciencia, el tremendo mal le había secado poco a poco las fuentes vitales y el resto de ellas, desprendidas del organismo se consumía lentamente en una niebla de pensamientos más y más espiritualizados.

Ya se había despedido de la hermana y del tío, oprimiéndoles las manos en silencio y mirándolos ahincadamente, con toda la ternura de su corazón en los ojos que pronto se le apagarían y ahora se despedía de sí mismo. La vacilante luz de una lamparilla de mariposa alumbraba la estancia, donde Luisana y Cecilio el viejo guardaban religioso silencio y en la penumbra del lecho la niebla se desvanecía en murmullo de frases entrecortadas.

—Dulce tropiezo... Fray Luis, Garcilaso... Mi primer hallazgo. La vida era belleza.

Reconstruida la suya, toda noblemente diáfana, con pensamientos cuidados, para entregársela a la muerte como un regalo precioso. Evocaba su adolescencia, transcurrida en la espiritual compañía de los grandes poetas que descubrió por sí mismo o de la mano maestra le trajo Cecilio el viejo. El pensamiento fluía en su interior y sólo de espacio en espacio asomaban las palabras señalando los hitos.

—¡Beatriz!

Rememoraba ahora sus tiernos amores, al gusto romántico, en la Caracas de los patios floridos de granado y jazminero, breves, allí mismo desvanecidos, como otro perfume, en el apremio de la dedicación al logro de las esperanzas puestas en él.

Cecilio el viejo abandonó la alcoba y durante un rato lo oyó Luisana recorrer los amplios aposentos vacíos de la Casa Grande, por donde resonaban sus pasos ahogando sus sollozos. Ella contuvo los suyos para no turbar la serenidad del moribundo, sobre cuya faz se había esparcido la luz del romántico amor lejano y aún se la iluminaba cuando, con el estrago del llanto en la suya, volvió aquél a su sitio junto al lecho, cerca de la medianoche.

Llegaba ya el moribundo memorioso al crucero de caminos donde se reunió con los filósofos y allí se detenía murmurando:

—La vida era pensamiento.

Alcanzó después aquella otra encrucijada donde otros libros le mostraron al desnudo la iniquidad que dividía a los hombres en opresores y oprimidos. Él no se contaba entre los segundos, mas como no podían estar con los primeros sus

sentimientos, aunque entre ellos hallara todo lo que pudiera hacerle apetecible la existencia, el hito marcaba ahora la actitud que entonces decidió asumir, tirando por la borda la obra muerta del candoroso idealismo, poniendo la vela al viento de la tempestad:

—La vida era sacrificio.

Pero allí mismo lo esperaba la fatalidad del mal incurable, largo y doloroso y de este fluir del pensamiento bajo los escombros de sus ilusiones, no surgió sino al cabo de un prolongado silencio el hito final:

—Vivir es morir...

Y la inmensa serenidad fue con Cecilio, al amanecer.

El desertor

Por entre campos carbonizados que la menguada luna poblaba de fantasmas, avanzaba la tropa de Pedro Miguel Candelas. Iba otra vez en silencio en pos del jefe taciturno, cuya silueta cabalgaba agigantándose contra el cielo de las lomas coronadas y la escoltaba el aullido de los perros visionarios, porque era la muerte haciendo su jornada sigilosa. Iba a marcha forzada y con el alba se internó bajo los cacaotales de «La Fundación».

Ya era una idea fija, sola y torva el alma del guerrillero inmisericorde. Aquel reproche que le hiciera Juan Coromoto por la victoria frustrada le había descorrido los velos que sobre la intimidad de su espíritu se empeñara en tender y ahora se encarnizaba en sí mismo haciéndoselos más duros. No se había lanzado a la guerra —decíase— por la causa del pueblo, sino por ahogar en sangre el amor a Luisana Alcorta, furtivo sentimiento que desde niño venía deslizándose en su corazón bajo la apariencia de su odio al mantuano. Centenares de vidas le había sacrificado al traicionero amor por la blanca, centenares de hombres que habían puesto en él todas sus esperanzas para que los condujese a la conquista de los derechos que les eran negados. La guerra le había endurecido el corazón para con los suyos, sólo a la muerte conducidos y las sombras airadas de sus víctimas no se aplacarían sino con el holocausto de cuanto en él pudiese quedar de aquel amoroso sentimiento, en apariencia olvidado.

Pero también se había hecho a sí mismo el peor de los daños al lanzarse por aquel camino, huyendo de Luisana, como le manifestó al separarse de ella la última vez. A la sangre y al fuego, ya en su trágica cuenta, se había agregado ahora el pillaje, llevado a cabo de manera brutal en las dos poblaciones indefensas por donde acababa de pasar. Pedro Miguel Candelas se había convertido en un bandolero más —como *El Mapanare* o el *Siete Cueros*, la hez de la revolución, la rapiña al amparo de la idea generosa— y era, por consiguiente, también de Luisana la culpa.

Por los cacaotales de «La Fundación» —respetados por otros facciosos y objeto

de antiguas contemplaciones suyas— corría ya el fuego justiciero que habría de arruinar a la altanera familia y ahora sería el atropello en la persona misma de su obstinado amor, el desagravio de los traicionados y el desquite del rencor soberano por los estragos que en su corazón había hecho la guerra. Luego, más adelante, ya suyo todo el posible horror de una vida, sería su cuerpo lanzado contra las bayonetas enemigas, para que se lo traspasasen y se lo acribillasen. Pedro Miguel Candelas estaba haciendo ya su última jornada guerrera.

Pero en la profunda intimidad ante la cual se detenía el pensamiento de Pedro Miguel, era el despecho de sí mismo por la desfavorable comparación que en la última pelea quedó planteada entre su imprudente arrojo, con el cual se malogró en momentos un plan bien meditado y la imperturbable serenidad con que el comandante Céspedes sacó el mejor partido posible de la situación en que su ligereza lo había puesto. Era la natural diferencia entre el guerrillero improvisado — intuiciones y desaciertos al azar— y el militar de escuela, formado en una disciplina y poseedor de una técnica; pero si esto podía admitirlo Pedro Miguel sin mengua definitiva de su propia estimación, en cambio su espíritu prefirió abandonarse a la enconada amargura del sentimiento de su inferioridad. La calma del mantuano, fumándose su tabaco bajo la lluvia de balas, seguro de sí mismo, mientras que él perdía la cabeza y sacrificaba ventajas ya logradas, había sido una experiencia comparativa que ya no le permitiría las satisfacciones del menosprecio de que se alimentan los rencores.

Hasta aquí no quería llegar el pensamiento del guerrillero empecinado, pero se le había detenido en una frase, repentinamente recordaba y ya convertida en obsesión. Aquélla de Cecilio, cuando le hizo la revelación de su origen:

—«Quien acosa eres tú y tú mismo el acosado. Lo que hay en ti de generoso contra lo que se resiste a serlo».

Pero en su espíritu estaban invertidos por el despecho los planos de la interpretación, y el sentido alentador de las palabras —repetidas una y otra vez, ya sin poder evitarlo— se le convertía en sarcástico.

Junto a él, a uno y otro lado, cabalgaban Juan Coromoto y *El Mapanare*, silenciosos ambos, pero éste con expresión perversa, mientras que la de aquél traducía mortificados pensamientos. Y así llegaban a la vista de la Casa Grande, cuando el primero, como hacia allá encaminaba el jefe a su tropa, se le encaró interrogándolo:

—¿Qué vas a hacé, Pedro Miguel?

—¿A ti qué te importa? —repúsole ásperamente.

—Más de lo que te piensas —respondió el negro leal—. Fui tal vez yo quien te lancé por este camino que tú no andabas buscando; pero no pa esto, Pedro Miguel.

—Sin embargo, me has echado en cara el haber pensado en cierta persona cuando debí pensar en ustedes solamente. Ahora verás lo que voy a hacer de ella.

—Tú no puedes hacer eso —insistió Coromoto, ya sofrenando su bestia.

—¿Por qué no? ¡Si es lo único que me falta!

—Pues, entonces, hasta aquí nos trajo el río.

A lo que intervino *El Mapanare*, dirigiéndose a Coromoto:

—¿Qué le ha disgustao al amigo? To eso es la guerra.

Simultáneamente Pedro Miguel:

—Bien puedes separarte de mí, si así lo prefieres. Serás el único desertor que no se lleve cuatro tiros por la espalda.

Y *El Mapanare*, sardónico, otra vez a Coromoto, a quien ya deseaba ver eliminado de la confianza de Pedro Miguel.

—Aproveche entonces, compañero. Mire que de aquí palante pué no volvé a presentásele esta oportunidá de salvá el pellejo.

Juan Coromoto lo miró por encima del hombro y luego dirigiéndose a Pedro Miguel:

—No quiero que hagas excepciones a mi favor. No era esto lo que yo buscaba de ti, pero si eso se malogró, sea lo que el Diablo quiera.

Pedro Miguel inició el movimiento de volverse a mirarlo; pero en seguida contuvo su buen impulso y prosiguió su camino hacia la Casa Grande.

Ya cerca, dio la voz de alto y luego ordenó:

—Espérenme aquí.

Y avanzó hasta el pie de la escalinata por donde se subía a la casa. Allí descabalgó y desenvainó el sable, hecho lo cual comenzó a trepar los escalones, invadidos por los matorrales que ya rodeaban el vetusto caserón, a tiempo que en el corredor aparecía Cecilio el viejo.

Escalinata arriba, los pasos temerarios hacían sonar las espuelas y la hoja desnuda brillaba remontándose, en la diestra amenazante, mientras el Licenciado Céspedes, con las manos apoyadas sobre los riñones, como de antigua costumbre y por encima de las gafas, miraba al que así se le presentaba en aquellos aflictivos momentos.

—¡Guá! —hizo acá *El Mapanare*—. A ese mantuano viejo como que no se le agua el ojo ante un machete, por bien empuñado que parezca. ¿Verdad, compañero Coromoto? Usté que debe conocelo bien, de cuando lo llamaba su mercé.

Pero el negro Coromoto sólo atendía a lo que tenía ante sus ojos, pendientes de los mínimos detalles de cuanto fuera a suceder. Y he aquí que, inesperadamente, ya Pedro Miguel en el corredor y Cecilio el viejo posándole la diestra sobre el hombro, ve al primero volver el sable a su vaina y luego descubrirse respetuosamente, mientras el Licenciado, tomándole ahora por el brazo ya inerme, lo conduce hacia el interior de la casa.

Descarga el negro preocupado su pecho con hondo respiro de alivio, en el silencio de expectativa que se había producido entre la tropa y luego oye el comentario socarrón de *El Mapanare* siniestro.

—¡Jm! Si será caso de que nos háigamos quedao sin jefe los pobres negros. Porque si mi vista no me ha engañao, el hermano como que nos ha vuelto la espalda

al entrá por esa puerta con to y su sombrero en la mano.

El hombre de las circunstancias

Los sentimientos que habían lanzado a Pedro Miguel a la guerra no tenían que llevarlo a ella forzosamente para su logro, ni emprendiéndola había obedecido, por otra parte, a propensiones naturales que tal ejercicio reclamasen. Su odio al blanco no era, en realidad, sino una ficción de sí mismo, una maniobra de engaño propio, de la cual se le escapaba el artificio, sin duda por no ser todo creación de su espíritu atormentado por la preocupación de su inferioridad ante el objeto de su amor, sino en gran parte influencia del ambiente de lucha en que convivían el negro y el blanco sobre un terreno ya conmovido. Su conflicto sentimental ya estaba resuelto cuando, sin embargo, se lanzó a la guerra; pero aun así no era sino el caso particular del gran conflicto ya planteado entre las dos razas, camino de la solución total por el de la violencia. Arrollado por el movimiento que lo desbordaba empuñó el arma innecesaria para su personal conquista, mas si ella le acostumbró el brazo al fiero ejercicio, no toda su intimidación correspondía a la actitud de sable en mano con que había querido penetrar en la Casa Grande y así bastó para que lo volviese a su vaina que Cecilio el viejo lo recibiera diciéndole:

—¿Bravatas a estas alturas? Demasiado acero el que traes para tan incierta voluntad como la que no te ha permitido disfrutar de lo que ya era tuyo. ¿Si aquí todo te lo has conquistado hace tiempo, a qué viene ese sable metiendo miedos donde ya están amores? ¡Guárdatelo, muchacho! Déjate de desplantes. No vengas a provocar risas donde se te espera para que llores junto con nosotros al que acabamos de perder. Tú también.

Pero no fue sólo el afectuoso respeto a quien así le habló, ni solamente lo que le dijo, sino que aquel sable ya estaba para desprenderse de aquella mano. Pedro Miguel Candelas pudo llegar a ser el guerrillero temible mientras actuaba en el plano de la acción inmediata, poniendo en juego las secundarias condiciones personales de la acometividad, la valentía, la bravura y la astucia y el ascendiente del hombre sobre el hombre que da origen a la obediencia y a la lealtad; pero sus aptitudes no habían logrado trasponer los límites del hecho de armas, por añadidura siempre de reducido alcance y la conciencia de este menguado servicio ante la magnitud —vagamente vislumbrada, además—, de la revolución a que debía corresponder la revuelta armada, era la descorazonadora experiencia de sí mismo que había hecho en sus cuatro años de campaña.

Por otra parte, la revuelta ya traicionaba a la revolución, destacando mezquinas figuras de caudillos, de los cuales nada efectivo podía esperar el movimiento popular, que, a su vez, se desviaba de sus propios fines al girar en torno a ellos, como si sólo para producirlos y encumbrarlos se hubiera derramado tanta sangre. Pedro Miguel se

daba exacta cuenta de esto y por ello ya el sable venía desprendiéndose de la mano.

A su vez, un certero instinto le había permitido a *El Mapanare* advertir que era cosa de momentos la declinación definitiva del guerrillero de las candelas, que no había sabido aprovechar su hora de fortuna en la pelea de Los Apamates. No tenía ya consigo sino a unos tres de aquellos capayeros, tigres de tigre, para el oportuno zarpazo alevoso, pero entre el centenar de hombres a que había quedado reducida la facción después de aquella pelea, quizá no llegaban a veinte los absolutamente leales a Pedro Miguel, proviniendo los demás de las montoneras del *Siete Cueros* y del negro Escolástico, muertos, y de los otros cabecillas de menor importancia que aquél había logrado someter bajo su mando.

—Veinte —decíase ya en sus maquinaciones—, entre los cuales tal vez sean más los coromotos que los migueleros propiamente. De donde rompiendo ese eslaboncito, como se rompieron aquellos otros dos en Los Apamates, que por cierto a naiden le han llamao la atención esas dos muertes bien casuales, quede la caena, como quien dice, a la mercé del hombre de las circunstancias. ¿Que quién será, Dios mío?... Pero si ésa es tu voluntad, hágase, como en el padrenuestro.

Y las circunstancias acudieron adonde ya estaba el hombre.

Unos disparos, al grito de:

—¡Viva el Gobierno! —sacaron a Pedro Miguel de su dolorido ensimismamiento ante el cadáver de Cecilio.

Corrió afuera, desenvainando otra vez el sable. Vio a Juan Coromoto desplomarse de su bestia. Atravesó el corredor, se precipitó escalinata abajo.

Era realmente un fuego cruzado entre la facción y una avanzada de las tropas con que ya volvía el comandante Céspedes al desquite de Los Apamates, mas Pedro Miguel había visto a Juan Coromoto llevarse las manos atrás, como herido por la espalda, dándole, sin embargo, la cara a la pelea, y ahora sentía silbar por encima de su cabeza balas que no podían venir sino de sus propias filas, ni ser disparadas por allí contra el enemigo.

Encolerizado por la traición evidente y buscando con la mirada zigzagueante al tirador por cuya mano se le hacía, bajó saltando escalones, en derechura temeraria... Pero los últimos los descendió su cuerpo, rebotando, junto con el sable desprendido de la diestra, mientras sobre los abismos del desvanecimiento resonaba un grito, contra aquel otro:

—¡Viva *El Mapanare*!

La Capitana

—La revolución federal había triunfado —diríale después a Pedro Miguel, Cecilio el viejo—. ¡Y yo que la anuncié llamándola el Gran Sembrador! De cenizas regadas con sangre nos ha dejado cubierto el suelo. Y en los corazones, estragos irremediables

quizás.

Hace una pausa y reanuda el relato de los hechos ocurridos desde aquella mañana:

—Dos de los pocos hombres que se te mantuvieron leales y lograron separarse de la facción, mientras ésta perseguía a la avanzada del Gobierno y luego se tiroteaba con el resto de las tropas de Antonio Céspedes, me ayudaron a recogerte y a prestarte los primeros auxilios de urgencia, ya otra vez enfermera nuestra Sal de la Casa. De prisa enterramos luego a Cecilio, en el sitio que una vez te mostré y en seguida emprendimos la fuga, al saber que la victoria había quedado por *El Mapanare*, tú agonizando por momentos y entre ratos delirando a gritos dentro de una hamaca donde tus dos negros fieles te conducían y Luisana y yo a pie, a través de la hacienda incendiada. Pero si nos fue relativamente fácil librarnos de las famosas candelas de Pedro Miguel, en cambio, la persecución de *El Mapanare*, que revolvió todo el monte para ponerse en nosotros y luego el peligro de caer en las manos de las numerosas partidas que junto con la suya se habían adueñado de todo Barlovento, no nos dieron tregua ni descanso durante varios días. Luisana, disputándole tu vida a la muerte, como si no acabara de perder otra pelea que duró diez años, y yo sacando ánimos de desalientos, que ya es todo lo que me resta para lo que me falta. Otra vida no tendré y ya ésta no da para criar más esperanzas.

Y finalmente:

—Y aquí estamos, menos mal que tú ya convaleciente, esperando ese falucho que no acaba de llegar a sacarnos de esta tierra sembrada de sobresaltos.

Era en el rancho de un pescador, que retorcidos uveros abrigaban del viento marino en una pequeña ensenada de la costa. Angosto litoral abrupto donde las olas venían a morir contra el flanco mismo de la empinada y carbonizada montaña, después de haber reventado en espumas fragorosas contra una cordillera de riscos siniestros, rocas desprendidas de aquélla en algún cataclismo inmemorial. Ensenada triste y costa de desolación, propicias a la melancolía del convaleciente.

De todos los cuadros de la guerra que en cuatro años habían desfilado ante sus ojos, espectador o actor de las tremendas escenas de la matanza y del exterminio, uno sólo, como si los refundiera todos, no se le apartaba ahora de la mente: Juan Coromoto, el leal compañero que tanto esperó de él, desplomándose del caballo, en el ademán de las manos a la espalda por donde le habían dado muerte, porque su fidelidad estorbaba la traición. Y Juan Coromoto no era un hombre, sino el pobre negro, que es todo un pueblo, abandonado por él de espaldas al golpe artero, pues si él no penetra en la Casa Grande tal vez no sucede aquello.

Juan Coromoto recitaba décimas en los velorios de cruz y entonces parecía un negro feliz. Juan Coromoto esclavo plantó cacao en «La Fundación» de los Alcortas y un día bailó muy contento su tambor de la abolición, para volver a plantarlo después, «como endenante». Sobrellevó su carga, atravesó sus venas y tuvo sus gozos, sin duda; pero Juan Coromoto no había existido realmente sino en aquel ademán de los brazos atrás, como para salirle al encuentro con todo el pecho a la gran

esperanza de su vida. Pero Juan Coromoto se desplomó de su caballo de guerra sin verla realizada.

El mar bate contra los peñascos desprendidos de la montaña inmensa y el aire de la desolación flota sobre el angosto litoral abrupto. Hay a lo lejos unos cocales que entre brisas y terrales crecieron cimbrados y el paisaje recoge la angustia del cuadro que no se borra de la mente: el pecho a la reventazón de la fatalidad, los brazos como si trataran de apoyarse en la muerte para un salto inmenso hacia toda la vida.

De lo demás, no queda en el espíritu de Pedro Miguel Candelas sino la niebla de una profunda decepción de sí mismo y así se le pasan los días, contemplando en silencio la marina angustiada, donde se materializa su único recuerdo de la guerra.

A veces habla de marcharse, porque ya se siente bien.

—¿Adónde? —le pregunta Luisana.

Él encoge los hombros y continúa contemplando el paisaje.

Otro estaba también en trances de marcha. Ya era viejo y no habrían de ser largas las nuevas andanzas; pero aún no había tenido oportunidad de quedarse a solas con el dolor de su Cecilio muerto y quería llevárselo consigo por los caminos sin rumbo ni objeto, una sombra dialogando con otra. Mucho había durado el alto en la marcha y ya declinaba el sol de su vida sobre la desolación de su gran amor, mas no quería verlo ponerse entre los que aún esperasen algo risueño de las posibilidades del porvenir. Deseaba terminar solo, sin rostros afligidos que le afeasen la serenidad de la muerte, sin despedidas definitivas que le frustrasen la ilusión de viaje no interrumpido, sino más bien prolongado en la jornada sin término ni fatiga. Quería desaparecer en el misterio de la vida antes de hundirse en el de la muerte.

Luisana se daba cuenta de todo esto y comprendiendo que la situación se hacía ya insostenible, por momentos se abandonaba a las soluciones pesimistas:

—Ya va siendo hora de dejar en libertad al andarín. ¿Tendré que ir a refugiarme en el cuarto que me tenía destinado Carmela?...

Por el momento, lo apremiante era abandonar aquella costa inhospitalaria donde aún corrían peligros —como en toda la región las personas calificadas de mantuanas —, pues ya los dos negros todavía fieles a Pedro Miguel habían recogido noticias de partidas armadas que recorrían el litoral, precisamente para impedir que por allí se escapasen las familias oligarcas que huían de las poblaciones de Barlovento, donde la pugna política había sido desbordada por los tremendos caracteres de la lucha de clases, agudizada por la desigualdad racial. Hacia la isla de Margarita habían emigrado ya casi todos los mantuanos de Barlovento y ésta era la salida que se procuraba el Licenciado Céspedes, aprovechando un falucho de patrón amigo que debía de recalar por allí de un día a otro, según le había dicho el pescador que les dio asilo. Lo inmediato era salvar a Luisana, principalmente, sobre la cual se cernían los peores atropellos de los federales. En cuanto a Pedro Miguel, cuya salud todavía se resentía del riesgo de muerte corrido, de ningún modo habrían de convenir en que se quedase por allí. Luego, ya se pensaría en el rumbo que cada cual quisiese coger.

Y un día amaneció fondeado el falucho en la ensenada.

El patrón convino en aceptarlos a bordo y allá se dirigieron en seguida, allanándose Pedro Miguel a la determinación tomada por los demás, con estas palabras:

—Ganas de quedarme aquí son las que yo puedo tener; pero vida que otro salva a otro pertenece.

Y a los negros que hasta allí lo acompañarían:

—Bueno, pues, muchachos. Las gracias no les doy, porque con palabras no se pagan obras. Digan que así terminó Pedro Miguel Candelas, que no fue sino el arrebato de un pueblo que se lanzaba a la muerte buscando el camino de su vida. Este desperdicio de la guerra que con vida se escapa, no es ya sino lastre para un falucho. Que tampoco lo necesita.

Pero una vez a bordo y el patrón ordenando levantar el ancla, llamó Cecilio el viejo al pescador que se retiraba, en el cayuco donde los había llevado a embarcar y le dijo:

—Lléveme otra vez para tierra, que me he dejado allí algo que me hará falta.

Y a Luisana:

—No tardaré sino lo necesario para ir y volver.

Dicho lo cual, abandonó el falucho donde había concluido su misión protectora, ya Luisana en presencia del destino generosamente elegido.

Ella comprendió que no regresaría, siendo propio de su carácter en aquellas circunstancias; pero también que sería inútil tratar de retenerlo y se quedó mirándolo alejarse, en silencio y con lágrimas en los ojos.

También lo comprendió así Pedro Miguel, mas prefiriendo anteponer a la natural reflexión del momento el recuerdo de aquella conversación que una tarde había tenido con Cecilio el viejo, a propósito del sitio donde éste quería ser enterrado, junto al joven, que ya estaba allí esperándolo para el interminable diálogo de las sombras inseparables.

—Ya sé lo que va buscando —murmuró—. La novia de amores formales que me presentó aquella tarde. ¡Se nos va también don Cecilio!

Desembarcó éste del cayuco del pescador, detúvose un momento en la playa mirando hacia el falucho y agitando la diestra en ademán de despedida bendiciente y luego volvió la espalda al mar y se alejó tierra adentro.

Así que lo perdió de vista, Luisana se enjugó los ojos, los detuvo un momento en los de Pedro Miguel y luego le dijo al patrón:

—Mande izar la vela.

Pedro Miguel la contempló en silencio de adoración pura y se le vino a la mente la escena del campamento de *El Mapanare*, atando el Padre Mediavilla dos hilos invisibles que flotaban en el aire. Ya el destino de aquella mujer estaba unido al suyo y ella misma desafiaba las posibles borrascas exclamando:

—¡Venga viento!

El falucho abandonó la ensenada triste y traspuso la línea de los escollos desprendidos de la montaña inmensa. Ahora eran viento enfilado, mar abierto y un ser nuevo mirando hacia adelante, hacia el horizonte inalcanzable, en plena aventura.

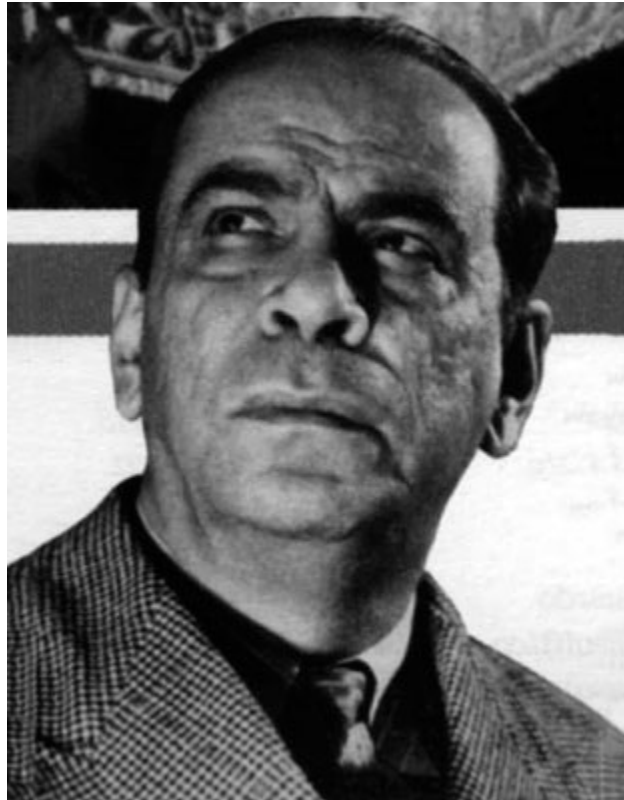
—Ya están cumplidas sus órdenes, Capitana —habíale dicho jovialmente el patrón al izar la vela.

Algún día sin embargo, debió de soñar ella con esto que ahora iba realizándose, pues siendo imprevisto, no le caía de extraño. Acaso alguna de aquellas noches en vela, a la cabecera de un enfermo, cuando el espectáculo del dolor y las amenazas de la muerte le producían el milagroso florecimiento de vitalidad que le dulcificaba el carácter y le heroseaba el rostro, estremeciéndole el espíritu con ansias de vida fuera de las normas usuales, en mundos vastos. Todo lo que se llamó su abnegación, no siendo sino el desbordamiento de la generosidad para consigo misma, la inquietud de la libertad suma buscada por los caminos del sacrificio, cual si un misterioso instinto le indicase que sólo así llegaría a alcanzarla.

El camino fue largo, pero ya no había cosa ajena de que no la hubiese alejado y ahora acababa de llamarla Capitana. Atrás se quedaban por fin la hechura de aquel mundo de ideas y sentimientos de otros: la mujer sufrida y virtuosa, conforme a un concepto social, como tantas otras sabían serlo a su hora, por obra de buena crianza, mientras que la capitana que ahora iba sobre el mar infinito y bajo el viento libre de nada era criatura sino de su propia voluntad de encararse con la vida, sin miramientos que la limitasen. No la mujerona desviada hacia los caminos del hombre para tomar de éste el amor que aún no se atrevía a ofrecerle, sino la mujer auténtica, con femenino espíritu aventurero, en busca de la totalidad de su alma. Y para que nada pudiese parecer masculino en la actual emoción de sí misma, nunca se había sentido tan enamorada como ahora del hombre que la acompañaba, al mismo tiempo que tan dulcemente confiada en su varonil protección.

Era la Capitana, pero de su amor, por fin sin mezcla de sacrificio.





RÓMULO GALLEGOS FREIRE fue un novelista y político venezolano, nacido en Caracas el 2 de agosto de 1884. Se le ha considerado como el novelista venezolano más relevante del siglo XX y uno de los más grandes literatos latinoamericanos de todos los tiempos, algunas de sus novelas como *Doña Bárbara* han pasado a convertirse en clásicos de la literatura hispanoamericana.

Ejerció el cargo de Presidente de Venezuela en 1948 por escasos nueve meses, y se convirtió en el primer mandatario presidencial del siglo XX elegido de manera directa, secreta y universal por el pueblo venezolano, y ha sido el Presidente de la República que ha obtenido el mayor porcentaje de votos a su favor en elecciones populares celebradas en el país en todos los tiempos, con más del 80% de la totalidad de los votos.

El Escritor

En sus comienzos como narrador, Rómulo Gallegos publicó *Los Aventureros* (Caracas, 1913), una colección de cuentos. Otros relatos son recopilados en *La Rebelión y otros cuentos* (Caracas, 1946) y *La Doncella y el Último Patriota* (México, 1957). Su período como cuentista abarca desde 1913 hasta 1919, aunque otros cuentos se publicarán en 1922. En sus obras siempre mantendrá el realismo, las cuales se dividen en tres temáticas fundamentales: Los de crítica de costumbres, los de ambiente criollo donde plantea la antinomia civilización y barbarie, y los que describen pasiones, desequilibrios y anormalidades.

Sus novelas reflejan su interés por la vida del campesinado venezolano. Su primera novela, *El último Solar* (1920), la reeditaría en 1930 con el título de *Reinaldo Solar* que relata la historia de la decadencia de una familia aristocrática a través de su último representante, en el que se adivina a su amigo Enrique Soublette, con quien fundará en 1909 la revista *Alborada*. En 1922 escribe *El forastero* pero lo publica empezando el año de 1942 por temor a la reacción del dictador Gómez. En 1922 logra publicar *La rebelión* y en 1925 publica *La Trepadora*, retratando en ambas el problema del mestizaje, planteando como solución los matrimonios mixtos. En 1926 viaja a Europa y en Lourdes redescubre su fe perdida.

En 1927 viaja para presenciar los llanos venezolanos y así documentarse para su próxima novela. El resultado sería *Doña Bárbara* publicada en 1929. *Doña Bárbara* representa aquella Venezuela cruel, insensible por la corrupción, traición, despotismo, falta de libertad, latifundismo e injusticia y brujería; pero en el melodrama se muestra que en la realidad existía también una raza buena que ama, sufre y espera para luchar contra la dictadura desenfadada de aquel entonces, gente representada por Santos Luzardo. Esta novela lo llevaría al reconocimiento público, fue la más exitosa de sus obras. El dictador Juan Vicente Gómez al ver su prestigio, lo nombró en 1931 senador por el estado de Apure, pero sus convicciones democráticas lo hicieron renunciar al cargo y expatriarse, exiliándose en 1931 a Nueva York.

En 1932 va a España y permanece allí hasta que en 1935 muere el dictador y Rómulo Gallegos decide volver a Venezuela. En el año de 1934 publica *Cantaclaro*, y en 1935 *Canaima*. Así como para Gallegos el mestizaje era la solución de los conflictos entre mantuanos e indígenas, el mestizaje también sería la solución de los conflictos de civilización y barbarie.

En el año 1937 publica *Pobre negro*, en 1942 *El forastero*, y al año siguiente *Sobre la misma tierra*. En 1951 publica *La brizna de paja en el viento*. En 1952 comienza a redactar su última novela, *Tierra bajo los pies*, que permanecería inédita hasta su tardía publicación en 1973.

El Político

Comenzó su carrera política a muy temprana edad militando en oposición al dictador Juan Vicente Gómez. En 1937 Gallegos es elegido diputado y poco a poco abandonará la literatura para dedicarse a la política. Cuando el general López Contreras asume la presidencia, se inicia una era reformista en Venezuela y fue nombrado en 1936 Ministro de Educación en el gobierno de Contreras, pero sus esfuerzos para llevar a cabo una profunda reforma escolar fracasaron, y se le obligó a dimitir.

En 1941 el partido democrático nacional Acción Democrática, del cual figura

fundador, propone a Gallegos como presidente. En 1945 participó en el golpe militar que llevó al poder a Rómulo Betancourt como presidente provisional del país, y fue en las primeras elecciones libres de Venezuela de 1947 cuando es elegido presidente de la nación.

Toma el cargo el 15 de febrero de 1948 pero en noviembre del mismo año el ejército se subleva en el Golpe de estado de 1948 bajo el mando de una junta militar encabezada por Carlos Delgado Chalbaud y lo destituyen de su cargo; muere así la experiencia democrática.

Exiliado de nuevo, va a Cuba y a México en 1949, Rómulo Gallegos regresó a su país al ser liberado éste de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez en 1958, pero ya no se dedicaría a la política.

Vivió en Caracas hasta el día de su muerte, el 5 de abril de 1969.